**AL LECTOR DE HABLA HISPANA**

Muchos Hermanos Maristas de mi generación estarán de acuerdo en admitir que Gabriel Rivat (H. François), el 6º postulante acogido por Champagnat en La Valla (6 de mayo de 1818, con tan solo 10 años) y luego su primer secretario y sucesor, ha sido muy poco estudiado entre nosotros y tardíamente invocado. Escribió notables circulares (unas 70), pero su extraordinaria (unas 2000 cartas) y entrañable correspondencia personal no ha sido traducida y carece de difusión en el mundo hispánico. Sin embargo, es figura excelsa en el firmamento marista por su profunda espiritualidad, piedad intensa e ilustrada, amor al silencio y a la vida oculta, eminente devoción mariana, pasión y entrega absolutas por el bienestar de sus hermanos. Su fidelidad en el seguimiento tras las huellas de María y Champagnat, lo convierten en guía y modelo para el religioso Marista.

La obsesión de Gabriel por imitar en todo a su padre y mentor Champagnat hizo de él viva copia del Fundador y contribuyó en grado sumo a conservar intacto durante muchos lustros el original espíritu marista inculcado por Champagnat a las primeras comunidades maristas.

Pues bien, todos estos son los motivos que me han decidido a traducir esta breve pero sustantiva biografía escrita por el H. Gabriel Michel en 1996.

Mi gran deseo e ilusión es que este pequeño y muy gratificante trabajo ayude a muchos lectores de lengua española a ahondar en las riquezas espirituales aportadas por el H. François y a sentirse también muy gratamente sorprendidos, como ha sido mi experiencia, ante este inmenso acervo de espiritualidad y auténtica vida marista.

Que este descubrimiento nos lleve a imitarle e invocarle con amor y confianza para facilitar así su pronta llegada a los altares.

H. Antonio Aragón

Saint-Paul-Trois-Châteaux,

6 de junio de 2014

HERMANO FRANÇOIS

Gabriel Rivat

y

60 años

de historia marista

Hermano Gabriel Michel

## ADVERTENCIA

En la presente biografía del H. François, los textos escritos por él van en cursiva. Resulta imposible poder precisar, cada vez, si se trata de su propio pensamiento o de una cita, como acontece en sus cuadernos de retiros. El lector podrá discernir.

He aquí las interpretaciones de las siglas correspondientes a las notas de cada capítulo:

301 Varios. Notas personales y otras

302, 303, 304 Notas de sus retiros desde 1825 a 1869

305 Viaje a Roma. Varios. Retiros desde 1872 a 1880

306 Proyectos de conferencias

307, 308, 309 Conferencias

310, 311 Notas varias

312 Temas varios

313 Urbanidad, relaciones, circulares manuscritas

10, 11, 12 Cuadernos de cartas, de la página 1 hasta la 1086

13 Otro cuaderno de cartas

41 a 49 Cuadernos científicos o de medicina

Circ. Circulares impresas (volúmenes 1 y 2 que le atañen)

Hay también referencias a las 2 primeras biografías:

L. Ponty - Vie du Frère François. Vitte 1899

G. Chastel - Le Frère François. Alsatia 1948

Los testimonios ofrecidos en el proceso de beatificación sólo llevan, como referencia, el nombre del autor cuando son manuscritos y pertenecen a los Archivos del Hermano Postulador, en Roma. Si son testimonios impresos, se indican los 2 volúmenes donde se pueden encontrar:

P.S.I Positio Super Introductione causae

Rome. Typis Guerra et Belli. Via Milano 1934

### P.S.V. Positio Super Virtutibus. Id. 1951

Otras referencias son también de libros:

Champagnat*:*

Vida de J.B.M. Champagnat (H. Jean-Baptiste). Ed. del Bicentenerio. Roma 1989

#### ALS:

Sentencias, Lecciones y Avisos (de M. Champagnat).

Por uno de sus primeros discípulos (H. Jean-Baptiste).

Ed. Nicole et Guichard. 1868

Biographies: Sin autor indicado (= H. Jean Baptiste). Id. 1868

Avit: Abrégé des Annales de Frère Avit.

## CAPÍTULO 1

# Pueblo y familia

Desde hace más de un siglo, el pueblo de La Valla-en-Gier (Loire) es conocido en todo el mundo, por ser el lugar de nacimiento de los Hermanos Maristas, congregación extendida por más de 70 países. A principios del s. XIX, la aglomeración urbana es importante (2.500 habitantes), pero su nombradía es modesta, pese a que el Sr. Barge, secretario de ayuntamiento, haya escrito algunas páginas (en realidad son 57. N.T.) de su agitada historia durante la Revolución y el Imperio. (1)

¿Existía allí un hábitat humano desde la Alta Edad Media? Es posible, pues la iglesia, del s. XII o tal vez del XI, hoy desaparecida, no habría sido construida sin una necesidad precisa, es decir, la existencia de cierto número de habitantes que habrían encontrado en sus colinas y valles puntos de agua para criar animales y cultivar sus campos. Por otra parte, los Romanos del s. II ya habían podido explotar esta región, puesto que el acueducto que llevaba el agua a Lyon, arrancaba de Izieux, lugar limítrofe con La Valla.

De todas maneras, se trataba de un pueblo con extensión considerable (2), disperso sobre tres valles: el del Gier y los de sus afluentes el Ban y el Jarret. En su límite norte tiene 400 m de altitud para pasar hasta 1434 en el este, le Crest de la Perdrix, punto culminante del monte Pilat. Sus habitantes se distribuían en 60 aldeas donde vivían los 4/5 de la población, cuyo centro urbano se reducía a unas 500 almas.

Maisonettes, una de las aldeas (54 habitantes en el censo de 1815) y a una hora de camino desde el centro, es el lugar de nacimiento de Gabriel Rivat.

Situada a media altura de una colina escarpada, dispone de numerosos (3) puntos de agua que podían dar confianza a los constructores de sus primeras casas. Estas se aferran a una pendiente muy abrupta pero encarada hacia el sol naciente y abrigada contra el viento del norte. Inmediatamente detrás de la aldea, dirección sur, se alza el bosque de Sapey, que culmina a 1100 m de altitud, mientras Maisonettes se encuentra a 713. El circo de colinas desciende un poco más en dirección este, donde se abre el collado de La Barbanche que domina la vecina aldea de Laval. Las pendientes por encima de Maisonettes y Laval están llenas de coníferas y, a medida que se desciende, de hayas que aquí llaman *fayards*. Siempre más al este, se elevan otras colinas arboladas que forman una barrera negra tras la cual se esconde Le Bessat, hoy pueblo muy turístico pero que entonces era tan solo una aldea conocida por su feria anual y sus reales o legendarias nevadas. Se llegó a decir que los arrieros, sin darse cuenta, ¡llegaron a pasar con sus mulas por encima de los tejados a causa del espesor de la nieve!

Frente a Maisonettes, las colinas son menos abruptas y sembradas de 7 u 8 aldeas rodeadas de prados y pequeños espacios cultivados. Debajo de estos plegamientos verdeantes, pero de escasa tierra vegetal, circula el río Ban que, dos km más abajo, se juntará con el Gier, afluente del Rhône.

Es todo lo que se ve desde la aldea de Maisonettes, pero si avanzamos hacia el Norte, aparece el pueblo de La Valla, situado también en la ladera de una colina. Y más lejos aún, se descubre la masa azul negra de la montaña del Pilat, cuyo nombre a suscitado en la imaginación popular cristiana, relatos sobre el Procurador romano de Judea, Poncio Pilato, desterrado en la región y donde se habría suicidado.

Más adelante, aparece en la lejanía el fondo del valle del Gier, donde, desde hace siglos, varias industrias han hecho nacer un hábitat humano importante. Una tradición bastante aceptada pretende que algunos italianos de Bologne llegaron en el s. XV con técnicas secretas para la torcedura de la seda. Se medio escondieron en los impenetrables bosques del Pilat introduciendo un instrumento de trabajo que favorecería después el desarrollo industrial del Valle del Gier, ya desde la Valla, pero, sobre todo río abajo, en las ciudades de Saint-Chamond, Saint-Julien, L’Horme y Grand Croix.

En la época de Gabriel, La Valla era, sobre todo, un centro agrícola con algunas artesanías como la fabricación de zuecos, el calzado más común y que dura mucho, o la de clavos para la metalurgia de Saint-Chamond. Con el martinete, predecesor del martillo-pilón, se cortan varillas de las placas de hierro y los payeses están equipados para fabricar clavos en sus casas.

El pueblo, al tener como patrono a San Andéol, se llamó primero Saint Andéol; en el s. XII, se estableció, entre Maisonettes y Le Bessat, una casa fortificada en el lugar llamado del Thoil y el nombre pasó a ser Le Thoil-Saint Andéol de la Vallée (en patois Valla). Con la Revolución, sólo quedará el nombre de La Valla y, como en el departamento de la Loire hay dos La Valla, se le añadirá a éste: en Gier.

Conozcamos ahora un poco a la familia Rivat y precisemos que el apellido Rivat es el más frecuente en Maisonettes.

Jean-Baptiste, el padre, nació el 12 de junio de 1762 y falleció el 18 de septiembre de 1827, a la edad de 65 años. Su esposa, Françoise Boiron, nació el 5 de septiembre de 1765 y murió el 15 de diciembre de 1844, a la edad de 79 años. Contrajeron matrimonio en 1789. En las actas de bautismo o de matrimonio, vemos que nadie sabe firmar, excepto un Boiron, pariente de la madre.

Siete hijos llegaron para llenar el espacio algo estrecho de la pequeña granja: Jeanne-Marie, nacida en 1790; Jean-Claude, en 1791; Jean-Antoine, en 1793; Antoinette, en 1796; Jeanne, en 1798; Jean-Marie, en 1805 y Gabriel, en 1808.

A juzgar por las edades, la situación sanitaria y económica de la familia se sitúa entre la clase media. Jean-Claude y Jean-Antoine, llamados a filas, “hicieron la guerra”. Jean-Antoine, que muere a los 37 años, pudo contraer en ella bronquitis y pleuresía, causas probables de muerte prematura. Jean-Claude, del que se sabe estuvo enfermo toda su vida, llegó, sin embargo, a los 78 años. Antoinette se agotó al cuidar durante años a su madre paralítica. No se recuperó y falleció a los 52 años. Jeanne murió a los 19 a causa de una hemorragia. Jean-Marie el hombre de la casa tras la muerte del padre, murió joven también a los 33 años.

De todas maneras, incluso si en esta familia, como en otras muchas de la época, no hubo muertes en hijos de corta edad, la brevedad de la vida de varios explica que no llegaran a casarse. Jeanne-Marie, la mayor, es la única excepción, y aún asi esperó hasta los 38 para fundar una familia.

En este hogar no son ricos, pero tampoco pobres. La contribución que les correspondía pagar, 84 libras en 1791, corresponde a la clase media, y los abuelos Rivat, del Pinay, otra aldea de La Valla, están mejor situados con un 20% más y pagan 150 libras.

La granja de Maisonettes es una explotación modesta que permite tener, como en tantas otras aldeas de la montaña, “un año bueno y otro malo”. El establo puede contener media docena de vacas, tal vez un asno, un ternero y hasta una ternera de cría.

Debajo del piso vivienda, tres pequeñas grutas abrigan cabras, ovejas y cerdos. Una de ellas está reservada para la piedra de hacer clavos.

Encima del establo, la granja está a nivel del camino. Delante del establo, hay un hangar para los aperos agrícolas y encima de éste un pajar y un palomar. Hay también un pequeño huerto y, a pocos metros del conjunto, otra casa (4) con un buen pozo. Puede acoger a muchachos o muchachas mayorcitos a medida que la familia va creciendo.

La propia casa es pequeña, con las dos piezas habituales: una habitación y la cocina con su horno para hacer el pan con saliente al exterior. El piso superior parece haber sido sólo granero con un pequeño reducto para conservar el cerdo ya salado.

No se creyó necesario, como ocurre en otras regiones, cercar el conjunto para prevenir los robos. Puede ser signo de la confianza reinante entre los miembros de esta población profundamente cristiana. La familia Rivat es un buen modelo a este respecto. Se acoge siempre, ya sea en el establo o en la granja, según la estación, a los vagabundos que buscan refugio para la noche y algo de comer.

La idea de hacer fortuna o de mejorar la situación no forma parte de las perspectivas de estos campesinos. La austeridad es su ley. Ciertamente, es difícil discernir entre lo que es sentido de economía o de penitencia cristiana. La señora Rivat, para economizar la mantequilla, prepara la sopa con aceite de nuez. Más tarde, el H. François contará la historia de un niño, vecino suyo, 2 o 3 años más joven que él, a quien le ofrecen nueces y las rechaza diciendo que “las nueces son para el aceite”. El H. François añade que era de familia muy cristiana y que le emocionó “este acto de reserva y de mortificación en un niño de 6 o 7 años. Así pues, en estas familias humildes se enseñaba a los pequeños golosos que las nueces son muy agradables de comer, pero que se han de reservar para fabricar aceite (5).

Un sacerdote, Jean-Marie David, sobrino de Gabriel, hijo de su hermana mayor, nos revela la intensa vida cristiana y penitente que se vivía en este hogar.

“Mi madre, dice, había llevado cilicio hasta su matrimonio”. Hacerse sufrir de forma voluntaria parece hoy tan aberrante para nuestras sensibilidades hedonistas que enseguida hablamos de masoquismo. De hecho, se trata tan solo de imitar a Jesús sufriente y esta espiritualidad ha marcado tanto más cuanto los años de persecución religiosa han obligado a los cristianos fervorosos a vivir con más intensidad la pasión de Cristo (6).

La hermana mayor de Gabriel debió trabajar como sirvienta en alguna casa de Rochetaillé, pueblo muy próximo, pues allí se casó con Jacques David. En el momento del matrimonio éste era fabricante de clavos, pero luego será campanero cuando nació su primer hijo y armero al final de su vida.

Teniendo en cuenta que el oficio de los clavos ya no daba para mucho a partir de 1820, podemos suponer que Jacques andaba buscando el sustento para su familia y que su esposa debió seguir trabajando. Esto puede explicar que al nacer su segundo retoño, Marie-Françoise, ésta fuera criada en casa de la abuela, en Maisonettes, y que allí seguirá toda su vida, aún después de casarse (7).

Si en Maisonettes no nadaban en la abundancia, tampoco se pasaba hambre, pero, según expresión de la época, a veces se levantaban de la mesa “con algo de apetito”. El párroco David contaba que el pequeño Gabriel, ante lo escaso de la porción preparada por su madre, decía a veces con tono travieso: “Pero mama, esto no se merece un “*benedicite*”.

En el hogar Rivat, sigue diciendo el párroco David, se rezaba cada día el rosario en familia (8). Durante la Cuaresma se relevaban unos a otros para poder asistir a los rezos y predicaciones, incluso con nieve. Jamás palabras groseras o inconvenientes. Ayunos y abstinencias se observaban escrupulosamente. Jeanne-Marie, siendo niña, había recogido nueces en el camino; le preguntaron bajo qué nogal y como no pertenecía a la familia, tuvo que devolverlas. El sufrimiento se aceptaba con verdadero amor. Más tarde, Françoise ya paralítica, soportaba heroicamente su mal y decía, señalando el cielo: “Hay que llegar allí, cueste lo que cueste”. En este ambiente, la vocación religiosa brota de forma espontánea. Jean-Antoine, hermano de Gabriel, se hará sacerdote. Sin ningún atisbo de promoción social, incluso si estamos en la época donde Julien Sorel duda entre “Le Rouge et le Noir”. Y si el sacerdocio puede parecer entonces como una promoción, no lo es en absoluto la vocación de Hermanito. Al menos durante los primeros diez años de la congregación, el Hermanito recibía un formación intelectual tan limitada que se queda muy por debajo del nivel requerido para un sacerdote. En cuanto sabe leer, escribir y contar y conoce bien el catecismo, ya es apto para enseñar. Por el contrario, el ideal de la santidad se le propone con insistencia y, a este respecto, Gabriel sentirá muy pronto la llamada a la mayor exigencia.

CAPÍTULO 1

1. Jean-Louis Barge (1762-1855) tiene 27 años en 1789. Posee cierta cultura y ha sido militar. Dejó unas memorias cuyo manuscrito pasó a la familia Thibaud. Es la historia de La Valla, desde 1789 a los primeros años de la Restauración. La copia, realizada por J.B. Galley, se encuentra en la Biblioteca de Saint-Étienne, signatura: manuscritos 389.
2. 3400 ha, de las que 987 son del Bessat, municipio independiente desde 1830 y hasta esa fecha perteneciente a la Valla.
3. 2 sólo para la casa Rivat.
4. Lo que quedaba en los años 1980 estaba en ruinas. Los muros fueron derruidos para conservar un recinto alrededor del pozo que suministra agua a la casa.
5. 310 p. 507.
6. En estos mismos años de inicios del s. XIX, se encuentra en Saint-Étienne un grupo de muchachas constituidas en comunidad y que llegarán a ser, bajo la dirección de la Madre Marie Fontbonne, el inicio de la rama lyonesa de las Hermanas de Saint-Joseph. Cuando la Madre Fontbonne se encarga de ellas, les hace entregar los cilicios o disciplinas que tuvieran, diciéndoles que el apoyo mutuo, las fatigas del empleo, las exigencias de los enfermos, la ingratitud, a veces, de éstos, tendrían también un verdadero valor expiatorio. Entre estas “muchachas negras” tan mortificadas, dos eran originarias de La Valla y una de ellas era la superiora del grupo.
7. Contraerá matrimonio con François Roussilloux. Tendrán 8 hijos. Tres de las chicas serán religiosas, uno de los chicos, sacerdote. Marie-Françoise murió en Maisonntettes, el 4 de junio de 1893. François la precedió el 22 de mayo del mismo año.
8. Señala también que esa costumbre se mantuvo durante tres generaciones.

CAPÍTULO 2

La infancia de Gabriel

Sigamos ahora a Gabriel desde su nacimiento, un sábado 12 de marzo de 1808. El día 13, segundo domingo de cuaresma, verá la celebración del bautismo del niño en la iglesia, pequeña y muy deteriorada, que habrá que destruir 30 años después. Se trata, en efecto, de un edificio muy exiguo para una población de 2500 habitantes, todos o casi todos practicantes habituales. Tiene 350 m2. Muy restaurada en el s. XVI, no había sido ampliada. Se había elevado el campanario, lo que provocó problemas más tarde. Los expertos que la revisaron en 1835, vieron en el campanario un grave peligro y se decidieron por una nueva construcción.

En la época del nacimiento de Gabriel, se hicieron los arreglos indispensables y, de momento, ya no se temió que el campanario provocara el derrumbe de la iglesia. La privación del sonido de las campanas durante los años revolucionarios provocó que ahora se aprecie mucho más su sonido argentino multiplicado durante varios largos segundos por el valle.

Este modesto edificio es descrito como un “cuadrado largo” con seis capillas interiores, dedicadas a Santa Catalina, Santa Ágata, San Juan, San José, San Cristóbal y a Nª Sª del Rosario. No existen verdaderas vidrieras, sino tres pequeñas ventanas encima de las capillas, otras tres encima del coro y cuatro encima del presbiterio. Una cúpula se alza por encima del coro. La entrada se realiza por un gran portal lateral en el lado oeste y otro pequeño en el este.

Rodeando la iglesia se extiende el cementerio cerrado por muros. Hasta 1832 no se decidió desplazarlo, pero todo el tiempo que el joven Gabriel vivió en La Valla, el cementerio estaba en el lugar que ocupa ahora el ayuntamiento y, a la entrada o salida de la misa, se acostumbraba visitar las tumbas y rezar por los difuntos. Sin embargo, este 13 de marzo de 1808, la vecindad con los difuntos no evocaba recuerdos penosos a la familia Rivat ni, por consiguiente, ensombrecía el gozo del grupo humano al completo que aún no había conocido la prueba de la movilización militar. Las campanas podían anunciar el nacimiento espiritual recién acaecido de un hijo de Dios. Era preferible este motivo de sencilla alegría que los demasiado frecuentes repiques de campanas, gloriosos, sin duda, que celebraban victorias militares a costa de la muerte de tantos jóvenes.

En la parroquia, Jean-Marie Bussod había sucedido, como párroco, en 1806, a Pierre Abrial que, durante la Revolución, ya estaba allí, a título de “misionero” viviendo en la clandestinidad, como antes de él el párroco Gaumont, guillotinado en 1794.

Gabriel no había conocido nada de esto, pero durante las veladas se evocaban todavía sucesos anteriores a 1800. Se hablaba también del tío Jean que había salvado las campanas de la iglesia.

Había hecho beber a los emisarios de Javogues (1) y, una vez borrachos, no se atrevieron a subir al campanario que les pintaba como muy peligroso, hasta el punto, les decía, que el sonido de las campanas podía cuartear los muros. Se habían contentado con la promesa de entregarles las campanas a la mayor brevedad posible. Todavía están presentes en el nuevo campanario.

El domingo del bautismo de Gabriel el introito de la misa llevaba el nombre de: “*Reminiscere*”, Acuérdate, Señor, de tus misericordias. Desde luego eran raras las personas que tenían las “Horas de Lyon” (2) para poder seguir lo que los cantores trataban de interpretar. El texto continuaba: “que nuestros enemigos no dominen sobre nosotros”. Para cualquier seminarista o hijo de notario que entendiera el latín, se podía interpretar como texto en honor de la gloria de Napoléon quien, tras el tratado de Tilsit (1807), había llegado al cénit. Por desgracia, muy pronto se sabría que el considerado como amigo del papa se había vuelto su enemigo y había hecho ocupar Roma por uno de sus generales. Llegó hasta el apremio personal del pontífice e incurrir en la excomunión.

¿En qué fecha llegó la bula de excomunión a La Valla? Primero debía llegar a Lyon, y la congregación de la Sma. Virgen sería la más activa para poner al corriente al mundo católico. No sabemos cuál pudo ser al respecto la idea de la familia Rivat. Sin duda la misma de muchos católicos y de buena parte del clero: una nueva prueba que la Iglesia debía soportar. En cualquier caso, si Napoléon no era perseguidor tan horrible como los de 1793 o 1798, es seguro que no era buen cristiano.

Gabriel creció, pues, en un ambiente donde había que cantar el Te Deum por las victorias del Emperador, pero donde la irritación iba aumentando a medida que se recibían las malas nuevas de los muertos “en el campo del honor”. Tras los años de la Revolución, el reclutamiento militar no movilizaba en el campo más de un joven sobre 15 llamados a filas, pero a partir de 1810, los alistamientos complementarios se precipitan. En 1811, Jean-Claude es movilizado y cuando, el 18 de diciembre de 1812, el boletín nº 29 del Gran Ejército anuncia el desastre de Rusia, sólo queda resignarse ante la marcha de Jean-Antoine, pues el Emperador quiere resistir cueste lo que cueste.

En las familias cristianas se intensifica la plegaria de intercesión de padres, esposas y novias, ansiosos todos por la suerte de estos soldados que marchan no hacia la gloria, sino hacia la masacre. En Leipzig se enfrentan casi medio millón de hombres. Entre los franceses apenas 60.000 quedarán vivos el 4 de noviembre de 1813. Apenas parecen humanos y una epidemia de tifus acabará con un tercio de ellos.

Tales son las circunstancias que rodean la peregrinación del pequeño Gabriel a Valfleury. A los 3 añitos había visto marchar a Jean-Claude entre las lágrimas de toda la familia: “¿Por qué se marcha mi hermano mayor?” Ahora, a sus 5 años, la escena se repite: “¿Adónde se va mi hermano Jean-Antoine?” Y sin duda le responden: “Reza mucho por tus hermanos. Tu oración será la más escuchada por la Sma. Virgen”.

Valfleury es la peregrinación marial de la región. Su muy antigua imagen ha podido ser salvada de los iconoclastas revolucionarios. Desde luego, La Valla tiene la capilla de Nuestra Señora de la Piedad (3) que atrae a muchos fieles, pero la peregrinación a Valfleury tiene otra notoriedad, y además supone una verdadera penitencia para recorrer los 20 km que la separan de Maisonnettes.

¿Cómo se desarrolló la peregrinación? Tal vez aprovecharan algún carruaje para ahorrarse la mitad de la fatiga hasta Saint-Chamond. Pero aún y así, lo que faltaba por hacer sigue siendo dura prueba para las piernecitas de un niño de cinco años. Es cierto que, por aquella época, hasta un niño de cinco años seguía a sus padres a la misa del domingo y, por consiguiente, tenía ya cierto entrenamiento semanal, una hora de marcha para ir y otra para volver y con pendientes casi tan duras como las de Valfleury.

Durante esta peregrinación, y a petición de los padres, podía tener lugar una ceremonia secular: la consagración de un niño en la cofradía de Nª Sª Auxiliadora. Para ese sábado, 14 de agosto de 1813 (4), la Sra. Rivat había preparado un trajecito azul, que sería bendecido por un sacerdote de Valflery, y que el niño vestiría en algunas circunstancias, para recordarsesu consagración a María. Más tarde, sería libre para sacar otras consecuencias y, por ejemplo, decidirse por una consagración más completa en el sacerdocio o la vida religiosa.

Se ha dicho que cinco años es edad contemplativa. El pequeño Gabriel tal vez no era capaz de explicar lo que le ocurría, pero, de forma intuitiva, sentía que María había entrado más hondamente en su vida. Y ya no saldrá. Habrá que añadir que siete años es edad del uso de razón, pero, a los 2 años, Thérèse de Lisieux daba ya pruebas de algún discernimiento espiritual y, como escribirá más tarde: “Desde los 3 años, no recuerdo haberle negado nada a Dios”.

A los 6 o 7 años, Gabriel Rivat tendrá que guardar el rebaño, como casi todos los pequeños campesinos de su tiempo. Los demás miembros de la familia, chicos o chicas, ya han tenido que buscar un trabajo más rentable en la propia casa o fuera de ella. El ex-pastorcito recordará más tarde que hay que saber aceptar los reproches inmerecidos para compensar las faltas reales no sancionadas: *“Una vez me riñeron por haber hecho correr a las vacas. Aquel día no era cierto, pero había habido otras veces en las que lo había hecho y no había sido castigado”.* Por la misma época, más o menos, se nos habla de su piedad: “Le gustaba rezar sus oraciones, arrodillado a la sombra de una gran encina”. Ya entonces, la naturaleza le hablaba de Dios. Y también por entonces (1814), encontramos, entre sus recuerdos, el relato de una caída que habría podido ser grave pero que, de hecho, le llevó hacia una gran confianza en la Providencia o en el ángel de la guarda en el que pensaba con frecuencia.

Relata este suceso de forma algo misteriosa, pero dando datos y fechas que no ofrecen duda sobre la identidad del sujeto: 5 o 6 años y 1814. *“Un niño de 5 o 6 años, acostado en el heno, se levantó por la noche para satisfacer alguna pequeña necesidad y se dirigió hacia la escalera que bajaba al establo cuyo primer escalón estaba muy bajo. Al no ver nada, avanzó demasiado, se cayó y rodó hasta abajo sobre los otros cuatro escalones, cuyas piedras estaban mal colocadas. Podía haberse hecho daño, romperse algo y hasta matarse en semejante caída; y, sin embargo, no se hizo nada, como si hubiera rodado sobre un colchón o sobre algodón. Subió, pues tranquilamente a acostarse y pasó sin más el resto de la noche. Ya tenía daño en un pie y ese mal no se vio agravado por la caída. Este niño no dudó nunca que fue la protección de su ángel de la guarda quien lo llevó en sus brazos para que su pie no chocara contra la piedra”*. Sal 90 (1814) (5).

Pasado un año, llega la noticia de que Napoléon, pese a su genio militar, no puede resistir a la coalición. Francia había dado ejemplo de una gran movilización general, pero los demás países habían hecho lo mismo y debía hacer frente a la invasión de más de un millón de hombres. Los mariscales del Imperio se niegan a seguir con esta guerra inútil y el Emperador se ve forzado a abdicar en el mismo Fontainebleau donde había encerrado a Pío VII durante 5 años. El 6 de abril de 1814, acepta, pues, el pequeño reino de la isla de Elbe, y muy pronto llega la desmovilización.

Jean-Claude y Jean-Antoine pueden volver y readaptarse a la tranquila vida del campo. Pero Jean-Antoine ha tomado una decisión. Será sacerdote y, tal vez, desde el día de Todos los Santos de 1814, está ya en el seminario. Será ordenado sacerdote en 1823, lo que supone unos estudios algo cortos, pero el Sr. Courbon, primer vicario general, quien confiesa haber hecho un solo año de teología antes de su ordenación, no es muy exigente en este tema. En 1815, ya había admitido a Jean-Marie-Vianney, rechazado en el seminario y que había estudiado la teología en dos años con su párroco Sr. Balley.

La derrota de Francia produjo, desde luego, sus inconvenientes: hubo que soportar un ejército invasor. En la región, fueron los austríacos los que llegaron aquí y allá, pero no se mostraron demasiado desagradables. El Sr. Barge, ya citado, nos cuenta en su diario que maltrataron al párroco Rebod quien creía, con demasiada facilidad, que los austríacos, católicos ellos, debían estar sujetos a la autoridad del clero, incluso francés.

Mas he aquí, que Napoléon, en marzo de 1815, efectúa un retorno triunfal. Pero no hay que hacerse ilusiones. Los aliados reaccionan inmediatamente. El Emperador planta cara reclutando todo lo que queda de jóvenes vivos y los que ya tienen experiencia de la guerra serán los primeros alistados. La familia Rivat es, desde luego, monárquica y, como ya tiene rey desde hace un año, no es cuestión de someterse “al intruso”. Los dos hijos han decidido en conciencia que no volverán al ejército. Barge, en efecto, nos dice que la familia Rivat será castigada y que se impuso en su casa un *garnisair*, es decir, un soldado al que se ha de alimentar y alojar hasta que no se presenten los desertores. Naturalmente, dicho soldado emplea todos los medios a su alcance para vigilar las idas y venidas de unos y otros y sorprender cualquier conversación que pueda ofrecer una pista.

Se puede suponer que Gabriel, 7 años, se habrá encargado más de una vez de contactar con sus hermanos si éstos se esconden en los insondables bosques del Pilat.

Se desconfía menos de un niño que tiene tantos motivos de ir, jugando, a recoger fresas del bosque, margaritas o champiñones. Desde luego que ha recibido consignas muy serias sobre discreción y silencio, pues, nos sigue diciendo el Sr. Barge, “la gente se denunciaba mutuamente” con la esperanza de cobrar alguna prima.

Felizmente, los “Cien Días” pasaron rápidos. El 18 de junio de 1815, llega Waterloo. La región se entera de la noticia el 25. Desde ese día, el *garnisair* se marcha. De nuevo, y por largo tiempo, la paz se impone, pero también se reactiva la invasión. Los invasores, otra vez los austríacos, son esta vez más desagradables, pues, a sus ojos el culpable no es sólo Napoléon, del que los franceses eran víctimas, sino también toda la región que lo acogió a su regreso. Y las sanciones serán más duras. Pero en Maisonnettes no se notó mucho.

Por otra parte, estos austríacos se dejaron sorprender. Debían transportar cañones desde Saint-Chamond hacia el valle del Rhône, y se les dijo que el camino más corto era pasar por Soulages, Choméol, Maisonnettes, Laval y La Barbanche. Hasta Maisonnettes y Laval, no hubo problemas, pero para subir el caminito escarpado de la Barbanche, fue inútil fustigar a los caballos, no hubo manera. Hubo que acudir a los campesinos y enganchar uno o dos pares de bueyes. Dicho servicio contribuyó a amansarlos, pues antes se divertían asustando a la gente con disparos de fusil o matando algunas gallinas o patos.

Había que darles un decilitro de aguardiente por la mañana y tres cuartos de litro de vino al mediodía; y estos bebedores de cerveza se achispaban pronto, incluso con el vinillo de las colinas del Pilat. Pero el episodio de los cañones en La Barbanche les obligó a transigir, a tratar de entenderse con gestos, a esperar que se engancharan los bueyes y hacer probaturas. Por otra parte, los habitantes de Maisonnettes se sentían muy contentos al poder librarse de ellos, pues, una vez superado el puerto de la Barbanche, se alejarían definitivamente.

Más que de soldados enemigos, Gabriel tiene miedo de los truenos. En familia tan piadosa, debían tener la costumbre de encender un cirio y rezar cuando los relámpagos y truenos de una tormenta empezaban a ser demasiado frecuentes. Se le había prevenido de que, en caso de tormenta, era preferible mojarse que cobijarse debajo de un árbol. Provisto de estos principios y costumbres y una vez en la comunidad del Padre Champagnat, se hará notar en los días de tormenta por este temor muy céltico. No le debió durar mucho, pues, en el proceso de beatificación, el abogado del diablo (6) le reprochará no haber querido instalar un pararrayos en la casa de l’Hermitage, algo que, en su opinión, se opone a la prudencia, virtud cardinal.

Pero si la tormenta le ofrece durante el año algunas ocasiones de una plegaria de intercesión, las maravillas de la naturaleza incitan cada día al pastorcillo a la alabanza y la contemplación.

¿Habrá que imaginarse a Gabriel defendiendo sus ovejas contra los lobos? Creo que no. El H. Avit (7) cuenta una historia de lobos en la misma época y región, pero este animal estaba ya en vías de desaparición en la zona del Pilat.

¿Qué idioma se hablaba en familia? El *patois*, la mayor parte del tiempo, pero los hermanos mayores, tras sus años de guerra en el Gran Ejército, se habían visto obligados a hablar francés en este medio tan mezclado y hasta cosmopolita. Por otra parte, y desde la apertura de la primera escuela, el francés se impone cada vez más. Y Jean-Antoine, seminarista, al llegar de vacaciones hablaría más bien el francés (8).

De todas maneras, con Champagnat, que iba a llegar como vicario, el diálogo sería imposible, pues entre el *patois* provenzal de Marlhes y el franco-provenzal de La Valla, hay demasiada diferencia.

Debió ser, sin duda, con el anterior vicario con quien Gabriel debió hacer su primera confesión, pues si para la primera comunión se exige una edad más avanzada, el niño debía confesarse a partir de los 7 años, según prescribe el Concilio de Trento. No tenemos ni idea de lo que pudo ser esta primera preparación, hecha sin duda por la mamá, que debió encontrar algunas dificultades para encontrar faltas en la conducta de este hijo tan delicado y piadoso.

En el proceso de beatificación decenas de testigos afirmaron estar convencidos de que Gabriel había conservado toda su vida la inocencia bautismal.

CAPÍTULO 2

1. Uno de los 52 representantes en misión, nombrados por la Convención para aterrorizar a los departamentos, pero que, felizmente, sólo pudo durar de septiembre de 1793 a febrero de 1794.
2. Misal de uso en la diócesis de Lyon.
3. En La Valla, más conocida como Nª Sª de Leytra. ¿Se trata del mismo nombre que l’Étrat, Lestra o d’Estreaux, que evocan la existencia de una “strata”: carretera importante?
4. En sus cuadernos, el H. François comete un error al escribir “sábado 15 de agosto 1813. Valfleury. Traje azul; pastorcito de ovejas”. El 15 de agosto de 1813 era domingo.
5. 310, p. 146.
6. En un proceso de beatificación se da, de forma familiar, este nombre al “promotor de la fe”.

Es el encargado de encontrar en la vida del interesado, cuanto sea falta o defecto, y aquí, por ejemplo, una falta de prudencia.

1. Hermano Marista que encontraremos más adelante. Entre los años 1880-1890, escribió unas veinte páginas de Anales sobre cada una de las 700 escuelas de la época y, con frecuencia, encontramos anécdotas interesantes.
2. El *patois* de esta región no es un dialecto noble con gramática y literatura. Era la lengua normal en familia, pero con mucha facilidad, en cuanto se presentaba un extraño, incluso si la conversación se había iniciado en *patois,* se continuaba en francés. San Jean-Louis Bonnard, primer santo de la diócesis de Saint-Étienne, natural de Sant-Christô (a 20 km de La Valla), contemporáneo exacto de Gabriel, cuando volvía a su región en las vacaciones de seminarista, consideraba poco conveniente hablar en *patois* con la gente.

Todavía muy vigente en el Forez hasta 1940, el *patois* *forézien* es hoy día asunto de especialistas. Mons. Gardette, rector de la facultad católica de Lyon, había creado en su tiempo una cátedra de lingüística románica para conservar textos y grabaciones de lo que fue la lengua de nuestros antepasados.

CAPÍTULO 3

La llamada del Señor

El año 1815 se acaba. La Sra. Rivat puede colocar en un buen lugar, en la iglesia, el cuadro prometido pintado para ella por el Sr. Ravéry de Saint-Chamond. Es la clásica representación de Nª Sª del Rosario. La Virgen ofrece un rosario a Santo Domingo y otro a Santa Catalina de Siena. Santo Domingo es reconocible por el perro que le acompaña y que lleva en la boca una antorcha para incendiar toda la tierra. Esta evocación recuerda que, según la tradición, la madre de Domingo había entrevisto, antes del nacimiento de su hijo, su porvenir apostólico y mariano. La Sra. Rivat, madre de un hijo también predestinado, hará todo lo posible para que ese hijo sea, a su vez, un ferviente apóstol del rosario.

En cualquier caso no regateó sobre el precio. Ella, que economiza la mantequilla y la leche para la sopa, no dudó en destinar 500 francos (2 salarios anuales de un obrero de la época) para la adquisición del exvoto. Dicho cuadro se encuentra hoy en la casa que los Hermanos llaman la “cuna” del Instituto.

Pero he aquí que en el verano de 1816, hay novedades en la parroquia. Se espera a un joven vicario ordenado el 22 de julio. Alguien dinámico, y que llega unos días antes del 15 de agosto. Se llama Champagnat. Es originario de Marlhes, al otro lado de La Barbanche, a unas 6 leguas de Maisonnettes. Sorprende a todos por su estatura: 1’79 m, lo que por aquella época lo sitúa entre las tallas excepcionales, Canta bien. Predica con facilidad. Más tarde, algunos notarán que su francés no es impecable pero, en este medio campesino ¿quién lo va a notar? Si ha llegado directamente de Marlhes, ha podido pasar por Maisonnettes y, ya el primer día, haberse encontrado por casualidad con la familia Rivat terminando de recoger el heno o empezando las tareas de la siembra. Hoz o guadaña, le son familiares. No le importaría mucho echarles una mano.

Para la fiesta del 15 de agosto, es seguramente él quien hará el sermón, pues el párroco Sr. Rebod es algo tartamudo y estará encantado de cederle el puesto. Conoce las costumbres campesinas. Durante los meses de verano no habrá actividades parroquiales, pero cuando la cosecha esté terminada y arrancadas las patatas, se hablará de cosas prácticas, sobre todo del catecismo y de la preparación para la Primera Comunión.

El nuevo sacerdote tiene también otro proyecto que aún no ha desvelado. Con otros seminaristas de su promoción, han decidido fundar una nueva familia religiosa dedicada a María. Él se encarga de una de sus ramas, la de Hermanos enseñantes con el nombre de Maristas.

Desde octubre, o tal vez antes, ha encontrado un primer candidato: el joven Granjon, granadero bajo el Imperio y que es la edificación de todo el pueblo. Durante la guerra, ha podido encontrarse con los hermanos Rivat, aunque el granadero sea de otro pueblo vecino, Doizieux. Al final de octubre se decide por su nueva vocación. En efecto, en la aldea más alejada de la parroquia, ha podido ser testigo del caso de un joven moribundo que parecía ignorarlo todo sobre el Dios con el que se iba a encontrar.

Los dos discípulos siguientes, los hermanos Audras, habitan en Péorey, sobre la colina frente a Maisonnettes. El cuarto es hijo del sacristán y el quinto vive en otra aldea vecina: le Coin.

Todo esto se debe comentar entre los Rivat: ¡qué pretende hacer el vicario con estos jóvenes para quienes ha encontrado un local en lo alto del pueblo? Los antiguos combatientes Rivat lo pueden comentar con el antiguo combatiente Granjon, ya que éste está ya informado: se trata de Hermanos, como los Hermanos de las Escuelas Cristianas instalados en Saint-Chamond desde 1811.

Pero de momento, el joven vicario se preocupa sobre todo del catecismo. Por Todos los Santos de 1816, anuncia que lo va a iniciar. Jean-Marie, el tercero de los chicos Rivat, tiene 11 años. No se perderá esta formación que ya ha debido ser iniciada por el vicario precedente. Al cabo de algunas semanas, Marcellin cree que su auditorio es exiguo: “Si me traéis a un vecino o primo vuestro, os daré una estampa”. “Pues yo, dice Jean-Marie, le puedo traer a mi hermano pequeño, pero sólo tiene 8 años”. “Tráelo. Ya veremos si puede hacer la Primera Comunión antes que otros”. Y durante 2 años, Gabriel sigue con cuidado esta preparación.

Según los principios sansulpicianos, Marcellin enseña el catecismo con sobrepelliz, delante de los dos grupos de oyentes: chicos a un lado y chicas al otro. Seguro que Gabriel es todo oídos y se esfuerza por memorizar para la recitación. Como ya sabe leer, sabrá pronto el catecismo de memoria, como se exige entonces.

Sin pérdida de tiempo, Marcellin se preocupa también de la fundación de su comunidad. Ni tiene tiempo para todo ni pretende saberlo todo. Pero sabe delegar. ¿Cómo conseguir hacer trabajar juntos a 50 o más alumnos? Conoce a un joven llamado Maisonneuve, ha sido formado con los Hermanos de las Escuelas Cristianas y ha practicado su “método simultáneo”; lo hace venir para formar a sus primeros jóvenes. Desde el inicio de 1817, comunica la apertura de una escuela que puede recibir a todos los niños de 6 a 12 años y hasta pasados los 12, pues los hay que quieren recuperar el tiempo donde la instrucción no estaba a su alcance. Gabriel, desde luego, es de los alumnos más asiduos, llega con su comida de mediodía para no tener que volver a casa hasta la tarde.

Desde mayo de 1817, Marcellin lanza una práctica, aprendida en el seminario y que es el primero en introducirla en una parroquia: el mes de María (1). Este nombre figura ya en una de sus resoluciones del 3 de mayo de 1815, sin ningún comentario, pero se puede suponer la decisión de ponerla en práctica en cuanto pueda. En efecto, desde su primer mes de mayo en La Valla, invita a sus parroquianos a este acto de piedad mariana. Se reza una oración y se canta un himno. Para la lectura, Marcellin se sirve de un libro del jesuita italiano Lalomia, traducido al francés. Los niños de la escuela asisten, sin duda, a esta ceremonia, pues vemos a Marcellin entregar a Gabriel un ejemplar del libro de Lalomia como regalo de Primera Comunión (2). Decide muy pronto que el mes de María se puede celebrar también en las aldeas. Al haber niños que ya saben leer, les confiará esta tarea si no hay adultos que lo puedan hacer. Es también un pequeño apostolado que confiará a sus Hermanos.

En Maisonnettes, se lo encarga a Jean-Marie Rivat que tiene ya 12 años y es, sin duda, uno de los jóvenes para quienes va a crear una biblioteca.

En cuanto a Gabriel, que sigue la preparación para la Comunión, sólo tiene 10 años, pero ¿qué le podría impedir hacerla este mismo año? Entre los catequizados nadie sabe el catecismo como él. Y, para Marcellin, lo que cuenta no son los conocimientos sino la vida. Ahora bien, en el pequeño Gabriel existe una vida de fe que se podría calificar de visible. ¡Y su amor a María! ¡Y su inocencia!

Los tres días que preceden a la Comunión transcurren en la capilla de Notre Dame de Pitié. Es un corto pero verdadero retiro destinado a crear, en los tiernos corazones infantiles, un intenso deseo del encuentro con Jesús. Varios testigos de la Causa del Padre Champagnat, ancianos al final del s. XIX, que tenían 11 o 12 años en los años 1816-1824, han hablado del fervor y el silencio de esta preparación (3). Para Gabriel, es uno de los recuerdos más significativos de su vida.

Ese año, la fecha de la Pascua es excepcional: el 22 de marzo, la más precoz del calendario, curioso símbolo para esta comunión precoz. Entre la Pascua y el día de la Comunión, queda un mes, ya que la fecha tradicional de la ceremonia en La Valla es el cuarto domingo de Pascua, 19 de abril de dicho año. En ese intervalo, los comulgantes seguían asistiendo al catecismo y Gabriel acude, tal vez cada día, a recibir clases de latín.

Conservará toda su vida el recuerdo de esta fiesta, gracias a una estampa que llama su “gran tesoro”. Es una imagen muy clásica, en un pobre cuadro negro: representa un cáliz y una hostia adorados por los ángeles. Debajo de la mesa que sostiene el cáliz, se ve el cordero acostado sobre la cruz. Una mano poco hábil trató de poner algo de color en esta imagen en blanco y negro. En la parte baja de la imagen se lee la fecha que el Primer Comulgante no quiere olvidar. Una frase de sus cuadernos de retiro, 16 años más tarde, evoca lo que debió ser su fervor: *“recibir a Jesús-Cristo como el día de mi Primera Comunión”* (4).

El Padre Champagnat concedía extrema importancia a este primer encuentro de un niño con Jesús. Y Gabriel tenía también, desde ese momento, la misma convicción. Todo el resto de su vida, la comunión será para él un momento excepcional. Más tarde, citando a San Cipriano, podrá decir en una circular: “*La comunión es como una embriaguez espiritual que vuelve al hombre en algo totalmente diferente a lo que era, que le hace perder el recuerdo de las cosas de este mundo y lo eleva al trato de las cosas del cielo. De ahí proviene que las almas que no oponen obstáculo a la acción de este divino sacramento se encuentran en poco tiempo como transformadas por completo en Dios, no viviendo ya para sí mismas, sino para Jesús-Cristo quien, al entregarse a ellas, las sacia por completo y ya no les deja más que el desprecio hacia las delicias de este mundo”* (5).

El niño de 10 años no puede aún expresarse en estos términos, pero es ya lo que siente y lo que vive. De forma especial, su decisión está tomada y, 8 años después, escribirá en su cuaderno: “*Consagrado por mi madre a María, al pie de la capilla del Rosario, en la iglesia de La Valla, salí del mundo, el miércoles 6 de mayo de 1818*” (6). Gabriel sabe, en efecto, que el joven vicario tiene ya discípulos que estudian para llegar a ser Hermanos. Puede unirse a ellos si así lo desea, aunque sea más joven que ellos.

Sólo han transcurridos tres semanas entre la Comunión y el paso definitivo: el tiempo para que la Sra. Rivat prepare un mínimo de ajuar. Será fácil irlo completando, según sea necesario, dada la proximidad de los lugares.

El 6 de mayo, durante la novena litúrgica de preparación a Pentecostés, la tenemos bajando de Maisonnettes con su benjamín. Se dirigen a la iglesia, se arrodillan ante el altar de la Virgen del Rosario, donde ha sido colocado el exvoto, recuerdo muy reciente de la guerra. Françoise recuerda a Gabriel: “Cuando tenías 5 años, te consagré a la Virgen de Valfleury. Revestiste su hábito y lo has llevado muchas veces. Ahora, aunque llore, me siento muy feliz de que la Sma. Virgen te haya escogido. Hemos de llegar al cielo cueste lo que cueste”.

Y rezan largos momentos. “Y ahora, dice la mamá, vamos a la casa parroquial”.

Parece que Marcellin les espera. Tras las fórmulas de saludo, la Sra. Rivat domina su emoción para decir: “Acepte este niño. Haga de él lo que quiera. Pertenece a la Sma. Virgen a quien lo he consagrado muchas veces” (7).

CAPÍTULO 3

1 – Boletín del Instituto nº 207 (julio de 1867) y tesis de Francisco das Chagas: *Champagnat, primeiro mês de Maria en La Valla*, Roma 1983.

2 – El bueno y venerado Padre Champagnat me entregó, en mano, cuatro libros espirituales para mi uso: *Mois de Marie* de Lalomia (premio de catecismo), *Mentor des enfants*, siendo postulante en La Valla, *Manuel du Chrétien* y *Combat spirituel* en l’Hermitage.

3 – Por ejemplo, Claude Marie Tissot, párroco de Balbigny en 1866. “Nos llevaba dos veces cada día a una capillita solitaria, alejada del pueblo. Allí nos instruía, nos hacía rezar, cantar, guardar silencio etc… (Testimonio sobre Marcellin Champagnat. Encuesta diocesana. Textos reimpresos en 1991 en Roma. Vol. II, apéndice p. 5).

4 – 303 p. 420.

5 – Circ. 2 p. 166.

6 – 301 p. 48.

7 – Testimonio escrito del abate David (Archivos del Postulador general de los Hermanos Maristas, en Roma).

CAPÍTULO 4

El novicio y el Hermano jovencito

No dudemos ni un instante que Gabriel está en perfecta unión de voluntad con su madre de la tierra y la del cielo en esta entrega de sí mismo que realiza sin la más mínima vacilación.

De inmediato, se comporta cual fervoroso postulante. Como estudia latín, el Padre Champagnat le impone menos tiempo de trabajo manual que a los demás, y la tradición recoge que esto le merece alguna observación desagradable de compañeros algo celosos. Gabriel es sensible, pero trata de que no se note, y nada dice al Padre Champagnat de esos pequeños desencuentros. Por otra parte, logra la fuerza de aceptar estas pequeñas humillaciones en su preparación para la confirmación, sacramento que recibe el 3 de agosto de ese mismo año de 1818.

Entre 1815 y 1824, la diócesis de Lyon está sin obispo, pues el cardenal Fesch se encuentra exiliado en Roma, por su parentesco con Napoléon. Se empecina en no querer presentar la dimisión y pretende dirigir su diócesis desde la Ciudad Eterna. Para las confirmaciones, se recurre a los obispos que están de paso. Las parroquias de la región han sido advertidas de que, el lunes 3 de agosto de 1818, Mons. de Mons, obispo de Mende, administrará este sacramento en la iglesia de Saint-Pierre de Saint-Chamond.

Es una buena ocasión para tomar conciencia del papel del Espíritu Santo, ese mismo Espíritu Santo que se invoca una o más veces al día en la oración. Más tarde, el Hermano François recordará que el día de su Primera Comunión, un texto litúrgico decía: “*El Espíritu del Señor os enseñará toda verdad*”. Después de aquel 6 de mayo, se preparó también para la fiesta de Pentecostés, que tenía lugar el 10, y que se prolongaba toda la octava. Los textos de esta octava estaban llenos de relatos de los Hechos de los Apóstoles contando las manifestaciones del Espíritu sobre los primeros cristianos. Los evangelios recordaban también la enseñanza de Jesús anunciando a los Apóstoles la llegada del Espíritu. Y el pequeño Gabriel, que había asimilado muy bien cuanto le decía el catecismo sobre ello, esperaba con fervor la llegada del Espíritu de Jesús como había esperado la llegada del mismo Jesús unos días antes en su Primera Comunión. Para otros, tal vez, esta época de mucho trabajo manual no era el momento ideal de preparación, pero para él lo era con toda seguridad.

Durante un año, iba a prepararse, ahora, para la toma de hábito. En el intervalo, el día 7 de junio, fiesta del Corpus Christi, recibe el santo escapulario que es ya un hábito de la Sma. Virgen. La recepción comporta, además, una pequeña ceremonia de la que el Padre Champagnat se puede servir como medio de iniciarlo a una consagración más y más perfecta. El Hermano François guardará toda su vida una gran devoción al escapulario. Más adelante recibirá también el escapulario azul de la Inmaculada Concepción y el rojo de los sagrados Corazones de Jesús y María (1).

El miércoles 8 de septiembre de ese mismo año 1819, fiesta de la natividad de la Sma. Virgen, recibe el hábito de Hermano. No se trata de una sotana, sino de la vestimenta, un poco más solemne, que la de un campesino o un obrero, cuya única finalidad es la de diferenciar al que lo lleva y hacerle pensar que está investido de una misión (2). Incluso en 1822, el inspector, después de ver a los Hermanos de Saint-Sauveur, habla de una sencilla levita y una gran capa (3).

Al mismo tiempo que el hábito, Gabriel Rivat recibe un nuevo nombre que le recordará a su santa madre: François.

Una antigua tradición monástica sugiere, en efecto, cambiar de nombre para simbolizar el cambio de vida que se adopta al hacerse religioso, o sea, un hombre nuevo. Y Gabriel firma su adhesión a una nueva “asociación”, pues el Padre Champagnat considera prematuro hablar de congregación. Por otra parte, dicho nombre está más o menos proscrito después de la Revolución.

Que el nuevo Hermanito siga, pues, su formación intelectual, espiritual y pedagógica, pues la va a necesitar muy pronto. Pero ya que su madre ha contribuido, con un exvoto, a favorecer la cofradía del Rosario, ¿por qué no entrar él también? Y, en efecto, es admitido como cofrade en la capilla del Rosario el domingo 3 de octubre y, durante toda su vida, será ya el hombre del Rosario. La Regla de los Hermanos Maristas prevé rezar uno cada día en comunidad, pero los testigos de su vida estaban convencidos de que lo rezaba también en particular y aún más de uno, sobre todo en sus últimos años.

La fórmula de asociación firmada por el H. François consiste en las “promesas” que realizan los Hermanos desde 1818, y es hacia ese compromiso que tiende el noviciado. Dichas promesas tienen el mismo contenido que los votos de religión, aunque sin ser inherente el carácter obligatorio especial que éstos comportan. El nuevo Hermano promete buscar su santificación personal y la educación de los niños del campo, enseñar de forma gratuita a los niños pobres presentados por los párrocos, obedecer sin réplica, guardar la castidad y poner todo en común.

La obediencia va a suponer pronto para el H. François duras exigencias: dejar los queridos estudios para ir a ejercer el oficio de cocinero y de maestro a los 12 años y medio (4).

¿Qué es lo que ocurrió? En 1820, Marcellin Champagnat, al que se critica diversas iniciativas, se enteró de la llegada de un inspector a la región de Saint-Genest-Malifaux y al que sólo la nieve impidió llegar hasta Tarentaise y La Valla donde le habían señalado la existencia de sacerdotes que enseñaban latín sin abonar el canon correspondiente al colegio de Saint-Chamond. Se pensaba que esta enseñanza especial, destinada a hacer saltar una clase a los buenos alumnos de la primera clase de secundaria, reducía los efectivos de dicha clase en los colegios. El vicario de La Valla decidió, pues, cesar esos cursos. Por otra parte y para la escuela de Marlhes, abierta en 1818, tuvo que cambiar al director, H. Louis, al que necesitaba en La Valla. Este Hermano será reemplazado por el H. Laurent hasta entonces catequista en el Bessat. Su trabajo era el de hombre humilde, viviendo en casa de un campesino, que bajaba cada semana a La Valla para buscar sus provisiones en los días de invierno con frecuencia terribles. Pero, por lo menos en la gran aldea que era entonces el Bessat, se hacía todo a la buena de Dios y los problemas de disciplina apenas existían, mientras que en Marlhes había que hacer frente a clases numerosas que requerían experiencia pedagógica. En teoría, el Hermanito François estaba mejor formado que el H. Laurent, incluso si éste le pasaba 15 años. De todas maneras, podría por lo menos encargarse de un grupo de alumnos por la tarde y el H. Laurent le enseñaría a hacer la cocina. Desde luego, algo muy elemental: para mediodía, sobre todo, hacer cocer el tocino y las patatas que aportaban los mediopensionistas y preparar para los Hermanos una buena sopa consistente que permitiera esperar la otra sopa equivalente para la cena.

Al final de 1820 o primeros de 1821, tenemos a nuestros dos maestros de escuela que se van, un día de invierno, por Maisonnettes, Laval, La Barbanche y Tarentaise hacia La République, Saint-Genest-Malifaux y Marlhes. Llevan un saco de tela negra con ropa y libros. Se cuenta que en los lugares del bosque donde no se encuentra a nadie, el H. Laurent llevaba a hombros al pequeño François. Resulta algo sorprendente, pues, incluso para un recorrido de 30 kilómetros, el joven François era muy capaz de hacerlo. Tal vez, llevaba zapatos nuevos que le producían ampollas. O, a lo mejor, la nieve hacía la marcha más difícil. De todas maneras, el H. Laurent era capaz de cualquier servicio y lleno de sentido práctico.

CAPÍTULO 4

1 –El escapulario del Carmen es al principio el hábito de esta orden religiosa, pero, bastante pronto, muchos seglares desearon participar de las ventajas espirituales de los y las Carmelitas y se hicieron agregar a la cofradía del Carmelo. Habrá una especie de toma de hábito: el seglar recibía una reducción simbólica del hábito consistente en dos pedacitos de tela unidos por dos cordones y que llevará entre las espaldas (el latín scapula significa hombro) y el pecho. El escapulario del Carmen es marrón. La tradición habla de una aparición de María a San Simón Stock (¿1251?) donde le dijo: “Este es un privilegio para ti y todos los tuyos; el que muera con él se salvará”. Se comprende que tantos seglares hayan deseado beneficiarse de tal privilegio. Por lo que se refiere al privilegio sabatino atribuido a una bula de Juan XXII, y que prometía la liberación del purgatorio, el sábado siguiente a la muerte, la crítica actual ya no reconoce la autenticidad de dicha bula.

El escapulario azul está unido a la Hermana Benincasa, napolitana de los ss. XVI-XVII, que venera de forma especial la Inmaculada Concepción de María. Un 2 de febrero, la Hermana ve a María vestida de blanco con manto azul, decirle que sus Hermanas deben llevar este hábito con un escapulario azul. ¿Había en el hábito que el pequeño François recibió en Valfleurie una referencia a este escapulario? De todas maneras, su gran devoción a María Inmaculada permite comprender que estaba muy unido a ella.

Ofrece el relato del origen del escapulario azul en su cuaderno 311 p. 525.

Referente al escapulario rojo, fueron los Lazaristas (los Paúles en España. N.T.), presentes en Valfleury desde el s. XVII, quienes se encargaron de su difusión. Dicho escapulario se llama de la Pasión o de los Corazones de Jesús y de María. Fue consecuencia de una aparición de Cristo a una religiosa de la Caridad en 1846. Como el H. François formaba parte, desde 1822, de la Cofradía de los Sagrados Corazones de Jesús y María, debió interesarse por ese escapulario.

2 –Marcellin, en la decisión de dar un traje a sus Hermanos, pudo inspirarse en lo sucedido en el seminario menor. Como los seminaristas de Verrières vivían en medio de la ciudad, una decisión del Cardenal Fesch les impuso, también a ellos, en 1808, un medio de diferenciarse del medio ambiente, que consistía sobre todo en un traje: levita marrón oscuro casi negra y esclavina de uso entonces entre los eclesiásticos franceses. Aún se puede ver hoy día, no se trata de una sotana.

3 –Un día de abril de 1822, cuando el inspector vio a los Hermanos, podía ser un día frío, lo que explicaría el uso del gran abrigo negro, cuando en otra estación podrían llevar la esclavina. Otros textos aluden a “una levita hasta la mitad del muslo y abotonada hasta debajo del bajo vientre”. Se nos habla también de un sombrero de copa alta para las salidas.

Por otra parte, como el Sr. Courveille está en La Valla en 1824 y que el Padre Champagnat le deja hacer, se las arregla para imponer la levita azul celeste abotonada hasta abajo como una sotana. Ese mismo año, el arzobispo autoriza al Padre Champagnat “dar un hábito religioso” a sus Hermanos y se va a optar, también a causa del Sr. Courveille, por una levita azul y un pequeño manteo, también azul; esto provocará que en la región se les llame les Frères bleus, los Hermanos azules.

Después de 1826, una vez libre de las presiones del Sr. Courveille, el Padre Champagnat opta por la sotana negra y el rabat blanco que son todavía el hábito de los Hermanos en cierto número de países.

El H. François llevó, desde luego, estos diversos vestidos, tanto más cuanto su pequeña talla desde los 12 a los 20 años se modificó lo suficiente para imponerle todos esos cambios, lo que por su sentido de la economía no le debió resultar fácil.

4 –Un anciano sacerdote originario de La Valla pudo decir que el pequeño Gabriel le había enseñado a leer en 1819. El H. Chrysole lo dice de otra manera: “Durante su noviciado (es decir, ese mismo año) fue empleado primero como monitor y luego algo así como maestro en la escuela de La Valla” P.S.V. p. 343).

Hay que pensar que en el método simultáneo-mutuo, los alumnos más dotados son encargados de una división, por ejemplo para una lección de lectura mientras el maestro se ocupa del resto de la clase para hacer un dictado. Estos alumnos se llaman monitores. En el método mutuo tienen un papel más importante. Esto puede explicar que un niño de once años “haya enseñado a leer” a sus compañeros algo menores que él.

CAPÍTULO 5

Primeras armas

El cambio no podía agradar al párroco de Marlhes. Tras haber dudado de las posibilidades de acierto del primer director, que sólo tenía 16 años, había tenido que admitir que dicho Hermano se desempeñaba de forma admirable. Y ahora no admitía que se lo cambiaran. El H. Laurent y el pequeño H. François se sintieron, pues, muy mal acogidos. ¡Lo que Dios quiera!... Iban a hacer todo lo posible para dar satisfacción.

Debe ser en este período cuando se habla de que el pequeño François ponía una piedra debajo de su pupitre para, una vez de pie, aparentar ser algo más alto y dominar a algunos muchachos (tal vez entre 14-15 años) con mucho retraso escolar quienes, hasta entonces, nunca habían asistido a la escuela y aprovechaban los meses inertes del invierno para aprender a leer un poco.

Pero entre párrocos las noticias corren. “Hace dos años, Champagnat envió para mi escuela un joven de 16 años. Ahora me envía un monaguillo de 12”: tales debían ser, más o menos, los comentarios del Sr. Allirot, párroco de Marlhes, al Sr. Préher, párroco de Tarentaise.

El Sr. Préher es amigo de Champagnat, pero ante esa situación ya no entiende nada: el pequeño Rivat podría, mejor que su hermano, llegar a ser un buen sacerdote e, incluso, un profesor del seminario. Ahora bien, el Sr. Préher está lleno de celo para descubrir futuras vocaciones sacerdotales.

Ya en su vejez, podrá decir: “Actualmente, hay en la diócesis 28 sacerdotes que iniciaron sus estudios conmigo en Tarentaise”.

Encontrándose un día con el pequeño H. François le dice. “¿Por qué no quiere usted estudiar latín como su hermano? – Porque yo no hago mi voluntad sino la de Dios manifestada por mi Superior”. El párroco Préher se queda asombrado: “Vuestro Hermanito François, dirá al H. Louis, me ha impedido dormir toda la noche. Tiene sentimientos sublimes; si los conserva, cosa que no dudo, Dios lo bendecirá y se servirá de él para procurar su gloria” (1).

Esta primera estancia en Marlhes no debió ser larga, pues, en Pascua, como todos los años, la escuela despide a los alumnos, pero esta vez el despido será definitivo. El Padre Champagnat había dicho y repetido que no podía dejar a los Hermanos ni a los alumnos en aquellos locales insalubres y, al no haber sido escuchado, retiró a los Hermanos que no retomarán la escuela hasta diez años después.

No se sabe con certeza qué fue del H. François al final de 1821 y durante los años 1822 y 23. Parece que se halla en La Valla (2). La escuela, dirigida primero por el Sr. Maisonneuve que formó a los primeros Hermanos, lo es luego por el H. Jean-Marie Granjon que tiene toda la autoridad requerida pero muy poca instrucción y debe, con toda probabilidad, contentarse con hacer la clase de los pequeños. El H. Louis, su reemplazante en 1821, necesita un ayudante y el H. François, con su experiencia toda nueva, puede, pese a su edad, prestar este servicio. Por lo que se ve en sus cuadernos, en 1820 y 1821, hace el retiro anual en la capillita encima de la habitación del Padre Champagnat (3). En 1822 lo hace en el mismo piso, pero en una “nueva clase” creada para acoger al grupo de postulantes de la Haute-Loire, cuyo número ha impuesto la construcción llevada a cabo por Champagnat y sus Hermanos (4). El Hermanito François debió participar en ella y aprender algo de albañilería pues, mucho más tarde, se le verá construir muros en la propiedad de l’Hermitage. Debe tratarse del período en el que se alojan como pueden, a la espera de acabar la nueva construcción. Más tarde recordará que, al acostarse, debía ir con cuidado para no chocar contra las vigas del techo.

Durante el retiro de 1822, el joven maestro ha reflexionado sobre su experiencia pedagógica y comunitaria y toma la resolución de “hablar siempre con gravedad, prudencia y suavidad a los alumnos, a los Hermanos y a cualquier otra persona (5). Cuando haya recibido alguna queja de alguien, añade, no diré ni haré nada hasta que la paz haya vuelto a mi espíritu” (6).

De toda evidencia, se trata de una época en que parte de las instrucciones del retiro se refieren a las grandes verdades. En 1823, el Hermanito de 15 años anota: “Tener con frecuencia ante mis ojos la imagen de la muerte… Los juicios de Dios son impenetrables: ¿quién sabe si me ha perdonado los pecados cometidos en el siglo (= en el mundo)?” (7).

Se desconoce quién predicó esta instrucción. Por otra parte, parece que se trate de reflexiones copiadas al leer la vida de San Louis de Gonzague del Padre Opari.

En efecto, algo más adelante hay una frase reconfortante y que atribuye al Padre Champagnat: “Uno está contento, lleno de gozo al estar al servicio de un buen maestro. ¿Y qué mejor maestro que Dios?” (8). Al Padre Champagnat no le gusta mantener a las almas, sobre todo a un alma tan límpida, en la inquietud y, por eso, con sus Hermanos jóvenes pone algo de sonrisa, incluso en las reflexiones más serias. Por ejemplo: traduce a su manera la muy conocida máxima monástica: “Qui regulae vivit Deo vivit” con algo de fantasía: “Quien vive sin regla, vive como un pequeño diablo; quien vive según la regla vive según Dios” (9).

Puede ser también el Padre Champagnat quien, en el retiro de 1825, habla del recogimiento con una comparación de San François de Sales que impresiona al Hermanito François y que retomará más tarde: “Imaginad un hombre que ha recibido en un hermoso vaso de cristal o de porcelana un licor de gran precio para llevarlo a su casa. Mirad cómo marcha suavemente y con precaución, sin mirar atrás, ni a los lados sino siempre al frente, parándose y observando por miedo a dar un paso en falso o chocar contra alguna piedra; llega, incluso, a detenerse, a veces, para observar si el imperceptible movimiento del vaso no le hacer perder algo del precioso licor. Haced lo mismo después de la meditación; no os apresuréis; no os dejéis distraer y disipar de pronto derramándoos al exterior, sino mirad con sencilla y tranquila atención el camino que debéis seguir, id hacia adelante y velad con rigor sobre vuestro corazón para que no pierda esa preciosa suavidad con la que el Espíritu Santo lo ha llenado en la oración (10).

Por Todos los Santos de 1823, es nombrado para la quinta escuela abierta por el Padre Champagnat: Vanosc (Ardèche). También allí se trata de un lugar insalubre que habrá que cerrar 4 años después.

En aquellos años, el interés por la instrucción es débil y la consideración hacia los maestros casi nula. Los padres, por lo menos, hubieran podido reaccionar en favor de la salud de sus hijos. Pero, si lo hicieron, apenas dio resultado.

Esta vez, el Hermano François es un gran muchacho de 15 años quien, fuera de la clase, es requerido alguna que otra vez para realzar la liturgia vienesa, pues Vanosc había formado parte de la diócesis de Vienne hasta la Revolución.

Le gusta cantar y lo hace bien. “Para la fiesta de Navidad, le dice el párroco, tenemos la Misa Mayor con diácono y subdiácono. Pero sólo somos dos sacerdotes. ¿No podría usted hacer de subdiácono? – ¡Pero soy demasiado joven! – ¡Si no es más que eso…! La Hermana Saint-Pierre es especialista en la preparación de los oficios, de las flores, los manteles… y los celebrantes.Le pondrá un poco de talco en los cabellos y ganará de golpe varios años”.

El H. Avit, que relata el hecho, añade que la Hermana Saint-Pierre quedó tan satisfecha de su obra maestra que no pudo por menos que besar al Hermano, rojo como un tomate, pero que, luego, cantó muy bien la epístola. Al día siguiente, sus alumnos estaban muy contentos al decirle que lo habían reconocido.

Los días ordinarios eran más banales, pero resultaba imposible aburrirse con el trabajo escolar desde las 7’30 de la mañana hasta las 16’30 de la tarde, suponiendo que no hubiera internos que vigilar.

Sin embargo, los domingos después de vísperas, había un momento de recreo y el Hermano Director, comprensivo él, había dicho a su Hermanito que podía ir a jugar con el joven Glaizal, hijo de un bienhechor. El tal Glaizal contó, 60 años después, al H. Avit que se informaba para escribir los anales de todas las casas maristas, que un domingo jugaba con el joven H. François y que a consecuencia, sin duda, de una torpeza del Hermano (jugando a las bochas por ejemplo), se había enfadado tanto que le propinó una bofetada y un puntapié, y que el pobre maltratado se encerró en la cocina para poder llorar a sus anchas (11).

Golpear así a alguien revestido de sotana, habría hecho clamar sacrilegio, pero un maestro, con el atuendo de Hermano, incluso parecido al hábito, no estaba en absoluto sacralizado. La violencia ha existido siempre y el párroco Gouillet, del mismo Vanosc, daba ejemplo de mano pronta en un tiempo en que los párrocos podían permitirse todo… por el bien, naturalmente. Habiéndose encontrado tarde con cinco jóvenes en un café, un domingo por la noche, les ordenó largarse y, ante su negativa, los arrojó uno tras otro por la ventana (12).

El H. François debía adquirir, por experiencia propia, sus propios principios de vida práctica y del arte pedagógico, sabiendo discernir entre lo bueno y lo menos bueno. No se trataba de ninguna carrera universitaria ni de escuela de magisterio, y, por otra parte, con algunos principios rudimentarios había que hacer frente no sólo a una clase sino además a una cocina. Este último aprendizaje era entonces indispensable. Más tarde, el H. François lamentaba “que un Hermano no hiciera su curso de cocina, porque si es nombrado Director, no sabrá formar a los Hermanos jóvenes en ese empleo” (13).

CAPÍTULO 5

1 – Champagnat p. 68.

2 – Según el H. Sindulphe, habría sido cocinero en Tarentaise, sin duda tras el período de Marlhes.

3 – Para el retiro de 1819, dice que tuvo lugar en la sala de la planta baja convertida en habitación del Padre Champagnat; lo que daría a entender que, el Padre Champagnat, sólo tras las vacaciones de 1819, había ido a vivir con los Hermanos.

4 – La construcción debe estar inacabada, pues en 1824, dice esta vez que había hecho el retiro en la “casa nueva”.

5 – 302 p. 2.

6 – 302 p. 2.

7 – 302 p. 2.

8 –302 p. 6.

9 –302 p. 14.

10 – 302 p. 26.

11 – Avit *Annales de Vanosc* – AFM 213 – 82 p. 16.

12 – Avit *Annales de Vanosc* – AFM 213 – 82 p. 3.

13 – 310 p. 104.

CAPÍTULO 6

Hacia el compromiso definitivo

Al inicio de 1824, el H. François, como todos los demás Hermanos, es llamado a l’Hermitage donde se va a construir la gran casa que será noviciado, casa-madre, y, en sus inicios, hasta un poco casa de caridad. Como todos los demás será uno de los colonos que hasta Todos los Santos participarán en la construcción, extrayendo arena, picando la roca, transportando piedras, durmiendo donde podían: granja, granero, establo del vecino Pathouillard. Más tarde hará la descripción de las sucesivas capillas conocidas en l’Hermitage. Nos ayuda a comprender, por ejemplo, que la capillita del bosque no podía ser la solución durante los 6 meses de la construcción, pues no se podía contar siempre con el buen tiempo. Habrían tenido, pues, que ocupar otras estancias, a medida que eran utilizables (2).

En octubre, tiene lugar el retiro preparatorio para el nuevo curso escolar. El Padre Champagnat, evidentemente muy ocupado, no pude hacer todas las instrucciones. Parece ser que dicho año pudo tener la ayuda, tal vez, para una sola charla, de un personaje importante: el Sr. Gardette, Superior del seminario mayor. Se sabe que le ayudó, incluso financieramente, pero los cuadernos del H. François dan también el resumen de una exhortación del Sr. Gardette sobre los 5 medios de corresponder a la vocación marista. El segundo es muy sorprendente, pues supone que el Sr. Gardette conoce muy bien la espiritualidad de Marcellin Champagnat: “Una gran humildad, modestia y sencillez en todas las cosas: es el sello” (2).

Al llegar Todos los Santos, el H. François vuelve a Vanosc. Para hacernos una idea de su amor por los niños hemos de referirnos a cartas que escribirá más tarde, por ejemplo, a un Director: “*Continúe haciendo cuanto de usted dependa para cuidar mucho y formar bien a sus alumnos, sea para ellos como un ángel del Señor, un guardián fiel. Ya que Dios los ha confiado a sus cuidados, pídale le conceda las gracias, virtudes y cualidades necesarias para desempañar con dignidad tan noble empleo. Encomiéndelos con frecuencia a Nuestro Señor que tanto los ha amado, a la Sma. Virgen que sigue siendo su buena Madre, a San José, guardián de Jesús, y a sus ángeles custodios, rogando a estos espíritus puros ilumine, guarde y dirija a esta querida juventud en el corto pasaje desde esta vida a la eternidad. Piense que, de alguna forma, reemplaza usted al padre y la madre junto a estos queridos niños y que, por consiguiente, debe tener para con ellos cuidados paternales para con su cuerpo y, sobre todo, para con su alma. Vele de forma especial para que no sean escandalizados por ninguna mala palabra o mal ejemplo. Vigílelos, cuídelos bien y no los deje solos sin graves motivos; considérese dichoso de ejercer entre ellos el oficio de ángel custodio visible. Pero cuanto podamos hacer no es nada y nada bueno produce si el Señor no trabaja con nosotros y si no actuamos con él, ponga mucho cuidado en encomendar con frecuencia sus niños a Dios, en ofrecerle el trabajo e implorar su auxilio elevando con frecuencia hacia él el corazón durante el estudio o la clase…*”

Más adelante anotará con sabiduría: *“Los niños más que nadie necesitan diversiones, satisfacciones legítimas y virtuosas. Cuando no las tienen, se entregan al vicio. Hacerle a un niño, a un joven la vida feliz, es prestarle un servicio”* (5).

En sus notas del retiro de 1824 consigna algunos principios del H. Agathon (6) sobre la autoridad: *“Lo que más contribuye a obtenerla es una feliz y juiciosa mezcla de suavidad y firmeza, amor y temor, paciencia y energía. El amor debe ganar el corazón de los niños, sin ablandarlos ni emanciparlos, y el temor les debe reprimir y retener sin endurecerlos, abatirlos o entristecerlos”* (7).

Toda su vida se mostrará preocupado por aunar estas dos tendencias. Pero ese mismo retiro no sólo alertó al pedagogo. También hizo progresar al hombre de Dios: *“Soy templo vivo de Dios, o sea, basta de deseos terrenales, basta de sentimientos imperfectos, de ataduras humanas, pues me debo todo entero a quien lo es todo para mí. Así pues, ya no me pertenezco sino sólo a Dios… No tengo derecho sobre nada, fuera de su Corazón sagrado… ¡Oh!, ¡feliz transformación! Oh Divino Salvador, Oh Jesús, aplicad vuestro corazón sagrado sobre mi corazón y apretad con vuestra poderosa mano este divino sello, esta santa marca para grabarla bien. Y para eso, haced que siga siempre vuestros ejemplos… que viva de vuestra vida y que pueda decir: “No vivo yo, sino que es Cristo quien vive en mí, trabaja en mí y ama en mí (Gal 2)* (8).

Respecto a los niños anota también: *“Comportarse siempre con ellos con tanta dignidad, gravedad y reserva que nunca se puedan igualar con sus maestros”.* Y por otro lado: *“No abusar de la autoridad exigiendo demasiado o con demasiado rigor lo que no se puede exigir”* (9).

El H. François, como los demás constructores del año anterior, debió ser invitado a la bendición de la capilla, el 15 de agosto de 1825. El Sr. Dervieux, párroco de Saint-Pierre de Saint-Chamond, fue delegado para ello por el arzobispo. Le acompañaron los párrocos de La Valla y de Izieux.

El H. François podía haber pasado ya de Vanosc a Boulieu, pues, el 28 de abril de 1825, había fallecido el H. Jean-Pierre, Director de dicha escuela. Este santo Hermano tenía la estima de toda la población y los padres de un alumno habían querido que fuera enterrado en la misma tumba que su hijo, muerto poco antes. (10).

Al final de este año y, con toda seguridad para el año siguiente, el H. François se encuentra, pues, en Boulieu encargado de la clase llamada de los “escribientes” (11). Y desde el inicio del curso de 1825, a sus 17 años, se convierte en Director: ardua tarea. El párroco Sr. Dumas le da este consejo: “*Mantenga siempre la gravedad, no de su edad, sino de su estado, gran modestia por la calle y sobre todo en la iglesia. Hay santos que sólo predicaron con su ejemplo. Observe y haga cumplir la Regla y que se mantenga la subordinación*” (12).

El joven Director confía su angustia al Padre Champagnat que le prepara una oración preciosa a la Sma. Virgen: *“Oh Virgen santa, Madre mía, me han enviado aquí para hacer el bien. Pero sabéis que nada puedo sin la ayuda de vuestro divino Hijo y la vuestra. Por ello, os ruego me ayudéis, o mejor de hacerlo todo en mi lugar. Al rezar el Veni Sancte* (13) *y el Ave Maria al inicio de la clase, mi intención es pediros que acudáis, en mi lugar, a conducir mis manos, mis pies, mis labios y toda mi persona, de manera que yo sólo sea el instrumento que vos movéis. Y, ante un niño indócil, os lo confiaré, Buena Madre, para corregirlo, haciendo por mi parte cuanto dependa de mí. Oh Virgen Santa, ser devoto vuestro es disponer de armas seguras para combatir y vencer. Tened piedad de vuestro hijo que se arroja en vuestros brazos con la gran confianza de que no le abandonaréis. Os ofrezco y encomiendo todos los niños que me serán confiados”* (14).

Parece que el remedio fue efectivo y que el curso 1825-26 transcurrió sin mayores problemas. Sin embargo, para el Padre Champagnat, 1826 fue un año terrible: una enfermedad le llevó a las puertas de la muerte; la deserción de dos de los primeros Hermanos: Étienne Roumezy y Jean-Marie Granjon; los manejos de uno de los dos capellanes, Courveille, que provoca una visita canónica del vicario general dispuesto a encontrar mal cuanto se hace en l’Hermitage; las escandalosas faltas del propio Courveille; la decisión del otro capellán, Terraillon, de abandonar l’Hermitage. Todo esto lleva al Fundador a apuntalar su congregación por medio de emisión de votos. Éstos se emitirán, por primera vez, el 11 de octubre y que, para el H. François, serán perpetuos (15), aunque sólo tenga 18 años. Cierto que es él quien lo ha pedido, pues hay otros Hermanos de más edad, como el H. Louis, que no se han decidido a hacerlo este año. Se ha conservado el texto que lo recuerda: “*El año mil ochocientos veintiséis y el 11 del mes inolvidable de octubre, al final del retiro, he tenido la dicha de recibir a mi Dios y emitir los votos perpetuos de pobreza, castidad y obediencia, por los que me he consagrado por completo a Dios, mi Padre, y a María, mi Madre, bajo la protección de todos los ángeles y los santos, en especial de mi santo ángel guardián, de San Jean-François Régis y de San Francisco Javier, por los méritos y la intercesión de los cuales espero obtener, de la misericordia de Dios, la gracia de observarlos fielmente hasta el último suspiro de mi vida*” (16).

La alegría del H. François debía ser tan evidente que el Padre Champagnat no pudo evitar decirle: “Envidio su felicidad”. Muy por esas fechas encontramos en su diario: “*Para mí, ser tibio sería el reproche más amargo* (17); y también: “*Me gustaría verme olvidado, desconocido incluso en la comunidad*” (18); y además: *“Mi cuerpo como un templo cuyo santuario sea mi corazón*” (19). Aun siendo consciente de sus límites, tiene, desde luego, un vehemente deseo de santidad: “*Oh, Dios mío, si no puedo amaros tanto como vos me habéis amado, que os ame al menos tanto como soy capaz de amar*” (20).

Entre las fechas inolvidables de su vida anota también: el Jubileo universal, jueves 19 de abril de 1827. El jubileo de cada cuarto de siglo había sido prolongado en Lyon, desde 1825 hasta el 1826-27. La fecha indicada debe ser, sin duda, la del día en que los parroquianos de Saint-Chamond habían sido invitados a ganarlo con una confesión, comunión y visita a una iglesia. El Padre Champagnat debió insistir mucho sobre el sentido de esta indulgencia que suponía ante todo, para el cristiano, el profundo arrepentimiento de los pecados.

El H. François podía tener el sentimiento de contrición perfecta que le permitía esperar que su alma se hallaba en estado de gracia perfecta, hasta el punto de no temer el purgatorio, si llegaba a morir. Pero su confianza estaba por completo en María. En el retiro de 1830 escribirá: “*Desde mi más tierna infancia, mi querida Madre, me habéis hecho llevar vuestro santo hábito, como miembro de una de vuestras cofradías… En el mes de María dejé el mundo, donde hubiera llegado a ser un demonio. Mi madre, al dejarme ir, me consagra, me deja en brazos de María…¡Qué dicha haber sido educado bajo el amparo del Superior de los Hermanos de María...! ¡Oh, mi buena Madre!, sois el círculo que mantiene con fuerza los rayos unidos al centro que es Dios.*

*He sido un ingrato, ya no lo seré más. Ayúdame. Después de tantas gracias obtenidas de vos, ¿me rehusaréis ésta? Monstra te esse matrem (*Muestra que eres madre. N.T.). *Consagraré todos los sábados a publicar tus grandezas y reconocer tus beneficios. Jesús es el manantial de todas las gracias, pero María es su fuente distribuidora; pues por ella las recibimos. Es la plena de gracia, tesorera de Jesús Cristo”* (21).

CAPÍTULO 6

1 – 308, p. 917. Texto en el Anexo 1.

2 – Es lo que precisa para la actual sala de los frescos: “La sala de meditación, nos dice, fue la 1ª capilla provisional donde Marcellin Champagnat dijo la misa, desde que la casa fue habitable. Fue también su primera habitación. Más tarde, nos hacía allí las instrucciones durante el año y sobre todo en los retiros. Allí fue administrado y nos dirigió una conmovedora alocución”. 308 p. 998.

3 – 32 p. 49.

4 – 11 p. 114-115.

5 – 310 p. 206.

6 – El H. Agathon ingresa en los Hermanos de las Escuelas Cristianas de Saint Yon en 1747. Superior General en 1777. Aportó modificaciones a “La Guía del Maestro”, libro de pedagogía escrito por San J.B. de La Salle en 1720. En 1793, es condenado a prisión por el gobierno revolucionario. Muere en septiembre de 1798. Escribió “Las doce virtudes de un buen maestro”.

7 – 302 p. 85.

8 – 302 p. 80-81.

9 – 302 p. 88-89.

10 – En el registro civil de Boulieu no se encuentra lo que dice el H. Jean-Baptiste en *“Vida de M.J.B. Champagnat, edición del bicentenario”* (1989) p. 112, a saber: que el H. Jean-Pierre fue enterrado en la misma tumba que un niño muerto el mismo día. Es posible haya una confusión con la historia de la familia Voguë. Habían perdido un niño y habían querido una escuela cristiana para que los niños de Boulieu estuvieran preparados para todas las etapas de la vida cristiana, incluida la última. ¿Habían ofrecido la tumba de su hijo para el H. Jean-Pierre?

11 – En los inicios, los métodos son todavía víctimas de una vieja tradición según la cual lo importante era la lectura. Si se quería aprender también a escribir, había que pagar algo más. En 1825, puede ser ya una etapa superada, pero aún se sigue hablando de una clase de “lectores” y otra de “escribientes” (la clase pequeña y la grande).

12 – 302 p. 64.

13 – Esta oración se recitaba siempre al principio de la clase.

14 – 302 p.63.

15 – Se trata de votos perpetuos emitidos en secreto, es decir, no de forma oficial (la Sociedad no estaba aún reconocida por la Iglesia), sino con el permiso del arzobispo. El H. François tenía entonces 18 años y 5 meses.

16 – 302 p. 115.

17 – 320 p. 112.

18 – 302 p. 112.

19 – 302 p. 79

20 – 302 p. 105.

21 – 302 p. 228.

CAPÍTULO 7

Tiempo de formación

El H. François, ya totalmente disponible para el Señor y sus Hermanos, se va a convertir en el hombre de l’Hermitage, donde residirá casi todo el resto de su vida. Su papel allí no quedará muy precisado hasta 1826. El Padre Champagnat le hizo seguir un curso de medicina para llegar a ser un buen enfermero, pero, al mismo tiempo, da clases a los novicios. En otoño de 1827, el H. Louis, maestro de novicios, tiene que reemplazar en Saint-Paul-en-Jarez, de forma provisional, a un Hermano muerto en accidente y el H. François ¿se convierte en maestro de novicios pese a su edad? Es lo que parecen decir ciertos testimonios de la época (1) y lo que él expresa en su cuaderno de retiro de 1829, con reflexiones del que ocupa dicho cargo: “*Un maestro de novicios debe insinuarse en el espíritu de cada uno de ellos, ir por delante y tratar de conocer sus penas, inquietudes, etc… tanto por el reglamento como por su vocación*”.

El Padre Champagnat cree tener en el H. François un posible sucesor a quien formar. Esta formación será el Espíritu Santo quien se la procure a través de los acontecimientos y de las personas.

No llegó a vivir la crisis de 1826, pues estaba en Boulieu al menos hasta el verano, pero sí la de 1829, en la que un viento de rebelión sopla en algunos espíritus. El Padre Champagnat ha decidido ciertas modificaciones en el vestido (sobre todo las medias de tela) (2) y en el método de lectura (3). Son mal aceptadas: se organiza una campaña de firmas para protestar por imposiciones juzgadas tiránicas. El Fundador va a reaccionar con gran firmeza, despedirá a los dos principales fautores de la maquinación y dejará marchar a algunos otros los días siguientes. El H. François, lo veremos, se acordará 25 años después.

Se acordará también, aún más tarde, de la forma en que Marcellin Champagnaat afrontó la Revolución de 1830, con un espíritu de fe de aspectos desconcertantes: ¿pues no pide al arzobispado permiso para una toma de hábito cuando el clero abandona de forma provisional la sotana?

Tras las dificultades vienen las bendiciones. En 1831, llega a l’Hermitage un seminarista, Pierre-Alexis Labrosse (4) quien, en el momento de recibir el diaconado, considera su deber no continuar el camino del sacerdocio. El superior del seminario, Sr. Gardette, le ha aconsejado contactar con el Padre Champagnat. Y el 16 de octubre de 1831 viene a engrosar las filas de los novicios con una evidente preparación intelectual muy superior a la del H. François.

Se verá sometido, como cualquier otro novicio, al trabajo manual (recoger nabos en un día de invierno con el suelo helado), a las penitencias y humillaciones al uso, si bien al mismo tiempo, se utilizarán sus competencias, y el H. François sabrá aprovechar sus enseñanzas. Es, para él, una ocasión de iniciarse, entre otras cosas, a las matemáticas, la geometría y familiarizarse con la agrimensura que entrará muy pronto en los programas.

El noviciado del joven Labrosse, convertido en el H. Louis-Marie, será, por desgracia, demasiado corto, pues se le necesita para una escuela de importancia en La Côte-Saint-André; pero estos cortos meses han abierto al H. François vías hacia conocimientos que podrá profundizar. En cualquier caso, sus cuadernos revelan interés por los estudios más diversos: gramática, ortografía, prosodia, historia de la Biblia, historia antigua, literatura y puesta al día de las correspondencias entre el sistema métrico y medidas antiguas.

Se interesa también por el cómputo eclesiástico, la química, las ciencias naturales e, incluso, el arte de la correspondencia con escrituras secretas. Sí, siente curiosidad por todo, pero su existencia muy ocupada y delicada salud limitarán pronto esta apertura al saber ampliado. Desde esta época se concentra en lo más práctico. Tal vez por su cargo de enfermero, se inicia en la farmacopea de su tiempo y se prepara diversos recetarios de remedios, todos manuscritos, uno de ellos de 848 páginas con el nombre de la enfermedad, su diagnóstico y su terapia.

Veamos, por ejemplo, el remedio de caballo que se propone para los aquejados del cólera (5). “Calentar al enfermo tanto en su interior como en su exterior, rodearlo de ladrillos calentados al horno, frotarle con ortigas, pasearle por todo el cuerpo una plancha lo más caliente posible. Cuando ya ha vomitado, hacerle beber un vaso de aguardiente en el que se ha machacado una docena de granos de pimienta” (6).

El considerable número de manuscritos que redactó pone muy a las claras que estaba al corriente de los progresos de la medicina, incluso si se trataba de una medicina muy empírica. En 3 cuadernillos encuadernados juntos se encuentra, con la descripción de los remedios, el léxico para localizar las citas.

¿Se trata de eliminar pecas?: destilar agua con flores de hinojo y ruda y lavarse la cara. Este agua quita las pecas” (7).

Contra el cólico: “tomar medio litro de vino blanco; hacer infusión con 3 pizcas de manzanilla. Las flores de manzanilla son suavizantes, emolientes y resolutivas. Beber medio vaso al atacar el cólico y otro medio al acostarse” (8).

Contra el estreñimiento, hay, entre otros, un remedio al que se llama “muy sencillo”. En la comida de la noche y en la de mediodía, se toma una manzana, se le quita el corazón, se llena de azúcar y se cuece en un cazo pequeño con medio vaso de agua y un poquito de mantequilla (9).

Encontramos también recetas para combatir el mal aliento. Se trata, por ejemplo, de pastillas hechas a base de chocolate, café, carbón vegetal, azúcar de vainilla, mucilago de goma con un poco de raíz de ruibarbo, genciana o alcanfor (10).

Para las picaduras de víbora se indica una mezcla a preparar. “Si se aplica sobre la herida, el mal no tiene más efecto que un corte con un cuchillo” (11).

Naturalmente, le medicina actual puede sonreír y proponer soluciones mucho más eficaces, pero, entonces, cuando médicos y farmacéuticos escaseaban, había que procurarse algo que ofreciera curación y alivio.

En un “pequeño diccionario químico” se encuentra “el agua de l’Hermitage”, “el elixir de Saint-Genis” que pudieron ser muy bien un ensayo del célebre arquebuse (12). Hay también la ratafía, compuesta de 9 plantas maceradas en aguardiente, que debió ser la primera, pues las dos siguientes utilizaban ya 15 y 16 plantas.

En otro pequeño diccionario químico, una receta para tener hielo en cualquier época del año (13). En otro lugar se encuentra un remedio para el dolor de muelas: poner en el hueco de la mano una cucharilla de café con buen aguardiente; respirarla con fuerza por la nariz del lado del diente enfermo, apretando con el dedo la nariz opuesta, el mal cesa muy pronto (14).

Otras fórmulas están tomadas de celebridades de la época: Laennec, Récamier y Villermé, en un diccionario de los remedios (15).

En un cuaderno de 271 páginas sin acotar, nos encontramos una receta que no parece ser una broma: “para afeitarse sin usar jabón, navaja ni agua”. El ingrediente a fabricar se describe con todo detalle, y, “cuando esté completamente seco, se aplica sobre la barba, se fricciona suavemente y usted se encontrará perfectamente afeitado”.

Para completar este capítulo, señalemos un apartado de anatomía (16), un cuaderno sobre propiedades de las plantas (17), y otro de elementos varios sin relación con la medicina (pesos y medidas, calendario perpetuo, etc…) (18).

Cuando el H. François se topa con un Hermano enfermo, juzga con bastante rapidez si su caso requiere un médico, pero en la mayoría de los casos, indica él mismo el tratamiento a seguir, y, generalmente, se nos dice, con excelentes resultados. Llegó a prepararse un maletín quirúrgico para pequeñas operaciones.

Desde la perspectiva actual, esta formación podrá parecer muy acelerada y poco ordenada.

Pero, para sus amigos, el Señor sabe lo que quiere. Quiere un Superior general que acepte encontrar en su propia debilidad la fuerza divina que pueda necesitar. Siempre enfermo él mismo, el H. François no se curará, pero tendrá más fácil compasión para los demás enfermos y sabrá cuidarlos. Impedido con frecuencia para escribir a causa de parálisis, encontrará colaboradores competentes a quienes dictar sus circulares. “Mi gracia te basta”: esto es algo que tendrá el heroísmo de aceptar como palabra de vida.

CAPÍTULO 7

1 – En particular, el H. Angelicus, asistente general (nacido en 1859) quien dice: “dio clases a los novicios y luego fue maestro de novicios” (P.S.V. p. 412).

2 – Se trata de medias muy poco elegantes, pues no moldean la pierna como las de punto, pero tienen la ventaja del “prêt à porter”. Hay 4 o 5 tallas y se fabrican en serie.

3 – Este método de lectura no era un invento de Marcellin Champagnat, sino la opción de un procedimiento ya conocido el siglo anterior que hacía pronunciar las consonantes de forma más fácil de asimilar para los principiantes y acostumbraba a pronunciar grupos de letras en un solo bloque. Los métodos actuales van en la misma dirección para obtener una rápida asimilación de la lectura.

4 – Nacido el 4 de junio de 1810 en Ranchal (Rhône), pueblo donde, 60 años antes, había predicado el muy famoso Padre Brydaine. Bien dotado y estudioso, fue un brillante seminarista antes de convertirse en Hermanito.

5 – 45 p. 76. Los años 1832 y 1835 conocieron terribles epidemias de cólera, si bien la diócesis de Lyon se vio poco afectada, gracias a la preservación milagrosa obtenida por innumerables peregrinaciones de las parroquias a N.-D. de Fourvière. Pero la fe no impide precaverse con la medicina.

6 – 43 p. 19.

7 – 43 p. 20.

8 – 43 p. 22.

9 – 43 p. 22.

10 – 43 p. 61.

11 – 43 p. 81.

12 – 47 p. 40.

13 – 47 p. 56.

14 – 45 p. 32.

15 – 49

16 – 42

17 – 44.

18 – 41.

CAPÍTULO 8

Cuando la santidad resulta contagiosa

La vida intelectual necesita ayudas: profesores, gente instruida, investigadores. La vida espiritual también. Incluso el santo debe aprender de otros santos. Para el H. François está, desde luego, el Fundador, pero ciertos cohermanos pueden mostrar también una fidelidad que puede sorprender. Es el caso del H. Bonaventure cuya vocación nada tiene de banal.

A consecuencia de las intrigas de 1829, varios Hermanos pidieron retirarse, entre ellos un tal H. Pothin, natural de Ampuis. Ya en su pueblo, proclamaba a viva voz que l’Hermitage era una casa detestable, su director un tirano, y que lamentaba mucho el tiempo que había perdido allí.

Por otra parte, incluso algunos de los que habían permanecido fieles, manifestaban su inquietud por todas estas salidas y tendían a reprochar al Padre Champagnat haberse mostrado demasiado severo. El H. François, por su parte, podía meditar entonces la respuesta del Fundador que jamás olvidará: “Hombres de poca fe, ¿pensáis que la casa se va a derrumbar porque algunos sujetos sensuales, orgullosos y entregados a su propio espíritu, han merecido, por haber abusado de la gracia, verse separados de la congregación? Para Dios no es difícil llenar los huecos producidos entre nosotros. Puede utilizar los primeros hombres que pasen por la calle”. (1)

Esta respuesta resultó en verdad profética. En efecto, un joven, Antoine Pascal, sirviente en el mismo pueblo, oye hablar de los propósitos y reflexiones que circulan por el pueblo: “Toucheboeuf, apellido del ex Pothin, se ha salido del convento y, si lo que dice es cierto, los jóvenes no se verán con ánimo para llegar a ser Hermanos”.

Antoine no es hombre que actúe por capricho, pero es ya alguien fiel al Espíritu y es ese mismo Espíritu quien le empuja a aceptar el desafío: “¡Ah!, Toucheboeuf se ha vuelto y da por perdido el tiempo pasado en el convento. Pues bien, yo quiero reemplazarlo. Todo lo que dice no me asusta en absoluto. La semana próxima voy a pedir ocupar su puesto y espero que Dios me conceda la gracia de hacerlo hasta la muerte”. (2)

El 31 de mayo de 1830, está en l’Hermitage como postulante. Desde el 27 de junio es ya novicio bajo la dirección del H. Louis. (3). Un mes más tarde empieza la Revolución y el Padre Champagnat puede decir al nuevo Hermano que ha escogido mal el momento para hacerse religioso. A lo que Antoine Pascal responde: “Padre mío, desde que estoy aquí, no he cesado de dar gracias a Dios por haberme retirado del mundo; lo que está ocurriendo lejos de asustarme me afirma más en mi vocación. Esta misma mañana me he sentido vivamente empujado a venir a pedirle el hábito de Hermano para sufrir como religioso si nos vemos molestados”. (4)

La toma de hábito tuvo lugar el 9 de octubre de 1830. Y muy pronto, el Padre Champagnat encontró tan firme esta vocación que se iba a servir del joven Hermano, conocido desde entonces bajo el nombre de Bonaventure, para curar a otro excelente religioso: el H. Cassien, que encontraba muy mediocres los Hermanos que le confiaba. El Padre Champagnat envía, pues, al H. Bonaventure junto al H. Cassien quien, al cabo de 6 meses, confiesa estar lleno de confusión ante la virtud del recién llegado: “Puede usted, le dice, confiarle enseguida la dirección de una casa”. – “Voy a hacer algo mejor, responde el padre, voy a hacer de él un maestro de novicios”. (5).

Y, cosa increíble, este joven de 27 años, casi analfabeto, ayer mismo criado de una granja, se va a convertir, durante 20 años, en maestro de novicios”. Es de una sencillez y humildad extremas. Hacia 1850, como el nivel cultural de los postulantes es algo más elevado, se le encuentra un reemplazante más intelectual, y él sustituirá, como cochero, al H. Jerôme, que acaba de morir. En 1853, pasará, como la mayoría de los Hermanos, a Saint-Genis-Laval. Durante los 12 últimos años de su vida, recobrará su empleo de campesino. Ya de pie a las 3 y media de la mañana, ordeña las vacas, da de comer a los animales, y está a punto para asistir a la oración. El H. François tenía a su lado un modelo nada vulgar y una lección inolvidable para imitar: si el Señor deja purificar la atmósfera por una rebelión interna o una revolución exterior, se trata de una purificación que no hay que temer pues es fuente de gracia.

Por esa misma época, anota también en su cuaderno de retiro los consejos de San Francisco Javier al Padre Gaspard Barzée: *“Todas las faltas cometidas por los Hermanos contra la obediencia deben ser castigadas con una pena; y en eso no hay ninguna excepción. Si algunos de sus inferiores actúan contra usted de forma altiva y que, llenos de sí mismos, le resisten de forma obstinada, elevaos contra ellos; habladles como amo y que vuestra conducta con ellos sea más de severidad que de dulzura. Imponedles penitencias públicas; sobre todo, cuídese mucho de que no vean en usted debilidad y que piensen que se les teme; porque nada es tan negativo y lleva más a la revuelta de los espíritus obstinados e indóciles que advertir falta de rigor en quien les gobierna”* (6). Lo veremos, el H. François no transigirá nunca ante el deber. Es consciente de que, a veces, hay que seguir el rudo consejo de su patrono San Francisco Javier.

Pero él mismo tiene que empezar por obedecer. El Padre Champagnat le ha encargado redactar un reglamento para la casa de l’Hermitage, que será más bien una puesta por escrito de lo vivido durante los últimos 14 años. Ha hecho un buen trabajo, pero el Padre Champagnat le pide volverlo a redactar para organizar mejor lo que, teniendo más valor jurídico, serán un día las Constituciones y lo que, al ser más de orden práctico, se convertirá en las Reglas. Varios testigos notaron que, en esta ocasión, no manifestó desagrado alguno y tranquilamente, refundió su primer trabajo.

Será, sobre todo, a partir de 1835 cuando se convierta en secretario del Padre Champagnat, pero sin cesar como enfermero y Superior de la casa.

Cuando el Padre Champagnat esté ausente, y lo hará con frecuencia para visitar las numerosas escuelas, el H. François es el único responsable de l’Hermitage, lo que será el caso, sobre todo, durante las ausencias del Fundador en Paris en 1836 y 1838.

Pero sigue siendo el Hermanito que se somete a las humillaciones previstas por la Regla. ¿Ha dejado quemarse un recipiente de metal o roto una vasija?, se pondrá de rodillas en el comedor con el objeto víctima de su torpeza, provocando, sin duda, la risa de unos y la admiración de otros (7). La cazuela quemada o la vasija rota llegarán a ser, dice un testigo, legendarias en el Instituto.

Acorde con la rectitud de su espíritu, no buscó conocer cómo sería interpretado su gesto. Lo hizo porque sabía ser la voluntad del Señor expresada en la Regla o en la costumbre. Modelo antes del Hermanito, ahora lo es del Superior.

Por otra parte, sus notas de retiro expresan decisiones mucho más heroicas:

*“Haré de toda mi vida la revisión más rigurosa y más severa. En ello aportaré mi penitencia y la haré con el ardiente deseo de agradaros y satisfaceros. La haré también tan santa y completa como me parezca debe ser y que mi debilidad sea capaz de soportar. No me detendré ahí. Señor mío, arreglaré también el porvenir, lo santificaré, no me permitiré ni escatimaré nada, para que nada me detenga cuando me llaméis a Vos, y que pueda sin tardanza ni obstáculos tomar posesión de la beatitud eterna que me habéis prometido”* (8).

No contempla haber hecho un voto de pobreza teórico que no le cause ningún quebranto: *“Sufriré con paciencia y resignación y hasta con alegría todos los dolores, incomodidades, aflicciones y penas del cuerpo o del espíritu y todas las privaciones de mi estado, bien convencido de que al hacer profesión de pobreza religiosa, no debo tener ni buscar mi comodidad aquí en la tierra”* (9). Y hasta el fin de su vida querrá vivir como pobre entre los pobres.

Habría que citar también aquí en su integridad el acto de consagración y de unión que hizo, al parecer, después de la emisión de votos.

*“Deseo, Dios mío, estar absoluta y perfectamente unido a vos, caminar siempre en vuestra santa presencia… Pero como las ocupaciones, distracciones… se oponen con frecuencia a mis deseos y me separan de Vos, os presento el pacto que me atrevo a hacer con Vos y que os ruego aceptéis: Quiero con cada una de mis aspiraciones atraeros hacia mí y con cada una de mis respiraciones darme a vos, de la manera más perfecta… y con el único deseo de vuestra mayor gloria. Quiero que cada latido de mi corazón os diga que ese corazón os pertenece… y que suplica os hagáis su dueño absoluto para servir de holocausto…*

*Cada vez que contemple la cruz, una imagen, una iglesia o que levante mis ojos al cielo, pretendo deciros que mi dicha consiste en miraros y que me uno a todos los actos de amor realizados, que se realizan y realizarán por Jesús Cristo, la Sma. Virgen, por todos los ángeles, por todos los santos del cielo y todos los justos de la tierra.*

*… Deseo penetrar tan íntimamente en vos que no forme más que un solo ser con Vos, de modo que ya no sea yo quien viva sino vos quien viva en mí… y que os ame con todo el ardor de vuestra caridad. Amen”* (10).

Verdaderamente, l’Hermitage recibióun “hombre de deseo” (11) de una calidad excepcional y consciente de su responsabilidad.

CAPÍTULO 8

1 – Biographie p. 109 y siguientes.

2 – Id.

3 – El H. Louis-Marie, a la muerte del H. Bonaventure, consagrará 20 páginas de su circular a este Hermano. Las frases que atribuye al Hermano y al Padre Champagnat comportan bastantes anacronismos, pero no se equivoca al decir que el H. Louis era maestro de novicios, ya que lo conoció como tal. Esto querría, pues, decir que el H. Louis, tras un tiempo de ausencia, habría retomado su empleo de maestro de novicios reemplazando al H. François, hasta, tal vez, el año 1831-32 en que el H. Bonaventure lo reemplazó.

4 – Cf. Notas 1 y 2, más adelante.

5 – Id.

6 – 303 p. 290.

7 – Citado, entre otros, por el H. Damien, PIC p. 270.

8 – 303 p. 104. Para no sobrevalorar las cosas, cuando se habla de sus notas de retiro, no se puede pretender que sea suyo todo cuanto escribe. Es muy posible que sea, por ejemplo, algo tomado de la vida de un santo que admira o al que trata de imitar.

9 – 302 p. 119.

10 – 302 p. 125-126.

11 – La Biblia emplea este término para Daniel: *vir desideriorum* (9,23; 10,11; 10, 19).

CAPÍTULO 9

Brazo derecho del Fundador

Repitamos el recorrido histórico a partir del año 1830. Éste había quedado marcado por algunos sobresaltos políticos pero, finalmente, nada grave había ocurrido, pese a los pronósticos. Pero los prejuicios son tenaces y esta casa, llena de sotanas, no podía por menos de ser “un guarida de canallas” que preparaban una contra revolución. Esa era, por lo menos, la opinión del subprefecto de Saint-Étienne.

En la primavera de 1831, se puede observar que se nos vigila y, al final de julio, tiene lugar una visita domiciliaria que se pretende amenazante pero acaba en un sainete donde el Padre Champagnat juega muy bien su papel de sacerdote sin miedo ni reproche (1).

El procurador del Rey, Valentin-Smith, cumplió a su pesar esta penosa misión y quedó encantado de lo que vio en l’Hermitage y animó al Fundador a desarrollar su obra. Un resumen del artículo publicado por él en su periódico “*Le Stéphanois*” apareció en “*L’ami de la Religion”*, revista del clero francés. De nuevo, esto animó a intentar una 5ª petición de reconocimiento legal, tras el fracaso de la anterior, 1828-29, en el momento de las “Tres Gloriosas”, al final de julio de 1830. Como en las veces anteriores, se trataba de hacer llegar al arzobispado un dossier, mostrando el crecimiento numérico de los Hermanos Maristas, los servicios que prestaban a la educación, etc… Pero estamos todavía demasiado cerca de la Revolución, que se quiso localmente anticlerical, para que el gobierno liberal acepte favorecer una nueva congregación religiosa. Esta petición no tendrá consecuencias.

Sí, la lucha será difícil y, si más adelante se verá coronada por el éxito, aún no es llegada la hora. El ministerio de Instrucción Pública instala, en efecto, estructuras favorables para crear un cuerpo de maestros bien preparados, al menos intelectualmente. La ley Guizot (1833) obliga también a los municipios a un mínimo de esfuerzos financieros para abrir escuelas y pagar a los maestros. ¿Deben los Hermanos bajar los brazos? Al contrario, el Padre Champagnat crea, él también, estructuras: clases de recuperación para los Hermanos de no demasiada edad y que pueden preparar el diploma, y clases durante las vacaciones (que provocarán la admiración del inspector), para la puesta al día del conjunto de los Hermanos enseñantes. Durante largas décadas habrá, en efecto, una obra inmensa a realizar en muchos pueblos.

El nuevo Consejo del distrito de Saint-Étienne y el nuevo Consejo general de la Loire empezaron siendo reticentes con respecto a los Hermanos. Al ser amigos de los conservadores, batidos en 1830, de forma automática eran clasificados como adversarios de los liberales, vencedores en las elecciones. Ahora bien, esos mismos liberales van a constatar que los religiosos maristas no se ocupan de política y les otorgaron pronto un juicio favorable, votando, incluso, a su favor por unanimidad.

Pero entonces, es el arzobispado quien les crea problemas. El intrigante Padre Pompallier (2) que va en pos de la consagración episcopal y une prestigio y facundia, opina que Champagnat es un santo hombre, pero poco apto para dirigir una congregación de enseñanza. “Dense ustedes cuenta, nombra maestro de novicios a una antiguo criado de granja. Ha decepcionado a Hermanos bien dotados, con decisiones, al menos discutibles en el mejor de los casos. Es hombre está hecho para empresas materiales, no para realizaciones de nivel intelectual”. Estos son algunos de los argumentos que debe andar propalando.

Intenta pues, unir los 80 Hermanos maristas con una congregación naciente, los clérigos de Saint-Viateur, que tiene dos miembros, pero cuyo Fundador ha sabido, poco antes de la caída del trono de Charles X, obtener el reconocimiento legal que el arzobispado no ha podido conseguir para los Hermanos Maristas.

El Padre Champagnat siente, desde luego, la necesidad de compartir esta nueva preocupación con el H. François, pues lo que se ofrece como un bien sería un desastre, como reconocerá el propio arzobispado dos años después. De todas maneras, lo mejor es ponerse de nuevo al trabajo y preparar nuevo dossier para esta nueva demanda de autorización que, desde ahora, quedará a la iniciativa de los Hermanos.

Los primeros resultados de 1834 parecen alentadores. Louis-Philippe firma el reconocimiento de los Estatutos, pero el reconocimiento en sí mismo es otra cuestión. Se discute, incluso, si puede ser concedida por decreto o si se precisa una ley, lo que supone el acuerdo de las dos Cámaras. Ahora bien, el problema es el siguiente. Con el número de candidatos a la vida marista que llegan a l’Hemitage, muchos con 20 años de edad, sabiendo justo “un poco leer y escribir”, se ha de esperar algunos años hasta que adquieran el nivel del *brevet*, diploma que permite firmar un compromiso decenal que dispensa del servicio militar. Si, hasta entonces, tienen un mal número en el sorteo, deben marchar al cuartel para, al menos, 6 años de servicio.

El H. François sabe bien que hay soluciones. En la época de las guerras napoleónicas, sus Hermanos hubieran podido eludir la movilización si hubieran sido lo bastante ricos para pagarse un reemplazante. A veces no quedará más remedio, pero sólo en contadas ocasiones, so pena de grabar peligrosamente los presupuestos.

Si, por el contrario, los Hermanos Maristas hubieran formado parte de una congregación reconocida, les hubiera bastado una obediencia del Superior para verse dispensados del servicio militar. Este reconocimiento, al resultar muy difícil de conseguir para sí mismos, la solución podría ser la unión con una congregación reconocida, no con la propuesta por el arzobispado, sino con otra, la de Saint-Paul-Trois-Châteaux (Frères de l’Instruction chrétienne de Valence). Provisionalmente sería una unión algo ficticia, sin alterar en nada la administración de los Hermanos Maristas ni su gobierno, pero permitiendo a los Hermanos amenazados por el alistamiento, existir durante dicho tiempo bajo el título de Frères de l’Instruction chrétienne de Valence.

Este acuerdo llegará a ser algo más tarde una unión completa llena de ventajas. El H. François, que vivió su génesis, sabrá sacar el mejor provecho.

Las vocaciones continúan afluyendo. Diez años antes, cuando se construía la casa de l’Hermitage, mucha gente hablaba de delirios de grandeza. Pero hubo que ampliar y ponerse a construir. Será el trabajo de los años 1836 y 1837. Volverá la pregunta: “¿De dónde sacar el dinero?”. ¡Esa es una de las preocupaciones de Champagnat! Pero su preocupación principal es hacer la obra del Señor. Si éste le envía vocaciones, tiene que alojarlas. Tan sencillo como eso. María es el “Recurso Ordinario”. Hacemos su obra. Ella se ocupa del servicio *post venta*.

La nueva construcción concederá un lugar muy honorable a la capilla. El H. François ha dejado una descripción minuciosa para que la posteridad lo recuerde, si hiciera falta remodelarla, lo que, en efecto, habrá que hacer 40 años después (3).

Dicha capilla será bendecida en octubre de 1836 por Mons. Pompallier quien se embarcará poco después para Oceanía con 4 Padres Maristas y 3 Hermanos. Habrá acogido también al Padre Pierre Chanel que morirá mártir en 1841. Y, sobre todo, será el lugar santo donde el Padre Champagnat celebrará todavía la misa durante 3 años.

Pero otro suceso tiene lugar justo antes de la bendición de esta capilla. Marcellin ha realizado un acto de fe y fidelidad que, según las miras humanas, sólo puede acarrearle dificultades en su vida: acaba de convertirse en Padre Marista. La promesa realizada otrora en Fourvière por él y una docena de seminaristas pretendía fundar una Sociedad de María. En su propio proyecto, debía incluir Hermanos enseñantes, pero el proyecto global sólo comprendía Padres, Hermanas y seglares maristas. De hecho, el Fundador de los Hermanos había sido co-fundador de los Padres y orientado una quincena de postulantas hacia la rama de las Hermanas.

El 24 de septiembre de 1836, se compromete, pues, como Padre Marista y hace los votos que le ligan al Superior general elegido: Jean-Claude Colin.

Por ventura había podido emprender los últimos trabajos antes de dicho compromiso, ya que, a partir de ahora, el Padre Colin va a limitar su dinamismo constructor que le asusta. El H. François será testigo de su obediencia heroica. Marcellin está dispuesto incluso a reducir cierta eficiencia de su propia congregación si es útil para ayudar a la congregación de los Padres. En la Regla impresa en 1837, pide a todos los Hermanos “volar con gozo en ayuda de los Padres Maristas, en cuanto sean requeridos por el Superior”. (4)

El H. François se había formado en ese espíritu y, más tarde, en muchas ocasiones intentará crear o recrear con los Padres Maristas lazos que la Santa Sede juzga poco oportunos, pero en los que el Fundador había insistido mucho. En este tema, el discernimiento será largo.

Antes de emitir sus votos, el Padre Champagnat se había desplazado a Paris para sondear las disposiciones de los ministerios que debían decidir el reconocimiento legal de la congregación. Al constatar que los espíritus no estaban lo bastante dispuestos, no había insistido y había regresado a l’Hermitage, y luego a Bellay, para la ceremonia de fundación de la rama de los Padres. En su ausencia, relativamente breve (un mes), habían tenido que dirigirse al H. François y así se habituaban a su función vicarial: si el Padre Champagnat se ausentaba, el H. François era su reemplazante. Ahora bien, en 1838, la ausencia del Fundador va a ser mucho más prolongada, Dejará l’Hermitage a principios de enero hasta primeros de mayo, y de nuevo de mayo a julio. Estará en contacto por carta, pero, durante este período, el H. François deberá tomar muchas iniciativas.

Se conservan las numerosas cartas que recibe y guarda piadosamente. El Fundador no tiene duda en su reemplazante, pero le hace las recomendaciones necesarias: entenderse bien con el Padre capellán, reunir el consejo de la casa y efectuar el cambio de tal Hermano que debe ir a tal escuela. Pide noticias de algún Hermano, de un obrero, da su opinión sobre el caso de un compromiso decenal y habla un poco de todo y, sobre todo, del frío terrible que azota Paris ese año.

En sus respuestas, el H. François olvida, a veces, decir cómo ha resuelto un problema sobre el que el padre Champagnat le preguntaba. Y éste se lo recuerda, y como la ausencia se prolonga, se impondrá una rápida revisión en el momento de preparar el regreso. El H. François ha anotado cada día cuanto se ha hecho. Esta situación ha formado al reemplazante más que la presencia del Superior.

Alguna que otra vez, dice al Padre Champgnat que espera su regreso para tomar una decisión; esto le supone una delicada crítica: “Si espera a que yo visite Genas, tal vez, el mal ya no tendrá remedio” (5).

De todos modos, parece que, a su primer regreso, el Fundador se muestra satisfecho de cuanto se ha hecho en su ausencia. En carta a Mons. Pompallier, al terminar su estancia en Paris, le puede decir: “El H. François es mi brazo derecho. Conduce la casa como si yo estuviera presente; todos se someten a él sin dificultad. María muestra muy a las claras su protección sobre Notre-Dame de l’Hermitage. ¡Oh!, cuánta fuerza tiene el santo nombre de María… María es el recurso de nuestra Sociedad” (6).

Por desgracia, Marcellin Champagnat volverá de Paris sin haber obtenido nada de cuanto deseaba. Ha obrado como si todo dependiera de sus esfuerzos, pero sabiendo que todo viene de Dios. Sí, está seguro de la palabra de Jesús: “Cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido, y os será concedido” (7). Y puede, pues, afirmar. “Dios no ha querido darme el consuelo de ver autorizado el Instituto porque yo no merecía este favor; pero estad seguros de que la autorización no os faltará y os será concedida cuando os sea absolutamente necesaria” (8). El H. François verá la realización de tal profecía.

CAPÍTULO 9

1 – Ver G. Michel: *Né en 89*, vol. 3 p. 103 y ss. El relato se apoya en 3 documentos de los que el propio autor ofrece un resumen y las referencias en *“Bulletin de l’Institut”,* nº 208, p. 94 a 113.

2 – Parecería que fue Cholleton el responsable principal de esta intriga, pero el H. Jean-Baptiste no se dejó engañar; en realidad fue Mons. Pompallier quien le movió a actuar. Un informe posterior del Padre Colin a la Santa Sede, hace recaer la falta sobre Mons. Pompallier (Coste, *Origines Maristes*, doc. 909). Ver la nota 9 del cap. 39.

3 – En el anexo 2 se ofrece la descripción de dicha capilla de 1836. Fue totalmente renovada en 1875-77 y más ligeramente en 1989.

4 – Regla de 1837, cap. 1, art. 3.

5 – Cartas de Marcellin Champagnat (H. Sester) Roma, 1985, nº 182 p. 406.

6 – Cartas de Marcellin Champagnat, nº 194, p. 428.

7 – Mc 11,24.

8 – Cartas de Marcellin Champagnat. (N.T.: No se ha podido encontrar la referencia en el texto francés).

CAPÍTULO 10

Elección: Primeras impresiones

En carta de 1838, el Padre Champagnat confesaba su sorpresa al constatar la resistencia de su salud a las incesantes gestiones a través de Paris. Dispuesto a mover cielo y tierra, se volcaba en defender su causa ante los ministros y personas influyentes. Pero, a su vez, el cáncer, cuyos primeros síntomas ya se habían manifestado antes del viaje a Paris, iba a reemprender su marcha y agravarse con rapidez. Con ocasión de algún encuentro, el Padre Colin advierte que su cohermano ya no es el hombre infatigable que ha conocido. Sabe también que puede hablarle con toda naturalidad de una hipotética sucesión en bien de su familia religiosa: vale más prever las cosas con tiempo para no dar lugar a maniobras de mala voluntad y ambición, ¡los hombres son siempre hombres!

Marcellin está de acuerdo: hay que celebrar una elección y, al venir ésta del Superior de la Sociedad, nadie podrá impugnarla, sabiendo que es en bien de todos.

Se decide que sólo los profesos de votos perpetuos tienen derecho a voto, lo que reduce a 92 el número de electores. El resto de la congregación tiene, en esa fecha, 148 Hermanos de votos anuales o novicios y 13 postulantes.

La elección tendrá lugar el sábado 12 de octubre de 1839. Se incluye en un retiro predicado por dos Padres maristas, los Padres Favre y Chavasse. El jueves por la noche, antevíspera, se prescribe para el viernes un silencio absoluto. El viernes por la noche, el Padre Colin reúne a todos los Hermanos y, tras una sentida instrucción, presenta el orden de las ceremonias. Invita a implorar las luces del Espíritu Santo para la elección de un Hermano Director General. Una de las precisiones señaladas es que el elegido no tendrá opción a poner reparos. Cada uno deberá escribir tres nombres. Quien obtenga el mayor número de votos será, lógicamente, el propuesto para la sucesión del Fundador, con la salvedad de que la elección de los Hermanos deberá ser refrendada por el Superior general de la Sociedad ayudado de su consejo. El segundo y tercero con más sufragios serán sus asistentes.

El H. Director general será nombrado a perpetuidad, pero podrá ser depuesto en dos casos y según el modo ya previsto. Tras la elección, las papeletas de voto serán quemadas y cada uno tendrá la obligación de no comunicar a quiénes ha votado.

El sábado 12, todo estaba, pues, preparado en la sala de rezos (1). Bajo la imagen del crucifijo hay un sitial dispuesto para el que será elegido Director general y uno a cada a cada lado para sus dos futuros asistentes. Delante hay una estatua de la Sma. Virgen sobre una mesa. Ante ella, la urna para recibir las 92 pequeñas papeletas azules y otras tantas plumas recién afiladas. Al fondo de la sala, sillas para los Padres: en el centro para el Padre Colin, a su derecha para el Padre Champagnat, a su izquierda el Padre Terraillon y a ambos lados los Padres Maîtrepierre, Chavas, Favre, Besson y Matricon, estos dos capellanes de la casa.

La ceremonia se inicia en la capilla a las 7’15 de la mañana con el *Veni Creator* y la misa votiva del Espíritu Santo. El Padre Colin dirige luego una breve y patética alocución concluida por el texto de los Hechos de los Apóstoles: “¡Señor!, que conoces los corazones de los hombres, muéstranos a quién has elegido”. (Hch 1, 24).

Los Hermanos no profesos perpetuos y los postulantes permanecen en la capilla y todos los demás se dirigen a la sala de las elecciones. Los dos grupos consagran media hora a la meditación; luego se procede a la elección. Como algunos Hermanos no saben escribir, el H. Louis-Marie y el H. Jean-Marie se encargan de recibir sus sufragios, y aquél los escribe en presencia de éste.

Cuando todos han escrito y depositado su voto, el Padre Champagnat los saca de la urna y se cuentan en voz alta. Verificado que coinciden con el número de votantes, los HH. Louis, Laurent y Gabriel los leen sucesivamente en voz alta y los secretarios anotan los resultados. 87 son para el H. François, 70 para el H. Louis-Marie y 57 para el H. Jean-Baptiste.

El Padre Colin y su Consejo se dirigen a un despacho para decidir quién de los tres será nombrado Director general. Se vuelve a recitar el *Veni Creator* y vuelven a la sala mientras suena la campana para llamar a todos los Hermanos. Ha llegado el momento de la proclamación: “El H. François, Gabriel Rivat, del municipio de La Valla, de 31 años y seis meses, es elegido Director general”. Se recuerda que ingresó como postulante el 6 de mayo de 1818, con tan solo 10 años, que inició su noviciado el 8 de septiembre de 1819 y que el 11 de octubre de 1826 se convirtió en el primer consejero del Fundador. Como el H. Jean-Baptiste está ausente, por varios meses más, es el H. Jean-Marie quien le reemplaza y acompaña al H. Louis-Marie para conducir al elegido hasta el sitial preparado.

Algunos Hermanos y postulantes pasan por turno para darle el beso de paz; el resto lo harán en otro momento para no alargar la ceremonia.

Con el canto del Magnificat, toda la comunidad se dirige a la capilla para la misa de acción de gracias.

Tras unos momentos de descanso, se dirigen todos al refectorio. Es mediodía. El nuevo Superior y su asistente, a ejemplo del divino Maestro, venido no para ser servido sino para servir, se encargarán de servir la mesa.

La tarde será de paseo, durante el cual todos podrán expresar su afecto al elegido. A las 18h, las conferencias del retiro reanudarán su curso y el día terminará con la Bendición del Smo. Sacrammento.

Durante el retiro de los Padres, 3 semanas antes, el Padre Champagnat había sido nombrado asistente del Padre Colin, pero ahora, sin haberse librado de la carga de Superior de los Hermanos, aceptaba que otro crezca y él disminuya.

Pese a su delicada salud, encontraba fuerzas para ir a predicar un retiro a los alumnos de la Côte-Saint-André, y efectuar luego el viaje a Autun para hablar con el obispo sobre la fundación del noviciado de Vauban. Suponía un esfuerzo agotador, pero ahora sentía menos aprensión para ausentarse, pues ya tenía elegido un sucesor. Durante esta ausencia del Padre Champagnat, el H. François, en carta del 6 de diciembre de 1839, informa a los Hermanos de las noticias recibidas del segundo grupo de misioneros. El H. Atale, uno de ellos, escribe desde Santiago de Chile, el 15 de julio, recordando su salida de Lyon, el 23 de mayo, y luego desde Londres, el 14 de junio.

¿Cuál era la impresión de los Hermanos sobre el nuevo jefe? Es muy cierto que ellos lo habían elegido, pero algunos ponían en entredicho el sistema de elección: ¿no se hubiera podido, por ejemplo, haber puesto los 3 nombres por orden de prelación? El H. Avit hará más tarde una comparación poco indulgente entre el H. François y el Padre Champagnat; pero los juicios fácilmente despiadados del H. Avit en los Anales traducen, tal vez, una reacción personal más que la del conjunto de los Hermanos que quiere interpretar.

“Aunque apreciado por todos, escribe, el H. François carecía del carácter, iniciativa, energía y empuje del Padre Champagnat y no aunaba los corazones ni dominaba las voluntades como el añorado difunto. Se apreciaba poco el tono frío, lento y sentencioso de sus conferencias. Se le encontraba meticuloso, dando, a veces demasiada importancia a faltas ligeras, aceptaba con dificultad las excusas y temía demasiado las observaciones. Sus dos asistentes eran capaces, pero carecían de práctica de gobierno. Los Padres, el clero de los alrededores y los bienhechores se hacían las mismas reflexiones…” (2).

Una carta del Padre Colin al Padre Champagnat, del 24 de abril de 1840, es decir poco antes del fallecimiento de éste, parecería confirmar esta impresión negativa: “Temo en especial el vacío que va a dejar si el Señor os llama ajunto a sí: *Fiat voluntas Dei*. Pero este temor me sugiere la idea de poner la rama de los Hermanos enseñantes en manos del Sr. Arzobispo de Lyon. Me parece que sería ventajoso para ella; el arzobispo nombrará, sin duda, a un padre marista para ocuparse de ella y este concurso de la autoridad primera redundará en bien de todos. Comunique esta idea a los Hermanos François y Louis-Marie (3) y rueguen todos al Señor nos haga conocer su divina voluntad”.

El Padre Champagnat no compartía estas opiniones desabridas sobre sus sucesores. En el momento de la elección había mostrado claramente su alegría. “Después de dicha elección, dice uno de los hermanos citado por su biógrafo, parecía muy satisfecho por el resultado del escrutinio y dijo estas palabras: “Estoy contento con la elección; estos son los hombres que yo deseaba. ¡Bendito sea Dios por su elección!” (4).

Días antes de su muerte, reaccionará otra vez de la misma manera. Un Hermano se inquieta por el porvenir: “¿Quién se podrá hacer cargo de conducir la Sociedad si usted nos llega a faltar?” “El Hermano que han elegido para sucederme, responde, lo hará mejor que yo. El hombre es tan solo un instrumento o, mejor, dicho, no es nada; es Dios quien lo hace todo. Ya debería comprender esta verdad, usted que es de los veteranos y ha visto los inicios del Instituto. Dios bendecirá esta obra, no a causa de los hombres que la dirigen, sino por su infinita bondad y los designios de misericordia que tiene sobres los niños que nos son confiados” (5).

CAPÍTULO 10

1 – En la actualidad: sala de los frescos.

2 – Es difícil calibrar el valor de estos “se dice”. En circunstancias así, hay que tener en cuenta a quienes pretenden poder decir, si se produce un fracaso: “Ya se veía venir…” y los que mantienen cierta reserva. En el capítulo de 1852, ya Superior general y no Director general, el H. François manifestará un espíritu de decisión que hará callar a quienes, en 1840, pudieron dudar de sus cualidades de jefe.

3 – El H. Jean-Baptiste no ha vuelto aún de Saint-Paul-sur-Ternoise (Pas de Calais) donde consigue un gran éxito. Cf. *Ami de la religión*, vol. 103, p. 377.

4 – ALS p. 411.

5 – Champagnat, *Vida*, ed. 1989, pp. 233-234.

CAPÍTULO 11

Junto al Fundador que se apaga

¿Qué idea se hacía el H. François sobre su elección? Anotó algunas reflexiones, sin duda el mismo día, pues puso la fecha: 12 de octubre de 1839.

Su texto empieza por una afirmación compartida por muchos Maristas, en especial Champagnat y Colín: María es todopoderosa, María primera superiora. Y eso le tranquiliza.

*“La Sma. Virgen María, sentada en el cielo a la diestra de su Divino Hijo, que le ha dado toda potestad en el cielo y sobre la tierra, ha revestido con su autoridad a nuestros RR.PP. Colin y Champagnat, Superiores de su querida Sociedad. Los sufragios unidos de Padres y Hermanos me llaman hoy al gobierno de la congregación de los Hermanos que me expresan hoy sumisión a esa autoridad”* (1).

*Constata el hecho y añade: “¿Qué haría yo, que conozco con claridad carecer de la fortaleza de cuerpo y de salud, y aún más de espíritu y virtud? La voluntad de Dios se ha manifestado y a ella me someto en la dulce confianza de quien, con una mano me impone esta carga y con la otra sobrellevará el peso”* (2).

*“Me veo a la cabeza de mis Hermanos para amarlos y cuidarlos a todos con entrañas de padre, para ser en todo tiempo y lugar guía y modelo y para velar al mismo tiempo por el cumplimiento de las Reglas y de la disciplina y por los intereses temporales de la congregación.*

*Tendré que aunar siempre firmeza y suavidad, severidad y clemencia. Tendré que animar, fortalecer, advertir, reprender y corregir.*

*El cuidado de todas las casas de la Sociedad me acarreará, como al gran Apóstol, multitud de cuidados cada día. Necesitaré, como él, ser débil con los débiles y hacerme todo para todos para ganarlos a todos para Jesús Cristo.*

*¡Oh!, ¡qué grandes son las obligaciones! ¡Qué difíciles! ¡Qué amplias e importantes! Me consuela el pensamiento de que, colocado bajo la protección especial y la supervisión personal del T.D. y T.V.* (3) *Superior general de la Sociedad de María, compartiendo el peso de los asuntos y del gobierno con nuestro querido y piadoso Fundador y Superior, aprenderé de uno y otro la sabiduría de los buenos consejos, lo oportuno de las empresas útiles, la santidad de los ejemplos y la fuerza y suavidad del mando.*

*Mis queridos Hermanos aliviarán también esta carga con el celo ardiente por la perfección de su estado y el mantenimiento de la disciplina religiosa, con una entera y sincera abnegación por el bien de la Sociedad, con un entendimiento mutuo y perfecto en la santa unión de oraciones y buenas obras.*

*Así, la Sociedad de María será como una fuerte y larga cadena de la que esta buena y poderosa madre, con el eslabón principal entre sus manos, atraerá todos los demás hacia sí para dirigir todas las ramas y ramificaciones.*

*¡Ay de aquel que se separe de ella! ¡Ay de aquel que se deje limar por el enemigo!... ¡Feliz, por el contrario quien, cumpliendo siempre con exactitud las funciones de su puesto, se fortificará más y más y arrastrará consigo, por decirlo así, a los demás tras de sí.*

*De esta manera, unidos de corazón y de espíritu y trabajando juntos por la gloria de Dios, el honor de María y el bien de la religión, como buenos y fieles servidores, como hijos dóciles y obedientes, tendremos el consuelo de vivir y morir santamente en una Sociedad ferviente y entrar en el gozo del Señor para ver y compartir las delicias de nuestra tierna Madre durante la eternidad”* (4).

Es fácil ver el entusiasmo que domina y hace olvidar la inquietud de los comienzos: *“El temor por la falta de salud, de fuerza o de talento no debe en absoluto hacernos rechazar los empleos a los que somos llamados, sabiendo que Dios es un buen Padre que nunca abandona a sus hijos y que se sirve, cuando así le place, de las más rudas personas para convertirlas en instrumentos de su gloria”* (5).

Veámoslo ahora tal y como lo describe un testigo: talla alta, andar lento y mesurado, las puntas de los dedos disimuladas entre las manos cerradas que parecían obligarle a separar los codos; fisionomía típicamente monacal, dulce serenidad, palabra un poco lenta; tono un tanto lastimero que conciliaba simpatía y confianza, ideal completo del perfecto Superior general”. “Transmitía, dice otro, una idea de la bondad de Dios”.

Muy pronto ya no se podrá contar con el Fundador, pues al inicio de 1840, éste debe guardar cama y, sólo podrá ofrecer sus terribles sufrimientos. Por el contrario, tendrá que ser el F. François quien le aconseje. Ávido hasta el final de cumplir la voluntad de Dios, Marcellin cree ver su llamada en la oferta recibida de una finca para lo que se llamaba una “colonia agrícola”. El H. François tiene que disuadirle de ocuparse de dicho proyecto, pues su estado de salud exige reposo total. Tal vez tuvo remordimientos al tener que dar ese consejo, pero en su alma y conciencia estima que las gestiones y tratos están por encima de las fuerzas del enfermo.

Por el contrario, el Fundador va a poner en buen orden los asuntos materiales de la congregación, constituyendo una Sociedad civil y luego dejará actuar a los HH. François y Louis-Marie. El nuevo Superior visita con frecuencia al querido enfermo, quien le transmite confidencias basadas en su experiencia: “Mi pobre Hermano, ¡cuánta pena me da! El gobierno del Instituto es una carga muy pesada. Pero, recuerde, que sólo se puede ser útil a los demás y procurar la salvación de las almas sacrificándose” (6).

Otro día se dirige al H. Louis-Marie: “Ayude al H. François todo lo que pueda. Tendrán muchas preocupaciones, pero tengan confianza, Dios estará siempre a su lado. Además, no lo olviden: tienen a la Sma. Virgen, recurso de la casa; su protección nunca les faltará”. (7)

El 11 de mayo de 1840, el Padre Champagnat recibe la unción de los enfermos, hace sus recomendaciones a los Hermanos y, a la semana siguiente, se pone de acuerdo con los HH. François y Louis-Marie para que pongan a punto su testamento espiritual. El enfermo ya no tiene fuerzas para leerlo él mismo. El 18, pide se reúnan los Hermanos en su habitación y aledaños. Permanecerá en su lecho; el H. François sostiene su cabeza para significar que son las palabras del enfermo lo que van a oír, aunque pasen a través de la voz sonora del H. Louis-Marie.

El sábado, 6 de junio, a las 4 de la mañana, el Fundador se duerme en la paz del Señor.

CAPÍTULO 11

1 – 301 P. 43.

2 – 301 P. 43.

3 – Iniciales en francés (N.T.) de *Muy Digno y Muy Venerado*. Los términos que figuran en la deliberación de la unión entre los Hermanos de l’Hermitage y Saint-Paul son: Muy Digno y Muy Respetable. Circ. 1, p. 531.

4 – 301 pp. 44-46.

5 – 303 p. 287.

6 – Champagnat, *Vida*, ed. 1989 p. 249.

7 – Id. p. 249.

CAPÍTULO 12

Y ahora solo

Corresponde al H. Director general redactar el acta del fallecimiento y exequias para recuerdo de las generaciones siguientes. Este documento, incluido en los cuadernos de cartas del H. François (1), se encuentra también en la colección de circulares (2). Recoge los acontecimientos de tres días.

El 6 de junio, Marcellin muere a las 4 de la mañana; se le reviste con la sotana, roquete y una estola; al final del día, el Sr. Ravéry viene para hacer su retrato “del natural”. El domingo 7, fiesta de Pentecostés, el cuerpo es colocado en un féretro de plomo y este en otro de madera dura. El lunes 8 es el día de los funerales de los que se anotan los detalles principales: personajes eclesiásticos y seglares presentes, procesión desde la habitación mortuoria a la capilla, misa celebrada por el párroco de Saint-Pierre, y cantada por los eclesiásticos y notables presentes, “en tono bajo y lúgubre”, procesión al cementerio, inhumación.

Este informe, más que un acta oficial, es un acto de piedad filial y testimonio de honor, pues será firmado por los participantes, dichosos por manifestar su aprecio y amistad a un hombre que ha sabido, por su fe, expandir mucha luz en su entorno.

Una circular, fechada el 6 de junio, anuncia también a los Hermanos lejanos la muerte y los funerales del Padre Fundador. El H. François recuerda en ella que *“el difunto ha terminado una vida penitente, laboriosa y repleta de obras de celo y abnegación, con los sufrimientos de larga y cruel enfermedad”. “Pero*,añade, *será de forma más eficaz y poderosa nuestro protector en el cielo junto a la divina María a la que nos entregó a todos al morir… Nos toca a nosotros, ahora, recoger y seguir con cuidado sus últimas y conmovedoras voluntades”* (3).

Indica los sufragios a ofrecer por el reposo del alma del difunto y anuncia que un pintor ha venido para hacer su retrato, prometiendo un ejemplar para cada comunidad. Da también una indicación obedecida durante más de un siglo: leer cada mes su testamento espiritual. Los años siguientes, el 6 de junio, se celebrará una misa muy solemne y, de esta forma, los sucesores serán llevados a recordar la vida y enseñanzas del Fundador.

Días después, El H. François comunica la noticia al Sr. Mazelier, excusándose por el retraso. Éste había pasado por l’Hermitage poco antes de la muerte del P. Champagnat y había podido ver los estragos de la enfermedad. La carta se lo recuerda: *“La multiplicación de los sufrimientos del difunto durante el último mes lo había abatido y desmejorado de tal modo que era tan solo un esqueleto viviente”*.

Desea que las relaciones entre las dos casas, l’Hermitage y Saint-Paul, continúen como en el pasado.

Sólo 7 meses más tarde, el 20 de febrero de 1841, se recibirá en l’Hermitage el retrato del Padre Champagnat.

¿Ha hecho el pintor copias para las 50 comunidades? Lo cierto es que, dicho día, anota en su diario: “Recepción del retrato del Padre Champagnat. Ser su retrato viviente” (4).

Indicación preciosa perfectamente realizada. Tras un líder carismático, habrá otro al que no le falta el don de fortaleza que ejercerá en línea de imitación, pero con extraordinarios resultados. En su medio familiar, nada preparaba al H. François para convertirse en dirigente de un grupo humano importante y extendido hasta el otro extremo del mundo. Desde luego que ya ha adquirido cierta experiencia para la administración, pero su más profunda aspiración sería encontrar un papel más modesto. En cualquier caso, la voluntad de imitar al difunto tranquilizaba a todos, como hace notar muy bien el H. Jean-Baptiste, biógrafo del Padre Champagnat: “Penetrado del espíritu del piadoso Fundador y ansioso de imitarle en su modo de conducir a los Hermanos y realizar el bien, el H. François no cambió nada de lo que se llevaba haciendo y continuó actuando como en el pasado. Esta sabia conducta le granjeó la estima pública, hizo apreciar su gobierno y le dio total autoridad sobre los Hermanos; cada cual vio con satisfacción que el nuevo orden de cosas nada alteraba en la administración y que el Padre Champagnat vivía y actuaba en su sucesor (5).

Un ejemplo: mantenía las tres “conferencias” anuales, especie de exámenes a preparar y que obligaban a todos a un reciclaje controlado sobre catecismo, gramática, aritmética, redacción, análisis y problemas. Se tenían, durante unas tres horas, en el día y lugar señalados por los Hermanos encargados. El Padre Champagnat había encontrado ese estímulo: sería mantenido.

Con mucha frecuencia, el H. François recordaba también la confianza en María que animaba al Fundador: *“Dirigíos al Padre Champagnat. Veréis que lo arreglaba todo con su Recurso Ordinario, la Sama. Virgen”* (6). *“Debéis seguir el impulso que el Señor os concede de arrojaros en los brazos de la Sma. Virgen… pues ella es nuestro Recurso Ordinario en cualquier circunstancia de la vida y en cualquier necesidad espiritual o temporal”* (7). Sí, ya antes del Vaticano II, era muy consciente de la importancia del carisma de los Fundadores: *“Cada congregación debe conservar el espíritu de su Fundador para poder realizar el bien que Dios se propuso al inspirarlo”* (8).

Él mismo, si la tarea lo abruma, quiere cumplirla con toda su alma.

*“¡Dios mío!, haz por tu gracia que llegue a ser un Hermano Superior según tu corazón, aplicado en mis deberes, ocupado únicamente en mi empleo, gimiendo bajo el peso de la carga, llevándola con ánimo, como teniendo que dar cuenta, mirando sólo a vos, esperando sólo en vos, no temiendo más que a vos. Dadme cooperadores celosos, enviad buenos obreros a vuestra viña, a vuestra mies. Concededme el discernimiento para escogerlos, la piedad para formarlos, la sabiduría para emplearlos, la vigilancia y la bondad para gobernarlos. Bendícelos, consérvalos, santifícalos, hacedlos hombres según vuestro corazón, llenos de vuestro espíritu y entregados siempre a su ministerio”* (9).

CAPÍTULO 12

1 – 10 p. 243 y ss.

2 – Circ. 1 p. 323 y ss.

3 – Circ. 1 p. 41.

4 – 301 p. 51.

5 – Champagnat, *Vida*, ed. 1989, p. 260.

6 – Testimonio del H. Archippe (Jean-Pierre Bonnet), nacido en Saint-Genest-La-Chap (Ardèche) P.S.V. p. 78.

7 – Mismos ánimos en 12 p. 571, 1034.

8 – 304 p. 1560.

9 – 303 p. 524.

CAPÍTULO 13

En la fe y la caridad

Cuando le place, el Señor ofrece signos para ayudar a quien siente debilidad, pero no pierde la confianza. Los Hermanos, convocados para el retiro de octubre (1), pudieron marchar luego muy contentos por tener de superior a un hombre de fe. Algunas semanas más tarde, el 13 de noviembre de 1840, el H. François podrá poner muy de relieve esa misma virtud con la inundación del Gier.

Se nos habla de lluvias torrenciales, durante varios días, acompañadas de furiosa tempestad. El río ha invadido los comedores. Ahora bien, en la época de La Valla y durante los momentos angustiosos, el H. François recuerda que se subía a Notre-Dame cantando o recitando el Miserere a la ida, y las letanías de la Virgen a la vuelta. De acuerdo con el Padre Matricon, capellán, actúa de la misma manera. Mientras algunos Hermanos se ocupan de retirar del río ramas, troncos y otros objetos arrastrados por las aguas, convoca a la comunidad en la capilla. Y ocurre que, durante las letanías de la Virgen, la intensidad de la lluvia disminuye. Al salir de la capilla, observan que el agua se ha retirado del comedor.

El H. François sabía muy bien que María no iba a permitir daños en su casa. Su oración interior debía ser la de Marcellin: “Si esta obra perece, no será nuestra obra sino la vuestra”. En este sentido hablará más de una vez a sus Hermanos.

Sin embargo, sabe también que María quiere servirse de él como de un pobre instrumento. A partir del año siguiente, y por motivos de salud, debe renunciar a una tarea que le resultaría sumamente agradable: escribir la vida del Padre Champagnat. Es una petición del Padre Colin; el Padre Maîtrepierrre, provincial de los Padres Maristas, ha venido a presentar la propuesta. Pero el H. François padece con demasiada frecuencia dolores de cabeza. Declina la oferta. Será el H. Jean-Baptiste quien realice la tarea.

Hay labores más materiales que se imponen, por ejemplo en el cementerio. Ese mismo año 1841 se ha ampliado en dos tercios. Cortar la colina y construir muros, pueden hacerlo los Hermanos y él mismo trabajaría en ello muy a gusto si dispusiera de tiempo, como hará tras su dimisión. El H. Caste trabaja bien el metal y construirá la gran cruz de hierro que aún perdura.

La ampliación del cementerio lleva a una primera exhumación del Padre Champagnat, cuyo féretro estará expuesto durante un día, y colocado luego en el panteón preparado para él y completado con un pequeño monumento. Todo ello ayudará a no olvidar el modelo dado por el Señor.

Sin duda es el cementerio y otras partes de la casa las que ocupan el pensamiento del H. François cuando escribe: *“Seguimos batallando contra las rocas, pero ya con ganas de acabar; creo, sin embargo, que lo conseguiremos, uniendo lo agradable a la salubridad”* (2).

Pero un Superior debe pensar, sobre todo, en la salud física y espiritual de sus Hermanos. El antiguo enfermero no olvida a sus pacientes: *“No cometan imprudencias que puedan dañar su salud; eviten el aire frío y húmedo, mantengan los pies calientes y secos, sigan un régimen suave, eviten lo frío, fuerte y ácido; tomen leche de vez en cuando, en fin, nada descuiden de cuanto ayude a superar el resfriado: tejido de lana sobre el pecho, o un vesicatorio* *en el brazo son a veces muy útiles”* (3).

Si sabe que su enfermo es lo bastante piadoso, evoca los remedios humanos y los del cielo. *“No le obligo a permanecer más tiempo en…*(4) *si el clima no le conviene, pero a la espera de que el tiempo sea favorable para viajar, tome cuanto necesite, lo que le pueda convenir y aliviar y no tema pedírselo al H. Director y, ante la duda, consulte al médico; es cierto que tiene un recurso a quien más rápida y eficazmente puede acudir: la devoción a María es el remedio universal para todos los males. El santo nombre de María es bálsamo excelente… que cura, fortalece y alegra de forma admirable a quien lo pronuncia con respeto, amor y confianza”* (5).

Se puede afirmar que estas palabras brotan del corazón y que está convencido de la eficiencia del remedio.

Para otro Hermano no se trata de ninguna enfermedad, sino de una prueba no precisada (tal vez un fracaso, pues se habla de sufrir el menosprecio de los hombres). También aquí se propone a María como remedio: *“Manténgase al pie de la Cruz con María, la más tierna y afligida de las madres. Allí encontrará el remedio para todos sus males… Haga de ella la confidente de sus penas y alegrías”* (6).

Al anunciar la curación de un cuarto Hermano: *“El H. Callinique, dice, se ha curado gracias a los remedios y a nuestra atenta Madre”*  (7).

La caridad le mueve a dar estos consejos, pero también la necesidad. El grupo humano que dirige no es rico y debe, cada día, atender un trabajo que no puede esperar. No hay exceso de enseñantes para permitir substituciones fáciles. *“La enfermedad del H. Acaire, escribe a un director, me lleva a recomendarle más y más proporcionar de forma abundante a sus colaboradores todo lo necesario para aliviar “la fatiga” de la enseñanza. La conservación de la salud es la mayor economía que pueda realizar… ateniéndose siempre a los límites de la Regla”* (8).

Este problema de los enfermos es inquietante, y el número de cartas a él referidas es considerable: *“Este año (¿1843?), las afecciones de pecho han sido frecuentes y pertinaces. Se atribuyen, en general, a las intemperies del viento y las estaciones. Creo que hemos de levantar el punto de mira y adorar los designios de la divina Providencia. Si recibimos los bienes de la mano del Dios generoso, ¿por qué no también los males de su mano paternal? Todo contribuye al bien de los que aman a Dios. Si él os ha dado parte de su cáliz y de su cruz, sumisión perfecta, resignación completa, incluso agradecimiento, mezclado con la dulce confianza en la bondad de este divino Salvador que desea ser nuestro modelo, nuestra fuerza, nuestra esperanza y nuestra recompensa”* (9).

Trata de acompañar a todos los Hermanos, pero de forma especial a los responsables de comunidad y más aún a los formadores Al H. Babylas, maestro de novicios en Vauban, le recuerda que su empleo es un cometido difícil, pero que Dios concede siempre su gracia. *“Ha de pedir a Dios la sabiduría, la prudencia, la suavidad… Ha de presentarle con amor sus propias necesidades y las de cuantos está encargado. Empiece por ganarse el corazón de los novicios y testimoniarles mucho interés y abnegación; considérelos como hijos predilectos de la Sma. Virgen… Pero sin temer el trabajo y la pena… Hay que presentar la virtud bajo rasgos que la hagan atractiva. Pero la dulzura sola no basta; ha de ir acompañada de sabia firmeza; se muestra amor al enfermo causándole un dolor que habrá de curarle”* (10). El H. François es hombre de firmeza, virtud que mantiene siempre en vela al alma entregada a Dios. A un convaleciente, le llega a señalar un peligro de la convalecencia: *“Las fuerzas del alma se debilitan a medida que se recuperan las del cuerpo. ¡Sólo una gran fidelidad a la gracia puede evitar este infortunio!”* (11).

A un inquieto, le habla de apaciguamiento: *“Nada teme tanto el demonio como la libertad del alma que sólo busca agradar a Dios, y por eso trata de turbar los espíritus serenos y contentos por cuantos medios puede proporcionar su malicia”* (12).

*“De ahí la importancia de la prudencia que se insinúa en los corazones y diversifica la conducta a seguir según la variedad de caracteres y temperamentos”* (13).

A veces, conociendo el alma profunda de un Hermano, emplea, con él, términos más personales: *“Escóndase en las llagas de nuestro amable Salvador y acójase siempre bajo las alas protectoras de nuestra tierna Madre como en refugio sagrado y asilo seguro contra las asechanzas de los enemigos de nuestra salvación. Aleje de su espíritu toda idea sombría y melancólica”* (14).

Algunos de sus paternales consejos revelan, tal vez, una sabiduría algo literaria: *“Cuando se aleja de Dios, es cuando él se encuentra más cerca de usted”*, pero la mayor parte son fruto de su experiencia personal: *“Si con una mano Dios le impone una carga, con la otra está aguantando el peso; nos lleva a nosotros y nuestra carga”* (15). Aquí expresa su vivencia personal.

El contacto con los Hermanos se efectúa también por las circulares de las que redacta algunas muy sencillas, pero en las cartas se encuentra más cómodo y directo. Más importantes aún son las visitas y los contactos personales a los que consagra mucho tiempo, a imitación del Padre Champagnat.

Una de esas visitas a las escuelas está marcada por un curioso favor que resulta difícil no calificar de sobrenatural.

Lo cuenta el H. Camille, héroe de esta historia. Pero como muere el 10 de enero de 1910, año en que se pide a cuantos han conocido al H. François ofrecer testimonios sobre él, parece tener reparo para firmar un último relato que tuvo que hacer poco antes de morir. Como, por otra parte, contó el suceso varias veces estando con buena salud, el relato se ha transmitido por varias personas. Conjugando todos estos detalles llegamos al mejor resultado.

Estamos a mediados de enero de 1842. El H. François tiene que visitar a los Hermanos de Usson. Se nos habla de una espesa capa de nieve y fuerte cierzo que han frenado la marcha del viajero. Llega por fin al pueblo, pero son ya las 21’30 h. En un medio agrícola, sin radio, ni tele, uno tiende a acostarse hacia las 20 h y los Hermanos, según la Regla, se han acostado a las 21 h. El H. François encuentra todas las puertas cerradas. Durante 2 horas va llamando, dando vueltas a la casa para ver si una puerta o ventana le daba la oportunidad de llamar la atención. Nada. Los Hermanos duermen profundamente. Ahora bien, el H. Camille, Director, ve, de pronto, en sueños una mano, hermosa en extremo, saliendo de una manga de roquete adornado con puntilla y que se posa sobre su almohada. Se despierta, impresionado por esta visión. ¿Estoy despierto? Me gustaría volver a ver esta mano admirable. Y ve que se posa por segunda vez: No estoy soñando. Pero se queda como paralizado. Oye entonces una voz: “Levántate, el H. François espera en la puerta”. Y al mismo tiempo oye llamar. Despierta a los dos Hermanos que duermen en la misma habitación y que no han oído nada. Se levanta, trata de abrir la ventana que resiste, rígida por la helada. Pregunta: “¿Quién anda ahí?” y reconoce enseguida la voz del H. François. Se precipita: “¿Tal vez le he hecho esperar?”. “*El tal vez sobra, pues hace ya dos horas que rezo, llamo y doy vueltas alrededor de la casa. Tengo mucho frío. He rezado mucho por las almas del purgatorio, me he encomendado a la Sma. Virgen, a San José, a los Ángeles de la Guarda. Ya iba a mirar si algún albergue me podía abrir”.* El H. Camille se apresura a calentar leche. Más tarde explicará: Me he perdido parte de una frase que terminaba por… *“el Padre Champagnat, y ha venido usted a abrirme”.* Varios Hermanos, precisaba, me han dicho: “Ha debido decirle que al final se había encomendado al padre Champagnat, y que es entonces cuando usted ha aparecido”. El H. Camille les respondió: “Es probable, pero sólo afirmo aquello de lo que estoy seguro” (16).

El imitador del Padre Fundador era también beneficiario de su poderosa intercesión. Esto no impide que su acto de fe debía ser renovado sin cesar. Al final del mes de agosto de 1843, escribe a un Hermano: *“Sé por experiencia en qué medida el debilitamiento de las facultades intelectuales vuelve penosa y agobiente una administración, pero, por otra parte, Dios se complace en servirse de lo más débil para que el poder de su gracia resalte más”.*

CAPÍTULO 13

1 – Ese año, el inicio de las vacaciones se fijó el 28 de septiembre.

2 – 10 p. 122.

3 – 10 p. 96 (1842).

4 –Como escribe o dicta el borrador de sus cartas, evita cualquier indicio que permita identificar al destinatario.

5 – 10 p. 76 (1841-1842).

6 – 10 p. 100 (1841-1842).

7 – 10 p. 100 (1841-1842).

8 – 10 p. 148 (1842).

9 – 10 p. 181 (1842).

10 – 10 p. 3.

11 – 10 p. 42 (1841).

12 – 10 p. 75.

13 – 10 p. 42 (1841).

14 – 10 p. 192.

15 – 11 p. 724.

16 – Fue sobre todo el H. Stratonique, Superior general, quien oyó este relato: “Cuando el H. Camille contaba esta historia, su tono de voz expresaba la convicción de una intervención milagrosa del P. Champagnat.

#### CAPÍTULO 14

#### Y en la humildad

Al tomar posesión de su cargo, el H. François había escrito: *“Oh, Espíritu Santo, unión de las inteligencias en la eterna verdad, y de los corazones en la eterna caridad”* (1).

Se ha llegado a pensar que la devoción al Espíritu Santo era una conquista de la 2ª mitad del s. XX, y es cierto, en parte, pero es un hecho que la oración al Espíritu Santo es muy frecuente entre los primeros Hermanos y, como hemos visto, sobre todo en el H. François, desde la Primera Comunión y la Confirmación. Fórmulas como la citada, que nos podrían parecer nuevas, muestran que el Espíritu no se atiene a nuestros plazos. Como dice Grignon de Monfort, “cuando ve a María en un alma allí se precipita”.

En su humildad, el H. François acepta también sin dificultad lo que no tiene que discernir y que le llega de lo Alto. Ahora bien, ocurre que el cardenal Fesch fallece en Roma en 1839 y el nuevo arzobispo, Mons. de Bonald, cambia su equipo de vicarios generales; uno de ellos es el Sr. Cholleton, deseoso, desde hace tiempo, de ser Padre Marista. Mons. de Bonald, sin duda a instancias del P. Colin, le nombra provincial de los Hermanos Maristas, con el Padre Colin Superior general de todas las ramas Maristas y el H. François, tan solo Director general.

Éste aprovecha, pues, la circular del 15 de enero de 1841 (2) para oficializar esta situación y pide al Padre Colin y al Padre Cholleton añadir cada uno unas líneas: *“nos hemos impuesto el deber, dice, de someter nuestra circular al examen y aprobación del Rdo.P. Superior general y del Rdo.P. Cholleton”.*

El Padre Colin expresa la consolación que le procuran la paz, la unión y el fervorreinantes entre los Hermanos. El P. Cholleton escribe también palabras afectuosas que corresponden a la estima recíproca existente entre él y el H. François: “Vuestra circular… la apruebo gustoso en su totalidad. No ceso de rogar ante el Señor por vuestros Hermanos y pedirle que, con su don de sabiduría, perfeccione hasta la plenitud el conocimiento que ya tienen de su voluntad…” Se mostrará siempre muy discreto, pero estará siempre a disposición de los Hermanos, en especial para los retiros.

El Padre Colin, sobre todo al principio, reaccionará de forma distinta. No se entromete en la administración de los Hermanos ni en sus problemas pedagógicos, pero cuando se trata de construcciones y otros gastos, no desea verse implicado. Ahora bien, la cuestión se plantea muy pronto. El H. François quiere imitar también al Champagnat constructor. No por gusto, desde luego, pero le parece lamentable dejar sin usar los tres edificios de la orilla izquierda del Gier adquiridos por el Fundador, junto con la propiedad que los rodea, para conservar en l’Hermitage su carácter de soledad y de silencio.

El H. François piensa que dichas construcciones, ligeramente transformadas, podían convertirse en molino, batán y lagar, y ocupar así a los Hermanos mayores, cansados por la clase y deseosos de un trabajo manual para no ser gravosos a la comunidad. Es al menos lo que aduce, pues, tal vez, está también preocupado por la “granja escolar” (3) de la que disuadió al padre Champagnat moribundo, pero que le inquieta para eventuales huérfanos.

Ya no se fabrican cintas, de difícil venta, pero por el contrario, se necesita mucho paño para hacer sotanas. Ahora bien, un batán sirve para suavizar la tela. Mucho tiempo atrás, el Sr. Patouillard, el propietario, había construido un pequeño canal para mover una rueda de paletas para los martillos mecánicos de su taller de cortar metal (4). Habría que ejecutar algunas transformaciones, para adaptarse al nuevo artesanado, pero ello permitiría luego una fuerte economía. El molino, parce claro que iba destinado a moler el grano comprado a los campesinos. En cuanto al lagar, permitiría utilizar de la mejor forma los frutos de la propiedad. Pero parece ser que, en este proyecto, Los HH. Louis-Marie y Jean-Baptiste no estaban muy de acuerdo. El H. François no quiere imponerse. Como el H. Louis-Marie tiene que ir a ver al Padre Colin, recabará su opinión. Habría que ver cómo se planteó la cuestión, El hecho es que el Padre Colin se mostró muy irritado. No escribe, pero habla ante el H. Louis-Marie, quien transmitirá por escrito al H. François un resumen de la filípica (5). “Hermanos míos, ni se os ocurra. Con 60000 francos de deuda y sin consultarme, ¿cómo emprendéis una construcción que la va a aumentar en 12 o 15000 francos más? Si afirmáis que soy vuestro Superior, no quiero ser un superior de trapo. Vuestra Sociedad no tiene todavía nada bien asentado, ni por parte de Roma ni de Paris… y esto puede fomentar la desconfianza entre los Hermanos…; el público, que tiene la mirada puesta en vosotros para ver cómo os va tras la muerte del Padre Champagnat, os retirará su confianza si os ve metidos en problemas, ya sea para mantener las escuelas o para hacer frente a vuestras necesidades materiales; en este estado de cosas, me parece del todo inoportuno meterse en tal empresa. Si fuera absolutamente necesaria, podría pasar, pero sólo se habla de utilidad, de posibles ganancias, de hacer comercio… Hermanos míos, dicha utilidad ¿es real? Los Hermanos que podríais emplear en esos talleres ¿no los quitaríais de la enseñanza que es vuestra principal y única finalidad? Decís que emplearíais a los que ya no pueden enseñar; es una ilusión. Un Hermano agotado por la clase no querrá enterrarse en un batán, un molino o un lagar…

Además, ¿habéis pensado en los peligros de vuestra empresa para el buen orden y hasta la moralidad de vuestra casa? Para mí existen muchos. Los Hermanos que trabajarán allí deberán tratar con toda clase de personas y caeréis en el inconveniente que queríais evitar al comprar los talleres Patouillard.

Además, obviando todas estas consideraciones… ¿no deberíais, por lo menos, haber deliberado este asunto en una reunión de todo el consejo y de los principales Hermanos? ¿No habría sido necesario someterme vuestro plan, vuestro presupuesto? Si hubierais sido algo más políticos, lo habríais hecho para que hubiéramos podido acudir en vuestro auxilio en caso de veros metidos en un grave problema. Usted está de viaje, cada uno por su lado, no os ponéis de acuerdo entre vosotros, me dice que han hecho observaciones, que el H. Jean-Baptiste se opone frontalmente; no me dice usted nada y sigue adelante. No lo entiendo. Esta no es forma de obrar. Si nos encargamos de vosotros, nuestro honor está interesado en que todo siga bien: no puedo soportar tales errores, ni permitir que os hundáis aún más. Pagad primero las deudas, consolidaos un poco más en todos los aspectos, y luego ya veremos…”.

El H. Louis-Marie concluía su carta con una última frase que vale más tomársela con humor: “En resumen, dijo muchas más cosas que no me acuerdo”. Felizmente, el Padre Colin tendrá ocasión, 10 años más tarde, de constatar que, por el contrario, la gestión del H. François había sido excelente.

La diatriba es del 26 de mayo de 1841. El H. Avit nos dice que la deuda del Instituto era sólo de 40000 francos y que el Sr. Thiollière iba a pagar 22000 que el H. François había pedido prestados a los hijos Finaz, en condiciones bastante duras; entre otras una hipoteca sobre l’Hermitage y la Grange-Payre. El hecho es que había que empezar con una buena humillación y aceptar la realidad: soy sólo Director general y dependo de un Superior general.

Esto no le va a perturbar. Ya a los 16-17 años, había comprendido que la humildad es una fuerza, sin la cual se vive agitado: *“Si no trato de penetrarme de estos sentimientos de humildad: desear ser despreciado por todos y abandonado por todas las criaturas, considerado como una nada, un hombre nulo, vil y abyecto, no podré adquirir la paz, la libertad y la firmeza espiritual ni ser sólidamente iluminado interiormente por el Espíritu Santo, para poder permanecer plena y perfectamente unido a Dios”* (5).

Tras la reprimenda recibida, conserva un espíritu claro y firme. Al no poderemprender los trabajos de la orilla izquierda, por lo menos se utilizarán los edificios transportando allí lo que existía en una pequeña construcción de la orilla derecha, paralela y perpendicular al Gier y que contenía establo, taller, herrería, serrería, panadería y depósitos varios. Dicha construcción será demolida, despejando el espacio entre la casa y el huerto para acoger, en su día, la imagen de Notre-Dame des Victoires.

CAPÍTULO 14

1 – 301 p. 50. Los años 1950 conocieron el éxito del cántico: “Dios mío, concede la unidad de los espíritus en la verdad y la unión de los corazones en la caridad”. Un siglo antes el H. François emplea casi la misma expresión.

2 – Circ. 1 p. 54-55.

3 – Un aristócrata, Villeneuve-Bargemont, dejado de lado por la Revolución de 1830, consagrará su existencia a los problemas sociales. Pretende que los miles de hectáreas dejadas sin cultivar en diversas partes de Francia, puedan ser distribuidas en favor de familias o de comunidades religiosas que adoptarían huérfanos para mantenerlos en el campo en lugar de abandonarlos al paro y a la miseria de las ciudades. Este proyecto se llamó “colonia agrícola” (término que se encuentra en la biografía del Padre Champagnat) y halló cierto éxito en la opinión pública, pero no cristalizó en muchas realidades.

4 – En Saint-Chamond existe hoy una “Rue de la Fenderie”. Este sector de la metalurgia debió ser el que suministraba a los primeros Hermanos las varillas para fabricar los clavos.

5 – Avit *Anales* p. 221-222.

6 – 302 p. 75.

CAPÍTULO 15

Hacia el reconocimiento legal (inicios)

Cronológicamente, hemos de seguir al H. François en sus gestiones en pro del reconocimiento legal. Historia ya antigua, se puede decir que ocupó casi 20 años de la vida del Padre Champagnat, es el único asunto en el que no logró el éxito deseado, aunque, como para todos los demás, fue capaz de “remover cielo y tierra”.

Dicha historia, y la unión con otras dos congregaciones, ocupará tres capítulos de esta biografía. No se trataba de una cuestión de honor, sino de un problema vital, por estar unida al tema del servicio militar, como ya se ha podido ver.

En una congregación reconocida, sus miembros son dispensados del servicio militar con una obediencia de su Superior. Éste indica que el interesado está nombrado en una escuela y con esto basta. Téngase en cuenta que un servicio militar de al menos 6 años, supone un alejamiento demasiado largo de su instituto para cualquier vocación medianamente confirmada. La solución de pagar a un reemplazante resultaba ruinosa: en 1840, costaba 6000 francos, es decir, 15 salarios anuales de un Hermano (1).

La unión con los Hermanos de Saint-Paul permitió enviar a dicho sector algunos Hermanos, presuntos pertenecientes a la congregación del Sr. Mazelier. Pero había que ser prudentes. Ante la administración, la unión de los Hermanos Maristas con los de Saint-Paul no estaba reconocida. Ahora bien, si los enseñantes enviados a las escuelas del Sr. Mazelier son, en su mayoría, nativos de la Loire, podría extrañar verlos en una congregación reconocida para la Drôme, Isère y Hautes-Alpes.

Además, en los años 1840-41, antes de la firma del acuerdo entre Saint-Paul y l’Hermitage, El Sr. Mazelier duda todavía entre unirse a los Hermanos Maristas o a los de Ploërmel. Así pues, los Maristas tienen sumo interés en obtener su propio reconocimiento. De ahí la nueva tentativa. Desde el 14 de noviembre de 1841, escribe también al prefecto de la Loire para asegurarse su intervención. Éste debe responder al rector de la Academia de Lyon, Soulacroix, quien, el 28 de marzo le pide información sobre los Hermanos. Se la proporciona el 6 de abril. Durante ese tiempo, el H. Jean-Baptiste está en Paris para realizar cualquier gestión útil. El 15 de mayo, escribe al H. François que el ministro pide las Reglas de “la Asociación”.

¡Leve esperanza! Pero el 20 de julio, Mons. Affre, arzobispo de Paris, que también ha intervenido ante el ministro, recibe una respuesta que comunica al H. François: “La autorización sólo puede ser concedida por una ley, según dispone la de 1825”.

El H. François responde el 6 de agosto para demostrar que, al contrario, los Hermanos Maristas pueden ser reconocidos por decreto real:

1 – *Lo que usted aduce podría ser cierto para una corporación religiosa, pero sólo pedimos ser reconocidos como institución de utilidad pública.*

*2 – La ley de 1825, sólo habla de las comunidades femeninas.*

*3 – Si, por el contrario, se aplica a las asociaciones de hombres, está por completo a nuestro favor, pues dice: “La autorización será concedida por ley a las congregaciones no existentes el 1 de enero de 1825. Respecto a las ya existentes el 1 de enero de 1825, la autorización será otorgada por decreto real.*

*Ahora bien, la instrucción del 17 de julio siguiente, sobre aplicación de esa misma ley, explica de forma positiva que sólo se trata de una existencia de hecho. Dicha existencia, para nosotros, se remonta a 1817; nuestra sociedad tenía 50 miembros en ejercicio y 20 en el noviciado en 1824; puede, pues, en los términos de la ley precitada, ser autorizada por decreto real.*

4 *– Ninguna asociación caritativa de Hermanos, en favor de la Instrucción primaria, existe si no es por decreto real”* (2).

Todo este alegato legal prueba que al H. François no se le puede responder cualquier cosa. Se ha de observar también que la ley Guizot de 1833, establece la libertad de la enseñanza primaria y sólo impone a los maestros las condiciones de moralidad y capacitación.

1841 es el año en que Montalembert se lanza al ataque con la firme voluntad de obtener la libertad de toda la enseñanza contra el monopolio de la Universidad. El ministro Villemain trata, pues, de abrirse un camino entre estas reclamaciones y las presiones contrarias de su entorno. Tiene prejuicios (3) pero hay que reconocer que está dispuesto a hacer todo lo posible en favor de los Hermanos Maristas.

El 18 de septiembre, el prefecto de la Loire dirige al ministerio la petición anual de su Consejo general en favor de esos mismos Hermanos. El ministerio acusa recepción el 14 de octubre. Veintiocho escuelas en la Loire y un Consejo general totalmente a favor es algo que merece reflexión. En diciembre, el Sr. Baud, diputado siempre tan a favor de los Hermanos que ya en la época del Padre Champagnat, envía al H. François una información bastante alentadora, comunica: “Si el ministro se ha retardado un poco, es porque ha querido presentar su informe sobre el estado de la enseñanza primaria en Francia para preparar la opinión a la emisión de una nueva ordenanza”. Pero, en realidad, su proyecto para conciliar universidad y enseñanza no será aceptado.El 19 de marzo de 1842,hay otras peticiones del prefecto de la Loire en favor de los Hermanos Maristas, pero finalmente se adopta otra solución. En efecto, ley o decreto real, el gobierno no quiere ni una ni otro para reconocer una nueva congregación, ni aunque ésta adopte el nombre de asociación caritativa. Siempre la misma excusa, como en tiempos del Padre Champagnat: está en preparación una ley sobre las asociaciones (4); ínterin, no se puede reconocer una nueva asociación. Esta clase de respuesta se remonta a 1834, año de la segunda revuelta de los canuts en Lyon.

Éstos habían obviado la ley que prohibía las reuniones de más de 20 personas, agrupándose en unidades de 10, y habían logrado, a una señal convenida, formar un ejército de miles de obreros desfilando desde la Croix-Rousse a Bellecour. Desde luego, el Padre Champagnat y luego el H. François podían alegar que una asociación religiosa nada tenía que ver con una insurrección, pero el gobierno disponía de una buena justificación para su rechazo. Por otra parte se estaba en una fase de reconstrucción cristiana que asustaba a los liberales volterianos. Dom Guéranger había logrado hacer reconocer a los Benedictinos en 1837, Lacordaire emitía los votos de Hermano Predicador en 1840, y, vuelto de Italia a Francia, empezaba a predicar con sotana blanca; los Jesuitas, puestos al margen bajo el piadoso Charles X, volvían a La Louvesc retomando la evangelización de las Cevennes, como antaño San François Régis, y, uno de los suyos, el Padre de Ravignan, predicaba en plena catedral de Notre-Dame de Paris.

De todas maneras, Villemain acepta comprometerse en favor de los Hermanos, el 1 de abril de 1842, y responde al Sr. Mazelier: “Me ha hecho usted el honor de escribirme para solicitarme, en unión con los Hermanos de María que esta Sociedad sea unida legalmente al Instituto de los Hermanos de la Instrucción Cristiana de la diócesis de Valence y que la nueva congregación sea autorizada a tener escuelas en todo el Reino. La extensión que usted solicita no es admisible, pero vuestro Instituto unido al de los Hermanitos de María podría sin dificultad ser autorizado a dedicarse a la enseñanza en el departamento de la Loire cuyo Consejo general ha manifestado en varias ocasiones el deseo de…”.

No era el equivalente de un decreto real. Se trataba de una carta privada, pero podía servir ante un inspector benevolente que la podría considerar como una autorización por lo menos oficiosa.

Villemain se había visto empujado por los Sres. Baude y Dugas, miembros los dos del Consejo general de la Loire que podían explicarle el entusiasmo unánime de dicho Consejo respecto de los Hermanos Maristas (5).

Una vez realizada la fusión de los Hermanos de l’Hermitage con los de Saint-Paul, y, algo más tarde con los de Viviers, se podría decir que los miembros de la nueva congregación dispondrían de una zona de apostolado extendida por los departamentos de la Drôme, Isère, Hautes-Alpes, Ardèche, Haute-Loire y la Loire donde poder evitar, más o menos legalmente, los 6-8 años de servicio militar a la espera del decreto definitivo que llegaría en 1851.

CAPÍTULO 15

1 – En una congregación no reconocida, hay que pagar también enormes derechos de sucesión cuando un Hermano fallece y ha hecho testamento en favor de la casa.

2 –Circ. 1 p. 346.

3 –Padecerá una crisis de depresión mental manifestada por una jesuitofobia que le obligará a dejar el ministerio. Una vez superada, tendrá una notable carrera como escritor.

4 –Desde el código penal napoleónico de 1810, el artículo 291 prohibía las asociaciones de más de 20 personas; y los sindicatos, asociaciones profesionales, no serán reconocidos por ley hasta 1884. Puede decirse que las congregaciones religiosas reconocidas entre estas dos fechas son una benévola excepción.

5 –11 p. 198.

CAPÍTULO 16

Historia de la congregación del Sr. Mazelier

Nos hemos anticipado un poco al anunciar el feliz resultado de la unión de los Hermanos Maristas con otras dos congregaciones similares. Se trata de ver ahora cómo se produjo esta doble fusión. Veamos primero una pequeña historia de cada una de estas fundaciones.

Los Hermanos de la Instrucción Cristiana de Valence son un proyecto del Sr. Fière, vicario general de Mons. De La Tourette, obispo de Valence. El Sr. Fière había sido un notable resistente frente a la Revolución y, disfrazado, llegó a ponerse en contacto con el papa Pío VI, prisionero en Valence, donde murió en 1799.

Como otros eclesiásticos, tras la revolución pensó en crear “escuelas pequeñas” y reunió en su casa a varios jóvenes que podrían llegar a ser Hermanos. El grupo es mediocre, pero hay en él un excelente sujeto, Louis Bouteille, que recibirá el nombre de Hermano Paul (1).

Dicho joven había ya pensado en hacerse trapense cuando fue movilizado en 1813 y 1814 para las guerras del final del Imperio. En ellas se sintió visiblemente protegido por la Sma. Virgen, como relata él mismo: “Aunque el enemigo me disparó varias veces a bocajarro y vi caer a mi lado a muchos de mis compañeros, salí indemne”.

Desertó durante los Cien Días, escapó de forma milagrosa a los gendarmes, pudo llegar a su casa y se hizo maestro durante 4 años. Al final de ese tiempo, un día se vio sorprendido por una inundación, trató de cruzar el río a lomos de un mulo con otro joven. El mulo cayó en un pozo y, esta vez Louis Bouteille, sin saber nadar, está seguro de que ha llegado su última hora.

Se encomienda a la Sma. Virgen y hace voto de hacerse religioso si salva la vida. Acaba por encontrarse en la otra orilla sin saber cómo. Lleno de agradecimiento, se arrodilla, da las gracias a quien le acaba de salvar y promete vivir sólo para Dios.

Marcha hacia la Trapa de Aiguebelle, pero piensa, de pronto, que sería bueno consultarlo con su obispo. En el obispado de Valence sólo encuentra al Sr. Fière, éste le comunica su proyecto. Es el 12 de septiembre de 1823. Ahora bien, el Sr. Fière acaba de obtener un decreto, el 11 de junio del mismo año, que hace de sus Hermanos una especie de sucursal de los del Sr. de La Mennais (Hermanos de Ploërmel) para los departamentos adscritos a la Academia de Grenoble.

El Sr. Fière cree, con razón, que la Providencia le envía la primera piedra para su obra. Louis Bouteille tiene, en efecto, todas las disposiciones necesarias: “Sr. Fière, estoy a su disposición, haga de mí lo que desee; cuanto menos siga mis gustos, más seguro estaré de hacer la voluntad de Dios; importa poco que el camino a seguir sea más o menos agradable a la naturaleza; lo importante es que me conduzca hasta el cielo donde, a cualquier precio, quiero llegar”.

El Sr. Fière aloja a Louis Bouteille en su propia casa, y, en noviembre-diciembre empiezan a llegar postulantes. En febrero de 1824 son ya 17. El Sr. Fière los confía al Sr. Brun, párroco de Peyrins, pero la solución no satisface. En ese momento, Saint-Paul-Trois-Châteaux se presenta como una posibilidad interesante. Hay allí un antiguo convento dominico ofrecido casi por nada. Bastaría comprar una o dos parcelas de terreno para estar más cómodos, pero en conjunto es una buena solución. El H. Paul conduce al grupo el 15 de octubre de 1824 y toman posesión del lugar. Como el H. Paul ya tiene experiencia de la enseñanza, se abre la escuela de Saint-Paul el 8 de noviembre. El párroco, Sr. Solier-Lestang, está encantado y desearía entregarse por completo a estos aprendices de religiosos pero carece de tiempo. ¡No importa! El Sr. Fière tiene un primo, el Sr. Mazelier, profesor de retórica en Romans, su país natal, y que aceptaría el encargo. Será nombrado párroco a la muerte del predecesor, el 6 de febrero de 1827. Los ingresos de párroco son necesarios para mantener a la comunidad, pues esos jóvenes aún no son capaces de hacer la clase, aunque el problema del diploma apenas inquieta en una congregación legalmente reconocida.

El reglamento es bastante austero: un artículo señala la hora de levantarse a las cuatro y media. Pero hay otro que supone una concesión ruinosa para la vida de comunidad: el Sr. Fière ha prometido dejar cada año 100 francos de peculio a todos los que tengan salario de enseñante. Ahora bien, el Sr. Mazelier ha gastado ya 2000 francos de su fortuna personal para enjugar parte de las deudas y necesitaría que hicieran todos el máximo de economías. Además, esta idea del peculio es del todo contraria a los principios de la vida religiosa.

El Sr. Fière, que ha sufrido mucho los golpes de la revolución de 1830, especialmente violenta en Valence, muere el 28 de enero de 1831, tan santamente que Mons. Devie llegará a decir: “No rezo por él, le invoco”. El Sr. Mazelier irá a consultar al Sr. Vernet, vicario general de Viviers, a propósito del peculio, y decidirá luego cortar por lo sano, pues es bastante evidente que muchos de sus Hermanos carecen del espíritu religioso. “Oigo que no os falta de nada, dice a la comunidad, pero os lo digo con toda claridad, retiro la promesa de cien francos anuales que se os hizo y debréis renunciar a ellos si queréis perseverar en vuestra santa vocación.”.

La decisión es muy mal acogida. Durante esa semana 8 de los Hermanos se retiran y tres o cuatro muy poco después. Al final sólo quedan dos o tres. Descorazonado, el Sr. Mazelier se dirige al H. Paul: “¿Qué piensa hacer ahora que casi todos sus compañeros le han abandonado?” - “Voy a pedir a Dios que me envíe otros que sean más constantes y más fieles”. Y, en efecto llegaron otros, pero la perseverancia no fue buena. Se puede incluso hablar de alternancias varias veces repetidas de esperanza y abatimiento. El Sr. Mazelier habría querido ver al Sr. J.M. de La Mennais tomar a su cargo su congregación pero, a 800 km de distancia era algo muy poco realista.

Y precisamente entonces, conoce al Padre Champagnat y a los Hermanos Maristas. Estamos en 1835: “Nosotros tenemos Hermanos, dice el Padre Champagnat, ustedes tienen un decreto: juntos podríamos hacer algo” (2). Un amigo del Sr. Mazelier, el Sr. J. Bellier encuentra perfecta la organización de los Maristas. Ha podido conocer l’Hermitage. Incluso estuvo allí por la muerte del Padre Champagnat. Poco antes, el obispo de Valence, Mons. De La Tourette, muere también. Le sucede Mons. Chartrousse, compañero de estudios del Sr. Bellier. Obvia decir que hizo cuanto pudo para convencer al nuevo obispo de que la citada unión era altamente deseable. Así pues, se puede prever que no sólo los Hermanos de l’Hermitage puedan pasar en Saint-Paul el período de riesgo de ser llamados a filas, sino también que los Hermanos de Saint-Paul puedan enseñar en las escuelas de l’Hermitage. Recibirían su compromiso decenal de manos del H. François, Director general, cuyo título oficial sería: Director de los Hermanos de la Instrucción Cristiana. Éste transmitiría el compromiso al rector de la Academia de Lyon quien, de esta manera, se acostumbraría a ver la casa de l’Hermitage como un noviciado de las dos congregaciones, siendo Superior oficial el Sr. Mazelier.

Desde luego y en realidad, tanto en Saint-Paul como en l’Hermitage, están todos de acuerdo para que la autoridad real sea el H. François. El propio Sr. Mazelier le pide nombre un Hermano de l’Hermitage como director de Saint-Paul.

La dificultad de la diferencia de hábito sería irrelevante, pues ya en tiempos del Padre Champagnat se había suscitado para los Hermanos al servicio de los Padres Maristas y él la había juzgado sin importancia. La diferencia de nombre exigiría una pequeña adaptación.

Desde octubre de 1841, el H. François nombra al H. Jean-Marie (3) Director de Saint-Paul. Era un verdadero santo que nuestro analista, H. Avit, consideraba en exceso conciliador. Pero su aparente debilidad era verdadero espíritu de conciliación y contribuyó mucho más a la unión de lo que se hubiera logrado con la firmeza. En marzo de 1842, la fusión será firmada por los dos consejos de l’Hermitage y Saint-Paul, por el P. Colin, el cardenal de Bonald y el obispo de Valence.

Los Hermanos de Saint-Paul eran unos 40. Habían fundado las escuelas siguientes: Châteauneuf d’Isère, Le Puy-Saint-Martin, Saint-André de Roquepertuis, Saint-Paul-les Romans, Montélier, Rochegude, Batjac, Rivière, Séhon-Saint-Henri, Saint-Paul-Trois-Châteaux, Eyragues, Courthézon, Tulette y Chaumont.

El texto de la fusión (4), fue puesto a punto por el H. Louis-Marie quien, tras largas conversaciones, supo consignar cuanto se había debatido. Se tuvo en cuenta la sensibilidad de los Hermanos de Saint-Paul “se evitará que sean trasladados fuera de su diócesis sin causa grave”, pero se dice también claramente: “Los Hermanos de la Instrucción Cristiana, con el consentimiento de su muy digno y respetable Superior, se constituyen bajo la dependencia y autoridad del Superior general de los Padres de la Sociedad de María, autoridad y dependencia que los Hermanos de María reconocen y consideran, según pensamiento de su piadoso Fundador, como la base de su congregación”.

El conjunto de la deliberación es muy hábil e, incluso si la redacción es debida a un solo hombre, también es cierto que todos los puntos habían sido deliberados y rezados para que nada quedara ambiguo y que los posibles conflictos posteriores no fueran debidos a imprecisiones o equívocos subsistentes.

Uno de los artículos aprobados prevé la fundación de escuelas en cada diócesis en proporción de los postulantes recibidos.

Por otra parte, las diferencias de concepto en el gobierno que pueden tener los Hermanos de Saint-Paul obligan a un estudio que, poco a poco, cristalizará en las Reglas de Gobierno. Por ejemplo, algo que desea Saint-Paul es lo que más adelante se llamará un Provincial. Es decir, un jefe local relativamente independiente del centro y que conozca a fondo su mundo. El concepto de los Superiores de l’Hermitage es más centralista: además del Director general, existen los asistentes que recorren las casas, pero que son hombres del centro, residentes en el centro y que no son fácilmente abordables. Hay también visitadores, más próximos pero que tienen, además de la responsabilidad de una escuela, otras preocupaciones y que corren el riesgo de efectuar visitas demasiado rápidas.

De todos modos, si todos los puntos de acuerdo no eran perfectos, lo esencial estaba asegurado y el H. François, quien junto con el H. Jean-Baptiste había asistido al retiro de Saint-Paul pudo escribir: *“Todos han adoptado con alegría las Reglas y usos de l’Hermitage y 15 de sus Hermanos principales han emitido los votos perpetuos”* (5).

Esto predisponía a una gestión posterior: pedir el reconocimiento oficial de los Hermanos Maristas por la autoridad romana.

CAPÍTULO 16

1 – Su vida está incluida en *“Biografía de algunos Hermanos”* p. 63 y ss.

2 – Champagnat, *Vida*, ed. 1989, p. 187.

3 – La biografía del H. Jean-Marie fue publicada en un volumen aparte: *Biographie du Frère Jean-Marie, par un Frère Mariste* (¿Hermano Noël?).

4 – Circ. 1 p, 530-533.

5 – 11 p. 228.

CAPÍTULO 17

Otra fusión: los Hermanos de Viviers

La congregación de los Hermanos Maristas se va a acrecentar con la aportación de otra familia religiosa. Si antes fueron Saint-Paul y la Drôme, ahora serán Viviers y l’Ardèche los atraídos por los Hermanos Maristas. En este departamento, muy religioso, el Señor Vernet, vicario general, encontró una fundadora, Marie Rivier, muy pequeña de estatura pero dotada de un prodigioso espíritu de decisión y de indiscutible santidad. Funda en Bourg-Saint-Andéol las Hermanas de la Presentación de María y abre escuelas a ritmo acelerado.

Pero en la vertiente masculina, el Sr. Vernet no encontró el equivalente y los Hermanos fundados por él se limitan a vegetar. Supo aprovechar sus buenas relaciones y consiguió un decreto, el 20 de marzo de 1825, reconociendo legalmente su congregación para el departamento de l’Ardèche y otro, el 29 noviembre de 1829, para la Haute-Loire: pero las vocaciones vienen y van sin aportar nada estable.

El obispo de Viviers, Mons. Guibert, es hombre notable que llegará a ser arzobispo de Paris. En junio de 1842, realiza una demanda de unión y propone, ya de entrada, hacerla sobre el modelo realizado entre l’Hermitage y Saint-Paul. El H. François se toma un margen de reflexión, pues debe esperar el regreso de Roma del Padre Colin. Necesita también la aquiescencia del P. Cholleton que enseguida se muestra de acuerdo. Las negociaciones se reanudan al año siguiente, en marzo de 1843. El obispo es favorable a la idea de un noviciado en La Bégude, cerca de Aubenas, y hasta entrega 10000 francos para ponerlo en marcha.

Las condiciones del acuerdo son estudiadas por el H. François y sus Asistentes. El punto más complicado es encontrar un buen maestro de novicios que sea, al mismo tiempo y como en Saint-Paul, hombre de unión entre el centro y el sector, es decir, con los Hermanos que, tal vez, se hallen a la defensiva respecto a la fusión. Mons. Guibert vuelve a la carga en marzo de 1844, ansioso de ver realizada la unión. El nombre del conjunto podría ser: Hermanos de María de la Instrucción Cristiana, lo que ya había sido acordado con Saint-Paul. Localmente se seguiría diciendo: Hermanos de la Instrucción Cristiana de Viviers. Los Hermanos de este sector formarían una provincia de la “congregación general”. El acuerdo preveía también que el H. François nombraría un Hermano Director Provincial “para gobernar bajo su autoridad la casa de noviciado y los demás centros de la citada Provincia”.

Si se le llama Director provincial y no sólo Provincial es, sencillamente, porque el poder pleno se reserva a los Asistentes, pero sin pretender hacerles jueces de todos los problemas locales. En una carta, que debe ser de 1844 o 45, el H. François responde lo siguiente a un director para cambios en su personal: *“Sírvase dirigirse directamente al Hermano Director provincial de La Bégude quien, con mejor conocimiento de vuestra posición respecto a los Hermanos y a la situación de su escuela, podrá servirle como usted desea”.*

El acuerdo será firmado el 15 de abril de 1844 (1) y el H. Louis Bernardin se convierte en Director provincial y maestro de novicios. Es, pues, responsable de un grupo de 40 Hermanos y de una veintena de postulantes. Los efectivos son débiles y no siempre estables, pero, poco a poco, el sector se va convirtiendo en una importante Provincia marista. Por el momento, aporta como dote una docena de escuelas: Montréal, Le Cheylard, Largentière, Thueyts, Le Teil, Saint-Remèze, Quinténas, Serrières, Jonas, Notre-Dame de Bon Secours, Valvignière y Saint-Désirat.

La muerte del Fundador, Sr. Vernet, en 1843, hace más fácil la fusión. Para él suponía un fracaso, frente a una congregación que había criticado cuando se estaba implantando, 20 años antes, en Boulieu y Vanosc, del mismo departamento de l’Ardèche.

Mientras tanto, ya desde el primer retiro que sigue a la fusión, el H. François expresa su alegría al P. Colin, tanto más cuanto el retiro ha sido predicado por un Padre Marista, el P. Barthélemy Épalle (2); *“Creo que el P. Épalle os ha dado a conocer los hermosos frutos producidos por el retiro de La Bégude y el de Saint-Paul-Trois-Châteaux. El de la Bégude, sobre todo, ha sobrepasado nuestras esperanzas. El buen P. Épalle ha sabido mover tan bien los espíritus que, desde los primeros días, se ha operado un cambio admirable. Quienes antes eran algo más que indiferentes se han mostrado los más ardientes en solicitar el permiso de entregarse para siempre a la Sociedad”.*

*… “El capellán, Sr. Géry, sacerdote diocesano amigo de los Hermanos, ha colaborado también muy activamente en este retiro y es el primero en alegrarse de tan buen resultado”* (3).

El año 1844 veía, pues, a los Hermanos Maristas establecidos en tres grandes sectores: l’Hermitage, St-Paul y La Bégude con 200 profesos. 171 Hermanos de votos anuales, 126 novicios y 75 postulantes. Se añadían dos embriones en torno a Vauban (Saône et Loire) y a St-Pol-sur-Ternoise (Pas de Calais) y 9 Hermanos en Oceanía. Había, pues, muchas razones para alegrarse.

Incluso había que frenar entradas efectuadas sin el suficiente discernimiento. Se podían recibir algunos postulantes que, tras cumplir los 12 o 13 años nada podían aprender en una escuela primaria. Si de verdad tenían cualidades, tiempo habría de examinarlos antes de admitirlos al noviciado a los 16 años. Pero, sobre todo, había que seguir a los chicos con motivaciones serias para entrar, observar su comportamiento en el mundo del trabajo en el que tendrán que entrar y, si sus padres son honestos y religiosos, la familia podía ser un buen prenoviciado. Había que tener en cuenta si el candidato podía pagar. Pues muchos a duras penas podían sufragar los dos años de noviciado, lo que exigía contraer demasiadas deudas en las casas de formación.

Una carta de 1845 traduce el pensamiento del H. François a este propósito (4): *“Comprenderá perfectamente, dice a un director, que no podemos hacernos cargo de un niño de 13 años en las condiciones que usted propone. A esta edad, la vocación es aún muy dudosa y puede ser fruto de sentimientos pasajeros y de algunas impresiones sin futuro. Hay que dejarla madurar, tanto más cuanto en este caso se trata de recibir al pequeño de forma gratuita, a menos de obligar a la madre a desprenderse de sus bienes… Al pertenecer a una familia virtuosa, su madre lo cuidará y no se echará a perder (=junto a ella no perderá el ideal), o bien lo podrá colocar en una buena casa hasta que tenga la edad requerida para ingresar en el noviciado”.*

El H. François tiene ahora la experiencia suficiente para ver que no todos tienen como él una vocación decidida desde los 10 años.

Por otra parte, al tratarse del pueblo de Saint-Geoir, cree que el ambiente es sano: *“Parece ser, dice, que la Sma. Virgen ha escogido en Saint-Geoir algunas plantas jóvenes para su jardín; habrá que cultivarlas con cuidado, pero no trasplantarlas demasiado pronto”.* La comunidad también es buena y capaz de atraer: *“Con los Hermanos que tiene, su escuela puede ser modelo de regularidad y una reunión de familia de santos”.*

El noviciado prepara a los candidatos serios y permite señalar a los “ruiseñores”, como los llama el H. Avit, cuya vocación es inestable: cantan durante una sola estación. Se vio, en efecto, que las decisiones de comprometerse por voto están lejos del número de tomas de hábito: en 1841, 18 profesiones para 54 tomas de hábito; en 1842, 36 para 58; en 1843, 32 para 77; en 1844, 49 para 99. Es algo perfectamente normal. Al H. Bonaventure y a los demás maestros de novicios no les asusta poner a estos últimos frente a las exigencias de la vida religiosa. El tiempo de noviciado, o sea de contacto profundo con Dios, puede ser también, para un futuro padre de familia, excelente iniciación para una buena vida cristiana en condiciones ordinarias, como atestigua el sacerdote Sylvain Legros, hijo de un antiguo novicio: “Mi padre, pese a sus 14 años de servicio militar, era muy piadoso; asistía cada día a la misa y comulgaba regularmente todos los días… Leía la *Imitación de Cristo*. Cada tarde, oración en común. Lo que soy, decía, se lo debo a mis maestros de Vauban” (5).

CAPÍTULO 17

1 – Todos los documentos relativos a esta fusión se encuentran en Circulares 1, p. 543 y ss.

2 – Hermano mayor de J.B. Épalle que acababa de ser consagrado obispo para Mélanésie-Micronésie y morirá mártir al año siguiente. Fue también hermano de Julienne Épalle, mujer entre los muy buenos testigos en el proceso de beatificación de Marcellin Champagnat.

3 – 10 p. 276 (octubre o noviembre de 1844).

4 – 10 p. 324.

5 – P.S.V. p. 656.

CAPÍTULO 18

Los Hermanos y la Sociedad de María

Al tiempo que se consolidaba la unión de los Hermanos de l’Hermitage con los de Saint-Paul, en 1842, los Padres Maristas tenían un capítulo general para poner a punto las Reglas de la Sociedad, y el Padre Colin se preparaba para salir hacia Roma y pedir a la Santa Sede la aprobación de dichas Reglas.

Ahora bien, los Hermanos no podían olvidar la insistencia del Padre Champagnat moribundo sobre la unión de las dos ramas: Padres y Hermanos. El 19 de abril de 1842, éstos hacen una gestión para ponerse de nuevo bajo la obediencia más directa del Padre Colin. Los HH. Jean-Baptiste y Louis-Marie se presentan al Capítulo de los Padres con una súplica: “… Muy Queridos y Reverendos Padres… Los Hermanos os suplican humildemente y os conjuran por la caridad de Jesús Cristo que rebosa en vuestros corazones:

1º - reconocer en este día y sancionar de manera solemne y definitiva, en vuestra congregación (1) general, su unión con vosotros en una sola y misma Sociedad y su dependencia absoluta de su Superior general, tal y como la suponen y expresan los votos religiosos que emitís.

2º - solicitar para ellos la aprobación de la Iglesia, en el único sentido de esta unión y dependencia, de modo que no tengan que pedir una autorización particular, sino que sean reconocidos de forma conjunta con los Padres, como miembros de la Sociedad de María, y formar una única Sociedad con ellos, bajo un solo y mismo Superior general.

3º - con este fin, establecer todas las Reglas y Constituciones que creáis necesarias o útiles (2)”.

El punto 2 es especialmente importante, dada la curiosa situación en que se halla la congregación de los Hermanos. No se puede decir que sea diocesana, pues está ya en gran número de diócesis. Tampoco es de derecho pontificio, puesto que la Santa Sede sólo reconoce la rama de los Padres Maristas. En realidad este hecho no le impide vivir, ya que el trabajo de los Hermanos no es como el de un sacerdote diocesano cuyo lugar de destino depende de su obispo. Puede verse afectado por la exigencia de un obispo que pide abrir una escuela o cerrar otra, pero esa situación se podría dar también en una congregación de derecho pontificio. Se trata más bien, para alguien espiritual como el H. François, de sentirse Iglesia y, en su caso, disponer de apoyo y recurso en caso de litigio: la Santa Sede nos reconoce con una constitución aprobada y nosotros queremos ser fieles en cumplir nuestro pequeño papel según el don recibido del Espíritu por nuestro Fundador. Más adelante veremos la gran devoción al Papa manifestada por el H. François durante su estancia en Roma.

Nada obligaba a los Hermanos a realizar esta gestión. Los Padres quedaron muy impresionados y manifestaron su conformidad. Los dos delegados podían, pues, retirarse “henchido el corazón de santo gozo y dulce esperanza”.

El punto tercero muestra también que los Hermanos tienen total confianza en los Padres para modificar, en su caso, la Regla dada por el Padre Champagnat.

En mayo de 1843, el H. François presenta una petición escrita que el Padre Colin llevará a Roma. Éste planteará el problema a partir de la realidad misionera de los Hermanos. Destinados primero a las escuelas del mundo rural, luego a los huérfanos, los Hermanos trabajan ya con los Padres en las misiones confiadas por la Santa Sede a la Sociedad de María. Desde luego, es sólo una fracción mínima la que se ocupa de este apostolado, pero entre esos Hermanos hay sujetos de gran valor.

El primer mártir marista, el P. Pierre Chanel, vivió todo el tiempo en Futuna con el H. Marie-Nizier (3), auténtico discípulo de Marcellin Champagnat. ¿No sería factible, a partir de este tercer apostolado (ayudar a los Padres en las misiones), hacer aceptar también los otros dos (escuelas rurales y los huérfanos), para reconocer la rama de los Hermanos como se ha reconocido la de los Padres?

De hecho, el cardenal Castracane (4) no será más favorable a la unión en 1843, de lo que lo había sido diez años antes cuando se presentó la primera petición. El Padre Colin y el P. Cholleton, van a aflojar poco a poco los lazos que unían a Padres y Hermanos y dejar al H. François gobernar la congregación con total independencia. Continuaron interesándose en los problemas más generales, como en las conversaciones con los Hermanos de Viviers. Pasaron así nueve años y, en el Capítulo general de los Hermanos, de 1852, el Padre Colin hará la última gestión diciendo, de parte de la Santa Sede, que las dos congregaciones, unidas con los mejores lazos de amistad, debían organizarse con total y recíproca independencia.

Sin embargo y por largo tiempo, el H. François buscará mantener alguna forma de unión. Trata de obtener un capellán marista para Beaucamps; expresa su pesar porque, dos años seguidos los retiros de Saint-Paul y La Bégude no han sido predicados por un Padre Marista: *“Los Hermanos se creerán casi olvidados si también este año se ven obligados a sufrir la misma privación”* (5).

A su debido tiempo, veremos más detalle sobre esta evolución.

CAPÍTULO 18

1 – Congregación general: término equivalente a Capítulo General.

2 – Ver *Vie du T.R.P. Colin* p. 417 (ed. De 1895). Citado en el *Bulletin de l’Institut* nº 189, p. 368 y ss.

3 – Joseph Ronzon, *Biographie du Frère Marie-Nizier* (J.M. Delorme). Imprenta des Monts du Lyonnais. 69.850 St-Martin-en-Haut.1995.

4 – Castracane degli Antelminelli, nacido en 1799, es secretario de la congregación de la Propagación de la Fe en 1838. En 1833 era secretario de la congregación de Obispos y Regulares. Bajo este título es el relator del dossier de los Maristas y hace serias reservas sobre la pluralidad de las ramas de esta nueva familia religiosa. En 1842, sigue viendo dificultades para la unión de los Padres y los Hermanos bajo un mismo Superior general. Se lo dice al Padre Colin y lo repite al Padre Épalle en 1844. Muere en 1852. El H. François no se relacionará, pues, con él en 1858, sino con su sucesor: Mons. Bizzarri. (Ver *Anales*, 1836, nº 131, pag. 113, N.T.)

5 – 11 p. 465.

CAPÍTULO 19

Trabajar con mala salud

Hubo muchos progresos durante estos 4 o 5 años, pese a la salud, verdaderamente deplorable, del H. François. El 12 de marzo de 1843, su aniversario de nacimiento, segundo domingo de cuaresma, día en que la Iglesia propone la contemplación de Tabor, anota: *“valor redoblado”,* pero poco después debe aceptar que este valores impotente contra la realidad que le diagnostica: *“congestión cerebral, dolor de estómago, neuralgia, debilitamiento general; ¡vaya estado para un superior!”* (1) El médico ha debido examinarlo y le ha comunicado el resultado. En este período su diario se reduce notablemente, pues ni siquiera puede mover el brazo.

¿Cuánto tiempo estuvo sin poder escribir? Anota que ha podido volver a escribir en enero de 1844; se ha rezado mucho por él, sobre todo a San José, pues escribe: “San José, nuestro querido patrono y protector poderoso, nos ha socorrido maravillosamente” (2). Recupera poco a poco las fuerzas durante el año 1844, pero en diciembre, hace o hace hacer una novena a María Inmaculada y nota nueva mejoría, pues califica la novena como “milagrosa” (3).

Repite que el Señor quiere hacerle vivir en un estado de debilidad y evoca a San Pablo: *“Mi gracia te basta, que mi fuerza se muestra perfecta en la flaqueza”*, y anota la cita: 2 Co 12,9.

Vemos también en una de sus cartas esta frase del Padre Champagnat que los exégetas llamarían “hapax” porque no se encuentra en ningún otro sitio y que va un poco en el mismo sentido: *“Dios permite que, al emprender una obra, no podamos prever las penas, las molestias y los obstáculos que nos va a causar, porque nos desanimaríamos y el bien se quedaría sin hacer”* (4).

*“Tres hacen más que diez,* escribe*, cuando Dios participa y lo hace siempre cuando nos quita los medios humanos y nos coloca en la necesidad de tener que hacer algo superior a nuestras fuerzas”.*

Anota también esta frase de Bossuet: *“Cuando Dios quiere hacer ver que algo es obra suya, empieza por reducirlo todo a la impotencia y a la desesperación, y luego actúa”.* Con su habitual humildad acepta, pues, su situación de enfermo, pero ve en ello un signo de que habría que adaptar las tareas de los tres elegidos y dar a uno de sus dos asistentes la función de vicario general encargado de la administración y gobierno de la congregación.

Tras varios años de experiencia de una salud alternando siempre mejorías y recaídas, y aunque el año 1845 haya sido en este aspecto algo mejor, se decide a escribir una carta a los Hermanos más antiguos para pedirles con toda humildad su consejo.

Nuestra Señora de l’Hermitage, agosto de 1846 (5):

*”Mi muy querido Hermano,*

*La debilidad de mi salud y el agotamiento de mis fuerzas me obligan a delegar un poco el detalle de la administración exterior y del gobierno general de la Sociedad, para ocuparme más especialmente de la dirección interior, de las Constituciones, etc… Para ello, necesito disponer junto a mí de un Hermano que pueda representarme en caso de necesidad, atender la correspondencia necesaria, sea con los HH. Directores, o con las demás personas, en una palabra, encargarse del detalle de todos los asuntos de la congregación. No es que quiera suprimir mis contactos con los Hermanos, ni retirarme del gobierno de la Sociedad, sino, al contrario, ocuparme de ello de forma más ventajosa.*

*Tras haber reflexionado mucho ante el Señor, rogado y hecho rogar con este fin, le pido su opinión y le comprometo a decirme, en el menor plazo posible, cuál de los Hermanos Asistentes o de otros Hermanos profesos antiguos juzga usted ser el más capaz para realizar la carga que deseo confiarle* (6). *Verá usted que es un asunto muy serio y merecedor de toda su atención; por eso he querido escribirle, conociendo el tierno interés que se toma para contribuir a la prosperidad de la Obra de María, a la que está usted especialmente llamado a concurrir de manera especial; pero le obligo a un secreto inviolable sobre esta gestión y deseo que los votos permanezcan secretos tanto en el presente como en el futuro. Soy, con mi respetuoso afecto, etc…”.*

¿A cuántos hermanos envió la carta? Desconocemos si provocó respuestas escritas u orales. No era fácil hacer propuestas que no fueran de tipo general. Por otra parte los Hermanos podían pensar que las cosas no iban tan mal. Y el Padre Colin, de paso durante el verano de 1845, decía a su regreso en Belley: “¡Ah, Señores, cuánto me han edificado estos buenos Hermanos. Vienen hacia ti, te abren su corazón con franca sencillez, sin segundas intenciones… Para los que son como ellos se abre el cielo” (7). Y había dicho, en más de una ocasión, que quería retirarse a l’Hermitage, tomar el hábito de Hermano y ser enterrado en la tumba del Padre Champagnat (8). Los Hermanos podían, pues, pensar que, aún en la fuerza de la edad, el H. François cumplía la tarea encomendada y lo hacía bien.

Su petición de ayuda produjo, al menos, un resultado: los dos asistentes se sintieron más obligados a apoyar a su Superior. El H. Jean-Baptiste lo dirá en un capítulo de su libro *Sentencias,* libro editado en 1868, si bien evocando una situación anterior.

“El H. François, dice, enfermo casi siempre y en la imposibilidad de actuar, se ve en la obligación de dejar todo el peso de la administración a los asistentes quienes se dividen el trabajo, dirigen a los Hermanos, solucionan los problemas con espíritu de unidad tan perfecta y con tal abnegación de sí mismos, que la autoridad del H. François, lejos de debilitarse fue creciendo y que los Hermanos apenas si se dieron cuenta de que se iba retirando y sólo actuaba a través de sus asistentes” (9).

Algo de esto tuvo que ocurrir, incluso si hubiera podido chocar a alguien menos humilde. Pero los dos asistentes no podían llegar a todo. El H. Louis-Marie estuvo varias veces enfermo (10), y, además había cargado con otra tarea considerable: la composición de una gramática ya terminada en 1845, pero que hubo de completar con un libro de ejercicios. En cuanto al H. Jean-Baptiste, también enfermo con frecuencia, añadía a su trabajo de administración y animación el de preparar numerosos volúmenes pedagógicos o espirituales. Parece haberse dado cuenta de que su ritmo debía ser moderado e introdujo una especie de corrección en su libro *Biographies de quelques Frères*, del mismo año: “El H. François, dice, se distinguió siempre por un fuerte atractivo hacia la vida oculta, el espíritu de oración y de unión con los misterios de Nuestro Señor. Por ese medio se ha elevado al grado de virtud que admiran todos en él y que ha proporcionado tantos beneficios al Instituto. Convertido en Superior, deja, en general, a sus asistentes las tareas de la administración; les encarga tratar los asuntos con los hombres, mientras él, con los brazos elevados hacia el cielo, se ocupa de tratarlos con Dios y de obtener las gracias y bendiciones, causa principal del desarrollo y de la extraordinaria prosperidad del Instituto.” (11). El H. François se preocupa muy poco de lo que piensan de él… Su preocupación es hacer, con su poquita salud, cuanto Dios le pide. *“Dios mío, con tu gracia haz de mí un Hermano según tu corazón, aplicado en todos mis deberes, preocupado sólo por mi empleo, gimiendo bajo el peso de mi cargo, llevándolo con valor, como teniéndoos que rendir cuentas, pensando sólo en vos, temiendo sólo a vos”* (12).

Sí, es un verdadero modelo de unión con Dios, no tan solo en la capilla o en la sala de rezos, sino en todas partes. Durante un retiro posterior (1851), ha destacado este hermoso texto que se corresponde muy bien con la experiencia de toda su vida: *“Cuando se adquiere la hermosa costumbre del recogimiento, del fervor y de la vigilancia sobre sí mismo, resultan también familiares y poco costosos, como lo son para una persona bien educada, la modestia, la discreción, las buenas maneras, las atenciones, el comportamiento honesto, etc… que tan molestos resultan a quienes han vivido siempre de forma libre, grosera y rústica. Los asuntos no sufrirán menoscabo por esta circunspección, si es bien aplicada; al contrario, irán mucho mejor. Pues nadie es más previsor, más exacto, más regular que quien controla los asuntos sin dejar que ellos le controlen y se controla a sí mismo en paz”* (13).

CAPÍTULO 19

1 – 301 p. 51.

2 – 301 p. 51.

3 – 301 p. 52.

4 – 13 p. 54.

5 - Ponty p. 149.

6 – Y añadía en un P. S.: sírvase poner su opinión en el reverso de esta carta y reenviármela.

7 - Memorias Mayet II p 277.

8 - Mayet, suplemento I p. 46.

9 – ALS p. 413.

10 – Un testigo, el H. Vérissime, recordó que “en 1846, el H. Louis-Marie sufrió un ataque que a punto estuvo de llevárselo. El H. François bajó a la capilla y se postró en adoración ante el Santísimo Sacramento, rezando por el enfermo. Al volver el peligro había desaparecido” (P.S.V. p. 59).

11 – Biographies, p. 30.

12 – 303 p. 524.

13 – 304 p. 813.

CAPÍTULO 20

Administración o animación

El problema del H. François es, pues, dejar algo de lo que supone administración para ser más modelo y consejero. En efecto, las tareas administrativas amenazan con acapararlo en exceso si no va con cuidado. Muchos novicios, muchas peticiones y fundaciones. Las escuelas ya existentes ven aumentar sus efectivos, lo que impone crear nuevas clases. Jóvenes ya insertos en el mundo del trabajo y que no han ido a la escuela desean tener cursos nocturnos. Es lo que piden en Saint-Médard los granjeros del Sr. Thiolière para sus criados. ¿Cómo negárselo a la familia Thiollière, gran bienhechora de los Hermanos desde los tiempos del Padre Champagnat? Pero al mismo tiempo, hay que proteger la salud de los Hermanos y defenderlos del activismo. Su vida no debe ser ni ociosa ni demasiado cargada. El H. François acepta una hora de clase nocturna, pero sabe que debe encontrar una solución para que la vida comunitaria recobre, cuanto antes, su ritmo normal.

Los munícipes de Sury quieren, por ejemplo, una clase suplementaria, pero por sólo 100 francos de aumento de prima. Se estudiarán las posibilidades pero no se accederá con esas condiciones.

Los problemas económicos son más de una vez inquietantes. *“La falta de dinero se hace sentir,* escribe el H. François a un Director. *El H. Louis-Marie está asustado por el déficit de los ingresos del año. Por su parte, el H. Jean-Marie clama miseria. No sé cómo saldremos adelante. Tome sus medidas para no hundirnos más… Un industrial generoso nos daba el hierro para fabricar las camas. Ahora ya no es gratis… Pero seguimos contando con la Providencia. Esperamos que no nos falte. El pasado es garantía del porvenir siempre que seamos fieles”* (1).

Pero no se trata de adoptar cualquier solución. Un Director ha previsto hacer intervenir al preceptor oficial para cobrar los recibos en una escuela de pago: *“Me temo que añada usted un nuevo problema… (El preceptor) necesitará listas. Tal vez, se presente en las clases… Molestará a los padres, quienes, por su parte, presentarán quejas, más o menos fundadas, contra los Hermanos. Visto lo cual, creo que lo mejor será seguir como hasta ahora”* (2).

Para obtener dinero se puede, como en Saint-Paul, vender un elixir de flor de naranjo; se podría, también, criar gusanos de seda. El H. François no se opone a esas soluciones. Por su parte, propone al noviciado de Saint-Paul economizar en la compra de camas. Desde Givor, l’Hermitage le enviará, por el Rhône, camas de hierro conseguidas a mejor precio en la región de Saint-Chamond (3).

A medida que la congregación va creciendo, ya hay 110 escuelas en 1844-45, el problema se complica. Los postulantes pagan poco y salen caros. A los fundadores de escuelas se les recuerda, de vez en cuando: *“La prima para la casa-madre (1500 francos el primer año, 800 los años siguientes) nos es imprescindible para la admisión de novicios y la educación de los que no pueden pagar la pensión; el número es muy elevado, casi la totalidad”* (4).

Los sacerdotes y los obispos nos son favorables. Envían candidatos, pero, a su vez, solicitan abrir escuelas y hay que aceptar algunas de estas exigencias. La historia del párroco de Bouillargues es un caso extremo, pero muestra que no siempre es fácil resistirse. Estamos en 1843. El Sr. Carle, párroco de este pueblo grande del Gard, ha decidido tener Hermanos. Se presenta en l’Hermitage e, inmediatamente, da a entender que no se moverá de allí sin la promesa firme de que los Hermanos Maristas abrirán una escuela en su pueblo. Se le dice que no es posible. Hablan, Cae la noche. No hay más remedio que ofrecerle una habitación. Una vez que tiene la habitación, su determinación va en aumento. Asiste a las comidas, pasa otra noche. ¿Qué recursos pueden tener gentes del “norte” frente a un meridional estrafalario?

De todos modos, tendrá que marchar el sábado para decir la misa en su parroquia… Pero, en realidad, el domingo por la mañana sigue allí. Por educación, se le invita a celebrar la misa mayor. Acepta, pero, llegado el momento, anuncia: “No hay Hermanos, no hay misa mayor”. ¿Quién tenía que ceder? Parece ser que fue le H. Jean-Baptiste, pues el H. François le dijo: “Pues bien, usted irá allí para hacer la cocina”. Y así fue. El H. Jean-Baptiste añadirá a su función de asistente el empleo de catequista y cocinero, al menos por algún tiempo. Se cuenta que el párroco, a escondidas, iba a escuchar al muy notable catequista, quien, por otra parte, mejoró mucho su salud en aquel clima muy saludable (5).

El párroco de Bouillargues manifestaba de manera algo chusca su estima por una escuela de Hermanos; el de La Prugne lo hacía de forma heroica, yéndose a dormir a una casucha en ruinas para dejar el presbiterio a los Hermanos.

En otras partes sucedía lo contrario: había que insistir con un párroco que se olvidaba de pagar. Un alcalde, Dios sabe por qué, ponía dificultades para aceptar el juramento del compromiso decenal (6). Todos estos problemas exigen mucha correspondencia con párrocos, alcaldes y administraciones. Si, por el contrario, el H. François pudiera dedicarse a la animación espiritual de los hermanos, significaría que, por su ejemplo, sus visitas y sus cartas los podría formar para ser hombres religiosos, modelos a su vez para los alumnos. ¿No sería un objetivo más importante?

Como modelo, el H. François era visto, incluso por los menos fervorosos, como un ideal difícilmente imitable, pero indiscutible. Un simple hecho, ulterior, todo hay que decirlo, lo muestra en toda en su pura verdad. Lo cuenta un Hermano de Bellegarde-en-Forez. Lo conoce por un amigo laico, Félix Meiller, de 40 años. Éste sube al tren. Entra en un compartimento donde encuentra a un Hermano Marista con quien le gustaría trabar conversación. Pero el Hermano tiene la vista baja, dando la impresión de estar rezando. El hombre no puede conversar, pero pasará todo el tiempo observando a este extraño viajero que en ningún momento ha levantado la vista. Es el descubrimiento de su vida: “No, nunca había visto cosa semejante. Luego supe que se trataba del Superior general de los Hermanos Maristas”. En cierta ocasión, el H. François escribirá: *“La modestia continua y perpetua en la postura y el comportamiento es más penosa para la naturaleza que la disciplina y el ayuno”* (7).

Ahora bien, si deja la parte administrativa de su trabajo, ¿cuál será su animación espiritual? Visitar con más frecuencia las comunidades, aumentar el número de sus cartas y recibir con más frecuencia a los Hermanos para lo que se llama la cuenta de conciencia, tarea prevista para el Superior y sus asistentes.

Él mismo precisará, en una circunstancia, cómo debe hacerse esta “dirección”, medio por excelencia para evitar los escollos más graves, gracias sobre todo, a una práctica muy firme de la discreción. Da la explicación por preguntas y respuestas.

*-“¿Qué cuenta hay que dar al Hermano Director en las escuelas? Hay que decirle de qué manera hace usted los ejercicios del día, las dificultades que encuentra, los defectos que observa y los medios que emplea para actuar bien.*

*-En cuanto a los pensamientos y tentaciones contra la santa virtud son del ámbito del confesor y del Superior; el Hermano Director no puede exigir, ni siquiera permitir la manifestación sin autorización especial del Superior*

*-Pensaba que bastaría manifestarme al confesor. El confesor debe conocer su conciencia para dirigirla y sus pecados para darle la absolución. Pero el Superior debe conocer su conducta, sus disposiciones, sus tentaciones… para dirigirle, destinarle en el lugar más adecuado y hacerle evitar las ocasiones de perderse; sólo él puede darle una dirección continuada”* (9).

Naturalmente, un joven, incluso si es de familia excelente y no ha tenido serios problemas morales, puede, por ejemplo, descubrirse una naturaleza claramente homosexual o sencillamente, debido a causas circunstanciales (ambiente con niños jóvenes), sentir atracciones que le inquieten. El problema será entonces encontrar remedio con una muy gran apertura a un Superior que le inspire confianza. La carta siguiente corresponde en todo a este problema. *“En la situación en que se encuentra, le aconsejo: 1º- Mantenga una apertura completa hacia su confesor y los Superiores. 2º- Si siente afecto particular hacia un niño, no le permita acercarse a usted ni se acerque a él sin absoluta necesidad. 3º- No lo toque más que a los demás, ni en las manos, ni en la cara, ni en ningún otro sitio. 4º- Si ese niño se encuentra cerca de usted, trate de encontrar un motivo para alejarlo. 5º- No lo mire nunca fijamente. 6º- No hable más familiarmente con él, ni en clase ni en el recreo. 7º- No se ocupe especialmente de él ni piense en él voluntariamente. 8º- Trátelo como a los demás, e incluso con más severidad. 9º- Pida al Señor que le preserve del mal y de toda ocasión de mal y que le ayude a salir victorioso de todas las tentaciones. 10º- Póngase bajo la protección especial de la Sma. Virgen, de San José y de los santos ángeles. En fin, escríbame de nuevo dentro de algunos días”* (10).

El Sr. Mazelier, apoyándose en los consejos de Mons. Chatrousse, obispo de Valence, y del Sr. Vernet, vicario general de Viviers, daba sencillamente esta directiva: “Sed inexorables para despedir por el pecado contra natura. De ordinario, no se corrigen si permanecen en contacto con niños”.

Pero entre la tentación y el acto, la distancia es grande. Por eso es imprescindible el acompañamiento espiritual y psicológico, con un posible cambio de empleo o, al menos, traslado de escuela, con toda la discreción posible.

El H. François sabe que no trata con ángeles y que los seres de carne y hueso pueden llegar a ser santos por la piedad y la humildad. Por otra parte hay precauciones materiales que pueden evitar los peligros: rechazar en lo posible las comunidades de menos de 3 Hermanos. Por una parte, imponen un trabajo demasiado exigente y, por otra, ofrecen menos seguridad desde el punto de vista moral. Es esta una de las razones para rechazar en la medida de lo posible, los internados, como escribe al canónigo Robitaille (11): “Tenemos grandes dificultades al tratar de buscar Hermanos para dirigir casas donde los niños están continuamente con ellos, lo que sólo conviene a un reducido número. Por eso fundamos los menos internados posibles para no exponer demasiado a nuestros Hermanos” (12).

No hay más remedio que aceptar algunos internados, como ayuda financiera para una escuela con pocos recursos, pero siempre por no haber más remedio, pues en una época en que los niños no tenían fines de semana, ni siquiera domingos en familia, los Hermanos de esos internados carecían de momentos de ocio entre sí.

De todos modos, se puede afirmar que el acompañamiento espiritual del mayor número de Hermanos es tarea muy exigente para la que el H. François tenía un carisma especial.

Antes de su dimisión, casi nunca llegará a distribuir perfectamente los dos elementos de su tarea: animación y administración, pero, en todo caso, tenía una filosofía muy justa del Superior ideal.

Si, antes de llegar a ser Superior general, se le pudo acusar de ser en exceso meticuloso, se dejó convencer luego para actuar de forma distinta. Incluso es difícil encontrar mejor elogio de la subsidiaridad que el expresado en uno de sus cuadernos: *“Uno de los mayores defectos en los que puede caer el superior de una gran casa es el de aplicarse demasiado a los detalles. Un Superior debe gobernar escogiendo, formando y dirigiendo a los que trabajan con él. Debe ser informado de todo y saberlo todo para poder ejercer un verdadero discernimiento. Es gobernar maravillosamente escoger y dedicar, según sus talentos, a los hombres que emplea. Ha de observarlos, probarlos, moderarlos, corregirlos, animarlos, educarlos y, a veces, cambiarlos de lugar y tenerlos siempre en acción cuidándolos. Querer controlarlo todo por sí mismo, es desconfianza y pequeñez. Para proyectar grandes designios, se necesita un espíritu libre y reposado…*

*Hay que pensar con comodidad, en un desapego de los temas espinosos… Quienes gobiernan por los detalles están siempre determinados por el presente sin extender sus miras hacia un futuro lejano… Los Superiores que trabajan, que despachan la mayoría de los asuntos, son los que menos gobiernan… El Superior es aquel que, aparentando no hacer nada, hace que todo se haga, que piensa, que inventa, que atisba el porvenir, que analiza el pasado, que compara, que resuelve, que decide…, que prepara de lejos, que se yergue sin cesar para luchar contra las dificultades… En una palabra, un verdadero Superior sólo debe realizar las cosas que ningún otro puede hacer por él”* (13).

Esta conducta parece inspirada en el modelo jesuítico, que anota en otro lugar: *“San Ignacio estaba lejos de querer aprobar la conducta de los Superiores que quieren serlo todo en sus casas, como si ocupar un lugar elevado diera la capacidad de estar por encima de los demás”. “Pero,* nota el biógrafo del santo*, todo estaba tan bien coordenado que, en su tiempo, en toda la Compañía sólo había un Superior; el gobierno de varios era tan uniforme que parecía ser el de uno solo”* (14).

Los dos textos del H. Jean-Baptiste antes citados parecen mostrar además que el H. François supo realizar el ideal de subsidiariedad. Un testigo del proceso de su beatificación cita también otro texto del H. Jean-Baptiste: “El H. Louis-Marie y yo, somos tan solo dos niños al lado del Rvdo. H. François: gracias a las luces que el Espíritu Santo comunica a su preciosa alma, encuentra con facilidad solución, incluso, ante las mayores dificultades” (15).

CAPÍTULO 20

1 – 11 p. 339 (1845, ¿agosto?).

2 – 11 p. 351 (1845).

3 – 11 p. 121 (1843).

4 – 13 p. 45.

5 –La historia está referida en los *Anales* del H. Avit, p. 245, nota 22. Varias cartas del H. François aluden a este pueblo y al beneficioso efecto de su clima. (p. e. 11 p. 82). El H. Jean-Baptiste se encuentra allí en 1843.

6 –(No existe la correspondiente explicación a esta nota en el original. N.T.)

7 –Este excelente control de sí mismo se asemeja, *mutatis mutandis*, a la experiencia de Gandhi, de quien Pierre Monchanin pudo decir que “jamás en la historia de la lndia y, tal vez, en la historia humana, se vio semejante victoria del espíritu”. “El cara a cara con Dios, escribe Gandhi, sólo es posible por las restricciones autoimpuestas en la alimentación, en el pensamiento y en las palabras”. ¿Se podrá reprochar a un Superior general cristiano la adquisición del control de sí mismo que un jefe de Estado no cristiano llegó a conseguir?

8 – El Superior general y sus asistentes.

9 – 307 p. 491-92

10 – 11 p. 482.

11 – El canónigo Robitaille era párroco de Saint-Paul-sur-Ternoise cuando el P. Champagnat abrió la escuela.

12 – 13 p. 106.

13 – 304 p 799-800.

14 – 301 p. 113.

15 – P.S.V. p. 624 (citado por el H. François de Borgia, asistente general, que no conoció al H. François, pero ofrece el testimonio de algunos Hermanos antiguos que prefirieron darlo a través de él).

CAPÍTULO 21

Un monasterio y escuelas en la lucha cotidiana

En nuestro tiempo aún se oye, a veces, la pregunta: la vida de un Hermano ¿ha de ser la de un monje? En cualquier caso, tal y como se vivía en tiempo del Padre Champagnat y del H. François, la vida en l’Hermitage es la de un monasterio y, en las escuelas, la vida es, globalmente, monástica, como lo era la de las demás congregaciones de enseñanza.

El H. François nos cuenta cómo la concibe: una ruda penitencia equivalente a los ayunos y maceraciones de los monjes. *“Tiene usted*, escribe a un Hermano, *una disciplina de 70 cuerdas (sus alumnos) y dos veces al día está obligado a darse golpes durante más de tres horas… Tiene que hacer ayunar su lengua cuando le gustaría hablar, y hablar hasta cansarse. ¡Pero no! Hay que contenerse, hacerse violencia para rezar, y esto varias veces al día. No, no necesita ir a la Trapa”* (1).

En noviembre de 1845, recordará que para visitar otra escuela, se necesita permiso del Superior si la distancia supera los 6 km… Y sin embargo, son salidas a pie, por ejemplo el jueves por la tarde, día de asueto. Sin duda, se teme que estas visitas sean motivo de pequeños extras y se llegue a una vida menos austera. Se teme, también, que en un medio obrero, muy poco protegido por leyes sociales y donde la jornada de trabajo es demasiado larga, el hecho de ver a tres o cuatro Hermanos pasearse una parte del jueves sea muy criticable para los obreros, aun sabiendo que el oficio de maestro es, como dice el padre Champagnat al alcalde de Bourg-Argental, “el más ingrato y penoso oficio para un ciudadano”.

El H. François recordará, en una instrucción, que el P. Champagnat nunca quiso organizar peregrinación alguna a Valfleury. También aquí, había que pensar en la extrañeza que hubiera provocado el hecho de ver a 20 o 30 Hermanos con sotana atravesar Saint-Chamond y suscitando mordaces comentarios. Desde luego, hay que pasar del qué dirán, pero sin ser inútilmente provocativos. Cuando el Padre Champagnat va en peregrinación a Valfleury, lo hace solo: es un ejercicio de penitencia y oración, como ir a la Louvesc. No es hacer turismo.

Sin embargo, austeridad no quiere decir tristeza y, si hay un buen motivo para hacer fiesta, no hay por qué evitarla, máxime si se trata de una fiesta religiosa, como es el caso de este mismo año 1845. El pequeño Épalle de 1815, catequizado por el seminarista Champagnat y convertido en obispo misionero, acaba de ser consagrado en Roma. Vuelve de la Ciudad Eterna con reliquias de personajes de las catacumbas, descubiertas en las excavaciones. L’Hermitage recibirá las de San Prisciliano, mártir romano del s. IV.

El 17 de junio de 1845 va a ser, pues, un día de fiesta extraordinaria cuyo relato, muy completo, se puede ver en el anexo 2 escrito por el H. François. Es una ocasión para estimular a multitud de fieles y, tal vez, a personas indiferentes que acuden como espectadores en una fiesta. Desfilarán la orquesta de Saint-Chamond, una coral numerosa y el talento oratorio del Padre Séon. O sea, espectáculo variado, estético y religioso a la vez, en un mismo día. Una vecina, la Sra. Sauzéon, dirá sobre las ceremonias de l’Hermitage que “eran fiestas que hablaban a los ojos y al corazón, más que las otras”. La fiesta del 17 de junio de 1845 era excepcional, las demás celebraciones eran más tranquilas.

Semanas después, una circular anunciaba la reimpresión del repertorio de cánticos para uso de las escuelas, cuya primera edición se había hecho, sin duda, en tiempos del Padre Champagnat. El canto es siempre un medio de comunicar emociones y contribuye a la educación religiosa de los niños.

En 1846, en su felicitación de Año Nuevo, el H. François vuelve a insistir en el espíritu de humildad y modestia. Desde luego, se manifiesta contento de los progresos realizados por el Instituto, pero siempre con una reserva: *“No os prodiguéis al exterior, no multipliquéis las visitas sin necesidad, ni siquiera a las escuelas de vuestro distrito; pues, con frecuencia, se pierde mucho tiempo y, en vez de edificar, se escandaliza”.*

Resultaría fácil criticar estas directivas. Pero vale más situarlas en el contexto de la vida religiosa de su tiempo que está más fuera del mundo que insertada en él. Cuando el autor de la *Imitación de Cristo*  escribe: “Cada vez que estuve entre los hombres, volví menos hombre”, cita a un autor latino no cristiano, es decir, con una sabiduría muy relativa respecto al Evangelio, pero que, como el propio Evangelio o la carta de Santiago, invita a la contención en las palabras.

El H. François puede apoyar su exigencia de austeridad en las visitas sobre una referencia más reciente: el párroco de Ars cuando habla de la falta de vida interior compensada por la facundia excesiva. *“Lo que pierde a los sacerdotes* (el H. François añade: y a los Hermanos) *es el visiteo. De acuerdo que se vaya de vez en cuando a visitar a un cohermano para edificarse, recibir buenos consejos, ¡pero sin entretenerse! Lo que nos impide ser santos es la falta de reflexión. No se interioriza. No se sabe qué se hace. Se precisa reflexión, oración, unión con Dios. ¡Oh! Desgraciado el sacerdote sin vida interior. Pero tenerla exige tranquilidad, retiro y silencio”*. (4).

El mundo de la diversión en el que vivimos puede apenas comprender tales pensamientos. Sin embargo, el párroco de Ars y el H. François tienen un gran precursor en Pascal cuando deplora la miseria del hombre con frases célebres: “Toda la desgracia del hombre proviene de una sola cosa que es no saber permanecer en una habitación” (Pensamiento 139, en Brunschvicg). “Lo único que consuela nuestras miserias es la diversión y, sin embargo, es la mayor de todas ellas. Pues es la que más nos impide pensar en nosotros mismos… La diversión nos divierte y nos lleva insensiblemente hacia la muerte” (Pensamiento 171).

Bernanos defiende aún con más virulencia “esta vida interior contra la que conspira nuestra civilización inhumana con su delirante actividad, su furioso anhelo de distracción y la abominable disipación de energías espirituales degradadas, por donde se diluye la substancia misma de la humanidad”. (5)

En cualquier caso, el hecho de que la austeridad de la Regla marista haya sido realmente vivida en la época del H. François queda demostrado en el testimonio siguiente: “Cuando fui destinado a Boën-sur-Lignon, todo se hacía como en el noviciado”.

Esta vida ligeramente enclaustrada no debe afectar al celo. En los inicios de la congregación, sólo frecuentaban nuestras escuelas hijos de agricultores para quienes el curso finalizaba con la Pascua. Pero ya en la segunda mitad de siglo, por el contrario, y en las ciudades pequeñas, son hijos de comerciantes, obreros, etc… que desearán un curso más largo.

¿Habría, pues, que fomentar la asiduidad escolar? El H. François plantea la cuestión y la resuelve con un ejemplo:

*“Un buen párroco decía a un Hermano: aunque sólo tuviera un alumno, hágale bien la clase. Un H. Director siguió el ejemplo a la letra e hizo realizar todos los ejercicios de la clase a un solo alumno, como hubiera hecho con cincuenta durante todo un mes: respondía él mismo en las oraciones y en el rosario que llevaba el alumno según el reglamento”.*

El celo se manifiesta, sobre todo, por una catequesis bien hecha, pero sencilla. El H. François se acuerda de que el Padre Champagnat fue, en La Valla, más catequista que predicador, incluso para los adultos. Cuenta también la historia de otro párroco que nunca subía al púlpito. Su obispo envió un misionero a la parroquia para ver qué es lo que pasaba. *“Grande fue la sorpresa de éste al encontrar a los feligreses muy instruidos en religión y capaces de responder a cualquier pregunta. Ya de vuelta, fue a ver al obispo. Éste se apresuró a pedirle noticias. Estoy muy contento, respondió el misionero y he encontrado la parroquia en muy buen estado”. “¿Cómo es posible?”, replicó el obispo. “Es cierto, respondió el misionero, que el señor párroco no sube nunca al púlpito, pero cada domingo hace a sus parroquianos una buena catequesis y por eso los he encontrado tan bien instruidos en las verdades del cristianismo”* (8).

El H. François conocía esta historia por el P. Mazelier y se la debió citar a los Hermanos para animarles a realizar un apostolado humilde y sencillo.

Como en la época del Padre Champagnat, la vida religiosa de los alumnos queda también marcada por un ritmo de oraciones que no se cuestiona. Escribiendo al H. Director de Chazelles-sur-Lyon, poco después de la fundación de la escuela, el H. François le dice: *“Estoy molesto por el hecho de que sus alumnos no tengan la dicha de asistir a la misa al menos tres o cuatro veces por semana; se les podría proporcionar esta ventaja retrasando la misa algunos minutos”.* (9) Por otra parte, en las nuevas fundaciones pide que la escuela no esté lejos de la iglesia *“para que los niños puedan ir a misa cada día”.*

CAPÍTULO 21

1 – 12 p. 611.

2 – Ver anexo 3.

3 –En el anexo 4 se encontrarán cuatro cánticos del H. François. El H. Avit cita otros: *Celebremos en este día* (para Navidad) nº 129; *Acudamos a Jesús* (para Epifanía) nº 139); *Cuando el Altísimo* (a San José) nº 273. Ver, *Anales*, 1881, nº 36, p. 677.

4 – 310 p. 554-555. En las Memorias Mayer, Notas personales 1, 2ª parte 121, se encuentra esta frase con ligeras variantes.

5 – Citado en *Le Missionnaire de Saint Joseph* nº 104-5 Espally-Le Puy.

6 –310 p 426. En muchas zonas rurales, las clases siguieron vaciándose después de Pascua o, como mucho, entre mayo-junio. La única solución a esta desescolarización precoz se produjo en 1840, a través de los subsidios familiares que sólo se entregaban si había presencia de los alumnos en la escuela.

7 – 310 p. 122.

8 – 11 p. 137.

9 – 13 p. 15.

CAPÍTULO 22

El Hermano François y el Hermano Avit

Llegamos a una fecha en que se impone un mayor conocimiento del H. Avit, ya citado y que seguiremos citando. El final del año 1845 está señalado por su nombramiento como visitador regional.

El H. Avit es un superdotado, superdinámico y que, además, lo sabe. Voluntariamente adusto y de espíritu muy crítico para con casi todos cuantos le rodean. Autor de miles de páginas de *Anales* de todas las escuelas maristas de antes del final del s. XIX, mezcla con habilidad en ellos más de un episodio de su propia vida. Perfecto autodidacta, recibió mucho de los Hermanos en la escuela de su pueblo, Saint-Didier-sur Chalaronne, pero, después, supo hacerse a sí mismo aprovechando muy bien el tiempo.

Su padre no sabía leer, pero cuando el futuro H. Avit tenía 12 o 13 años, le dijo: “Este invierno me vas a enseñar a leer”. Y ya tenemos al chico profesor de su padre. Por Pascua, el padre se presentó en la iglesia con un grueso devocionario y leyendo los textos de la misa ante la estupefacción general. “Pero ¡cómo! Sabes leer... - Le ha enseñado su hijo, dicen los más enterados. Es el más instruido del pueblo”.

Henri Billon, era su nombre de familia, llega al noviciado de l’Hermitage en 1837, a sus 18 años. Es la semana del retiro anual, ¡ocho días de silencio completo!... Esto lo enfrió un tanto. Pero volvió al año siguiente, bien decidido esta vez.

Con respecto a los demás novicios, es casi un sabio. No tardó mucho en verse trabajando en una escuela. En 1840, es ya director en Saint-Genest-Malifaux. Tuvo mucho éxito y, en efecto, en los archivos departamentales de la Loire se encuentra un informe muy elogioso del inspector para el año 1841 y 1842 (1)… Pero, dados su carácter fuerte y crítico, se hizo malinterpretar por sus cohermanos: ¿se puede confiar en la perseverancia de alguien que no parce formado según los moldes del Hermanito de María? ¿Pudo ocurrir que alguna muchacha se enamorara de este maestro tan brillante sin él saberlo? Sea lo que fuere, el propio Hermano nos informa discretamente, que “el Hermano Director, es decir, él mismo, a consecuencia de una negra calumnia, fue cambiado”. Se le envía como titular a Mornant y luego a Bougé-Chambalud donde el H. Director se había hecho mal ver de las autoridades municipales. El H. François no tuvo más remedio que nombrarle director de esta escuela. Pero, “el calumniado de Saint-Genest”, así se llama a sí mismo, recibió como subdirector, a alguien lleno de prejuicios contra él. Sin embargo, el H. François alienta al subdirector: “Observe bien para ver si hay algo que no funciona. Pero ahora vaya allí”. Al cabo de cierto tiempo, el subdirector escribe al H. François una carta donde dice, *grosso modo*: “No observo nada reprensible en la conducta del H. Director, pero creo que sus intenciones no son buenas”. A la estupidez añade la mala suerte. El Hermano pierde la carta en el patio de recreo. Un alumno la recoge del suelo y, con toda naturalidad, se la lleva al H. Director. El H. Avit, nunca falto de imaginación, dirige esta carta, o su borrador, al H. François con estas palabras: “Un niño me ha traído este papel que ha encontrado en el patio; creo que puede serle útil y se lo envío”.

En el relato de este suceso, añade que el calumniador fue duramente reprendido por “los superiores” y luego trasladado, pues había quedado en mal lugar. Y añade, para terminar el relato del “calumniado de Saint-Genest”: “Si en 1842, se le hubiera dicho con franqueza de qué estaba acusado, se hubiera evitado este desagradable episodio”. (2)

De todas maneras, parece claro que el H. François sabe apreciar los valores del H. Avit y, de acuerdo con su Consejo, decide nombrarlo Visitador. En una circular de diciembre de 1846 se comunica a los Hermanos este nombramiento. El H. Avit sólo tiene 27 años.

Dicho cargo ya existía, pero había sido desempeñado por tres Hermanos que, según el H. Avit, no habían realizado nada de forma metódica. De todos modos, es el primer “Visitador regional”. Se trata de un trabajo considerable y lejos de la seguridad de atraer el reconocimiento de sus destinatarios. Pero el nuevo elegido es hombre valiente. Tendrá sus defectos, pero también grandes cualidades y es necesario que el H. François sepa sacar partido de todos sus cohermanos, aunque en el caso del H. Avit se sienta algo desarmado.

El ideal de humildad sigue siendo esencial para todo Hermano de María pero habrá que aceptar que algunos lo realizan de forma diferente.

Tiene que pasar por todas las escuelas, donde muchos Hermanos son mayores que él. La circular habla de “verificar el número de alumnos, lo que saben, el método empleado, los sistemas de emulación, los castigos y recompensas..., entrar en los más mínimos detalles”. Pero, en carta de principios de 1847, el H. François precisa mucho más al interesado qué es lo que se espera de él.

A este hombre, fácilmente crítico, propone responsabilidades de las que le cree capaz, pero que le obligan también a aceptar que la crítica es fácil y el arte difícil. El resumen siguiente permite juzgar si es esa la intención. (3)

*“La piedad, el buen espíritu y el celo que le reconocemos nos permiten creer que ejercerá este empleo de forma exacta y en conciencia.*

*Tendrá que velar sobre las temporalidades de estas casas (cuyo nombre le habrá sido indicado en otro lugar)…, las reparaciones y mejoras dependientes del municipio, lo que le obligará a tratar con las autoridades… y los benefactores… Si no se observa la Regla, si los Hermanos no satisfacen a la población, me tendrá que informar lo antes posible.*

*No se asuste frente a este empleo…Si se siente débil, será una razón más para confiar en la gracia… Cuanto más se vacíe de sí mismo, mejor cumplirá… No emprenda nada sin haberlo consultado con Dios… Tampoco se olvide de invocar el socorro de María y ponerse bajo su protección. … Siéntase en medio de sus Hermanos como el servidor de todos… Si le sucede que alguno no muestra sumisión… no se enfade y responda siempre con buenas maneras… Mas, para ganar la confianza de los Hermanos es necesario que le estimen. … Sea reservado, hable poco, de entrada no critique nada, no se deje llevar por ciertos Hermanos que puedan tener mal espíritu o por otros que tratarán de ganárselo para hacerle aprobar ciertos abusos.*

*No reprenda a nadie… sin haber hablado antes con el H. Director y con el Hermano objeto de las quejas… Sea cual fuere la conducta del H. Director, muéstrese atento con él… no lo condene en público. Muéstrese de acuerdo con él, apóyelo, realce su autoridad… Comunique con franqueza al H. Director todo lo que no va bien en la casa… Insista en que ponga remedio a los abusos… y aconséjele los medios más adecuados para lograrlo.*

*… En sus visitas a las clases, tenga cuidado de no decir nada ante los alumnos que pueda disgustar a los Hermanos, si hay algo que corregir… Tampoco debe reprender o llamar la atención a ningún niño ante los demás, sino hacerlo en particular y hablarle al corazón, es decir, con bondad y suavidad”.* En resumen, 17 series de consejos que son, al mismo tiempo, misión y examen de conciencia para el responsable. (4)

El nombramiento del H. Avit, tal vez, no tiene nada que ver con la impresión de euforia que rezuma la circular siguiente de julio-agosto de 1847, pero sí es cierto que está llena de acciones de gracias. “Este año ha sido para la Sociedad año de bendiciones. María, nunca nos había dado muestras tan manifiestas y sensibles de su poderosa protección”. No aparece con claridad a qué se refiere el H. François. Se reserva para explicarlo mejor con ocasión del retiro. Lo cierto es que invita a dar gracias sobre todo con la vida: “Por la santidad de nuestra vida nos mostraremos dignos de pertenecer a la familia de María”. Si se refiere a la llegada de vocaciones, podría ser por comparación con 1845, que califica de “año de miseria” porque no se pudo hacer ninguna fundación. Al final de la circular, le queda el tiempo justo para anunciar la muerte del H. Louis, que acaba de suceder el 3 de agosto. El Hermano Louis era, en la práctica, el primer Hermano de la congregación, y se podía decir que, con el H. François, se habían conocido desde siempre. El H. Jean-Baptiste escribirá, a propósito del difunto, una extensa biografía que no pretende explicar las circunstancias de su vida sino, más bien, la historia de su alma. El H. François, ante la inminencia de publicar la circular, sólo puede añadir dos líneas para decir que el H. Louis *“no cesó de edificarnos por su tierna piedad, admirable paciencia y perfecta resignación a lo largo de su larga y penosa enfermedad”.* (6)

CAPÍTULO 22

1 –Archivos departamentales de la Loire t. 736, 737: “Medalla de plata para Montagne y Billon, de bronce para otros 6”, no hay ninguna medalla de oro. Para Billon, se dice: “dirección perfecta en todos los sentidos, y progresos notables”. Henri Billon es en estos momentos Director de Saint-Genest-Malifaux.

2 –*Anales,* 1845,nº 11-12, p. 275.

3 – AFM 10.

4 –El H. Avit será nombrado asistente en 1876, pero, ya casi ciego, dimite al cabo de 3 años y medio, y emprende entonces la redacción, con una multitud de secretarios, de los anales de la Congregación. Diez años de trabajo. Muere a los 73 años.

5 – Circ. p. 122 (julio de 1847).

6 – Circ. 1, p. 133.

CAPÍTULO 23

Naturaleza y sociedad en revolución

A finales de noviembre de 1847, se vuelve a temblar ante una nueva inundación del Gier. “Llovía desde hacía 3 días casi sin interrupción. La inquietud se iba extendiendo mientras se tomaban las precauciones del caso. Se demolían los parapetos de los dos puentes para facilitar el paso de las aguas que ya chocaban contra ellos. De repente, el muro de separación entre el río y el huerto fue arrastrado por las aguas que inundaron el terreno, los patios y la planta baja del edificio. Era la hora de las vísperas del primer domingo de Adviento. El H. François y la mayor parte de la comunidad se dirigían a la capilla, donde ya estaban las personas habituales de fuera, y dirigió el canto sin aparentar emoción. Durante el oficio, los más fuertes se ocupaban en salvar muebles bajo la dirección del H. Louis-Marie, quien acudió varias veces a buscar refuerzos. Por su aspecto de espanto, por su prisa al entrar y salir de la capilla sin detenerse, se adivinaba muy bien el aumento del peligro, pero la serenidad imperturbable del H. François nos tranquilizaba”.

“Sin embargo, terminadas las vísperas, creyó prudente enviar a todos al noviciado, es decir, al edificio más alejado del río. Se llevó también allí el Smo. Sacramento y los objetos más preciosos de la capilla y de la sacristía. El H. François, pese a su apariencia tranquila y confiada, nos hizo ponernos todos a rezar para invocar la ayuda de Dios y la protección de la Sma. Virgen, mientras conservaba su sangre fría y se esforzaba por tranquilizarnos con su gran confianza. Dios tuvo piedad de sus hijos y la lluvia cesó por completo hacia el atardecer; ¡muy a tiempo!” (1)

Tras los sobresaltos de la naturaleza, llegaron los de la sociedad. Y el H. François tuvo que afrontar de nuevo los problemas de salud y las buenas razones que ya tenía para dimitir y poder hacer frente a nuevas situaciones especialmente tensas.

Desde hacía 18 años, Francia vivía bajo una monarquía más burguesa que aristocrática que no satisfacía ni a los legitimistas ni a los sociocomunistas. El rey Louis-Philippe había salido ileso de, al menos, 6 atentados. A pesar de su suerte y, reconociéndole una real sabiduría en gobernar, no podía impedir la aspiración popular hacia la república. El 24 de febrero de 1848, y como antes su primo Charles X, tuvo que marchar al exilio.

En el conjunto de Francia, esta revolución, al menos en sus inicios, era poco antirreligiosa. Muchos sacerdotes bendijeron los árboles de la libertad plantados por doquier. Pero en ciertas ciudades industriales, como Saint-Étienne y Lyon, hubo bandas, auto proclamadas Voraces, que atacaron las casas de caridad y saquearon su maquinaria para obligar a los responsables, Hermanos y Religiosas, a aceptar para los internos condiciones de salarios inferiores a las tarifas convenidas y debilitar de esta forma, al menos de forma simbólica, las reivindicaciones obreras. De aquí al puro pillaje de cuanto huele a casa religiosa, sólo hay un paso. Hubo incendios de conventos. La escuela de Valbénoîte y el colegio de los Padres fueron también amenazados y el H. Director tuvo que vestirse de seglar. Respecto a l’Hermitage, las amenazas fueron muy reales. Perece ser que unos 500 insurgentes, bandera roja al frente, salieron hacia la casa donde esperaban encontrar algo que romper o robar.

Al llegar al Vieux Creux (a 1 km del’Hermitage), les sale al paso el hijo del antiguo alcalde, Sr. Michel: “¿A dónde vais tan decididos? – A casa de los Hermanos Azules (2). Parece que allí hay *galette* (dinero. N.T.). Los echaremos y la casa será nuestra. – Pues yo os digo que no encontraréis nada. Allí solo hay pobres diablos que tengo siempre delante de mi puerta para pedir”. Los Voraces decidieron volverse a sus casas (3).

Se nos dijo que, como resultado de esta advertencia, la guardia nacional de La Valla decidió estar alerta. Esta reacción a la primera alerta supuso una agradable sorpresa: la vez siguiente no llegaron los revoltosos, sino la guardia nacional de Saint-Chamond que se preocupó de vigilar l’Hermitage.

Se habían tomado precauciones en los municipios vecinos, pero el H. François, por su parte, contaba con la sola protección del cielo: *“No temáis. Dios hará lo que le plazca, ¡nos ama tanto!”.*

Un poco más tarde, cuenta a un Hermano lo sucedido. La carta es del 24 de mayo de 1848: *“Vemos con satisfacción que vuestra escuela va bien y apenas habéis tenido que sufrir por los sucesos de estos últimos meses. Es fruto de la gracia de Dios que compartís con todas las demás casas de la Sociedad. Nuestra Buena Madre ha tenido piedad de nuestra debilidad y nos ha librado de las pruebas que tanto han afligido a muchas casas religiosas. ¡Sea mil veces bendita y agradecida! Aprovechemos este favor para redoblar hacia ella nuestra confianza, amor y reconocimiento para hacerla amar, y amarla nosotros mismos cada día más, para unirnos más a nuestra congregación y observar la Regla con todo el fervor posible, pues Dios y la Sma. Virgen nos protegen de forma tan visible. ¡De cuántos peligros María nos ha librado en nuestra pobre casa de l’Hermitge, aislados en medio de las rocas y casi ya en manos de los obreros de St-Étienne y de Rive-de-Gier que tantos desmanes han cometido y tanto nos han amenazado! Nuestros vecinos están muy extrañados al ver que nada malo nos ha ocurrido hasta ahora. Hay que añadir que las poblaciones que nos rodean se han portado muy bien con nosotros y que la Guardia Nacional tanto de St-Chamond cono de Izieux o La Valla ha prometido reaccionar de forma tan enérgica acudir en nuestro auxilio si somos atacados, que los comunistas se han sentido intimidados y han reprimido sus malos designios… Los Hermanos de Valbénoîte habían devuelto a los internos a su familia durante los tumultos de St-Étienne; ya han vuelto todos y siguen su vida normal. Las casas de caridad* (4) *de St-Étienne y Lyon se mantienen igual; pero el trabajo manual aún no se ha reanudado puesto que los obreros tampoco trabajan… Por todos estos detalles puede ver que tenemos mucho que agradecer a Dios y a la Sma. Virgen”* (5).

En otra carta a distinto receptor, el 9 de junio, ofrece también algunos de estos detalles, subraya la ayuda de las poblaciones vecinas *“pero todos están de acuerdo en que si nada nos ha ocurrido hay que atribuirlo a la protección especial de la Sma. Virgen; habíamos empezado por nombrarla protectora de la casa colocando su medalla con la bella invocación, María concebida, etc… en todas las puertas”* (6).

El aspecto más positivo de esta Revolución ha sido lograr el sufragio universal para todos los ciudadanos mayores de edad. Casi por todas partes, aunque sea el día de pascua, los párrocos dicen la misa muy pronto y salen luego, a la cabeza de sus parroquianos para votar en la capital del cantón. Para los HH. de l’Hermitage, St-Chamond no está lejos; para los de La Valla, son 20 km ir y volver.

Por esta misma época, el H. François piensa en proteger l’Hermitage contra las inundaciones del Gier. El 25 de febrero de 1848, pide al subprefecto permiso para desviar el cauce del río dentro de la propiedad y evitar ser víctima de las crecidas. Evoca los estragos causados por la inundación del 28 de noviembre de 1847: *tres diques arrastrados, los muros de sustentación derrumbados en parte, el dique delante de la casa totalmente destruido y el lecho del Gier levantado cerca de un metro.* El subprefecto Ladoucette estaba de acuerdo pero, al final no lo autorizó. Tal vez se pudo volver atrás por el coste que, en los estudios realizados, aparecía mucho mayor que el previsto. Puede ser también que la ciudad pensaba ya en la construcción de la presa que sería realizada veinte años más tarde para regularizar, en parte, el caudal del río.

A la explosión revolucionaria de febrero del 1848, siguió un tiempo de tranquilidad. Pero el fracaso de los Talleres nacionales provoca en junio otra insurrección aplastada de forma más sangrienta (7). Incluso la burguesía volteriana se hace el análisis siguiente: hay una escalada social comunista debida a las escuelas de Magisterio donde se fomenta este estado de espíritu difundido luego entre los jóvenes; devolvamos a la Iglesia un verdadero sitio en la educación.

En el gobierno provisional del primer trimestre, el ministro de la Instrucción pública, Hippolyte Carnot, era un Saint-Simonien convencido, para quien los nuevos sacerdotes debían ser los maestros predicadores de un nuevo Evangelio. Tras la represión de junio, será reemplazado por De Falloux, católico practicante, que dio confianza al conjunto del país, campesino en su mayoría, que no deseaba, en absoluto, otra revolución y que, gracias al sufragio universal, puede votar ahora por el orden.

Los Hermanos no se meten en política ni leen los periódicos. Sencillamente van a aprovechar un período favorable a la Iglesia, como los primeros cristianos habían aprovechado la *Pax Romana* para anunciar la Buena Nueva al mundo. “Y los pasos del César habían marchado para él…” (8).

Tal vez para dar gracias, el H. François, el 9 de septiembre de 1848, escribe al Padre Cholleton para pedirle que la adhesión de los Hermanos Maristas a la archicofradía de Notre-Dame des Victoires pueda comportar una bendición con el Smo. Sacramento, costumbre mantenida todos los jueves en las casas de formación, durante más de un siglo (9).

El 10 de diciembre de 1848, Charles-Louis-Napoléon Bonaparte se convierte en presidente de la 2ª República. El 2 de diciembre de 1851, dará el golpe de Estado para dotarse de plenos poderes y, al año siguiente, se proclama emperador. Al menos durante la primera parte de su reinado, es favorable a la Iglesia.

Los Hermanos tienen 30 años para hacer el bien sin dificultades. Cuando lleguen los malos días también los aceptarán. No vamos a juzgar aquí qué es lo que había que hacer o evitar. Se ha dicho que fue entonces cuando la Iglesia perdió el favor de la clase obrera al no comprender la voluntad de progreso de esta categoría social. También es cierto que Francia, muy ampliamente rural, aún no podía comprender la nueva clase emergente de la civilización industrial. Ante la violencia, recordaba los hechos de 1793 y tendía a arrojarse en brazos de un salvador, ya fuera Napoléon I o Napoléon III.

CAPÍTULO 23

1 – Testimonios en P.S.I. p. 106 y Avit, *Anales*, 1847, p. 310, nº 52 y ss.

2 – Ver nota 3 del cap. 4.

3 – Testimonio del H. Barlaam en el proceso de beatificación. El H. Chrysole cuenta también que el H. François recibe a los guardias nacionales de La Valla, banderas y tambores al frente. Les hace colocar los fusiles en haces y les hace servir comida y bebida. (R.S.V. p. 347).

4 – Casas de Caridad.

5 – 11. 388-389.

6 – 11. 391.

7 – Cuando la insurrección de Lyon en 1831, se habla de 1000 muertos, esta vez de 4000.

8 – Péguy, *Ève* (Grèce) p. 720.

9 – El programa era el siguiente: *O sacrum*, *Ave Maris Stella*, *Pange Lingua*, *Inviolata*, *Pater*, *Ave* y Acordaos.

Desde 1838, el Padre Champagnat contacta, el 21 de enero, con el Sr. Desgenettes, (ver en Gabriel Michel *Marcellin Champagnat et la reconnaissance* *légale des Frères Maristes.* Carmel de St-Chamond, ed. 1986 p. 140). Los Hermanos Maristas quedan inscritos en la Asociación el 28 de noviembre de 1839, al mismo tiempo que los Padres Maristas y el Párroco de Ars.

Esta agregación no tenía carácter lo bastante oficial para el H. François, de forma que repite la petición el 16 de junio de 1843, pidiendo que no se le envíe la hoja por correo; la tomará en la sacristía de la iglesia a su regreso del Nord, en la primera quincena de julio.

CAPÍTULO 24

Tres años de fluctuación para las escuelas maristas

Así pues, el nuevo gobierno desea ser favorable a la Iglesia. Nombra una comisión para revisar todo el sistema escolar y desembocar en una nueva ley. Desde hace algunos años, muchos preconizan la libertad de enseñanza pero, de hecho, el monopolio universitario no desaparece. Se verá sólo limitado. Los maestros serán desde ahora escogidos sobre una lista preparada por el consejo académico o, si forman parte de una congregación reconocida, serán nombrados por su Superior.

Por curioso que pueda parecer, para una congregación como los Hermanos Maristas, la ley de marzo de 1850 es menos favorable que la ley Gizot de 1833. Ni siquiera los Hermanos titulados pueden ser nombrados por el Superior. Dependen del Consejo Académico que puede colocarlos donde mejor le plazca, o como maestros seglares. Supone la destrucción de la vida comunitaria.

En nombre de la lógica, si no de la ley, el H. François contraataca. Sigue nombrando a sus Hermanos como antes, en los lugares que cree más convenientes. Pero, ¡qué fuente de dolores de cabeza para quien ya es propenso! Al principio de la Revolución, el 12 de marzo de1848, día de sus 40 años, escribe: “¡Jefe coronado de espinas!... ¡Valor en la adversidad!... ¡Confianza en Dios!... ¡Gobierno doloroso, sabio, vigoroso!...” (1).

Estas misteriosas palabras muestran con claridad que desea reaccionar frente a la adversidad. Sin más tardar, es preciso reanudar las gestiones para el reconocimiento legal. El H. François piensa que nadie más indicado que Montalembert que tanto ha luchado por la libertad de enseñanza. El 28 de febrero de 1849, le escribe una larga carta para exponerle la situación de sus Hermanos: *“El Señor**Presidente de la República*, dice, *ha hecho llamar al Superior de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y le ha instado a ponerse de acuerdo con el Sr. Ministro de la Instrucción Pública para propagar más todavía, si es posible, las escuelas de su Instituto. Ahora bien, los Hermanos Maristas ayudan a los Hermanos de las Escuelas Cristianas ofreciendo a los municipios todas las facilidades posibles para disponer de maestros religiosos”.* Naturalmente, cita aquí las elocuentes cifras de su Institutoque cuenta *“de 900 a 1000 miembros e instruye de 25000 a 30000 niños”.* (2)

Su pregunta es, pues: *“¿Cree usted que es el momento oportuno para presentar nuestra demanda de reconocimiento legal?”*

Montalembert responde el 7 de marzo de 1850 que se ha apresurado a ir a ver al Sr. de Falloux “entregado como yo mismo a los intereses católicos”. Hará cuanto esté en su mano. Esto depende también del Consejo de Estado. “Pero diríjase, lo más pronto posible, al Sr. Ministro”.

En el intermedio, el H. François debía navegar en el día a día entre un prefecto nuevo, o sea, celoso por aplicar la ley, y un inspector Gontard que debe, en su caso, corregir las irregularidades. El H. François recibe un aviso del rector a propósito del derecho que se ha arrogado para colocar a sus Hermanos. El 31 de diciembre de 1850, trata de justificarse. *“Sin duda, la congregación no está reconocida legalmente, pero, desde 1842, está afiliada a la de la Instrucción Cristiana de Valence que, ella sí, dispone de una ordenanza desde el 11 de junio de 1823. El Sr. Villemain, antiguo ministro de la Instrucción Pública, reconoció en carta de abril de 1842 que el Instituto de los Hermanos Maristas unido al de los Hermanos de la Instrucción Cristiana “podía sin dificultad ejercer en el departamento de la Loire donde el Consejo General ha expresado varias veces su deseo de que lo haga”*. (3)

Prevé la posible objeción: Estamos, ahora, ante una nueva ley. Pero también aquí dispone de argumentos: *“He pensado que al designar un Hermano a la autoridad municipal como apto para desempeñar las funciones de maestro municipal y aceptado por ella, lo sería igualmente, o al menos debería serlo, por el Consejo Académico”.* (4). En otras palabras, es una llamada a la lógica: estamos bajo una ley favorable a los religiosos; ahora bien, hasta ahora, los municipios nos permiten toda laxitud en cuanto a escoger nuestros enseñantes; simplificamos el trabajo del Consejo Académico al presentarle las listas con todo arreglado. Si se precisa una justificación basada en la jurisprudencia que se va a establecer poco a poco, disponemos de elementos de interpretación. En efecto, he aquí lo adelantado por el propio relator de la ley: *“Cuando decimos que el Consejo Académico deberá elegir, si tal es el deseo de los municipios, maestros entre las congregaciones religiosas reconocidas por el Estado, entendemos que tendrá en cuenta las circunstancias y las costumbres y podrá dirigir su elección entre los miembros de congregaciones establecidas o en instancia de reconocimiento”.* (5)

Y aquí, el H. François es muy fuerte, pues en Paris no ha perdido el tiempo. *“Sé, añade, de los propios labios del Sr. Relator, que estas palabras están contenidas en el informe a la Asamblea Nacional, precisamente referidas a nuestro Instituto, y la prueba es que la mención hecha de los Hermanos de María sigue inmediatamente”.* (6).

Tendremos que admitir que el rector es hombre benevolente, pues el H. François le somete, el 20 de enero de 1851, otro problema entre psicológico y jurídico. Los Hermanos maristas tienen en la Grange Payre un centro de reciclaje para Hermanos mayores (7). Es evidente que, a partir de cierta edad y pese a los esfuerzos empleados, sea difícil conquistar el diploma ya citado (más de 4 faltas en un dictado supone la eliminación). En una escuela, supone clara vejación para los interesados el hecho de verse “cubiertos” por un Hermano joven ya diplomado. *“Sin embargo, estos Hermanos son, en su mayor parte, hombres muy buenos, piadosos y abnegados, muy capaces de dirigir una casa… Ahora bien, al no ser los titulares ante las autoridades, el orden y la subordinación entre los Hermanos pueden sufrir, en mayor o menor grado, por la falsa situación en que se encuentran. Si fuera posible emplearlos con un certificado de prácticas y concederles el diploma de maestros públicos al mismo tiempo que obtienen la dirección de las casas, las cosas irían mucho mejor bajo todos los aspectos porque el orden y la subordinación entre los Hermanos serían mucho mayores”* (8).

El H. Avit, siempre él, cuenta una historia que aclara este pequeño problema de cohabitación entre dos generaciones. El H. François no aparece directamente, pero es fácil imaginar por quién se inclina en silencio.

Los Hermanos estudiantes se encuentran, pues, en la Grange Payre. La casa está a dos km de l’Hermitage. Su director, H. Sylvestre, ha tenido la peregrina idea de estimular los esfuerzos de cada uno con un método desprovisto de psicología. Ha preparado una especie de Cuadro de Honor expuesto en l’Hermitage, donde pasan todos la jornada del domingo. Lo malo del caso es que en dicho Cuadro de Honor los “viejos” aparecen casi siempre los últimos. Ahora bien, el retorno a la vida de estudiante ha logrado transformar a los venerables maestros en colegiales irrespetuosos, y uno de ellos se decide a pasar a la acción. Arroja el Cuadro de Honor a las letrinas. Enfado del H. Sylvestre que reclama de los “Superiores” restaurar su autoridad. El H. Louis-Marie, asistente, acepta intervenir. Al principio de la misa, ordena: “Que el o los culpables se abstengan de venir a comulgar“. Resultado: todos los “viejos” se quedan en su puesto. Por suerte para el H. Sylvestre, el tiempo de la Grange Payre no durará mucho. (9)

El problema suscitado por el H. François ante el rector es diferente del que tienen los “viejos” trabajadores de hoy día que han perdido su trabajo y saben que les resultará difícil reciclarse para encontrar nuevo empleo. El Hermano sin diploma que lleva 20 o 30 años enseñando no pierde su empleo, pero deberá ejercerlo en un contexto no muy halagüeño, que el H. François le quiere evitar. El reconocimiento legal solucionará este problema.

CAPÍTULO 24

1 – 301 p. 53.

2 – Circ. 2 p. 413-414.

3 – Id. 2 p. 432.

4 – Id. 2 p. 433.

5 – Id. 2 p. 433.

6 – Id. 2 p. 433. La carta merecería ser citada en su integridad.

7–La Grange Payre había empezado por ser un internado-juniorado, en tiempos del P. Champagnat, pero en 1848, la casa pasaría a ser escolasticado.

8 – Circ. 2 p. 442.

9 – La historia nos la cuenta el H. Avit, en *Anales*, 1848, p. 317, nº 36 y ss.

CAPÍTULO 25

Sabiduría y moderación

La correspondencia del H. François en esta época, puede dar la impresión de que los sucesos políticos de los dos momentos de Revolución, las elecciones, etc… crean cierta agitación en algunos cerebros. ¿Cómo no leer los periódicos cuando se producen tantas noticias? Además, ¿no hay que defender la escuela cristiana haciéndola más competitiva? ¿No hay que organizar fiestas brillantes para el final de curso? Y si un Hermano está bien preparado para la música, ¿por qué no dejarle organizar una orquesta? Por el año 1850 el acordeón está en auge. (1) ¿Hay que prohibirlo? El H. François está muy convencido de que “el ruido no hace ningún bien” Sin embargo, algunos años antes, sólo había pedido a un Hermano acordeonista presentar su instrumento para poder opinar. (2)

Con otro Hermano que parece más indisciplinado y desea tocar por las calles, ya emplea otro lenguaje: *“Le prevengo, mi querido Hermano, que he decidido no andarme por las ramas en este asunto. Veo con claridad que este año no es la música lo que hace funcionar las casas, sino que, más bien, es fuente de molestias y desorden. Desde que ha sido suprimida en varios de nuestros internados, funcionan mucho mejor y los niños acuden numerosos. Observo también que el furor por la música viene más de los maestros que de los alumnos”.* (3)

La excusa, si lo es, está en que la música está impuesta en los programas para el diploma. No constituye novedad alguna entre los Hermanos, pero en lugar de tranquilas lecciones de solfeo, hay como una especie de desvío que podría arrastrar a los Hermanos amantes de la música: *“Que se limiten, concluye el H. François, por este año, con enseñar individualmente aquellos que ya han comenzado la música”* (4).Se refiere, sin duda,a lecciones particulares de piano o de otros instrumentos.

Se le nota más cómodo con el caso de otro Hermano que desea (por el mismo tiempo: 1849) encontrar un tiempo y un lugar de silencio, y le indica con humor el programa a realizar *in situ: “Quiere usted imitar a Moisés. ¡De acuerdo! Retírese al desierto para oír allí la voz de Dios, escuchar sus oráculos, recibir sus órdenes y entretenerse de corazón a corazón con él para poder luego ejecutar su voluntad, vencer la terquedad del Faraón y de su ejército y conducir hacia la tierra prometida al pequeño pueblo confiado a sus cuidados. El desierto es vuestra casa, la montaña vuestro oratorio, el tabernáculo la iglesia; Faraón el demonio; su ejército los secuaces para pervertir y perder las almas; Babilonia, el mundo, la plaza pública; el pueblo, los Hermanos y los niños de quienes el Señor os ha nombrado jefe y a los que debéis llevar al cielo por el desierto de esta vida. Acuérdese bien de la conducta de Moisés, de su asiduidad para entretenerse con Dios; de sus oraciones por el pueblo, de su celo por oponerse al mal, su valor en las dificultades y sus victorias sobre los enemigos”.* Y así continúa buen rato esta adaptación del Génesis.

¿Cómo actuar contra las víctimas de la indecisión? Es lo que trata la carta fechada en junio de 1850: *“Creo, como usted, que es imposible que siga más tiempo en el estado de indecisión y perplejidad en el que se encuentra, y que debe tomar una decisión definitiva; de lo contrario no hará nada bueno. La causa de sus disgustos, repugnancias y fracaso en sus funciones proviene de ahí. Al no mostrarse decidido, determinado y resoluto sólo se entrega a su trabajo a medias, no sabe si seguir o retirarse, y, si se retira, no sabe si esto le producirá enfado o deseará tanto y más volver cuanto ahora desea salir. Le gustaría salir para probar si en elmundo estará mejor, si podrá vivir a gusto y sin que nada le moleste. Tiene razón al decir que su aburrimiento no terminará mientras siga siendo como ahora es, porque solo Dios puede sostenernos, consolarnos, fortalecernos en esos momentos y otorgarnos la perseverancia, pero, en vez de rezar, de pedirle la gracia de perseverar en su vocación, se vuelve para mirar en otra dirección”* (5).

Y el H. François continúa su exhortación, invitando al Hermano al celo, a la oración y a la edificación de sus cohermanos.

Con otro que empieza a mirar hacia atrás, habla con más severidad, pues cree que se trata de una vocación auténtica: *“Judas vendió a Nuestro Señor al Príncipe de los Sacerdotes por 30 denarios y usted vende su vocación al demonio ¿a cambio de qué? Le aseguro que su situación me hace temblar. Usted se sentiría culpable por consentir un mal pensamiento contra la pureza. ¿Y cómo se explica que no se sienta culpable por un mal pensamiento contra su vocación recibida como un don de Dios?”* (6).

Un Hermano se queja de verse asediado por las tentaciones. Pero el H. François piensa que no debe quejarse: la tentación es fuente de méritos. *“Cada vez que el demonio le tienta y usted le resiste, realiza un acto de virtud y se añade mérito. Esto le obliga a rezar mucho, ya que sólo por la oración puede triunfar del enemigo. La tentación hace sobre los servidores de Dios, lo que el mar sobre los marineros. Cuando la tempestad arrecia, el marinero se vuelve hacia Dios; levanta las manos hacia el cielo. Es lo que hace el cristiano el verse tentado y, al ser la tentación casi continua, necesita continuamente llamar a las puertas de la misericordia divina”* (7).

Tampoco teme las comparaciones algo divertidas: *“Si nos echaran sobre la cabeza un cubo con las más sucias basuras y en lugar de resultar manchados o infectados quedáramos más limpios y hasta perfumados, pensaríamos en un milagro y estaríamos llenos de alegría y gratitud hacia Dios. Con mucha mayor razón deberíamos expresar esos mismos sentimientos cuando el diablo nos arroja toda clase de sucias ideas al espíritu y a la imaginación y en vez de quedar manchados y deshonrados nos vemos más puros y agradables a Dios por las victorias conseguidas”* (8).

El gran medio para luchar es la oración y la apertura de corazón tal como la practica el Hermanito que abre su corazón al Superior. Con esto le dice al demonio: “Si no me quieres dejar tranquilo, se lo diré a la Sma. Virgen, mi Madre y Recurso ordinario. Y ya veremos quién resultará vencedor. Además se lo diré al Superior en la primera ocasión que tenga; veremos quien quedará más avergonzado” (9).

A otro, y por la misma razón de las tentaciones, el H. François hace un largo discurso sobre la oración: *“Rece bien, rece sin cesar y no pecará, por lo menos mortalmente,* y añade algunos consejos:

*1) Desee con fuerza el espíritu de oración; pídalo sin cesar a Dios. Sólo se consigue aquello que se desea y se busca con ahínco. Diga con frecuencia: ¡Dios mío, enseñadme a orar! ¡Dios mío, dadme el espíritu de oración. ¡Oh María, mi Buena Madre, obtenedme la gracia de saber rezar!*

*2) Mezcle la oración con todo lo que haga. Rece estudiando, en el recreo, en público y en particular, en la cama, en la mesa, en clase, en todas partes y para todo.*

*3) Antes de cada ejercicio de piedad, recuerde con insistencia la presencia de Dios; ofrezca el ejercicio por una intención especial; propóngase hacerlo lo mejor posible; pida esa gracia; renuncie a las distracciones.*

*4) Durante la oración guarde la compostura”* (10)*.*

Y prolonga ampliamente esta exhortación sobre la oración que convierte en un pequeño discurso adaptado a alguien que debía haberse abierto a él en alguna entrevista.

En otra ocasión cita el caso de Santa Jeanne de Chantal que “sufrió tentaciones terribles del infierno, hasta el punto de que sólo el pensamiento de la muerte le producía algún alivio. San François de Sales, que la conocía bien, decía que era como un músico sordo que, aunque cantaba de forma excelente, no encontraba en ello ningún placer: “Debéis servir a vuestro Salvador, le decía, sólo por amor a su voluntad, en la privación de todo consuelo y en medio de un diluvio de tristeza y espanto” (11).

El H. François tiene sus propios proverbios: *“la miseria es la madre de la inventiva”.* La situación de hundimiento, de no poder más, nos incita a pedir ayuda y a encontrar medios para luchar y vencer.

Está muy convencido de estas verdades religiosas y psicológicas y, como son verdades ya experimentadas por él, las ofrece, aunque no todas sean evidentes para sus comunicantes. *“Cada vez que el diablo le tiente, ríase de él, escúpale a la cara”. “Haga al punto un acto de amor a Dios y distráigase con alguna ocupación seria o divertida. Ocúpese, diviértase como si careciera de tentaciones. De esta forma será agradable a Dios”* (12).

¿Tal Hermano es difícil de formar? Si se trata de una verdadera vocación, hay que tener paciencia: *“Para dominar a alguien lo más sencillo es despedirlo y adiós problema; pero eso no supone paciencia, ni valor, ni celo, ni verdadera caridad. El valor supone no desesperar nunca cuando se trata de formar a un Hermano, la paciencia es soportar sus defectos hasta el extremo, el celo está en procurar su enmienda por todos los medios posibles, la caridad está en amarlo pese a sus defectos, en rezar por él, dirigirlo, animarlo, intentarlo todo para mantenerlo en su vocación y en la virtud, para que, si a pesar de todo, la pierde, no seamos culpables de su sangre ante Dios”* (13).

Hay que exigir la Regla, desde luego, pero también saberse adaptar ante un joven difícil. *“Al pretender volverle exacto, obediente y humilde con demasiada prisa se le puede convertir en negligente, murmurador y arrogante”* (14).

Y lo que es cierto para los Hermanos, lo es también para los alumnos. *“Hay que dar a cada cosa que tengamos que decirle la importancia justa que debe tener* (15)*. Antes de dar un aviso o una reprensión, decir más con el corazón que con la boca: “¡Dios mío! Amo a este Hermano (o a este niño). Que todo sea calentado con el fuego de la caridad y endulzado con la suavidad para suprimir la crudeza o la amargura, como dice San François de Sales”* (16).

Para adaptarse de forma inteligente a las malas cabezas, el H. François cita este caso de la guerra de Crimea donde dos soldados reciben un castigo inteligente. Molestos por tener que hacer la guerra, rompieron el fusil. En vez de mandarlos al consejo de guerra, el general los condenó a montar guardia, en una emboscada, sin otra arma que un palo hasta que pudieran reemplazarlo por un fusil capturado a los rusos. A la mañana siguiente tenían los dos su fusil. (17)

Dicho de forma más general, lo que se necesita es ser un buen padre para los alumnos: *“Para acertar con los alumnos hay que hacerse amar y respetar. Cuando los niños aman al Hermano que está con ellos, se sienten contentos y felices con él y no quieren ocasionarle disgustos; cuando lo respetan, su presencia los mantiene en el orden y modera su ligereza y disipación naturales. Para hacerse amar hay que amar; estar entre ellos como un padre con sus hijos. Tienen que sentirse amados, que hay interés por todo lo que les sucede, salud, penas, alegrías, trabajo, diversiones, y… demostrarles que uno está contento con ellos y sólo busca su bien espiritual y temporal”* (18).

El final del curso escolar 1849-50 lleva al H. François a una sobrecarga de correspondencia. Si, de forma habitual, es él el enfermo, ahora son los dos asistentes quienes necesitan reposo, por problemas de salud.

El H. François procura, pues, hacerse todo para todos con sus Hermanos. De cada uno, héroe o débil, trata de obtener todo lo posible para que el grupo crezca en santidad y favorecer así el crecimiento espiritual de cada uno.

CAPÍTULO 25

1 – Inventado en 1829.

2 –11 p. 194.

3 –11 p. 428.

4 –11 p. 428.

5 – 11 p. 467.

6 – 11 p. 504.

7 – 11 p. 494.

8 – 310 p. 345.

9 – 310 p. 378

10 – 11 p. 491.

11 – 11 p. 490.

12 – 11 p. 497.

13 – 11 p. 509.

14 – 12 p. 718.

15 – 302 p. 89.

16 – 301 p. 147.

17 – 310 p. 361.

18 – 12 p. 582.

CAPÍTULO 26

Hacia el reconocimiento legal (continuación y final)

Parece llegado el momento de obtener este reconocimiento legal anhelado desde hace mucho tiempo. Hay que volver a Paris y seguir el itinerario de esta causa que debe superar toda una serie de obstáculos. El H. François la describirá en una conferencia.

Empieza hablando del pasado, de los esfuerzos del Padre Champagnat, sobre todo de 1836 a 1838, para pasar después a la lucha, vivida personalmente, y a la acción de la Providencia que vuelve favorables a los ministros sucesivos (1).

*“El Sr. Villemain (1842 sobre todo) estaba bien dispuesto, pero razones políticas le impidieron dar su acuerdo pleno. A partir de la Segunda República, el Sr. de Falloux estaba firmemente decidido cuando la enfermedad interrumpió sus funciones. El Sr. de Parieu retrasó la autorización para asegurar el éxito cuando la ley sobre la enseñanza estuviera plenamente en vigor.*

*Retomamos, pues, las gestiones los primeros días de 1851. Antes, fue una gracia de la Providencia que llegáramos a Paris en 1849, cuando se preparaba la nueva ley sobre la enseñanza, pues, gracias a nosotros, se insertó en esta ley la disposición que facilita el reconocimiento de las asociaciones religiosas* (2) *dedicadas a la enseñanza como de utilidad pública, como nos lo confirmó con claridad Mons. Parisis, entonces obispo de Langes, el Sr. Conde de Montalembert y el Sr. Pillet, jefe de división.*

*Además, el Sr. Conde Beugnot, al hablar de nuestra Sociedad en un informe sobre la ley, nos facilitó la aplicación de la misma.*

*Mons. Parisis quiso encargarse personalmente de presentar nuestra petición al Sr. Giraud, entonces ministro de Instrucción Pública y de Cultos. Éste la acogió con interés y benevolencia y, pese a que, en 1849, dio un informe desfavorable en cuanto al modo de autorización, declaró a Monseñor que sus opiniones a este respecto ya no eran las mismas después de la ley de 1850. Tuvo el gesto de llevar personalmente nuestra petición al Consejo Superior de Instrucción Pública* (3) *y, a petición de Mons. Parisis, la presentó sola y la primera de todas las del mismo género. Gracias a él tuvimos como ponente al Sr. Conde Portalis, primer presidente de la Corte de Casación… El Consejo Superior aprobó nuestra petición por unanimidad y la adoptó sin ninguna discusión, el sábado 8 de marzo”.*

El 9 de marzo, el H. François pudo escribir al Sr. Victor Dugas (4) de Saint-Chamond: *“El Consejo Superior ha aprobado por unanimidad nuestra autorización. Mons. de Langres (Parisis) precisa que no hubo ninguna objeción. Todos los miembros del Consejo: protestantes, judíos y universitarios se han adherido. El buen obispo estaba encantado. Pero ante todo, hay que agradecerlo a la Buena Madre y a San José”*. Pero sabe que la batalla aún no está ganada.

Perfecto imitador del Padre Champagnat, el H. François cuenta con la ayuda del cielo, pero emplea también todos los medios humanos. Conociendo la influencia de un hombre como Dupin, presidente de la Asamblea Nacional, puede intentar conseguir su ayuda. Ahora bien, ocurre que el canónigo Thiolière-Dutreuil, antiguo párroco de Saint-Pierre (Saint-Chamond), se toma la molestia de ir a bautizar personalmente al hijo de este personaje. ¿Hizo el H. François alguna sugerencia o, sencillamente, dejó actuar a las antiguas amistades de Saint-Chamond? Nos resulta muy difícil dilucidar si hubo azar o misterio.

Otros personajes son con mayor claridad hombres de buena voluntad: *“El Sr. Portalis se encomendó a nuestras oraciones”.* *“En el Consejo General fuimos también objeto de las atenciones de la Divina Providencia”.*

Alguien había creado, tal vez sin pretenderlo, dificultades de última hora. *“El Sr. Giraud ordenó rectificar una cláusula deslizada por error, pero se necesitaron 20 largos días para obtener que el texto fuera rectificado o reemplazado”.*

*En el Comité de Interior, el ponente fue el Vizconde de Montesquieu, pariente del Sr. Beugnot. El 12 de abril, al tratarse de una asociación religiosa, dicho Comité exigió la opinión de la Administración de Cultos, y algunas modificaciones en nuestros estatutos. Un mes exigió preparar este suplemento de instrucción. El 9 de mayo, el dossier volvía al Comité de Interior y era adoptado por unanimidad.*

*El 5 de junio, llega a la Asamblea General. El nuevo ministro es el Sr. Crouseilhes que acepta venir en persona a la Asamblea General. Surge entonces una oposición inesperada en el Consejo de Estado que exige nueva sesión el 12 de junio.”*

El H. Avit explica que había un peligroso opositor, que tuvo que abandonar el ministerio pues su esposa había caído gravemente enferma en el Norte de Francia. Su ausencia iba a facilitar, parece ser, una conclusión favorable.

En estos momentos de tensión, el H. François necesita verse apoyado por los amigos del cielo, el Padre Champagnat, desde luego, y dos de los primeros Hermanos que acaban de morir: el H. Laurent, el 8 de febrero y el H. Antoine, el 7 de marzo. El H. Laurent, poco antes de morir, había dicho: “Tranquilos, tranquilos, cuando esté allá arriba con el Padre Champagnat ya veréis cómo arreglaremos todos los asuntos entre los dos” (5).

Estas bienaventuradas palabras habían sido dirigidas al H. François, días antes de su salida hacia Paris.

Pero en realidad, no se trataba sólo de reconocer “la asociación religiosa llamada de los Hermanitos de María”, sino de decidir si dicha decisión se debía tomar por decreto o por ley, como indicaba el artículo 31 de la ley del 15 de marzo de 1850. Y, además, esta decisión podía crear jurisprudencia para todas las demás asociaciones religiosas dedicadas a la enseñanza. *“Con esto, añade el H. François, imposible de explicar lo que pasamos durante estos 8 días que precedieron a la asamblea del 12 de junio”* (6).

Por fin, el acuerdo se tomó en los mejores términos posibles: carácter religioso, existencia civil, utilidad pública y para toda Francia, con todos los derechos mencionados en los artículos 31, 34 y 79 de la ley del 15 de marzo de 1850, en particular *“el derecho de recibir para nosotros y todas nuestras escuelas dones y legados, adquirir, poseer, etc...”*

*“Los Padres Maristas, dice el H. François, recibieron esta noticia con transportes de alegría y celebraron una fiesta de familia. El Sr. Ministro se lo había tomado como un asunto personal sin perderlo de vista ni un instante… Con qué benevolencia tan paternal nos hablaba y nos chocaba la mano y qué emocionado estaba cuando nos despedimos”.*

El 20 de junio, el Sr. Ministro lleva personalmente el decreto de nuestra autorización al palacio del Élysée para hacerlo firmar por el Sr. Presidente de la República y dos horas después nos lo comunica.

El ministro quiere también facilitar una entrevista entre Louis-Napoléon y el H. François, y este último encuentra la frase adecuada: *“Nos sentimos muy felices de deberos el mismo beneficio que los Hermanos de las Escuelas Cristianas deben a vuestro tío el Emperador”* (7).

La entrevista del H. François con el Príncipe Presidente tuvo lugar el 3 de julio. El 4 puede exhalar un suspiro de alivio al dejar la capital. O más bien podemos imaginar su corazón henchido de *Te Deum* y *Magnificat.* Nada más llegar a l’Hermitage, envía una circular fechada el día 3 de julio. Se trata del relato de todo lo ocurrido durante el último año.

Nombra con gratitud a cuantas personas le han ayudado. Pero *“el nombre del Sr.* *de Crouseilhes deberá ocupar el primer puesto en el cuadro de nuestros defensores y protectores”.* Se nota que ha nacido entre los dos autentica amistad manifestada en una carta del ministro (8).

*“Y ahora, prosigue, que este insigne favor de Dios llene nuestros corazones de gozo, gratitud y amor, que reanime nuestro celo y confianza, que nos una más que nunca a nuestra querida Sociedad, al mostrarnos la acción de Dios sobre ella y el cuidado particular que nos procura en su bondad, por la protección de María, nuestra Buena Madre”* (9).

Está muy claro que, para el H. François, el fruto esperado de esta victoria es sobre todo, espiritual. *“Que los Hermanos vean en este reconocimiento legal el signo de Dios que llama a nuevo fervor; lo que más se espera de nosotros, es que nos mantengamos siempre en el espíritu de modestia, sencillez y humildad característico de nuestra Asociación; que hagamos el bien sin ruido ni aspavientos… ¡Ay de nosotros! si abusamos del don de Dios, si aprovechamos el don recibido para ensalzarnos, mostrarnos menos sumisos y respetuosos hacia los pastores de la Iglesia o las autoridades civiles, más difíciles con la población, menos reservados en nuestras relaciones con quienes, como nosotros, se entregan a la enseñanza de la juventud”.*

*“María es nuestra Madre; desde ahora estamos seguros de poder llevar siempre su nombre glorioso y combatir sin tregua bajo su maternal protección. Así pues, debemos caminar siempre en pos de sus huellas. Ahora bien, la virtud más excelsa en María ha sido siempre la humildad, la modestia, el amor a la vida oculta…Cuanto más humildes y pequeños seamos, mayor bien podremos realizar… Y rogamos sin descanso a Dios, por María, que no se aleje de ninguna de nuestras casas y de ningún miembro de nuestra Sociedad”.*

Sigue el detalle de los actos prescritos para agradecer a Dios el favor recibido: 100 misas de acción de gracias; una novena de *Te Deum* después de la misa, de *Magnificat* después del examen, de *Laudate* tras la oración de la noche; a perpetuidad la Bendición del Santísimo cada 20 de junio; durante tres años la oración al ángel custodio y la *Salve Regina* de la noche, etc … La promesa de erigir una estatua de Nª Sª de las Victorias y otra de San José en sendas dependencias de l’Hermitage. Las dos estatuas están ya compradas y encontrarán pronto su lugar, una en el patio exterior, que se llamará plaza de Santa María, y la otra en el patio interior.

Con este verano de 1851, culminaba un período importante de la historia de los Hermanos Maristas. Los diversos informes que hubo que presentar recuerdan el progreso de esta congregación que, desde hace un cuarto de siglo, había multiplicado, sin éxito, petición tras petición, pero que, ahora, según la profecía del Fundador, ha conseguido mucho más de lo que hubiera obtenido 10 años antes.

Uno de los citados informes está impreso y, entre otros elementos, ofrece el nombre de todas las escuelas de los Hermanos Maristas en abril de 1851. En total hay 825 Hermanos, 565 de ellos enseñantes; 110 en estudios y 32 jubilados o en trabajos manuales en l’Hermitage, y 82 en estudios y 35 jubilados o en trabajos manuales en otras casas.

El reverso de la medalla es que las peticiones de nuevas fundaciones se multiplican de tal manera que será difícil defenderse de esta voluntad de los municipios por tener maestros religiosos. Resultará también difícil alargar el tiempo de formación de los Hermanos, cuando todo va viento en popa, y ante algo que no se sabe cómo frenar.

*“Se necesitaba, se nos ha dicho, una República y la ley de 15 de marzo de 1850 para obtener la autorización de una asociación religiosa bajo ese título y sin trabas ni restricciones. Algo que no se habría podido obtener bajo la monarquía, ni siquiera bajo una nueva”* (10).

En cualquier caso, los Hermanos no tenían tiempo para hacerse preguntas. Veían sencillamente que las peticiones afluían. En 1850, llegan de 17 obispos, varios vicarios generales y un prefecto. Y hasta una de Suiza. Por otra parte, si un maestro de tendencia socialista sufre el rechazo del párroco o del alcalde, no es culpa de los Hermanos; pero este giro a la derecha podrá provocar revanchas.

Como ya se ha visto, el nombre de Hermanitos de María se convierte en el oficial de los Hermanos, y, al ser el Estado quien se lo da, sáquense las consecuencias para realizar su vocación de pequeñez al servicio de los humildes:

*“Dios ha querido que permaneciéramos ocultos y desconocidos durante 30 años y que ahora seamos conocidos bajo el humilde apelativo de Hermanitos de María. Por así decirlo, es nuestra acta de nacimiento. María ha sido siempre nuestro Recurso Ordinario y puede decirse que los Hermanitos de María han sido los benjamines de la más tierna de las madres”* (11).

CAPÍTULO 26

1 –308 p. 1002. Para una historia más completa del reconocimiento legal en la época del H. François, véase: H. Gabriel Michel, *Frère François et la reconnaissance l´égale des Frères Maristes.* Imprimagine. Saint-Chamond 1991.

2 –Desde 1790, los Hermanos Maristas han sido los primeros, en ser autorizados como “Asociación religiosa”. Hasta entonces, las comunidades de Hermanos eran reconocidas como “Asociaciones caritativas” y carecían del derecho a adquirir y poseer. Era el Consejo de la Universidad quien recibía en su nombre, y se lo hacía utilizar. Los Hermanos de las Escuelas Cristianas eran una excepción por decisión de Napoléon.

3 –Dicho Consejo estaba formado por el ministro, 8 miembros profesionales y 16 no profesionales: 4 arzobispos, 2 pastores, 1 rabino, 3 consejeros de Estado, 3 de la Corte de Casación y 3 del Instituto.

4 –Puede verse que los amigos de antaño siguen dispuestos a actuar: el H. François pide al Sr. Dugas escribir al Sr. Baude quien, 15 años antes, fue amigo eficaz del Padre Champagnat. La familia Dugas celebrará el éxito de los Hermanos. Véase también la ayuda prestada por Baude y Dugas (Cuaderno 10 p. 199) evocada en cartas entre el H. François y el H. Jean-Marie en ¿julio? de 1843.

5 – Circ. 2 p. 62 nota 1.

6 –Los jurisconsultos y parlamentarios más antiguos querían que fuera por ley y no por decreto. Sus referencias estaban en la anterior monarquía, pero los defensores de los Hermanos iban a demostrar que la ley de 15 de mayo de 1850 establecía un derecho público nuevo, tanto más cuanto las nuevas asociaciones no emitían votos solemnes.

7 –En 1804, Napoléon no había dudado en vencer al anticlericalismo de su entorno: “Necesito preparar alumnos que sepan ser hombres. Ahora bien, ¿creéis que el hombre puede ser hombre si no hay Dios?... Al hombre sin Dios, lo he visto actuar desde 1793. A este hombre no se le gobierna, se le ametralla; ya estoy harto de ese hombre. No, no, para formar al hombre que necesitamos prefiero hacerlo con Dios… No concibo esa especie de fanatismo que embarga a ciertas personas contra los Hermanos Ignorantinos (nombre dado entonces a los HH. de las Escuelas Cristianas y luego, entre otros, a los Hermanitos de María. N.T.). Se trata de un verdadero prejuicio. De todas partes se me pide su restablecimiento; este grito general demuestra su utilidad… Los Hermanos de las Escuelas Cristianas estarán diplomados y animados por el Gran Maestro que aprobará sus estatutos, los admitirá al juramento, les prescribirá un hábito apropiado y hará supervisar sus escuelas. Los superiores de estas congregaciones podrán ser miembros de la Universidad” (Pierre Zind, *Las nuevas congregaciones de Hermanos enseñantes en Francia, de 1800 a 1830*. 1, p. 53-55).

8 –Ver Anexo 3. Marie Jean-Pierre-Pie de Crouseilhes (1792-1861). Nacido en Oloron. Ingresa en la magistratura, llega a Consejero en la Corte de Casación y luego a Par de Francia. Es ministro de Instrucción pública en 1851 y senador en 1852.

9 –El H. François fallece en enero de 1881, justo antes de las leyes laicas de Jules Ferry. Se puede,pues, afirmar que, en los 30 años que le quedan de vida, no vio ninguna puesta en tela de juicio de este decreto, incluso si la ciudad de Lyon manifestó una agresividad laica demencial, a partir de 1870 (cf. Artículo de G. Sicard en *L’enseignement catholique en France aux 19e y 20e siècle*. Direction Cholvy-Chaline. Cerf 1995).

10 – 308 p. 1015.

11 – 308 p. 1013. La palabra benjamín, aparece varias veces en sus cartas, Dado que él mismo es el benjamín de su familia, esta palabra tiene para él una carga afectiva especial.

CAPÍTULO 27

Circulares y noticias

Las circulares constituyen uno de los medios del Superior para comunicar a los Hermanos la vida espiritual que le anima. Dejemos pues, de momento, la progresión cronológica de esta historia para realizar una lectura edificante.

Un poco por su poca salud y otro poco porque carece de gran preparación, el H. François no se lanza a grandes síntesis doctrinales, paro sabe aprovechar las ocasiones para brindar alientos útiles o prudentes avisos.

Lo primero que comunica son las noticias: habla de los misioneros, de los noviciados ya abiertos o que se van a abrir; da consejos a los Hermanos para los estudios o para los programas de los alumnos, noticias de fallecimientos, envía las felicitaciones de Año Nuevo, convocatoria para el retiro, anuncia salidas para Oceanía, propone novenas, etc…

Una circular puede también indicar complementos de reglas a observar: una lectura espiritual, restricción sobre el tabaco o de lentes (entonces son un lujo). Cada director deberá, pues, llevar un registro donde copiará textualmente todas estas directivas.

Muchas veces, en lugar de expresar consideraciones espirituales teóricas, el H. François prefiere ejemplos vivenciales. En 1841, la muerte del H. Jean-Chrysostome le proporciona un modelo convincente de verdadera vocación marista, a prueba de sufrimiento. (1)

*“La Sociedad pierde un buen y excelente Hermano, la juventud piadoso y hábil maestro, pero el cielo, estamos seguros, ha recibido nuevo predestinado.*

*Dios lo marcó con el sello de los elegidos al hacerlo pasar por el crisol de los mayores sufrimientos y al otorgarle la paciencia proporcionada a lo extenso del dolor. Desde hace 3 años, una violenta afección de pecho lo iba consumiendo poco a poco, pero durante el último mes de su vida, los sufrimientos han sido espantosos y sólo comparables a su heroica resignación. Ni un instante de sueño, ninguna postura de alivio durante algunos minutos; tos desgarradora y continua; llagas profundas en todo el cuerpo, ataques de dolor rayanos en el delirio a causa del enorme absceso en la rodilla izquierda; y, sumido en esta complicación de males, plena confianza en Dios, sumisión perfecta a la divina voluntad, valor y coraje jamás desmentidos. “Dios mío, repetía sin cesar, cuanto quieras y mientras tú lo quieras. Diez años y más si es tu voluntad. Jesús, María y José, tened piedad de mí. Hermanos, ¡qué feliz soy! Prefiero estos dos últimos años de mi vida a los otros 16 juntos. ¡Qué bueno es morir en la Sociedad de María! etc...” Su unión con Dios era casi continua. Sus ojos, manos y lengua apenas bastaban para expresar los sentimientos de su corazón. Ejemplos así hablan por sí mismos.”*

Las felicitaciones de Año Nuevo de 1842 son ocasión para un breve comentario del Padre Nuestro y también para recordar un resumido conocimiento intelectual al que debe aspirar el Hermanito de María: *“Conocimiento profundo y práctico del catecismo, hermosa escritura, algo de gramática y aritmética, es lo que nos conviene y asegura el éxito”.*

Pero se pueden presentar casos donde habrá que abarcar más. El principio es entonces el siguiente: *“Más allá, sólo debemos estudiar lo que nos exijan el lugar y el momento”.* Aún estamos lejos del tiempo en que se abrirán escuelas secundarias; hay que atenerse a lo vivido hasta entonces: *“Todos sabéis que esa ha sido la marcha de la Sociedad durante más de 15 años, que nuestro piadoso Fundador siempre pensó así y que es el único medio de atraer sobre nosotros las bendiciones de Dios y la protección de María”* (2).

Con la circular de abril de 1843, se llega a una verdadera exhortación más elaborada sobre un tema especialmente querido por el H. François, la Sma. Virgen:

- María y el Padre Champagnat; recuerda las palabras favoritas del Fundador: Recurso Ordinario, Primera Superiora, y las maravillas que María ha hecho por él.

- María y nosotros, que seguimos beneficiándonos de su protección: unión con Saint-Paul-Trois-Châteaux, una de las más palpables.

- María y el testimonio de los Santos, María y nuestro papel entre los niños para vencer su despreocupación, ligereza e insubordinación.

- Resoluciones prácticas, en especial para el mes de María, el catecismo mariano bien preparado, insistiendo en el tema de la Inmaculada Concepción, *“privilegio que hay que enseñar, pues aunque todavía no sea un dogma, es la devoción de todo el episcopado, de todo el clero, de toda la Iglesia. Nosotros, hijos privilegiados de María, ¿nos quedaríamos atrás?”* (3).

Por otra parte se declaró “lleno de alegría” al enterarse de todo lo realizado por los Hermanos para celebrar bien el Mes de María.

Con más facilidad en las cartas que en las circulares, el H. François, al hablar de María, se deja llevar a un lirismo oratorio a tono con su convicción profunda: *“¿Acaso ignora que tiene una buena Madre que le quiere mucho y desea llegue a ser un buen Hermano? Cuando ve venir al lobo, ¿por qué no llama a esta divina Pastora?* (4)*. Cuando la serpiente le quiere morder, ¿por qué no acude a quien le aplastó la cabeza? Cuando la tempestad se alza, ¿por qué no mira a la estrella del mar? ¿Podría decirme que la ha invocado una sola vez sin que no haya acudido en su auxilio, que no le haya librado y sostenido? Confiese que es un cobarde, un perezoso y un negligente cuando se deja vencer y que el enemigo lo pasaría mal si fuera usted hombre de corazón y quisiera resistirle con valor”* (5).

En 1844-45, tal vez por enfermedad, las circulares se hacen más raras. Sin embargo, en enero de 1844, envía a los Hermanos un apéndice de la Regla, estudiado en el retiro anterior. Lo hace preceder de algunas reflexiones muy sencillas sobre la fidelidad a la Regla y lo hace seguir del Testamento espiritual del Padre Champagnat, tal vez, mal conocido todavía por quienes no estaban presentes en l’Hermitage en mayo de 1840 y los ingresados más tarde en el Instituto (6).

Pese a la sencillez de su contenido, las circulares de 1846 podían suscitar verdadero entusiasmo, pues la congregación se desarrollaba a pasos agigantados. Tras la unión con Saint-Paul y La Bégude, que abrían todo el Midi, se desarrollaba, en torno a Vauban, un sector del Centre. En cuanto al Nord, progresaba aún más deprisa. Este éxito proporcionaba al H. François ocasión de pedir un aumento de piedad y caridad. *“Que se nos distinga por la concordia, la unión perfecta que reine entre nosotros en esta vida hasta que se corone en Dios”* (7).

Además, hay que economizar, si se quiere poder seguir recibiendo postulantes numerosos, aunque poco adinerados. El H. François va a reaccionar contra una costumbre recién instalada: la merienda. Conocedor del austero período de los inicios, admite que ahora se viva mejor, pero esa cuarta comida, aunque sea frecuente en las familias, no tiene más justificación ahora de la que tenía en tiempos del Padre Champagnat. *“Varios directores, dice, nos han pedido suprimirla. Tras examinar minuciosamente las razones aducidas en la petición, nos han parecido justas… Vale más hacer sólo tres comidas al día con comida bien preparada y abundante que hacer cuatro malas… La merienda, pues, queda suprimida en todas las casas y para todos los Hermanos, salvo autorización expresa y escrita por nosotros”* (8).

Pero se pueden hacer economías aún más sencillas. El H. François reprocha a un Hermano el precio de las cartas: *“Se diría que teme usted que la República se arrepienta de haber disminuido la tasa de las cartas. En vez de 2 décimos le da usted casi dos francos. Con un papel más ligero se habría ahorrado ese gasto en un solo paquete”* (9). La comunidad de l’Hermitage da también ejemplo de economía utilizando, al menos de vez en cuando, vajilla de metal.

Pero no nos privemos de las noticias agradables de comunicar. La Providencia colma a sus Hermanitos por medio de una insigne bienhechora, la condesa de la Grandville. Caroline de Beaufort es una señora de muy antigua nobleza. Fue educada por Santa Sophie Barat. Casada en 1818 con el conde de la Grandville, fue a vivir al castillo de Beaucamps y empleará su fortuna en hacer el bien. Durante el cólera de 1832, cuida personalmente de las víctimas de la epidemia y establece, con las Hermanas de l’Enfant Jésus, una especie de hospital que se convertirá luego en centro de educación.

A partir de 1841, entra en contacto con los Hermanos Maristas ya establecidos en Saint-Paul-sur-Ternoise. Los atrae a Beaucamps para fundar primero una escuela, y luego un internado y un noviciado. Hará todo lo posible para desarrollar esta casa: “Los recursos no faltarán, escribe en 1849, y los trabajos, ya en marcha, van a colocar a Beaucamps a la altura de los centros modelo”.

En 1850, el H. François, en su visita al sector del Nord, se reunirá con la condesa. El 17 de abril, tendrá lugar un largo encuentro del que dirá con efusión: “Ahora puedo decirlo: he visto, he juzgado y he apreciado, como todos sus hijos, al Padre que Dios, en su infinita bondad, nos ha concedido”.

A consecuencia de dicha entrevista, será más generosa que nunca. El noviciado es transferido a Beaucamps y proporcionará religiosos maestros a las diócesis de Cambrai, Arras, Amiens, Soissons, Beauvais, Paris, Versailles, Evreux, Rouan y más tarde a Bélgica e Inglaterra. Durante algunos años, un noviciado de lengua inglesa funcionará junto al de lengua francesa.

Volveremos a encontrar a la condesa. Diremos sólo que, entre los bienhechores que ayudaron a los Hermanos en los primeros tiempos, figura, sin discusión, como la más generosa.

Entre las cartas insertas en el volumen 2 de las circulares, se encuentra, entre la del 8 de octubre de 1853 y la del 15 de enero de 1855, un texto titulado: “Donaciones de la Sra. de la Grandville”, con fecha de 1854. Aunque dicho texto hace alusión a donaciones posteriores, se puede pensar que la primera parte, al menos, fue dirigida a los Hermanos, ya antes, para hacer comprender por qué la condesa merecería un día el favor especial de participar en una sesión del Capítulo general de 1854 (Circ. 2, p. 496).

CAPÍTULO 27

1 – Circ.1 p. 56.

2 –Circ.1 p. 63. Salvando las distancias, ocurre lo mismo entre los Padres Maristas donde se admite el principio: *“Scientia inflat”.* Pero el P. Colin va a reaccionar: “En otro tiempo, cuando la Iglesia era atacada, sólo lo era en un tema concreto; ahora se socava todo, se ataca todo”. “Durante los años 1840, se va imponiendo la conciencia más viva de la desproporción existente entre las capacidades de sus religiosos y las exigencias de la misión en un contexto cada vez más difícil”. Y por eso se atreve a afirmar: “No estamos instruidos… Quiero adoptar todos los medios para que nos instruyamos”. (Antoine Forissier, en *Forum Novum*, tomo 3, nº 2, p. 171).

Para los Hermanitos de María la cuestión se plantea de forma diferente. En el contexto de la enseñanza primaria (niños entre 6 y 12 años), dicha preocupación aún no se plantea. Las escuelas de secundaria no se iniciarán entre nosotros hasta 1856 y seguirán siendo una mínima parte hasta finales de siglo.

3 – Circ. 1, p. 76.

4 – Término muy repetido en sus cartas (421, 1013…).

5 – 11. 118.

6 –Antes hubo que hacer litografías del Testamento, pero el impreso daba más la impresión de tratarse de un documento definitivo.

7 –Circ. 1, p. 99.

8 – Circ. 1, p. 111.

9 – 11, p. 418.

CAPÍTULO 28

Una cruz: el Capítulo General

En la segunda década de su generalato, el H. François dejará amplio margen al H. Louis-Marie y al P. Matricon para redactar las circulares de mayor calado doctrinal. Es ya el caso de la circular de 1848 sobre el espíritu de fe.

Sin embargo, las firma el H. François y puede añadir algún pensamiento o comparación anotados en el curso de sus lecturas o meditaciones. Por ejemplo, para expresar su desolación ante vidas religiosas carentes de peso:

*“Pasar la vida en tejer, con la mayor seriedad del mundo y toda la aplicación del espíritu, telas de araña* (1) *que la muerte barrerá en un segundo”.*

Para fustigar a los espíritus superficiales: *“Que sean poco numerosos los que sienten desprecio por el mundo, sus opiniones, vanidades y ambición. ¿Dónde se encuentran entre nosotros los verdaderos pobres de espíritu, los verdaderos humildes de corazón, los verdaderos amantes de la cruz de Cristo?”*

Desde luego, cuando el H. François compara el grupo ideal de los inicios en La Valla: 8 personas, con el grupo actual, cien veces más numeroso, debe pensar que la cantidad no ha mejorado la calidad; pero, ¿cómo lograr algo mejor con tan breve tiempo de formación? Incluso éste o aquél que han podido parecer novicios excelentes, ¿qué van a llegar a ser sin un Director muy fervoroso, viéndose sujetos a las dificultades apenas entrevistas: fracasos en clase, tentaciones, ambiente comunitario mediocre, etc?... Ante el viento de la crítica, por parte de sujetos brillantes, pero poco religiosos, se plantea la puesta en cuestión y la justificación de conductas inadmisibles, etc…

El H. François, contempla también el impacto negativo de un Hermano mediocre sobre sus alumnos: “Los alumnos se darán cuenta muy pronto que los temas de la fe no ocupan el primer lugar en nuestra estima y afecto… Al vernos poco recogidos durante la oración, mudos al tener que responder, poco respetuosos en la iglesia… ¿no se verán tentados de pensar que cuanto les decimos sobre la piedad… sólo es para los niños y que, más tarde, podrán también olvidarlo?” (2).

En 1849, trata de los fundamentos del espíritu de fe. En 1850, el H. François se excusa por no poder ofrecer la continuación. Se limita a algunas exhortaciones y sugiere consejos prácticos. Pero en 1851, vuelve a retomar el tema para decir cómo se debe practicar el espíritu de fe. Debe ser, al menos, uno de los redactores, el que sugiere numerosas jaculatorias y el que indica objetivos concretos: *“Consideraremos un deber especial, formar bien a los alumnos para ayudar la santa misa y participar con gravedad y modestia en las ceremonias en las que puedan tomar parte en la iglesia”* (3).

Tras el brillante resultado del reconocimiento legal, se podría suponer al H. François nadando en la euforia. Sin embargo y en ese mismo año 1851, se percibe el eco de duras pruebas: *“Dios quiere que marche por el camino de la abyección y la humillación, que me ejercite en la práctica de las pequeñas virtudes que crecen al pie de la cruz, según San François de Sales. Jesús me quiere con Él en el Huerto de los Olivos, en Jerusalén, en el camino de la Cruz y en el Calvario. Lo acepto, lo quiero y me comprometo con alegría”.* Y añade: *“12 de octubre, aniversario”* (4).

Este recuerdo del día en que aceptó su cargo, muy consciente de los obstáculos que encontraría en su camino, ¿significa que, de nuevo, se ve aplastado, o que acepta verse así, si así ocurre, en lo por venir? No lo sabemos pero, de todas maneras, ya al año siguiente se vislumbra otra prueba: la del Capítulo General (5) previsto para realizarse en tres sesiones: 1852, 1853 y 1854. Habrá que afrontar un debate democrático. Los principios democráticos son arma de doble filo, pues, como dijo Montesquieu, la república es el régimen de la virtud. Y sin virtud se cae pronto en las concesiones.

La Regla ha de ser revisada y completada, Ahora bien, si el conjunto de los Hermanos vive bien esta vida humilde y austera propia del Hermanito de María, queda siempre el peligro de verse, como en 1829, a merced de religiosos que se quieren emancipar, sacudirse lo que soportan como un yugo. Sin haber descubierto en serio al Señor crucificado, llegan, incluso, a otorgarse la vocación de liberadores de sus Hermanos. Y hasta se puede añadir cierto espíritu de venganza en algunos por no haber sido elegidos capitulares. Para el H. François, el Capítulo debe ser el momento de decirse: No somos discípulos lo bastante fieles. Para otros, la ocasión de atenuar las exigencias de la Regla.

El “Régimen” (es decir, el Superior General y sus asistentes) ha reelaborado nuevo texto de las Reglas comunes completado con la ayuda de las instrucciones y escritos del Padre Champagnat; y un Padre Marista, el P. Lagnier, ha sido encargado de examinarla. Ha aportado gran número de observaciones y, a partir de todos estos elementos, el Capítulo deberá pronunciarse.

El 17 de abril de 1852, aparece la circular de convocatoria para una primera sesión. Destinada a establecer el texto de la segunda edición de la Regla.

Hay tres clases de Hermanos elegibles:

- los antiguos (15 años de profesión) si han sido Directores,

- entre los Hermanos de Saint-Paul y de Viviers, los que eran directores en el momento de la fusión,

- los directores de casas principales, siempre que sean profesos y tengan, al menos, 10 años de comunidad.

Esto supone 68 Hermanos elegibles, de los que sólo 33 serán capitulares, incluidos los tres del “Régimen” (6). Ahora bien, ciertos Hermanos hubieran preferido como elegibles, a todos los Hermanos profesos con 10 años de comunidad, directores o no. Se criticaba también los últimos destinos del año escolar que habían vuelto elegibles a tal o cual Hermano mejor visto por los Superiores. Un Director del Nord hacía, a este respecto, una muy acerba crítica, dirigida, sin embargo, a los responsables. Pero otros no lo hacían con tanta transparencia. En su crítica de las elecciones, evocaban, incluso, el golpe de Estado del 2 de diciembre anterior, como referencia chirriante a un sistema marista considerado poco democrático.

Una segunda circular anuncia el Capítulo para el 31 de mayo; los elegidos deben estar ya presentes el 27 para un retiro preparatorio. La llamada luego sala azul se convierte en sala capitular para las tres sesiones previstas.

Todo se inicia con un tiempo de oración: *Veni Creator* y misa del Espíritu Santo, luego procesión al cementerio sobre la tumba del Padre Champagnat. Durante la ida se cantan las letanías de la Sma. Virgen y el *Inviolata*; en el cementerio se lee el testamento espiritual del Fundador; al regreso se canta el *Ave Maris Stella*. El retiro va a permitir al H. François hacer varias instrucciones sobre la capital importancia de la misión recibida de los electores: *“La obra que están llamados a realizar es grande; para llevarla a cabo necesitan abundancia de gracias… María, nuestra Buena Madre, estará entre nosotros, presidirá nuestras reuniones y consejos… para que encuentre Hermanos según su corazón… Renunciemos a cualquier mira humana. Que la regla que vamos a examinar sirva para formar a los Hermanos, para honrar a María y para el bien de la religión”* (7).

Pero no todos viven la misma seriedad de espíritu. El H. Avit nos cuenta una escena de comedia de la que fue actor y no muy apreciada por el H. François. Resulta que en una de las primeras sesiones, dedicada al voto de pobreza, los capitulares temen que se quiera instalar en la Regla una forma de renuncia al reloj personal, como sugiere el proyecto. Naturalmente, cada uno es libre de intervenir para explicar que el reloj personal es ya una necesidad. Pero, ¡cómo decirlo? Cualquiera de los miembros del Régimen podría aplastar un argumento demasiado débil. Los ojos se vuelven hacia el H. Avit. Él sabe hablar. Si, por lo menos, pudiera intervenir antes de pasar a la votación…

El H. Avit capta bastante bien el lenguaje mudo que sobrenada en la asamblea. Y va a hacer su numerito:

- “Pido la palabra. (Largo silencio)… Parece ser que algunos quieren conservar su reloj. Se equivocan. No se necesita (silencio)… ni siquiera durante los paseos (silencio). La solución es muy sencilla. Basta que uno de los paseantes lleve el reloj a su espalda con ayuda de tirantes. Se coloca el primero y todos los demás tendrán la hora ante sus ojos”.

Es el propio orador el que lo cuenta. “Esta broma, añade, hizo reír a todos, menos a tres. El Presidente propone la votación y los relojes pasaron a la primera”. Al hacer este relato treinta años más tarde, se siente bastante ufano de su pequeño éxito, pero, sin embargo, quiere manifestar algún reparo: “Los relojes se han multiplicado tanto después, que se ha producido un abuso y que el interesado, (él mismo), ha lamentado haber contribuido a hacerlos aprobar; cierto que la pobre humanidad abusa de las mejores cosas” (8).

Se podría aceptar que el reloj no constituía un abuso. Pero al ceder sobre otros puntos, ¿no se podía entrar en el camino de la facilidad? Veinte años antes, el Fundador había paralizado de forma espectacular esta clase de peligrosa tendencia, imponiendo las medias de tela aceptadas con poco entusiasmo. Uno de los asistentes quiso hacerlas aceptar por el sistema de levantados y sentados y pudo comprobar que sólo pudo mover a unos pocos convencidos. Más valía una votación normal. Ésta demostró que se votaba sí, por veneración al Padre Champagnat, pero no por convicción.

Por otra parte, circularon peticiones contra ciertos puntos de la Regla, inadaptada, según ellos, al mundo actual y que alejaba vocaciones. Dichas quejas no pudieron hacerse a través del Provincial, Padre Cholleton, que acababa de morir. El H. François anunció su fallecimiento con emoción y se pudo apreciar su gran estima por este santo religioso (9). Los fautores de discordia acudieron al Padre Colin quien, por desgracia para ellos, tenía otras preocupaciones: estaba en tratos para adquirir La Neylière (10), finca donde pensaba retirarse tras presentar su dimisión.

Pero quienes pensaban que el H. François era hombre que se dejaba manejar, se equivocaron. Sabe cuál es su responsabilidad: la vida santa de una comunidad que acoge cada vez más vocaciones, pero que no lo hace para llevarlas a la tibieza.

CAPÍTULO 28

1–Esta comparación aparece en sus notas, sobre todo para evocar la locura de Heliogábalo que se entretiene pesando telas de araña en Roma, mientras los enemigos arrasan las Provincias. (304, p. 852).

2 –Circ. 2, 15

3 –Circ. 2, 83.

4 –304, p. 825.

5–El Capítulo General es la reunión de religiosos elegidos por sus Cohermanos y que, durante cierto número de días o de semanas, examinan las cuestiones que se plantean a su congregación y votan las nuevas disposiciones referentes a la Regla, el apostolado, la vida comunitaria, etc.

6–Circ. 2, 103. Todavía durante largos años, no se hablará de Hermanos Provinciales sino de Provincias. La Provincia de l’Hermitage, con sus 200 profesos, elegirá 18 diputados, la de Saint-Paul y la de Aubenas, con 60 profesos cada una, elegirán 5, la del Nord, con 17, elegirá 2.

7–AFM 31 02.002.

8 – H. Avit, *Anales,* 1852*,* nº 49p. 376.

9–“El excelente P. Cholleton falleció el lunes 9 de febrero (1852) a las 8 horas, en la Favorita. Celebró su última misa el jueves día 5 y fue administrado el sábado siguiente. Ese mismo día quiso recitar el breviario y se durmió en el Señor tras una hora de agonía en la mayor calma, mientras se le rezaba la recomendación del alma. Es, con seguridad, un santo más en el cielo, pero un buen Padre menos para nosotros en la tierra… Nos lega una rica herencia de buenos ejemplos, pero, sobre todo, la humildad y sencillez más admirables, una obediencia de niño tras 16 años de Gran Vicario, celo de los más ardientes y desapego total de cualquier cosa. ¡Qué bueno es morir tras una vida así! Nadie se cansaba de contemplar la brillante figura del Buen Padre expuesto en su lecho de muerte… Su entierro tuvo lugar el miércoles 11 de febrero con gran solemnidad. Su Eminencia celebró los funerales y entre 150 y 200 sacerdotes de Lyon lo acompañaron al cementerio con numerosa asistencia. No olvidaremos jamás a este santo Padre que tanto nos amaba, que presidía nuestros retiros, nuestras tomas de hábito y profesiones desde hacía 11 años con tanta bondad y piedad”. *Cartas*, nº 499.

10–Propiedad situada entre Saint-Symphorien-sur-Coise y Pomeys (Rhône).

CAPÍTULO 29

El título de Superior General

En este mismo período va a cambiar la situación canónica del H. François: de Director General pasará a ser Superior General.

Desde luego, con el reconocimiento legal de la congregación, se convirtió para el gobierno francés en el Superior General de los Hermanitos de María, pues ese mismo gobierno ignora la existencia de los Hermanos Maristas. Pero ahora, es el propio Padre Colin quien va, por decirlo así, ceder su título de Superior General de todas las ramas maristas.

Se encuentra en l’Hermitage el 4 de junio de 1852, es decir, en los primeros días del Capítulo, y nadie tiene la menor idea de lo que va a anunciar. Varios Hermanos toman nota de su intervención y, poco más tarde, tratarán de poner por escrito lo comunicado. Este es el texto resultante aprobado en la sesión del 14 de junio (1).

“Mis queridos Hermanos: os lo tengo que decir, sentía gran inquietud al ver degradarse la salud del Padre Champagnat; no veía claro el futuro de vuestra congregación; pero Dios, que velaba por su conservación, proveyó a todo e inspiró a vuestro piadoso Fundador la idea de hacerse nombrar un sucesor antes de morir. Aunque se dotara de un reemplazante, no ignoráis que me hizo depositario de su autoridad y últimas voluntades. Según esto, hubiera podido interferir en vuestros asuntos, pero entendí ser mi deber dejarlos en manos de vuestro Hermano Superior y sus asistentes; y, ciertamente, no podéis quejaros de su administración, pues han sabido dirigir sabiamente vuestro Instituto.

Comprendo, hijos míos, que en la actualidad, los Padres no pueden, por prudencia, intervenir en vuestra administración. Al no conocer a fondo vuestros usos y costumbres, sólo podrían entorpecer vuestro gobierno.

Tras haber, por largo tiempo, orado y examinado el tema, no me ha parecido factible poner bajo la dependencia de un solo Superior a los Hermanos y a los Padres. La voluntad de Dios se ha manifestado con claridad durante mi viaje a Roma, pues al presentar al Cardenal Protector de nuestra congregación el escrito sobre mi proyecto de unir las dos ramas bajo un mismo jefe, me repitió varias veces las palabras de la Sagrada Escritura: “No atarás juntos al asno con el buey”. Así pues, hijos míos, es voluntad de Dios que tengáis un Superior elegido de entre vosotros, que os gobierne en todo. Haceos muy pequeños y muy pronto invadiréís la tierra.

Esto no significa que rompa con vosotros y que no quiera saber nada de vuestros asuntos; todo lo contrario, no dejaré pasar ocasión alguna de seros útil cuando pueda. Creo que los Padres y los Hermanos han de seguir unidos, y es mi deseo añadir un artículo a nuestra Regla que perpetúe esta unión legado de nuestro común origen”.

Durante el período 1851-52, debió haber un momento de duda y, al hablar del H. François, se decía: Nuestro Reverendo Hermano Superior General. Es muy factible se diera a los Hermanos la directiva siguiente: Para el gobierno francés, el H. François será desde ahora (*ad extra*) Superior General, pero como (*ad intra*) el Padre Colin es Superior General de toda la Sociedad de María, al hablar del H. François diremos: Nuestro Reverendo Hermano Superior General.

Tras la intervención del Padre Colin, el Capítulo decide (6 de junio de 1852) llamar desde entonces al H. François: El Reverendo Hermano Superior General

Pero el Capítulo acababa de empezar. El P.Colin, ya de regreso, se encontró numerosas peticiones de Hermanos que pretenden someterle sus quejas. Como ha prometido no desinteresarse de la rama de los Hermanos, escribe una carta al H. François para darle cuenta de un posible peligro de mal espíritu entre estos religiosos de los que tan bien había hablado.

“Lyon, 11 de junio de 1852.

Muy querido Hermano: Recibo en estos momentos, de varias partes, cartas de Hermanos vuestros, algunas muy largas y anónimas. Reclaman:

1º - Más misas y oraciones por los Hermanos difuntos. Se quejan de que no se han puesto en práctica, tras varios años, las Reglas del Padre Champagnat.

2º - Se quejan al ver degradarse la salud de tantos Hermanos jóvenes, y a ver sujetos preciosos morir antes de tiempo. Añaden el grave perjuicio para su congregación y el hecho de que varios párrocos desvían jóvenes de su vocación por la misma causa.

3º - Creen que lo que perjudica la salud, sobre todo de los Hermanos jóvenes, es la falta de tiempo para comer y para cenar y que la comida no es lo bastante nutritiva. Les falta tiempo de recreo, y por lo mismo, el suficiente ejercicio indispensable a su edad, etc…

Veo por estas cartas que sería fácil excitar en la congregación un movimiento de quejas y reclamaciones, lo que debe avivar su prudencia. Recuerde que nuestro primer deber es tomar los medios para conservar la salud de nuestros inferiores; las quejas que provocarían estas negligencias supondrían un terrible golpe para la congregación.

Comunique mi carta a sus dos Asistentes y vean juntos, mientras están en Capítulo, el modo de ceder en algo para dar a la congregación una ligera satisfacción que provocaría feliz resultado. Conoce el interés que siento por ustedes y que me lleva a apresurarme a ponerle sobre aviso. Reciba los sentimientos de afecto con los que soy, Muy Querido Hermano, vuestro muy humilde y abnegado servidor. Colin”.

El H. Avit nos dice que esta carta dejó abatidos a los miembros del Capítulo, ya molestos por las intrigas ocasionadas por estas reclamaciones indirectas.

Es imposible decir qué hubiera hecho el H. François ante semejante situación cuando aún debía tener en cuenta la opinión del Padre Cholleton y del Padre Colin. Pero aquellos lazos ya no existían. A partir de ahora podía tomar sus propias decisiones, como San Pedro en otro tiempo: “El Espíritu Santo y nosotros”, el nosotros eran ahora el Superior y sus Asistentes.

CAPÍTULO 29

1 – AFM 31.O2.030.

CAPÍTULO 30

El reino de los cielos sufre violencia

¿Cuántos Hermanos escribieron dichas cartas? No se sabe. El H. Avit dice que los “Superiores” temían, sobre todo, que los hubiera entre los capitulares. Cree que, en ese aspecto, exageraban el peligro. De todas maneras, el H. François, como antaño el Padre Champagnat, sintió que había llegado el momento de reaccionar, y de forma muy enérgica. Con sus dos Asistentes, van a reflexionar, orar y decidir que hay que dar un escarmiento contra el principal culpable, en ese momento el Director de la escuela de La Valla.

Se llama Hermano Athanase (Jean-Baptiste François-Xavier Neyrard). Nacido en Aubenas, ingresó en el noviciado en octubre de 1837, con 36 años, habiendo hecho “un curso de clase”, probablemente estudios secundarios, “pero no ha podido dar nada”. Hace los votos perpetuos al año siguiente, lo que permite pensar que, tal vez, procedía de una congregación parecida, con el acuerdo de su Superior para pasar a los Hermanos Maristas. En 1852, tiene 51 años. ¿Se ha sentido vejado por no haber sido elegido capitular? ¿Qué tareas ha realizado hasta los 36 años? Son preguntas cuyas respuestas podrían ayudarnos a comprender la sangrienta reprobación y el castigo ejemplar que va a sufrir con una carta, leída en pleno Capítulo, antes de enviársela (1).

El hecho tuvo lugar en la sesión del 14 de junio de 1852. Tras varias explicaciones ofrecidas a los miembros del Capítulo, el Superior comunica la carta dirigida a “un Hermano Director” y por la que le priva “de todos los derechos de los profesos en vida y después de la muerte”.

“Varios miembros del Capítulo se levantan para pedir gracia en favor de este Hermano, pero el Cmo. Hermano Superior explica que, en interés de la congregación e, incluso, del propio culpable, es necesaria una penitencia ejemplar; que se reserva el modo de aplicarla según la conducta que el Hermano adopte en adelante y de las disposiciones que adopte” (2).

Esta carta, claramente dura, no es resultado de una brusca reacción. Es fruto de una decisión: hay que aplastar de raíz estos movimientos de protesta contra todo el trabajo previo realizado por el “Régimen” para establecer la nueva Regla.

La carta fue leída en el momento en que tendrá mayor impacto. Se estaba hablando de los sufragios por los difuntos. Se habían previsto sufragios mucho más importantes para los Superiores, con mayores responsabilidades y riesgo de juicio más severo. Al margen de esta visión teológica, hay que evitar que degenere en bizantinismos y que transcurran las horas hilando demasiado fino como, de hecho, está ocurriendo. Los “Superiores” observan que si los capìtulares se dedican a poner pegas en todos los detalles no se podrá avanzar.

El hecho es que el H. François eligió ese momento para leer la carta redactada la víspera. En efecto, lleva fecha del 13 de junio y, en apariencia, nada tiene que ver con el tema del debate.

*“Mi querido Hermano:*

*Estoy muy apenado y afligido al enterarme de su comportamiento y de las cartas que ha escrito con ocasión de la convocatoria para el Capítulo General. Los Hermanos Asistentes comparten mi pena e indignación en este punto. En efecto, su conducta no es la propia de un religioso sumiso, dócil, respetuoso y obediente que reconoce la voz y la autoridad del Señor en sus Superiores y evita con cuidado lo que pudiera contrariarlos y escandalizar a quienes les están sujetos; se diría, por el contrario, que el ángel rebelde le ha seducido y que la serpiente infernal le ha comunicado su aliento emponzoñado y su mortal veneno. Sus cartas están llenas de mentiras y calumnias; excitan a la murmuración, al desprecio de la autoridad, a la insubordinación, la intriga, las facciones, el cisma, incluso a la revuelta en la Sociedad.*

*Pero lo que más me duele, es que no parece dispuesto a la enmienda y a reparar el mal realizado; he sabido con fuerte carga de dolor y sufrimiento que, lejos de aprovechar la reprimenda, la corrección y avisos recibidos, ha continuado hablando y escribiendo del mismo modo que antes, lo que denota obcecación, tozudez y obstinación, aunque prefiero pensar que hay más bien falta de cabeza y de criterio, por no decir falta de razón. Veo que hay varios Hermanos que comparten este sentimiento por piedad y compasión hacia usted y que desean y piden que no se le trate como merece.*

*Por todo esto y tras haber reflexionado, de acuerdo con los Cmos. Hermanos Asistentes, hemos resuelto, para mantener intacta la autoridad que nos ha sido confiada, reparar en lo posible el escándalo y prevenir las consecuencias de tamaña falta, privarle desde ahora: 1) de todos los derechos de los Hermanos profesos, 2) de toda voz activa y pasiva, 3) de todos los sufragios concedidos a los Hermanos profesos difuntos. Ya no podrá llevar la cruz de profesión.*

*La presente carta será comunicada al Capítulo general y se guardará una copia en los archivos de la Casa-Madre.*

*Deseo, mi querido Hermano, que esta medida produzca efecto saludable en usted y en toda la Sociedad. Que usted consiga, al ingresar en el grupo de los novicios, adquirir las virtudes que les son especialmente recomendadas y adquirir el verdadero espíritu de esta Sociedad de los Hermanitos de María. ¡Que todos nuestros Hermanos conserven siempre el espíritu y el carácter de esta Sociedad sin jamás renegar de su hermoso título ni perder sus santos privilegios! Con esta dulce confianza, soy con todo afecto siempre muy sincero,*

*Su abnegado Hermano. Hermano François, Superior”.*

Cada uno puede hacer sus comentarios, pero lo más extraordinario es que el H. Athanase, debido, tal vez, a la influencia de algún amigo, no se rebeló y, el 17 de junio, envió la respuesta siguiente:

“Sin examinar más a fondo si las cosas que yo he dicho o escrito han tenido todo el vinagre, toda la amargura y toda la gravedad que el Capítulo ha creído encontrar, me resigno con respetuosa sumisión a sufrir la pena a que usted me condena. Me someto con plena voluntad a estas privaciones que, así lo espero, me serán tenidas en cuenta ante el soberano Juez y que me preservarán de muchas otras faltas.

Tratar de justificarme y decir cómo, por qué y de dónde han venido las cosas cuya pena asumo yo solo, sería algo que me llevaría demasiado lejos y que me obligaría a faltar a la caridad; la penosa impresión que toda mi persona sufriría daría lugar a una segunda gastritis. Abandono, pues, todo entre las manos de Aquel que sonda los corazones y las entrañas; pues sólo Dios, en cuya misericordia infinita me arrojo con toda la confianza de que soy capaz, ha tenido pleno conocimiento de mis pensamientos y los de los otros.

Se ha dicho que, desde ahora, quedarían prohibidas las visitas entre los Hermanos; cada uno lo verá como quiera, pero a mí me alegra, me alegra mucho y os puedo asegurar, Muy Querido Hermano, que nadie, por muy larga o corta que sea mi vida, le podrá decir, sin faltar a la verdad, que el H. Athanase ha dicho o escrito al más joven como al más anciano de los Hermanos la más mínima cosa contra la autoridad de los Superiores o contra las reglas más difíciles de observar.

A partir de este día, hago un pacto con mi lengua y me siento tanto más impelido a hacerlo, cuanto que el conocimiento adquirido de la poca confianza que hay que tener en los que desde hace mucho tiempo y en cualquier ocasión, me hacían partícipe de sus confidencias y se decían mis mejores amigos, me prueba la verdad de este pasaje de la Imitación de Cristo: “Quienes hoy están a favor vuestro, pueden estar mañana contra vos”.

Estos son, Muy Querido Hermano Director General, los primeros efectos producidos en mí por su muy honorable carta del 13 de los corrientes, pero que he recibido ayer a mediodía.

Termino, Muy Querido Hermano, suplicándole a usted y a los Queridos Hermanos Asistentes, me concedan el perdón por el escándalo del que me consideran culpable, y rogándoles acepten mi más profundo respeto y mi entera sumisión para cuanto les plazca ordenarme. Hermano Athanase”.

Estas dos cartas son testimonio de una época de fe bastante extraordinaria. Por una parte, el H. François se atreve a una acción que, hoy, parece inadmisible, de una firmeza intransigente, pero acompañada, con toda seguridad, de oración y penitencia para que el remedio produzca fruto saludable, lo que no era evidente. El H. Avit nos dice que la carta del Superior y el tiempo empleado en leerla (el H. François debe estar muy emocionado) produjeron penosa impresión en la asamblea. “Todos, añade, compartían la indignación del Reverendo contra el culpable, pero se preguntaban por qué esta lectura en sesión general y durante el debate sobre los sufragios por los difuntos. Muchos capitulares suponen que se quiere ahogar la discusión y obtener voto favorable del Capítulo para el texto tal como estaba preparado. El Reverendo, al ver que los espíritus estaban alterados, levantó la sesión y el “Régimen” se retiró muy preocupado”.

“En la sesión siguiente, ya con los espíritus calmados, el texto sobre los sufragios fue votado tal como se puede leer en las Reglas comunes”.

Los días 15 y 16 de junio fueron, sin duda, todavía bastante angustiosos para el H. François, pero la respuesta del 17 le devolvió la calma y, el 19, escribía al H. Athanase la carta siguiente:

*“Mi Querido Hermano,*

*Al escribirle por segunda vez, me encuentro en parecidas disposiciones a las de San Pablo al redactar la segunda carta a los corintios cuando les dice: “Aunque os he entristecido con mi carta, no estoy enfadado, pero sí lo estuve antes”; siento alegría, no de su tristeza, sino de que la tristeza anterior ha sido según Dios y la pena que le hemos causado no ha sido negativa para usted, pues la tristeza según Dios produce penitencia estable para la salvación, mientras que la tristeza según el mundo provoca la muerte al excitar en el alma movimientos de cólera, murmuración y venganza (2 Co 7.7).*

*Al dolor, la inquietud y el fastidio han seguido el gozo, la dicha y la paz al ver en su respuesta que mi primera carta ha producido el efecto deseado, que la ha recibido como buen religioso y que se ha comprometido a no verse de nuevo en el caso de recibir de sus Superiores otra parecida.*

*Este jueves, 17 de junio al atardecer, aniversario del traslado de las reliquias de San Priscilien he recibido su carta y, al día siguiente, fiesta del Sgdo. Corazón de Jesús, he comenzado mi respuesta que termino hoy, sábado, bajo la protección de la Sma. Virgen.*

*Espero, lo mismo que usted, que el soberano Juez, que sondea los corazones y las entrañas y que ve hasta lo más oculto, tendrá en cuenta las disposiciones con las que acepta las privaciones que le son impuestas y que producirán los efectos que deseo para su bien y el de la Sociedad.*

*En cuanto a los sentimientos de los Hermanos a su respecto, le puedo asegurar que están llenos del más vivo interés y del más sincero afecto hacia usted. Me han hablado en su favor en público y en privado; han orado, se han interesado por usted y han dado muestras de solicitud y caridad verdaderamente fraternales, tratando de excusarle, en la medida de lo posible, y solicitando perdón y gracia en el caso de que su valor y virtud no estuvieran a la altura al recibir mi carta. Experimentarán, pues, un gran y sensible consuelo al ver que el mal que temían no se ha producido y que entre todos hemos conseguido lo que deseábamos en estas circunstancias en que el deber y la caridad han sido nuestros guías.*

*Le recomiendo, pues, desterrar de su corazón cualquier sospecha, toda frialdad e indignación, en una palabra cuanto pudiera herir la caridad y el amor fraterno, y poderse acercar así con más confianza al altar, presentar su ofrenda y unirse al Dios de paz y caridad, en cuyo amor le dejo con el afecto más cordial.*

*Su abnegado Hermano y Servidor, Hermano François”.*

Más vale completar inmediatamente este dossier adelantando acontecimientos. Dos años más tarde, al final del Capítulo de 1854, en la sesión del 18 de mayo, se lee:

“Varios miembros del Capítulo piden que un Hermano profeso sea liberado de una penitencia impuesta en la primera sesión del Capítulo general. El Reverendo Hermano Superior se muestra muy de acuerdo ante la conducta edificante de dicho Hermano”. La sesión del 19 de mayo precisa: “Tras la lectura del acta de la sesión de la mañana, el Reverendo Hermano Superior pronuncia la alocución siguiente

*“El H. Athanase, por quien tan caritativamente se han interesado en la sesión de ayer, ha venido a verme y, de rodillas, me ha pedido perdón por su falta y, en consecuencia, la remisión de las penas en las que había incurrido y que les di a conocer en la primera sesión del Capítulo General. Así pues, para corresponder a su caridad, acceder a los deseos del buen Hermano que recibió y ha sufrido su penitencia de manera tan religiosa y edificante, y de acuerdo con la inclinación y sentimientos de mi corazón, visto el afecto que siempre he tenido por este Hermano, le concedo, en esta consideración, la remisión total y completa de todas las penas y privaciones infligidas por la carta comunicada al Capítulo en su primera sesión, antes de dirigirla al citado Hermano y le restablezco en todos los derechos y privilegios que la Sociedad de María concede a sus miembros durante la vida y después de su muerte, para que los disfrute desde hoy y para siempre, en esta vida y en la otra.*

*En consecuencia, recupera la cruz de profesión y tendrá voz activa y pasiva y se tendrán para con él durante su vida y después de su muerte, las mismas disposiciones que con los demás Hermanos profesos.*

*Este buen Hermano me ha testimoniado su justa sensibilidad por la afectuosa y caritativa gestión de los miembros del Capítulo General en su favor, y me ha rogado permitirle expresarles personalmente su gratitud; le he dicho que tendrá la oportunidad de hacerlo al final de la sesión y que les informaré a su tiempo”.*

Sin embargo, dos años más tarde, en 1856, el H. Arhanase deja la congregación. Tal vez hay que interpretarlo como cierto signo de inestabilidad. El H. Avit dice que se retiró “con religiosos italianos en el Var” (3).

¿Pensó en la posibilidad de una vocación sacerdotal posible de realizar a los 55 años? ¿Sopesó la gran dificultad de mantener su promesa frente a las preguntas o alusiones indiscretas permaneciendo en el mismo ambiente? No podremos responder a estos misterios, pero, en cualquier caso, si este Hermano tuvo momentos de charla incontrolada, fue también capaz de una humildad heroica, cuya ocasión le ofertó el H. François, en un discernimiento heroico también, pese a lo que pueda pensar nuestra mentalidad moderna (4).

CAPÍTULO 30

1 –Cuanto sigue se encuentra en las Actas del Capítulo de 1852. AFM 31.02.030.

2 –Id. y Avit, *Anales*, 1852, p. 271, nº 56 y ss.

3 –Se trata, probablemente, de los Oratoriens de San Filippo Neri.

4 –El H. Avit no parece apreciar mucho al H. Athanase, quien debía tener cierta cultura, a juzgar por sus frases ciceronianas, pero sin el diploma, lo que complicaba la administración de la escuela. “Los hechos que acabamos de relatar, dice el H. Avit, no están consignados en ninguna parte, que nosotros sepamos”. En todo caso, al brindarnos una versión incompleta de esta historia, la falsea por completo al no decir nada de la carta de arrepentimiento del H. Athanase, ni de la respuesta del H. François, y dejando la impresión de que el culpable recibió mal el castigo, buscando refugio en otra congregación.

CAPÍTULO 31

El final del año 1852

Con toda evidencia, el episodio del H. Athanase marcó intensamente esta primera sesión del Capítulo pero, si bien produjo fuerte impacto, su efecto fue saludable, puesto que llevó al conjunto de capitulares a la aceptación de una Regla llamada a permanecer, sin apenas cambios, durante un siglo.

En efecto, no se trataba de modificar la Regla de 1837, sino de completarla. Muchos puntos, puestos ahora por escrito, ya se vivían desde hacía tiempo sin haber necesitado ser precisados. Pero, con el tiempo, se corría el peligro de olvidar que formaban parte de la tradición.

En los inicios del Instituto, la escuela era, ante todo, un medio de evangelización, una especie de noviciado preparatorio para la vida cristiana. Pero las exigencias académicas eran cada vez más fuertes. Lo que tendía a reducir el carácter religioso de la escuela. A decir verdad, los informes de sesión del Capítulo son muy breves y apenas permiten hacerse una idea de las discusiones habidas. Algunas notas del H. Avit nos permiten atisbar tendencias y tensiones, pero son tan solo una voz.

Lo que realmente cuenta es el texto mismo de la Regla aceptado por los capitulares. Puede parecernos de un rigor exagerado para nuestra mentalidad, pero no lo era para su tiempo. Caso, por ejemplo, de la misa diaria para los alumnos. Apenas fue puesta en duda, al menos para los internados, durante mucho tiempo.

La Regla subraya, a veces, que lo que se añade viene, claramente, del Fundador, como la expresión RECURSO ORDINARIO, escrita con mayúsculas (1).

Algún otro artículo, sin nombrar al Fundador, es una alusión evidente a su vida: “No se tomará nada entre comidas, privándose hasta de beber agua, saborear una fruta o cualquier golosina” (2).

“Viajando en coche… Procurarán dar buen ejemplo:

1) tomar y conservar una actitud grave, sencilla y modesta, anuncio de un corazón contento y feliz en el servicio de Dios.

2) hablar poco y no tomar parte en conversaciones de corte mundano o en relatos de noticias políticas u otras…

6) ejercer vigilancia continua sobre sí mismos, sobre todo en las miradas, de manera que todo en ellos sea honesto y edificante y pueda llevar al prójimo hacia Dios” (3).

El Capítulo acaba el 15 de junio a las 9’30. Le seguirá una circular, especie de comentario de la Regla. Es larga y con estilo claramente oratorio. Pasa revista a todo cuanto aporta la Regla. También lo que exige: “Aprenderemos con qué prácticas de humildad, mortificación, obediencia y abnegación de nosotros mismos debemos hacer morir la naturaleza y al hombre viejo para inmolarnos a Dios” (4).

Recuerda que nos hemos liberado de las preocupaciones y problemas del mundo y que lo único que tenemos que hacer es amar a Dios, servirle, salvar nuestra alma y trabajar en nuestra perfección.

“Ella os dirá el tiempo que debéis consagrar a la oración y a vuestra comunicación con Dios, el que debéis emplear en el estudio, en la educación de los niños, en los deberes propios de vuestro empleo, de vuestro cargo, en el trabajo, el recreo, el reposo y las otras necesidades del cuerpo.

Os enseñará los medios que debéis tomar para ganar la confianza de los niños, cautivar su atención y atraerlos a la escuela… Para corregir sus defectos, inspirarles el amor a la virtud y hacerles amar la religión, etc…

Será también la Regla la que os dirá cuanto debéis hacer para procurar a los Hermanos el honesto entretenimiento, lo necesario para lograr que estén contentos y satisfacer todas sus necesidades, sin apartaros nunca del espíritu de pobreza, de modestia y economía que exige vuestra profesión… No basta con leer la Regla, sino meditarla, penetrar su fondo, su alma y espíritu” (5).

Siguen algunas resoluciones concretas: tomar un capítulo de la Regla como examen particular, como meditación, etc...

La tempestad había sido superada: el H. François podía de nuevo felicitar a los Hermanos por su buen espíritu y aprovechar un período que seguía siendo favorable para las vocaciones. Tras el reconocimiento legal de la congregación, o sea, un año y algunos meses, llegaron 150 postulantes; las defunciones, que años antes se alcanzaban entre 15 y 18, se redujeron a 7 en 1852, resultados que no justificaban las alegaciones presentadas al Padre Colin.

Dicho año iba a terminar en la región con una extraordinaria glorificación de la Sma. Virgen. La diócesis de Lyon, había querido adelantarse, por así decirlo, a la declaración dogmática que iba a tener lugar 2 años después en Roma. La vieja iglesia de Fourvière se había cubierto con una cúpula coronada por una estatua dorada de María (6) en honor de la Inmaculada Concepción, fiesta que Lyon, con Normandía e Inglaterra, celebraba el 8 de diciembre, por lo menos desde el s. Xll, en un tiempo en que Roma se mostraba reticente a este respecto y en el que San Bernardo, cantor marial por excelencia, censuraba a los lyoneses por lo que creía peligrosa novedad.

La inauguración de la estatua debía tener lugar el 8 de septiembre, Natividad de María, fiesta también muy lyonesa, pero una violenta tempestad había hecho imposible su realización. Ahora bien, sin presión oficial ninguna, mucha gente estaba dispuesta a desquitarse el 8 de diciembre y a desvalijar, de la forma más honesta, todos los comercios de cirios, lámparas y candelas. De forma espontánea, una iluminación nunca vista convirtió en ascua la ciudad de la luz. Desde entonces, cada 8 de diciembre, las parroquias de las diócesis de Lyon y Saint-Étienne iluminarán sus ventanas.

Cuenta el H. François lo ocurrido en Saint-Chamond días después de Lyon. Sin ser hombre dado a la proyección exterior, da la impresión de haber asistido, con la comunidad, al espectáculo organizado por religiosos que veneraba: los Hermanos de las Escuelas Cristianas y los Padres Maristas. Éstos habían abierto, dos años antes, el colegio de Saint-Chamond. Tenemos el relato en una de sus cartas (7).

*“Sabéis que la ciudad de Lyon ha dado prueba solemne de su devoción a la Sma. Virgen. Su Eminencia el Sr. Cardenal de Bonald ha inaugurado una hermosa estatua de la Sma. Virgen en bronce dorado, alta de 16 pies, en el nuevo campanario de N.D. de Fourvière al son de todas las campanas de la ciudad. La noche de este día y del domingo siguiente toda la ciudad quedó iluminada. Era un espectáculo magnífico.*

*El 23 de diciembre, la ciudad de St-Chamond quiso rivalizar en celo y entrega por la madre de Dios. Tras consagración solemne, en la clausura del jubileo, la ciudad quedó esplendorosamente iluminada. Jamás se había visto nada tan hermoso.*

*Izieux, St-Martin y le Creux estaban también iluminados. Los Padres Maristas con los alumnos del colegio cantaban desde lo alto de una torre el Magnificat y la Salve Regina alternando con los Hermanos de las Escuelas Cristianas y sus alumnos colocados frente a frente en el otro extremo de la ciudad; todo el mundo estaba entusiasmado…”.*

CAPÍTULO 31

1 –En la sesión del 1 de junio, se decide (art. 6) poner con mayúsculas estas palabras: “María debe ser en todo su recurso ordinario, como corresponde a una máxima de nuestro piadoso Fundador.” AFM 31.02.006.

2 –Reglas de 1852, art. 11 del cap. 7, 2ª parte.

3 –Reglas de 1852, art. 10 del cap. 9, 3ª parte.

4 –Circ. 2 p. 126.

5 –Circ. 2 p. 127 y ss.

6 –Esta estatua es obra del escultor Fabisch que será también el autor de la estatua de María de la explanada de Lourdes.

7 –11, p. 381.

CAPÍTULO 32

Un jefe que sabe lo que quiere

El Superior General no acaba de estar imbuido de su nuevo título, pero, aún sin sentir el gusto de ser jefe y pese a su mala salud y timidez natural, asume sus responsabilidades.

El Capítulo de 1852 mostró hasta qué punto podía ser firme frente a dificultades internas. Lo es también frente a las autoridades civiles o religiosas que formulan peticiones inaceptables.

En 1843 y con ocasión del Año Nuevo, escribe al Padre Colin: *“El Sr. Alcalde de St-Martin y el del municipio de Izieux nos presionan para incluirnos en la lista de los electores municipales con vistas a formar parte del Consejo Municipal. Lo hacen por benevolencia y buena intención. Pero estamos por completo en contra: no debemos, en ningún caso, inmiscuirnos en los asuntos de la administración civil ni eclesiástica”* (1).

El subprefecto de La Tour-du-Pin decidió abrir una sala aneja de la alcaldía en la casa de la escuela donde estaban instalados los Hermanos. El 28 de julio de 1847, el H. François le escribe que los reglamentos interiores de la Comunidad se oponen a ello y que la apertura de dicha sala *“afectaría a la independencia de los Hermanos y los pondría en contacto con los seglares”.* Como el subprefectohizo caso omiso, retiró a los religiosos.

Hasta funciones en apariencia más aptas para los Hermanos, por ejemplo la de chantre, las rechaza, porque, en la iglesia, un Hermano debe vigilar a sus alumnos: *“Nuestros Hermanos*, escribe, *enseñan el canto gregoriano a los alumnos* *y con ello preparan chantres para las parroquias, pero no pueden encargarse de forma oficial de función en la iglesia”* (2).

Durante largo tiempo querrá que el Instituto se limite de forma rigurosa a las escuelas primarias y rechace todas las demás. Al obispo de Belley le niega un Hermano para el colegio de Thoissey. Al superior del seminario de Noyon, ídem para enseñar el francés en su seminario. Al obispo de Viviers para la escuela de canto de la catedral. Otro a los eclesiásticos de Montepellier. Incluso al P. Colin, provocando su irritación, le niega enviar un Hermano para dar clases de francés en el internado de La Seyne.

Es aún más categórico para la enseñanza del latín, y, sin embargo, la petición viene formulada por el Sr. J.L. Duplay, el gran amigo y director espiritual del Padre Champagnat. Este santo sacerdote llegó a ser Superior del Seminario Mayor y le parecía conveniente que, en las escuelas de los Hermanos, se pudieran enseñar los rudimentos del latín a los niños orientados hacia el seminario y evitarles así uno o dos años en clases donde superaban el nivel, excepto en esa materia.

El H. François admite que la idea es excelente, *“pero no acorde con el objetivo de nuestra Sociedad”. “Nuestro fin primordial es la enseñanza primaria de los niños. El gobierno sólo nos acepta con ese fin”.* Hasta 1851, la objeción era fundada y la petición del Sr. Duplay es de 1842. Pero el H. François añade otra razón: *“Para dar esas clases, los Hermanos tendrían que aprender latín; en ese caso nos resultaría muy difícil conservarlos. Los más piadosos pasarían al estado eclesiástico, otros buscarían acomodo en el mundo y en las residencias universitarias. La enfermedad del latín, pese a que su estudio está prohibido, nos arrebata algunos cada año”* (3).

Esta idea, incomprensible hoy, subraya el sentido que el H. François tiene de la vocación del Hermanito, vocación de humildad y modestia que puede verse fragilizada por cuanto rodea a la ambición. Ahora bien, es ahí donde radica el problema: al estudiar el latín se pasa a otra condición social. El empleo de maestro es algo más modesto. No hay que anhelar ser profesor.

Alguien tan eminente como Jean-Marie de La Mennais tenía parecidas convicciones para sus Hermanos. El ideal del Hermanito se limita a hacer bien la clase y el catecismo. Su vida es un poco la del monje, un monje apostólico que anuncia el evangelio a través de la escuela. Si está bien dotado podrá aspirar a ser autodidacta y brillar en un sector determinado, pero, de preferencia, en sectores de la enseñanza primaria, como la botánica. Su vida, a decir verdad, es más difícil de equilibrar que la de un monje, pues, al vivir en el mundo, le afecta más su atractivo y, con frecuencia, hay que reorientarlo hacia la contemplación de Nazaret donde el Hijo de Dios pasó 30 años de su vida, muy desconcertantes para una alma no muy enraizada en la oración.

El H. François, ya de muy joven, deseaba vivir olvidado; tenía fuerte sed de la vida oculta. ¿Cómo comunicar a temperamentos activoso ambiciosos, un ideal así? Esto es ya otra cuestión.

El Hermanito no desea suplantar a los demás religiosos. El párroco de St-Didier-au-Mont-d’Or no está satisfecho con los Clérigos de St-Viateur y quiere reemplazarlos por los Hermanos Maristas. El H. François rehusará, incluso si la petición viene del Vicario general: *“Sr. Vicario general*, le escribe, *le confieso que me repugna en extremo reemplazar en ese lugar, y sin que se les haya prevenido, a los buenos Hermanos de St-Viateur. Si el Señor Párroco tiene quejas de algún Hermano de dicha congregación, creo que le resultará fácil obtener un cambio y una mejora, dirigiéndose a su respetable Superior. En caso semejante, haríamos todo lo posible para satisfacer justas reclamaciones; pero nos apenaría mucho que, sin prevenirnos, se dejaran de lado a nuestros Hermanos para llamar a otros… Le suplico, pues, Sr. Vicario general, no nos obligue, ni ahora ni más adelante, a encargarnos de dicha escuela. Le suplico, incluso, que no se tome a mal que, antes de adquirir un compromiso con el señor párroco de St-Didier, exija de él que me presente orden formal y escrita del Sr. Cardenal, orden que su Eminencia tendrá a bien, espero y suplico de no imponernos”* (4).

En el caso del noviciado de Vauban, que el obispo de Autun quería trasladar a Paray-le-Monial, el H. François pide la opinión del H. Philippe, Superior general de los Hermanos de las Escuelas Cristianas ya establecidos en esa ciudad. El traslado no tuvo lugar, pero el detalle de cortesía ya estaba hecho.

En Tournus, se pensó en los Hermanos Maristas para reemplazar a los Hermanos de las Escuelas Cristianas. El H. François pidió el acuerdo por escrito al H. Philippe: El acuerdo llegó, pero el H. François le escribió de nuevo para rogarle se pusiera de acuerdo con el párroco de Tournus. Llegaron a un acuerdo y los Hermanos de las Escuelas Cristianas fueron conservados.

El H. François, discípulo siempre fiel del Padre Champagnat, sabía cómo había actuado éste en parecidas circunstancias y su insistencia en subrayar este punto en su Testamento Espiritual. La imitación del Padre Champagnat era siempre su regla de conducta.

En situación inversa aplicaba la misma firmeza. En Charolles, el párroco se había empeñado en reemplazar a los Hermanos Maristas por los Marianistas. El H. François escribió al Superior de los Marianistas: *“No podemos dejar esa escuela sin ocasionar el mayor perjuicio a nuestra Sociedad”.* Y envió al H. Avit, Visitador, en embajada especial ante el obispo quien, en efecto, cerró el debate en favor del *statu quo*.

Un abate, Louis Bastien, dirá a propósito de la fundación de la escuela de Chazelle-sur-Lyon: “Fui yo quien trató el asunto con él y el H. Louis-Marie. Vuestro H. François es un santo de primera clase, pero no era hombre dado a hacer concesiones. Me costó menos con el H. Louis-Marie”.

*“Todo en mi actitud debe predicar el espíritu de la Sociedad… que todas mis gestiones tiendan hacia la comunicación* (5) *según la voluntad de Dios y al fin de mi vocación”.* Tal es su resolución del retiro en 1854.

Mas, para que este mismo espíritu sea bien vivido por todos los Hermanos, tienen que darse ciertas condiciones psicológicas: *“Si un Superior quiere ganarse todas las voluntades… es necesario que los inferiores vean que los ama y se encuentra a gusto entre ellos. En general, es útil que el Superior haga saber a sus subordinados que tiene buen concepto de ellos y que les diga que su conducta le satisface”* (6).

En el mismo sentido anota también: *“Actuar por amor y no por temor. El temor es como el hielo que endurece, encoge, entorpece y destruye. El amor es como el calor que dilata, ablanda, regocija y anima”* (7).

CAPÍTULO 32

1 –Circ. 1 p. 371.

2 –13 p. 62.

3 –En la vida de Pierre-Simon de Dreux-Brézé, obispo de Moulins (1850-1893) se encuentra una opinión parecida: “No deseaba que los Seminarios Menores aspirasen a los grados universitarios (bachillerato) por temor a la tentación de dirigirse hacia una carrera mundana. (P. Pelletier P.S. *De Dreux-Brézé*. Ed.Cahiers du Bourbonnais 1994 p. 10).

4 –Circ. 1, 401-403.

5 –Sin duda quiere decir: hacia la comunión.

6 –304 p. 847-848.

7 –304 p. 820.

CAPÍTULO 33

La sesión de 1853

Las dos sesiones siguientes del Capítulo están previstas para 1853 y 1854. La primera tendrá una intención pedagógica: poner a punto la “Guide des Écoles” (“Guía del maestro”) durante dos semanas de trabajo, del 16 al 31 de mayo de 1853.

Dicha obra se inspira en gran parte en “La conduite des Écoles” (“El gobierno de las escuelas”), manual de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Se puede, incluso afirmar que durante los 35 años precedentes a la sesión capitular, “El gobierno de las escuelas” fue el gran recurso pedagógico de los Hermanos Maristas. Pero, si tras numerosas jornadas de apretados debates se pudo lograr un nuevo libro, no se buscaba la mera copia del libro precedente.

Los capitulares eran muy conscientes de los elementos nuevos aportados por su Fundador en la instrucción y educción cristiana de los niños. Así pues, había que resaltar algunos de esos principios: permanecer el mayor tiempo posible con los niños; rechazar los castigos corporales; dedicar más tiempo a la instrucción religiosa; imprimir el carácter marial a esa formación con el catecismo del sábado, el mes de María, el rosario recitado en clase; dedicar un tiempo a la enseñanza del gregoriano y de los canticos y emplear nuevo método fonético en el aprendizaje de la lectura.

En lo referente a los grandes principios: formación del corazón, de la conciencia y del criterio, se podía dar confianza al redactor principal, H. Jean-Baptiste. Ya antes de la sesión, éste había preparado un “Tratado de la educación”, que no iba a ver la luz, pero sí facilitar, en un segundo momento, la elaboración del proyecto presentado a los capitulares.

Una comisión sobre “la Guía” debía aportar reflexiones y críticas sobre dicho trabajo. Se desconoce su eficacia, pero el proyecto fue sometido al debate de los capitulares que aportaron sus enmiendas, sobre todo en puntos muy concretos.

Algunos de esos puntos son de muy poca monta: las pizarras ¿deben ser de nogal, como indica el proyecto? –No, desde luego. Basta poner de madera dura (1). El tema de los castigos físicos provocó mucha más pasión, 4 reuniones, pues se sabía que el Padre Champagnat era opuesto a los castigos corporales. Pero, ¿no se podía encontrar una fórmula de compromiso? Al final, por 18 votos contra 14, se llegó a una concesión: “Sólo se usará la palmeta después de haber utilizado todos los otros medios para mantener a los niños en el deber… La palmeta consistirá tan solo en un trozo de cuero, sin ninguna otra añadidura, de 40 cm de largo y algunos de ancho; no podrá ser utilizada para dar más que un solo golpe en medio de la mano izquierda. Este castigo será rara vez utilizado y nunca para niños pequeños, ni tampoco contra quienes tengan daño en las manos. Esta clase de castigo no está autorizada en nuestras escuelas, sólo tolerada y es muy de desear que los Hermanos supriman toda clase de castigos corporales” (2).

En el capítulo precedente se acepta que el niño necesita correcciones, pero que en la educación ha de predominar la alegría sobre el temor. “El niño hace pocas cosas por amor, menos aún por deber; es preciso, pues, que el temor fortalezca las otras motivaciones y, en su caso, las reemplace” (3), pero, según observa Fénelon, “que la alegría y la confianza sean disposiciones habituales de los niños y, en consecuencia, que el castigo sea lo más raro posible” (4).

Uno de los medios de mantener la disciplina y cuidar la voz y la salud del maestro y limitar el uso de la palabra, consiste en dos pequeños recursos: la chasca y las sentencias. El primero se debe ampliamente a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, el otro es típicamente marista.

La chasca es un instrumento de madera de boj destinado a emitir pequeños sonidos secos que transmiten órdenes. Los capitulares la utilizan todos. Por eso pueden llegar a ponerse de acuerdo sobre la mejor manera de usarla: “Un golpe seco sobre el libro significa lectura. Un segundo golpe, y el mejor alumno indica la página y el capítulo. Tercer golpe, mirando a un alumno, significa que es quien debe leer. Ligero golpe sobre el libro y lee el siguiente. Un golpe de chasca más fuerte indica que alguien no está atento y que es su turno de lectura. Una palabra mal pronunciada se marca con dos golpes de chasca. Mala rectificación, un golpe; todos miran; el maestro señala a un alumno; luego a otro si no hay buen resultado. Finalmente es el propio maestro quien rectifica la pronunciación mal hecha” (5).

Las sentencias son frases escritas en cartones fijados en la pared. La “Guía” retiene las siguientes: 1 – No hay que faltar a clase ni llegar tarde sin permiso. 2 – Aplicación en la escuela para estudiar las lecciones. 3 – Escribir sin perder tiempo. 4 – Escuchar con atención el catecismo. 5 – Rezar a Dios con piedad en la iglesia y en la escuela. 6 – Poner atención a las señales. 7 – “Silencio”.

Si un alumno falta a alguno de los deberes indicados en las sentencias, el maestro da un golpe de chasca y señala la sentencia correspondiente. La hace leer al transgresor. Si la falta es mínima, aquél se contenta con señalarla (6).

Las diferencias entre la “Guía” y el “Gobierno” vienen, en parte, del hecho de que el medio rural lleva a los Hermanos Maristas a practicar el método simultáneo-mutuo más que el llamado simultáneo, más adaptado a las ciudades donde los “Grandes Hermanos” tienen 3, 4 o 5 clases, cada una con un solo nivel, mientras que en el campo, es más frecuente la escuela de dos clases y requiere el empleo de monitores (7) en una clase con varios niveles.

En tiempos del Fundador se impuso el empleo del nuevo método fonético de lectura, que ya no supone problema en 1853. Pero es confirmado por la “Guía” (8).

No se trata de revisar aquí un libro de 250 páginas que trata también de “los tinteros encajados en las mesas” como de la manera de afilar las plumas (9); de la emulación por las “luchas” de dos campos o de la asistencia diaria a la misa; del dibujo lineal y la teneduría de libros o de la recitación del catecismo; del número de bancos por clase o del estudio de los ocho tonos de los salmos.

Al final, los capitulares están satisfechos de su trabajo, pero lo suficientemente conscientes de cuál ha sido el hilo conductor. Han trabajado a conciencia para mejorar el libro, pero proponen reconocer el mérito del H. Jean-Baptiste votando una moción de alabanza. Éste pide la palabra para para expresar que la “Guía” es obra del “Régimen”, ya que el texto ha sido estudiado muchas veces por los Tres. Se vota, pues, una moción de alabanza al “Régimen”. Sin embargo, debe haber algunos irreductibles a los que no satisface ni una ni otra decisión, puesto que la votación global de la “Guía” no obtuvo la unanimidad (10).

La sesión termina con un prefacio de presentación del libro. En él se recuerda primero el interés del Padre Champagnat por la educación: “Durante muchos años, nuestro Buen Padre consagró de forma especial los dos meses que nos daba de vacaciones a enseñarnos a hacer el catecismo y a inculcarnos los principios invariables constitutivos de la buena educación. ¡Cuántas veces nos dijo, por ejemplo, que la clase de los pequeños era la más importante…! El Espíritu de Dios del que estaba imbuido y el tierno amor por los pequeños le habían revelado las necesidades de esa edad y los medios de colmarlas, todos los secretos para ganar su corazón. Es ese mismo celo ardiente por la salvación de las almas, que tanto le animaba y que trataba de comunicar a sus Hermanos en las instrucciones diarias que les dirigía, el que os presentamos con esta obra”.

El prefacio pasa luego revista a los cinco puntos esenciales de la pedagogía de Marcellin Champagnat:

a) el método de lectura. Su espíritu juicioso le había convencido de que la antigua denominación de las consonantes y el deletreo retrasaban los progresos del niño y multiplicaban las dificultades de la enseñanza de la lectura, y no dudó en romper con la rutina…

b) los medios disciplinarios. Deseaba en las clases una seria disciplina… porque sin ella el carácter y la voluntad del niño se quedan sin cultivar… Por eso, se alzó siempre con tanta fuerza contra el abuso, tan general entonces, de los castigos corporales. “Recordad, decía, que no se obtiene la sumisión de los niños con los castigos corporales… sino por la autoridad moral que se tiene sobre ellos y que produce una conducta digna y siempre edificante, una entrega sin límites, un porte modesto, grave y siempre uniforme” (11).

c) el método para hacer el catecismo se explica en la segunda parte de la “Guía”. A este respecto, el Capítulo hace hincapié sobre lo esencial: “El gran medio para educar ofrecido en la Guía del Maestro, es la piedad”: “Inspirad al niño una sólida piedad, ella hará germinar en su corazón todas las virtudes y hará morir todos los vicios”.

d) la enseñanza del canto. En la época de los inicios de la congregación, el canto no figuraba en el programa de la enseñanza primaria: luego se impuso, pero al Padre Champagnat le cabe la gloria y el mérito de haber sido el primero en introducirlo, por lo menos en las escuelas del mundo rural (12).

e) las reglas referentes a la formación de los Hermanos jóvenes. Sigue una larga explicación sobre los diversos métodos, con fuerte crítica de la enseñanza mutua. “útil para todo lo relativo a la memoria, la repetición, el ejercicio geográfico, útil porque permite a un solo maestro ocuparse, al mismo tiempo, de gran número de alumnos”… pero “completamente nulo para desarrollar las facultades del niño, nulo para la educación que sólo la palabra del maestro puede dar… Por lo demás, es fácil combinar el método simultáneo con el mutuo y aprovechar las ventajas de uno y otro. Para ello, basta que el maestro, tras haber dividido la clase en secciones, como se dijo para el método simultáneo, mientras da de forma alternada sus clases a cada sección, haga repetir las mismas lecciones u otras por los monitores, a las secciones de las que él no se ocupa” (13).

Esta segunda sesión del Capítulo, aun siendo a veces algo tumultuosa, no creó al H. François tensión tan fuerte como la de 1852. Sin embargo, tenía clara la intención de aprovechar el Capítulo para renovar su petición de ayuda. Había preparado un texto y lo había comentado con el Padre Colin.

El inicio de esta alocución está pensado para llamar la atención*: “El abad Orcise*, dice el orador*, abrumado bajo el peso del gobierno de los monasterios de Thabenne, se dirigió al Señor para saber qué debía hacer, y el Señor le dio a conocer su voluntad mostrándole en sueños dos camas, una vieja y otra nueva y haciéndole escuchar al mismo tiempo estas palabras: “Descansa en la cama nueva”.*

Tras esta “*captatio benevolentiae*” el texto continúa: *“Me encuentro, más o menos, en el mismo caso, con mi salud muy quebrantada y cambiante desde hace mucho tiempo, una sensibilidad nerviosa y dolores en los brazos que, con frecuencia, me impiden escribir, dolores de cabeza que no me abandonan ni de día ni de noche, y me hacen penosa toda reflexión o aplicación y, a veces, imposible.*

*Desde hace tiempo, estos males han ido en aumento. El pensar que hay varias cosas que se ven afectadas y no se realizan como deberían hacerse me apena todavía más. Los Hermanos Asistentes, a quienes les he hablado de ello, reconocen la necesidad de nombrarme un Vicario que comparta mi autoridad en toda la congregación y me ayude a dirigirla; pero al mismo tiempo temen esta medida y querían retrasarla, sabiendo bien que la carga caería sobre uno de ellos”* (14).

Dicha alocución nunca fue pronunciada, al menos tal cual. Pero en 1854, se verá una decisión en ese sentido. Pero al haber sido superados los difíciles inicios de la primera sesión, y que la de 1853 había resultado bien, el H. François podía constatar, una vez más, como San Pablo, que su debilidad no impedía el paso de la gracia. Algunos años antes, había anotado una visión de San Francesco de Assisi que parecía adaptarse a él: *“Os he otorgado el gobierno de esta orden, le decía el Señor, a ti que eres hombre sencillo, para que, cuanto yo haga por tu medio no sea atribuido a la industria humana, sino a mi gracia”* (15). Y, como las decisiones del gobierno francés y el consejo de la Santa Sede le querían llevando la carga suprema en una congregación ya dueña completa de sí misma, no era el momento mejor para renunciar. Al contrario, tenía que resistir lo mejor posible todo el tiempo que el Señor dispusiera. Él, el hombre del *Via Crucis* diario, trataría de seguir a Jesús: *“Si él quiere,* escribía*, que alguien le alivie en el camino de la cruz, es para poder respirar un momento y no morir antes de ser clavado en la cruz”* (16).

El penúltimo día del Capítulo, llega una carta del Padre Colin, respuesta a la invitación cursada por el Régimen de venir a l’Hermitage. El Padre Colin piensa que los problemas pedagógicos de la escuela primaria no son de su competencia. Algunos capitulares plantean la cuestión: ¿Conviene desde ahora invitarle a un Capítulo puesto que ya no es Superior General? El Régimen responde que es cuestión de simple cortesía. Por otra parte, el H. François conserva todavía la inquietud al pensar en las últimas voluntades del Padre Champagnat respecto a la unidad de la Sociedad de María. Desde luego, nada de remordimientos, ya que la Santa Sede ha decidido la separación, pero, dado el caso, continúa sus esfuerzos en pro de la unión (17).

CAPÍTULO 33

1 – *Guide des Écoles*. Périsse Lyon 1853, p. 214.

2 – op. cit. p. 70-71.

3 – op. cit. p. 53.

4 – op. cit. p. 55.

5 – op. cit. p. 19-20

6 – op. cit. p. 22-23.

7 –“En una escuela con enseñanza mutua 100 alumnos se concentran en un vasto local de 500 m2. Los alumnos se colocan ante largas mesas, al final de las cuales los monitores con modelos de escritura o de cuadros de gramática y de cálculo con preguntas y respuestas, responden a los mínimos detalles con un silbato o con gestos convencionales... El maestro dirige el conjunto de actividades desde lo alto de su mesa”. (A. Léon, *Histoire de l’enseignement en France*. Que sai-je? PUF Paris. 1977. P. 77).

En 1853, las últimas escuelas mutuas están cerrando. Pero, en las escuelas pequeñas, se sigue aún esta enseñanza con monitores. Éstos, elegidos entre los mejores alumnos, ya no tienen un papel tan importante, pero pueden, de vez en cuando, hacer trabajar a una sección de la clase mientras el maestro se ocupa de otra para una actividad diferente, como se indica en la nota 4 del cap. 4.

8 –La Guía recuerda sencillamente que “los Hermanos siguen una nueva pronunciación de las consonantes”, sin más precisiones, pero cree necesario dar un ejemplo para deletrear las vocales compuestas. Para la palabra bien, se dirá *b, ien*, y no *b, i, e, n*, bien.

9 – op. cit. p. 183-184.

10 –En un Capítulo general siempre es posible que un miembro intransigente manifieste su desacuerdo con un voto negativo o en blanco. Las largas discusiones sobre la palmeta, por ejemplo, podían ser la causa de un rechazo en el momento de la aprobación global.

11 – op. cit. p. 5-12.

12 – Es el mismo texto que aparece en la *Vida* del Padre Champagnat. Ed. del Bicentenario, 1989, cap. XXII, p. 541.

13 – op. cit. p.10-11.

14 – Citado en Ponty, p. 170.

15 – 303 p. 56.

16 – 304 p. 874.

17 – El H. Danilo Farneda Calgaro publicó en Roma, en 1993, una tesis que es un estudio en profundidad de la *Guía del Maestro (1817-1853). Estudio histórico-crítico.*

CAPÍTULO 34

Con quienes caminan hacia la santidad

La organización, los reglamentos, los Capítulos, todo esto es, desde luego, indispensable en una familia religiosa que crece. Pero son mucho más eficaces los ejemplos vivos donde la vida santa de un Hermano culmina con una santa muerte.

Fue el caso del H. Jean-Chrysostome, 12 años antes. Es de nuevo el caso del H. Stanislas fallecido este mismo año de 1853 (1).

El H. François lo vio llegar a La Valla a inicios de 1822, cuando la comunidad marista iba a florecer tras dos años de estancamiento. El H. Stanislas tenía 23 años y no pareció necesario, o posible, procurarle un mínimo de instrucción. No hará la clase, pero será sumamente útil en múltiples aspectos. Llegará a ser brazo derecho del Padre Champagnat y salvará la congregación, en 1825-26, durante la enfermedad de éste. El H. François se sintió, pues, feliz al retomar la pluma para evocar la edificante vida de su viejo compañero.

El ideal del H. Stanislas, como el suyo propio, era ser copia viva del Padre Champagnat: *“misma edad, dice* (2), *misma enfermedad, mismas circunstancias, mismos ejemplos de paciencia, resignación y fervor”.*

El H. Stanislas es modelo de apego a su santo estado, pese a las defecciones habidas en su entorno, ejemplo de perseverancia y de paciencia. *“Haced como él, clavado a la cabecera del Padre Champagnat o yendo a ver a los bienhechores para pagar las deudas de la casa, mientras otros calculaban cómo librarse con el menor daño de una situación que parecía sin esperanza. Haced como él, asistiendo, a veces presa del agotamiento y arrastrándose, a la oración y a las conferencias del domingo.*

*Amor perseverante a Jesús Cristo, tierna devoción a la Sma.Virgen, celo para embellecer las ceremonias litúrgicas (todo en nuestra capilla se debe a su celo)”:* son las características del H. Stanislas. El H. François se complace en destacarlas. Debía sentirse muy emparentado espiritualmente con el difunto.

En el tiempo en que proliferaban las protestas, el H. François subraya también el amor del H. Stanislas a sus Superiores, a sus Hermanos: *“Hablarle de un Hermano que se alejaba de la congregación era arrancarle el alma… ¡Cuántos Hermanos y postulantes deben a su ardor y a la insistencia de sus consejos y exhortaciones el haber podido superar los primeros desalientos del noviciado y la perseverancia en la vocación!”*

*“Y esta vida se extinguió con 3 años de enfermedad muy dolorosa que lo redujo al extremo de la delgadez y el agotamiento. Prueba soportada con paciencia y resignación perfectas; muere pronunciando los santos nombre de Jesús, María y José, tras haber besado con afecto la cruz de profesión y renovado los votos con fervor extraordinario”.*

El H. François reflexiona luego extensamente sobre el papel del acompañante en la marcha hacia la santidad. *“El encargado de ese menester debe excitar en sus discípulos el deseo constante de gran perfección aunque crea que no podrán conseguirla. Este deseo hace que cada uno se esfuerce para llegar a la perfección de la que sea capaz. Es el caso, por ejemplo, de varios santos que no fueron mártires de hecho, y que, teniendo gran deseo del martirio, llegaron a ser considerados mártires”* (3).

No se debe empujar a un alma más lejos de lo que Dios quiere. Es Él quien determina la medida de la perfección que cada uno debe adquirir.

El H. François sabe ponerse a la altura de quienes llevan muy santamente su vida religiosa, pero no tiene gran cosa que decir en una entrevista con su Superior: *“Puede venir a verme sin aprehensión, dice a uno de ellos, yo me encargaré de mantener la conversación”.*

Con otro, advierte que se encontrará más a gusto en la próxima entrevista, en la que podrá, sin duda, entrar más a fondo: *“Procure, como un niño dócil, darme a conocer lo que le provoca tentaciones contra su vocación, pues deben tener una causa que tendrá que descubrir para anularlas todo lo posible. En la situación en que se encuentra, necesita frecuentes entrevistas conmigo para que le ayude a superar una pena que le matará si no lo hace”* (4).

Lo más característico en la correspondencia del H. François con sus Hermanos es, tal vez, la expresión del afecto. A cuántos no llegó a decir: *“Le aprecio, sabe que le aprecio y que sólo busco su bien”* (5). *“Sabe que le aprecio mucho y que deseo ardientemente su progreso en la perfección”* (6). *“Sabe, mi querido Hermano, que siempre le he apreciado con ternura”* (7).

Después de decir a un Hermano que sufre con su sufrimiento, se atreve con la comparación de Jesús en la cruz al sentir los dolores de su santa madre y del discípulo amado tanto y más que los suyos propios: *“Cualquiera que sea el estado en que se encuentre*,asegura a otro Hermano, *es siempre para mí un consuelo conocerlo y recibir sus noticias… Un padre está más inquieto y desea saber con más frecuencia noticias del hijo que está enfermo o en el ejército que de los demás que están tranquilos y con salud. Tal es mi interés para con usted”*  (8).

Y en el caso de una conversión: *“Ahora que lo conozco bien, los dos seremos uno. Dígame lo que pasa en su corazón y le daré los avisos necesarios para caminar a grandes pasos por el camino de la perfección”* (9).

Pero en la virtud pasa como en la ciencia. Ésta sólo se adquiere por grados, con muchos esfuerzos, con lecciones frecuentes y muy repetidas. La virtud tan sólo penetra en el corazón… gota a gota. *“Hay que verterla con suavidad, introducirla en el corazón del joven casi como si se tratara de un líquido en frasco de cuello muy estrecho: si nos precipitamos, se derrama por los lados…, si lo hacemos suavemente, gota a gota, no se pierde nada y el frasco se llena”*  (10).

*“Hay que ser prudente hasta para recomendar cosas excelentes y evitar en lo que se dice todo atisbo de rigidez, de exageración, de perfección llevada demasiado lejos o antes de lo conveniente: Lo que deseo es llevarle a imitar la Sabiduría eterna que actúa con energía para obtener el fin propuesto y que aplica los medios con suavidad”* (11).

¡Pero qué alegría cuando el Hermano consigue vencer sus dudas!

*Mi muy apreciado Hermano:*

*Anunciar a una madre que uno de sus hijos más queridos y a las puertas de la muerte, acaba de ser milagrosamente curado y goza de buena salud, creo que no le causaría más felicidad de la que he sentido al recibir su carta. Me he arrojado, al instante, a los pies de Nuestro Señor y de la Sma. Virgen para agradecerles esta gracia tan señalada y admirar en silencio la bondad y el amor de los que nos dan muestras tan conmovedoras.*

*Estaba convencido, mi querido Hermano, de que tenía usted buen corazón, pero reconozco, además, que lo tiene muy grande, noble y generoso y que siento por usted un afecto nuevo, al ver que encuentro en usted el mismo valor y la misma entrega que el general en un oficial que se ofrece para una muerte segura con un comando de elite para salvar al resto del ejército* (12).

*Pero en estos momentos prefiero recordar las palabras y el ejemplo del Apóstol de las Gentes. Cadenas y tribulaciones, decía, me tienen preparadas en Jerusalén, pero no las temo y mi vida no me es más preciosa que mi salvación; me basta con acabar mi vida con la paz y el gozo de una buena conciencia y poder completar el ministerio recibido del Señor Jesús (Hch 20,22-24). Y a sus queridos discípulos que, enternecidos, le rogaban con lágrimas no acudir allí, les respondía: ¿Por qué lloráis así y enternecéis mi corazón? Os declaro que estoy dispuesto a sufrir en Jerusalén no sólo las cadenas y la prisión sino, incluso, la muerte por el nombre del Señor Jesús (Hch, 21,13).*

*No dudo, mi muy apreciado Hermano, que este sí, que tanto deseaba, que este súbito cambio operado en usted es obra de la diestra del Todo Poderoso y efecto de numerosas y ardientes plegarias dirigidas al Cielo con esa intención. El día de la Inmaculada Concepción decía a la comunidad reunida que se podía conseguir todo por la invocación a María concebida sin pecado. Con cuanta mayor alegría y confianza no la invocaremos desde ahora bajo este hermoso título que Dios se complace en hacer más glorioso.*

*Ya sólo nos falta pedir al Señor que confirme lo que ha obrado en usted, otorgándole la gracia, la fuerza, la ciencia y todas las virtudes necesarias para desempeñar sus funciones con fruto y edificación, para no dejarse ya intimidar, abatir ni desanimar por las penas, trabajos y humillaciones que tenga que soportar, sino, por el contrario, sufrirlas con paciencia, constancia y hasta con alegría…”* (13).

Otros, lo mismo que él, no cesan de progresar día tras día en la vida espiritual y son capaces de comprender frases verdaderamente constructivas: *“Para el recogimiento, dice a un fervoroso, está el cuerpo y el alma. Para el cuerpo o el exterior, gran modestia de los ojos, de la actitud, del porte; silencio en el tiempo señalado, palabra moderada, siempre sencilla, modesta, afectuosa. Para el alma o el interior, el recogimiento resulta más difícil aunque sea más necesario. Se consigue manteniendo el recogimiento exterior, con muchas oraciones jaculatorias a lo largo del día, pequeñas invocaciones que recuerdan la presencia de Dios y nos incitan a amarlo. De ordinario, nos faltan buenos pensamientos por falta de lectura de libros piadosos, vidas de santos y autores ascéticos* (14).

En otra carta, muy larga, hace una serie de recomendaciones un poco para el H. Director y otro poco para toda la comunidad: *“Procurad ser muy humildes y modestos en vuestros pensamientos y en vuestro lenguaje, en la relaciones mutuas, con los niños, con las autoridades, las personas del exterior, etc… No olvidéis cuanto prescribe la Regla: tratad de comprender su espíritu y conformaros a ella para ser en todo y en todas partes buenos Hermanitos de María. Siempre con el espíritu de humildad, sencillez y modestia que debe ser nuestro carácter propio… Es la manera de poseer siempre la paz que Jesús Cristo desea a sus discípulos…Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón...”* (15).

La santidad se adquiere gracias a un ambiente comunitario en el que el contacto con Dios se vuelve más fácil. Pero depende también de los contactos con el Superior: contactos escritos, como los que acabamos de ver, y contactos orales, durante las visitas, de los que sólo tenemos una pequeña muestra en algunos testimonios del proceso de beatificación.

CAPÍTULO 34

1 –Circ. 2, p. 178-183. La evocación de esta vida se inspira en el texto del H. François resumido, pero conservando todo lo posible sus expresiones.

2 – En realidad: 55 años y no 51.

3 – 304 p. 918.

4 – 12, p. 891.

5 – 12, p. 670.

6 – 12, p. 531.

7 – 12, p. 1054.

8 – 12, p. 899

9 – 12, p. 718-719.

10 –12, p. 678.

11 –12, p. 679.

12 – Puede tratarse de alguna guerra en curso o reciente (Argelia, Crimea).

13 – 12, p. 563.

14 – 12, p. 655.

15 – 12, p. 732.

CAPÍTULO 35

Los santos y las clases medias de la santidad

En cualquier grupo humano, nos vamos a encontrar con buenos, muy buenos, mediocres y hasta algunos malos, tanto en lo intelectual, como en lo moral o espiritual. Y la vida religiosa, esencialmente entrenamiento para la santidad, no es ninguna excepción. Pero entonces, ¿qué hacemos con los espiritualmente poco dotados? Lo mismo que con los alumnos mediocres. Si tienen buena voluntad, se podrá lograr algo cuando se encuentren en buen ambiente. Seguirán siendo superficiales, pero una auténtica vida comunitaria puede ayudarles a mejorar.

Habrá que recordarles sus incongruencias: *“Nos avergonzaríamos, dice el Padre Médaille* (1), *después de estudiar una ciencia o ejercer un arte durante años, si nada hubiéramos avanzado, pero no lo hacemos por no haber progresado en la enmienda de nuestros defectos y en la práctica de las virtudes después de muchos años”* (2).

Campeón del recogimiento, el H. François puede hacerles ver la causa principal de su mediocridad: *“La disipación, escribe a un Hermano, hace perder la piedad. Se habla sin necesidad, se quiere ver todo, oírlo todo; se da plena libertad a los sentidos y el espíritu se disipa, el corazón se enfría y la piedad desparece como el calor del agua expuesta al aire libre en recipiente descubierto”* (3).

*“Recemos como se estudia cuando se quiere aprender mucho… Aunque las ciencias sean de un orden inferior a cuanto toca a la salud, ¿quién podría progresar sin poner más empeño del que ponen algunos en la oración?”* (4).

Pero, ya lo hemos visto en el capítulo anterior, hay que aceptar los progresos lentos o muy lentos, sobre todo en los Hermanos jóvenes. Son sobre todo los Directores de comunidad quienes deben cuidar las vocaciones débiles. *“Sus defectos no deben sorprenderles como no lo hace el cierzo en invierno: no olviden que se trata de gente joven en la edad de la independencia, de las pasiones, cada uno con su genio, su carácter y obligados en todo momento a sacrificar el descanso, la libertad o la diversión para acudir a donde se les llama, obligados a vencer las dificultades de la virtud, las exigencias de la naturaleza, las mentiras del demonio y mil repugnancias en contra de la humildad, la obediencia y la piedad…*

*Aún más, os diré que no encontraréis un sujeto capaz, alguien con carácter que, a veces, no se excite y cometa algunas locuras de juventud. Los hombres que rara vez fallan y que nunca se desvían son, de ordinario, gente sin energía, que siguen su pequeño ritmo sin crear problemas, pero que cumplen con mediocridad su cometido y nunca llevan una clase con energía. Alguien capaz es hombre de carácter, de firme voluntad y, necesariamente, a veces, se descontrola”* (5).

Pero hay que decir, desde luego, que el Director también debe tender con energía hacia la santidad para poder arrastrar a los demás: *“Sabed bien y creed firmemente que sólo seréis buenos directores cuando seáis sólidamente virtuosos, piadosos y fervientes, cuando anheléis fuertemente y a cualquier precio vuestra salvación, la de vuestros Hermanos y alumnos; cuando tengáis hambre y sed de oración, de comunión, de buenas lecturas, de regularidad, sí hambre y sed; que la oración sea para vosotros una necesidad, que estéis hambrientos de la sagrada comunión, que sufráis al veros fuera de la Regla, como se sufre con un hueso dislocado; que vuestras delicias sean leer libros de piedad, autores ascéticos, etc...”* (6).

El H. François se interesa, de forma particular, por los cocineros. Casi todos los Hermanos pasan por la cocina antes de hacer la clase. La mayoría de las veces, acaban de salir del noviciado y son adolescentes a los que cuesta acertar y necesitan ser animados cuando se encargan de un grupo de alumnos por las tardes. Con frecuencia se están preparando para obtener el diploma. Los alumnos se acostumbran a ver el empleo de cocinero como parte de un *cursus honorum* en la progresión de los Hermanos. Se cita el caso de algunos alumnos que disfrutan barriendo, limpiando algo en la escuela y que dicen: “Quiero aprender a ser Director” (7).

Vemos al H. François lamentando que un cocinero ya no haga la clase*: “Es por su gran ligereza y disipación. Pida perdón al H. Director, pues se tiene que preparar para hacer la clase”* (8).

A otro: *“Trate de acabar su aprendizaje de cocinero… Para que después de ser buen cocinero, llegue a ser buen maestro”* (9). Da estos consejos a otro cocinero: *“No olvide la gran resolución que le he sugerido: el recuerdo de la presencia de Dios, en unión y a imitación de Jesús y María en cada hora del día. Este santo ejercicio puede reemplazar al oficio que no tiene tiempo de recitar… Deseo también que haga algunas cortas visitas al Santísimo cuando tenga algún momento libre”.* Le recomienda, en especial, el rosario y la lectura espiritual (10).

Sermonea a otro: *“Se le reprocha que las comidas no están siempre a tiempo, que tienen que esperar en la mesa, y que no emplea el tiempo suficiente para cocer los alimentos, etc… Ponga atención, pues cuando las cosas no se hacen a su hora, el desorden se instala en la casa, y cuando los alimentos no están bien cocinados, no se digieren bien y la salud se debilita”* (11).

Hay veces en que el Director debe reprender a un subordinado. Es todo un arte y un ejercicio espiritual: *“Si tenéis que dar una fuerte reprimenda, a uno de vuestros Hermanos y os sentís alterados, antes de decir o hacer nada, recogeos un instante y decid: Dios mío, aprecio a este Hermano; pensad luego en sus buenas cualidades; y decid o haced lo que la prudencia, la caridad o el celo os inspiren, pero terminad siempre con alguna muestra de aprecio, estima y confianza”* (12).

Entre los fervorosos, a veces, no auténticos, puede nacer la tentación del claustro. El H. François es claro y, además, había hablado de ello con el abad de Aiguebelle que es también consciente de que se trata de una tentación para el que ya tiene otra vocación: *“Conozco varias personas salidas de nuestra Sociedad para encerrarse en la soledad. Ninguna ha permanecido allí. ¡Dónde se encuentran ahora? Lo ignoro”* (13).

Hay que luchar muchas veces contra la tendencia a la tristeza y la melancolía. ¿Es un “mal del siglo” romántico o de la depresión tan común en nuestro tiempo? El Padre Champagnat insistía mucho en la santa alegría y en la importancia del tiempo de recreo. El H. François piensa como él: *“Durante el recreo hay que recrearse; os recomiendo mucho este asunto, es más importante de lo que a veces se piensa y no sin razón se le ha incluido entre los medios de perfección. Haced, pues, todo lo posible para que los recreos resulten agradables a vuestros Hermanos”* (14).

*“No os consideréis prisioneros de vuestros alumnos. Necesitáis tiempos de recreo. Vale más que los niños aprendan menos y se aficionen a los Hermanos y los aprecien a que protesten y crean que se los trata con dureza para hacerles trabajar”* (15).

La tristeza y la melancolía deben ser consideradas como defectos, casi como faltas.

*“¡Oh!, os equivocáis al estar tristes. Dejad esta mala disposición para los demonios y los réprobos. Pero vosotros, hijos benditos de Dios y amados por María, regocijaos y vivid siempre con alegría”* (16).

No teme citar a este propósito, o tal vez se trate del pensamiento de alguien muy fervoroso, el ejemplo de los santos que se alegraban hasta de las penas. Por ejemplo, Santa Gertrude*“Son muy ciegos los que no aceptan con alegría y gratitud las aflicciones que Vos les enviáis, pues sólo provienen de vuestro amor”* (17).

Pero lo más delicado es, tal vez, guiar a quienes una vez llamados y tras un buen comienzo, echan la vista atrás. Se buscan buenas razones para pedir la dispensa de votos. El H. François conoce a sus Hermanos y, a algunos, les puede recordar su deber de fidelidad. *“Tengo que recordarle, mi querido Hermano, que ya no se pertenece a sí mismo, que ya no tiene voluntad: pertenece por completo a Dios y a la religión; pertenece a sus Superiores; pueden y deben disponer de usted según Dios y prescribirle lo que pide y quiere de usted. Ha hecho voto de obediencia; promesa solemne y sagrada, y debe rechazar con horror y prontitud, todo pensamiento y todo deseo que vaya en contra; porque consentir voluntariamente la violación de un voto es hacerse reo de pecado.*

*Es algo a lo que, tal vez, no se presta la debida atención. Rechazamos los pensamientos voluntarios contra la santa virtud; los confesamos, los detestamos, proponemos con firmeza alejarlos. Pero, ¿hacemos lo mismo con la obediencia y la vocación? ¿Y no es a consecuencia de estas faltas por lo que se producen defecciones vergonzosas y horribles? Tenga mucho cuidado. Se lo recomiendo porque le aprecio y no quisiera verlo perecer. Nadie se burla de Dios impunemente, y quien viola sus compromisos y las promesas realizadas voluntaria y libremente sufrirá el castigo. La fe y la experiencia nos lo confirman. No me gustaría verle en ese trance. Lo sentiría mucho.*

*Hemos de tratar los pensamientos y las tentaciones contra la vocación como si fueran contra la santa virtud. Dispone usted de los medios que le he señalado para ello, dígame si los emplea bien y qué efecto le han producido, etc...”* (18).

A otro Hermano habla aún con más energía y piensa, incluso, que le puede prohibir pensar en abandonar la vocación: el solo pensamiento es ya una falta de la que debe confesarse.

*“Acabo de recibir su carta y le respondo a vuelta de correo porque estoy espantado y temo que ha cometido un gran pecado. En efecto, quien consiente voluntariamente en una mala acción ofende a Dios, según la gravedad de la materia y el grado de consentimiento. Está usted llamado a la vida religiosa, se ha comprometido a ello por los 3 votos perpetuos pronunciados en voz alta y ante el altar, en presencia de sus Hermanos, y consiente ahora en romper todo eso, perder su vocación y volver al mundo, sin consultar ni a su confesor, ni a sus Superiores, únicos jueces competentes en asunto tan grave… No deje de acusarse, de pedir perdón a Dios y aceptar como penitencia las penas de su estado… Empezaremos mañana una novena a San José por las necesidades de la Sociedad. Únase a nosotros y todo se arreglará. Tome a este gran santo por patrono y protector en su empleo. Fue guardián de la infancia de Jesús, modelo de sencillez, humildad y obediencia…”* (19).

La carta siguiente es también muy dura y muy concreta: *“La preocupación por su salvación, la tierna amistad que le tengo desde hace tiempo y la convicción que me embarga de que por ese acto iría hacia su perdición, tal vez eterna, bastarían para moverme a impedirle por todos los medios consumar parecido desatino; pero dejando de lado todas las consideraciones de amistad y de celo, el deber de mi cargo me lo impone. Me creo, pues, obligado a decirle en conciencia y sin el menor temor:*

*1º que la idea de abandonar su vocación es una verdadera tentación.*

*2º que la voluntad de Dios es que la rechace con toda la energía de su alma como si se tratara de cualquier mal pensamiento.*

*3º que le conozco y que no tiene usted ningún motivo para hacerse dispensar de los votos.*

*4º que no puede usted sucumbir sin comprometer gravemente su salvación y sin exponerse a las mayores desgracias en esta vida y en la otra.*

*5º que tamaña infidelidad sería para todos los Hermanos un horrible escándalo que no podría menos que atraer sobre usted la maldición de Dios y que, probablemente, le haría responsable de la pérdida de numerosas almas”* (20).

Por el contrario, el Superior se puede servir de una falta para atraer hacia sí un alma de buena voluntad. Al superior corresponde hacerle aprovechar los pasos perdidos en la mala dirección. Hacia el final de 1852, un Hermano joven se deja llevar por una cabezonada. Deja la congregación, sin ni siquiera haber pedido la dispensa de votos, pero, muy pronto, se arrepiente y escribe al H. François manifestando su pesar. He aquí parte de la larga respuesta del Superior (21).

En primer lugar, lamenta, no haber podido verle en Beaucapms. *“Me dije a mí mismo: Si hubiera podido verle, no se hubiera marchado… No intento hacerle reproches, pues su conciencia ya se los ha hecho tan vivos y amargos que sólo los puede expresar con exclamaciones y que, de alguna manera, se encuentra ahogado por los remordimientos y abrumado por la pena.*

*Por otra parte, su alejamiento es menos efecto de su propia voluntad que de las desgraciadas circunstancias en las que se ha visto inmerso. El demonio le puso una trampa en la capital; pudo haber visto y oído muchas cosas malas y seductoras… Vio cómo la tristeza, la melancolía, el aburrimiento y cierto hastío le invadían. ¡Qué pena no haber estado allí en ese momento o que me hubiera escrito! Estoy persuadido de que habría podido disipar los negros nubarrones de su espíritu y los negros fantasmas de su imaginación… Pero no está todo perdido, pues sigo siendo su padre. Se ha alejado como el hijo pródigo y, en lugar de encontrar dicha y paz, sólo experimentó turbación, remordimiento, indigencia y miseria… Pues bien, a ejemplo del Hijo Pródigo diga ahora: Me levantaré, saldré de mi triste situación e iré junto a mi Padre.*

*Le espero, pues y suspiro como el Padre del pródigo o como la madre del joven Tobías que salía a diario a la montaña para ver si regresaba… Le recibiré con la misma alegría y la misma solicitud. Sé que le costará un poco salir de su situación, pero también cuesta quedarse en el mundo… La cruz lleva a unos al paraíso porque la reciben de manos de Dios… y a otros al infierno con su cruz como el mal ladrón…*

*Pero le conjuro: si escucha la voz del Señor, no endurezca su corazón; ármese de santo valor por su hermosa vocación… Diga con el apóstol Tomás, cuya fiesta celebramos hoy: Vayamos también nosotros y muramos con él… Si el león le tiene en sus garras…, diríjase a María, invoque a María… Prostérnese al pie del altar de Nª Sª de las Victorias. Jamás esta Buena Madre ha negado su socorro a cuantos la han implorado… No basta con sentirse siervo de María, sino su hijo privilegiado, el Hermanito de María”.*

Parecida historia es contada por el H. Vérissime, pero éste precisa el nombre y fecha que no pueden coincidir con la carta precedente. Estamos en 1859. Dos Hermanos se disputan una segunda clase que es adjudicada a uno de ellos, H. Hilaire, con gran despecho del otro, H. Jérôme que deja la congregación. Se dirige a París. Al llegar a la capital sólo dispone de 0’25 francos. El primer día se ocupa de buscar cobijo. Sólo come un pedazo de pan y no encuentra nada. Duerme debajo de un puente. La noche le hace reflexionar. Lamenta su obcecación. Busca a los Hermanos Maristas. No encuentra a nadie. Como la víspera, sólo come un pedazo de pan. El tercer día, por fin, encuentra a los Hermanos de Paris-Plaisance, donde el H. Eubert lo acoge con benevolencia. Éste anuncia al H. François el arrepentimiento del hijo pródigo. La respuesta no se hace esperar: el Hermano será acogido con los brazos abiertos.

Está dispuesto a aceptar su penitencia: lavar los platos en l’Hermitage. Dos meses después, es destinado a Digoin donde permanecerá 20 años seguidos hasta su muerte; era el brazo derecho del Director y modelo para sus Hermanos (22).

CAPÍTULO 35

1 – Fundador de las Hermanas de San José del Puy, en el s. XVII.

2 – Citado por el H. François: 303, p. 681

3 – 12 p. 676-677.

4 – 303 p. 785.

5 – 12 p. 678.

6 – 11 p. 457- 464.

7 – 310. p. 319.

8 – 12 p. 716.

9 – 12 p. 682.

10 – 12 p. 554.

11 – 12 p. 767.

12 – 12 p. 570.

13 – 12 p. 586.

14 – 12 p. 534.

15 – 12 p. 530.

16 – 12 p. 702.

17 – 12 p. 664.

18 – 12 p. 727 (16 nov. 1852).

19 – 12 p. 664.

20 – 12 p. 758. Esta severidad ante el abandono de una vocación auténtica nos parece hoy excesiva, pero no era esta la opinión generalizada en el s. XIX, y se podría encontrar opinión idéntica en las vidas de santos canonizados. Por otra parte, el abogado del diablo no puso objeción alguna al respecto.

21 – 13 p. 572.

22 – Testimonio del H. Vérissime (Claude Ruillat) en el proceso de beatificación.

CAPÍTULO 36

La sesión de 1854

La tercera sesión del Capítulo General iba a poner a punto las Constituciones y las Reglas de Gobierno. También aquí había sido realizado un trabajo previo sobre el cual, capítulo a capítulo, debían pronunciarse los Capitulares durante tres semanas (1-20 de mayo).

Esta vez no habrá intervención del Padre Colin. El 9 de mayo de 1854 había cesado en sus funciones. Pero entra en escena otro personaje entonces algo olvidado: el Sr. Mazelier, ahora canónigo de Valence. Primero envía una carta y luego se presenta en el Capítulo a instancias, sin duda, de algunos de sus Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux. Viene, dice, en nombre del obispo, para exponer dos reclamaciones: que se pueda conservar el nombre de Hermanitos de María de la Instrucción Cristiana y que el sector de Saint-Paul pueda tener un Provincial residente en la región.

El tema se trata el 15 de mayo y se resuelve lo siguiente:

-Ya no depende de nosotros cambiar el nombre fijado por el decreto de autorización legal que es, sencillamente, Hermanitos de María.

-Se han creado Asistentes Provinciales con la ventaja de estar, al mismo tiempo, cerca de la base y del Superior General. Estos Asistentes Provinciales son los únicos en poder recibir la cuenta de conciencia de los Hermanos, y tras 15 años de experiencia, se puede afirmar que todo el éxito de la congregación es debido y depende de esta práctica felizmente establecida entre los Hermanos (1).

Dentro del Capítulo, había una docena de Hermanos favorables al gobierno provincial para el Instituto. Pero, finalmente, la votación se pronunció de forma mayoritaria por un gobierno central. El Sr. Mazelier hubo de constatar que la decisión democrática de un Capítulo tenía fuerza de ley, pese a las posibles explicaciones posteriores para hacerle aceptar dos respuestas negativas.

La carta explicativa era larga, hábil y muy respetuosa. El 19 de mayo, el Sr. Mazelier fue invitado a hablar a los Hermanos. Agradeció la cogida a su persona y sus demandas, aun cuando la respuesta fuera decepcionante.

Cuatro Capitulares, los originarios de Saint-Paul, fueron luego a pedirle les dejara un retrato de él. Acabó por acceder a su petición y se retiró aparentemente satisfecho. Había cumplido un deber, pero ya no tenía por qué insistir. Su muerte acaeció dos años después.

Por lo que se refiere al H. François, esta vez va a obtener dos favores. Primero la elección de otro Asistente en la persona del santo H. Pascal. Éste era, desde hacía poco, maestro de novicios en l’Hermitage. Lo van a buscar. Se le introduce, Se arroja a los pies del H. François y le suplica no le imponga esta carga, superior a sus fuerzas. Pero éste le responde que la voluntad de Dios se ha manifestado y que no tiene derecho a oponerse. Acepta y se confía a las oraciones de la Asamblea (2).

Hay acuerdo para designar a uno de los Asistentes como *alter ego* del H. François. Dieciocho votos designan al H. Louis-Marie y dieciséis al H. Jean-Baptiste. De hecho, el H. François no se atreverá a hablar demasiado de ello, pero seguirá apoyándose en los dos. La elección del H. Pascal le liberará, al menos, de la preocupación de la Provincia del Nord.

Clausura el Capítulo con una pequeña alocución donde evoca la gloria perdurable que tendrán los Capitulares al saber sus nombres escritos en la historia de la Sociedad, gloria, por otra parte, pareja a una gran responsabilidad.

Y la sesión se termina con la consagración del Instituto a los Sagrados Corazones de Jesús y María. El H. François, miembro de la cofradía de los Sagrados Corazones desde 1822, debió tener parte importante en la forma que adoptó este acto de piedad.

Esta tercera sesión está marcada también por la decisión referente al voto de estabilidad. El Padre Champagnat había muerto dejando una indicación poco precisa sobre el tema. Se había limitado a escribir la palabra estabilidad sin precisar su pensamiento sobre este voto cuyo concepto variaba de una congregación a otra. La sesión de 1854 precisaba el contenido de este compromiso:

1º - Mantener la finalidad, el espíritu y las Constituciones del Instituto aprobadas por la Santa Sede (cuando lo fueran, lo que tendría lugar en 1863).

2º - Perpetuar el Instituto y no abandonarlo aun llegando al extremo de carecer de todo y vivir de limosna y de pan, antes que abandonar el Instituto y las escuelas.

Se adoptaba también la decisión de reservar ciertos cargos para los Hermanos estables, como los de Asistente, Vicario provincial (3), Director de casas de noviciado y Visitador. Asimismo, los Capitulares de un capítulo ulterior deberían haber hecho el voto de estabilidad. Y por fin, si, de forma excepcional, se debía prever un Capítulo especial con solo Hermanos estables, se necesitaría un mínimo de 33 miembros.

Fue también en esta sesión cuando el Capítulo acogió a la Condesa de la Grandville. Durante la sesión de 1852, ya se había planteado el tema y resuelto favorablemente. El H. François podía mostrar hasta qué punto tal bienhechora era adicta a los Hermanos. El noviciado de Beaucamps le debía todo. En 1853, se bendecía la primera piedra de la capilla de Beaucamps cuya construcción había encargado. En 1854, viene en peregrinación a l’Hermitage y pide participar en una sesión. El H. François, decididamente opuesto a la entrada de mujeres en la casa, decide hacer una excepción. La Condesa es, pues, introducida por el capellán, Padre Matricon. Se interesa en los debates; se aprovecha también para darle noticias sobre la marcha y progresos del Instituto. Pregunta a cada uno su nombre de religión y, para casi todos, sabe hacer una alusión sobre la vida de su santo patrón. Cuando ella muere, el 8 de septiembre de 1865, el H. François ya no será Superior General, pero el H. Louis-Marie pedirá que oraciones y sufragios se sucedan a perpetuidad: testimonio muy justo de gratitud. Se calcula que llegó a dar, en dinero, propiedades y construcciones el equivalente de 500000 francos oro (¡70 millones de 1996!).

La alocución del H. François a los Capitulares, antes de separarse, ofrece una idea impresionante sobre su ideal del buen Superior: *“Mis muy queridos Hermanos, sentís vivamente la necesidad de tener por Superior a un santo, un hombre muerto a sí mismo y a sus pasiones, un hombre de Dios, animado de su espíritu, lleno de su gracia, sin buscar más que su gloria, un hombre según el corazón de María y henchido de confianza en esta augusta reina del Cielo, un hombre entregado por completo a la Sociedad de la que es jefe, lleno de discernimiento, de sabiduría y de firmeza, para conducir a todos los suyos por los caminos de Dios.*

*Rezad, pues, por mí… y me esforzaré cada día para adquirir esas cualidades y cumplir bien mi tarea”* (4).

Al final de junio de 1854, dirige a los Hermanos una circular firmada por los Capitulares y que, en lo esencial, trata de enmarcar el trabajo de las tres sesiones en el pensamiento del Padre Champagnat. Es una manera de recordar a los contestatarios que, incluso los puntos exteriores: hábito y alimentación, son del Fundador, como lo es también el gobierno por un superior vitalicio, ayudado por los Asistentes, Visitadores, Directores y Subdirectores. *“No teníamos que discutir estos principios, sino acogerlos y aceptarlos tal como nuestro piadoso Fundador nos los dio. Sólo su desarrollo y aplicación podían ser objeto de nuestras meditaciones”* (5).

CAPÍTULO 36

1 – AFM 31.02 .104 y AFM 31.02.111.

2 –El H. Pascal es una vocación muy parecida a la del H. François. Mismo sentido cristiano de la familia, misma piedad de niño, mismo celo, mismo amor a María. Jean-Marie Gaudin, nace en Bois d’Oingt (Rhône). Está muy bien dotado, pero debido a la pobreza de su familia, sólo puede asistir a clase “durante las sesiones nocturnas”, excepto los dos años que preceden a su primera comunión, que recibe, también, a los 10 años. El Párroco de Ars le revela su vocación religiosa y, en noviembre de 1841, ingresa en el noviciado a los 17 años. De cristiano fervoroso pasa a religioso más fervoroso aún, bajo el nombre de H. Pascal.

Una de sus preocupaciones es el reclutamiento del que señala los principios: buscar candidatos, observarlos, inculcarles el amor a María, a la inocencia y por lo tanto a los sacramentos. Cuando alguno de sus alumnos deja la escuela (a los 12 o 13 años) adoptar todos los medios que inspiran el celo y la prudencia para contactar con los padres, rezar mucho y observar gran discreción, salvo con el párroco y los padres. El H. Pascal pide se conserve copia de los informes sobre los candidatos y que se le envíe un ejemplar para poder actuar a su vez.

Su carrera será corta. Muere en 1867.

3 –Es el término que figura en las Constituciones de los Hermanos Maristas de 1852 p. 118 (ed. de 1869).

4 –En las notas del H. Augustalis, A.G.

5 –Circ. 2, p. 193.

CAPÍTULO 37

Desplazamientos

Hacia el final del Capítulo, se llegaba a la decisión de abandonar el noviciado de Vauban (1) para ser reemplazado por Hautefort, en la Dordogne. Esto suponía inaugurar la Provincia del Sud-Ouest que vería un muy rápido desarrollo. Hautefort, no muy bien situado, no iba a durar mucho y sería reemplazado por Cublac, pueblo donde se implantó Notre-Dame de Lacabane.

Pero se preparaba otro desplazamiento más importante: Saint-Genis-Laval destinado a reemplazar a l’Hermitage y convertirse en la nueva casa-madre. Por muy gigantesca que ahora nos parezca, resultaba necesaria para una congregación que, sólo en 1853, fundaba 31 nuevas escuelas.

Todo empezó en 1852, con la visita del alcalde y el párroco de Saint-Genis-Laval para pedir la apertura de una escuela primaria. Sugerían la existencia, en su pequeña ciudad, de una propiedad llamada le Montet, como sitio ideal para una congregación en pleno auge: a dos pasos de Lyon, pero disfrutando de un real aislamiento. Su adquisición tuvo lugar el 1 de julio de 1853. La decisión se vio favorecida por el hecho de que en l’Hermitage ya estaban muy apretados. Alguien recuerda: “éramos tantos novicios que no sabían dónde alojarnos” (2).

¿Se planeaba abandonar l’Hermitage, el gran relicario del Padre Champagnat? La verdad es que la cuestión había sido planteada, caso de encontrar un lugar cercano, algo menos húmedo, en el municipio de Izieux. El H. Avit cuenta haber disuadido a los consejeros de escoger este lugar demasiado expuesto al viento. Pero ahora, tras haber optado por la región de Lyon, el H. François ofrecía una justificación mucho más tranquilizadora en su circular del 24 de febrero de 1854 (3).

*“Nos parece, decía, que esta obra (el traslado de la casa-madre) viene de Dios, que es Él quien la ha preparado y quien nos coloca en la necesidad de emprenderla. Sabemos que ya estaba en el pensamiento de nuestro piadoso Fundador quien, varios años antes de su muerte, había ya hecho gestiones en favor de una casa en lugar más sano y más cerca de Lyon. Además, y aunque esta obra esté muy por encima de nuestras fuerzas y nuestros recursos, la emprendemos confiadamente, persuadidos de que Dios la hará salir adelante, pese a las dificultades, casi insuperables, que se nos presentan hoy”.*

El lugar, desde luego, era maravilloso: terreno plantado de viñas donde, con tiempo despejado, se llegaban a ver los Alpes. Había agua. Se podría crear una granja y cultivar mucho más terreno que en l’Hermitage.

En 1855, otra circular anuncia el inicio de los trabajos que van a durar 4 años. El arquitecto es el Sr. Bresson. Los planos son hechos y rehechos bastantes veces. El H. Louis-Marie supervisa la obra. Respecto al dinero, se buscará con una política de austeridad, con préstamos y ventas.

Desde 1853, se había vendido la Grange-Payre, propiedad legada al Padre Champagnat por la Srta. Fournas, 20 años antes. Al haber en la propiedad de Montet un pequeño castillo, en él se alojaron algunos Hermanos trabajadores y estudiantes y el Sr. Bellier, misionero de Valence, su capellán.

En 1858, toda la casa será ocupada antes del final de las vacaciones. La gran capilla se construirá 5 años más tarde.

El H. François no tenía ningún motivo para abandonar l’Hermitage antes que los demás, tanto más cuanto debía preparar su viaje a Roma a primeros de 1858. Comunicaba, de vez en cuando, noticias de la marcha de las obras y solicitaba la generosidad de los Hermanos para llenar el vacío producido en las finanzas del Instituto.

CAPITULO 37

1–Tras la salida de los Hermanos de Vauban, Mons. de Margerie, obispo de Autun y propietario del castillo, iba a decidir su demolición. Se probará sucesivamente en Digoin, Bois-Sainte-Marie, Charolles y Paray-le-Monial, antes de decidirse por Hautefort.

2–El H. Ausonius, ingresado en el noviciado en 1854, escribe en su testimonio (*positio introductionis causae*, p. 70): “Éramos tan numerosos que teníamos que dormir en el granero y, a veces, sobra la paja”. En 1857, se habla de más de 100 novicios (*positio* p. 306), lo que justifica también la construcción de Saint-Genis-Laval.

3 –Circ 2, p. 188.

CAPÍTULO 38

Y Oceanía

En 1855, ya son cinco las Provincias: Notre-Dame-de l’Hermitage, Saint-Paul-Trois-Châteaux, La Bégude, Beaucamps y lo que se llama la Provincia de Périgueux, con Hautefort. Pero no conviene olvidar un 6º sector: Oceanía.

En estas islas lejanas, los Hermanos forman comunidad con unos 70 Padres. Los caracteres y puntos de vista no siempre son fáciles de armonizar.

Existen los santos, como el Padre Chanel con sus numerosas virtudes y en perfecta comunión con el H. Marie-Nizier en Futuna (1). Pero hay también un Mons. Bataillon quien, fiel a su nombre, es capaz, si hace falta, de ponerse al mando de un ejército tribal y obligar al enemigo a pedir la paz, pero, capaz también, de gobernar a golpe de tambor a los Hermanos y Hermanas bajo su dependencia. También tenemos a un Mons. Pompallier no siempre abierto al diálogo (2). Ya en 1842, el H. Francisco había recibido una carta bastante amarga del H. Florentin: “El recuerdo del tiempo pasado en la congregación de los Hermanos me proporciona siempre una nueva alegría y no puedo hablar de l’Hermitage sin sentir emoción. Me pasa lo mismo con Nueva Zelanda. No se lo puedo ocultar siendo mi Superior, pero admiro los sentimientos de los que envidian nuestra suerte. Hay algo que me ha contrariado mucho y me lo hará siempre: es el hecho de no poder llevar la sotana, ni siquiera los domingos; la he dejado para siempre al dejar la Sociedad. Hacer nuevas reclamaciones a este respecto ante Monseñor, me parecerían inútiles. Pensaba que podría hacer la clase y el catecismo ayudando a los Padres misioneros; pero mi empleo se reduce al de sirviente… No me quejaría de esta situación de haberla conocido al salir de Francia, de donde salí, como usted sabe, más por obediencia que por propia elección. Además, si fuera voluntad de Dios que volviera a l’Hermitge, sólo la muerte o la obediencia me impedirían hacerlo” (3).

Los misioneros están, quizás, un poco olvidados en el mundo de los Hermanos de Francia. Desde luego, los sucesos importantes, como el martirio del H. Hyacinthe en 1847, son bien comunicados por circulares, pero resulta difícil mantener correspondencia regular que mantenga informados de cuanto ocurre en los antípodas.

Ahora bien, hacia 1854, los Hermanos Misioneros se enteran de que el Padre Colin ya no es Superior de los Hermanos, que éstos forman una congregación del todo independiente. “Entonces, ¿qué pasa con nosotros?”, piensan los de Oceanía, formados en l’Hermitage y muy conscientes de seguir siendo Hermanitos de María. Hay interpretaciones para suponerlos parte de la congregación de los Padres. En general, y pese a algunos roces ya evocados, sus relaciones con los Padres siguen siendo buenas, pero constituye un verdadero choque el pensar que ya no pertenecen a la familia de Champagnat. Con gran alegría, reciben en ese momento una circular asegurándoles ¡que no se les olvida y siguen siendo considerados como Hermanos de l’Hermitage!

“Mi corazón, dice uno de ellos, se estremeció de gozo, Reverendo Hermano, al recibir su circular y la carta aneja. Lo necesitábamos para levantar nuestros corazones abatidos, pues, al no tener noticias de nuestros Hermanos de Europa, algunos decían que ya no pertenecíamos a los Hermanos de l’Hermitage” (4).

Es un poco el caso del niño adoptado por una excelente familia, pero que se entera de que debe renunciar a sus padres, que él sabe vivos, y a los que ha perdido de vista.

“Si supiera, escribe el H. Claude-Maríe (5), cuán queridas son sus cartas para nosotros, pobres desterrados en estos parajes lejanos, ¡ay!, no sería tan parco y emplearía más tiempo para contarnos lo que ocurre en la Sociedad de María que amamos como a la niña de nuestros ojos. ¡Cuántas veces me he dicho con tristeza: tal vez, ya no perteneces a esta congregación tan amada, y por eso te han olvidado. Se lo ruego, Muy Honorable Hermano, haga cesar esta aprehensión y muéstreme que se digna contarme todavía entre sus Hermanos” (6).

A su vez, otro Hermano escribe desde Nueva Zelanda. “Hemos recibido las circulares que ha tenido lo bondad de enviarnos. Nos han causado una gran alegría y han sido motivo para un redoblamiento de fervor. Sus muy preciosas cartas, Mi Reverendo Hermano, son para nuestros corazones como el rocío para las plantas resecas por los ardientes calores del mediodía. Las leemos y las volvemos a leer, nos las pasamos unos a otros. Nos gusta repetir los nombres de los Hermanos mencionados, sobre todo los conocidos y, en especial, los que ya han pasado a una vida mejor, dejando tras ellos el perfume de una vida santa y muy religiosa” (7).

El tierno espíritu del H. François no podía permanecer impasible a estas llamadas, lo que le dio ocasión para una larga circular repleta de noticias interesantes.

N.D. de l’Hermitage, 27 de enero de 1857.

*“Mi Querido Hermano* (8):

*Me entero con gozo de que ha recibido mis circulares y me propongo enviarle desde ahora todas aquellas que le puedan interesar. No piense, Mi querido Hermano, que nos olvidamos de nuestros queridos Hermanos de Oceanía. Cuanto nos recuerda su memoria nos es querido y precioso; sus cartas son leídas con el mayor interés; son cartas de familia. Y son tanto más interesantes cuanto vienen de tan lejos y no tenemos otros medios de comunicación.*

*Por la circular enviada verá que nuestra Sociedad es ya muy numerosa y está muy extendida… Este año he tenido gran satisfacción en el retiro del Nord. Ha sido muy edificante. Los Hermanos son allí numerosos (150). Me he encontrado varios Hermanos ingleses muy interesantes.*

*La Sra. Condesa de La Grandville, fundadora del noviciado, ha hecho construir una hermosa capilla y agrandado notablemente la casa. Además del noviciado, hay un internado con más de 100 alumnos. Su director actual es el H. Aidant. El H. Louis-Bernardin se ha visto obligado a dejar el Nord, por su delicada salud, y le hemos destinado a La Côte-Saint-André donde ya había estado. Reemplaza al buen H. Léon, fallecido el año pasado en olor de santidad y que todos echan de menos. Esta escuela va bien y proporciona, de vez en cuando, algunos buenos novicios para la Sociedad. El H. Jean Marie* (9) *sigue en el Midi; dirige una escuela en Provence donde hay mucho bien por realizar. Este buen Hermano ha adquirido una gran reputación de sabiduría y santidad en la región, de manera que cuenta con el afecto, la admiración y la confianza de todos. Desde hace varios años, trato de asistir a los retiros de la Provincia de Saint-Paul-Trois-Châteaux; cada vez me veo edificado por su piedad, docilidad y abnegación. En el último retiro había más de 300…*

*El H. Malachie* (10) *dirige el noviciado de La Bégude con mucha inteligencia, solicitud y éxito. Recibe cada año buen número de postulantes, pero es severo en la elección y sólo conserva los que tienen las condiciones requeridas y una vocación bien definida; de esta forma la casa se hace notar por la piedad, la modestia, el recogimiento y la regularidad que en ella reinan.*

*En Valbénoîte, hemos comprado la casa y el huerto de los Padres y, desde entonces, el internado ha adquirido gran desarrollo. Tiene ahora 100 alumnos. Las clases de la parroquia también están llenas de alumnos (400).*

*También hemos comprado una casa con bastante extensión de terreno en Neuville-sur Saône, para el internado que no estaba nada bien en las clases de la ciudad. El día de la Octava de la Inmaculada Concepción… los alumnos han cantado admirablemente y se han comportado muy bien durante esta santa e interesante ceremonia. Yo estaba allí con los Hermanos Louis-Marie y Pascal. Su director es el H. Placide.*

*Pero nuestra adquisición más importante es la de una hermosa propiedad con una gran casa y un vasto terreno vallado en Saint-Genis-Laval, cerca de Lyon, para establecer allí la casa principal del Instituto. Esta casa se ha logrado de forma muy providencial; por eso la he considerado siempre como efecto de la solicitud maternal y la benevolente protección de la Sma. Virgen sobre nuestra Sociedad. Lo que más me agrada de esta propiedad es que está resguardada y alejada del ruido y, a la vez, cerca de un gran centro de comunicación para todas las regiones. Allí tendremos aire excelente, hermosa vista, todo el espacio necesario a una comunidad numerosa y la soledad, como en N.D. de l’Hermitage.*

*Respecto a esta última, que nos recuerda tantos buenos momentos, sigue siendo el principal y más numeroso de nuestros noviciados. Los postulantes acuden cada año por centenares, y las escuelas dependientes de esta Provincia se han multiplicado tanto que nos vemos en la necesidad de dividir el trabajo y nombrar otro Asistente, porque el H. Louis-Marie no lo puede atender. Muy pronto deberemos hacer lo mismo con el H. Jean-Baptiste, para la Provincia del Midi. El H. Pascal se ocupa de la provincia del Nord, la más extensa, pero la menos poblada: por eso hemos añadido la del Ouest, cuyo noviciado está en Hautefort, diócesis de Périgueux, donde funciona desde hace dos años.*

*Ahora siguen algunas noticias más particulares que le pueden interesar. De los tres Hermanos que han vuelto de Oceanía, dos están aquí: el H. Émery, que ayuda al H. Hippolyte y da algunas clases, de vez en cuando, y el H. Aristide, sastre también y ahora portero. Son muy edificantes. El H. Pierre-Marie es director en Bois-Sainte-Marie, diócesis de Autun. Esta escuela, otra municipal, es una especie de casa de caridad para niños pobres.*

*El personal de l’Hermitage se compone así: director, H. Philogone; secretario, H. Marie-Juben; procurador, H. Marie-Abrosime; bibliotecario, H. Bènoît; secretario, H. Mélit; enfermero, H. Emmanuel; zapatero, HH. Léonard y Augule; roperos, HH. Jean-Claude y Adalbert; fabricante de tela y campanero, H. Marcelin; cocinero, H. Dace; hortelano, H. Casimir; cochero, H. Pierre-Joseph; profesores del noviciado: HH. Agricole y Marie-Clarent; profesores de la escuela especial: Sylvestre y Clair. Los HH. Pierre, Celse y Honoré se encargan de diversos trabajos. El H. Jacques sigue cuidando los animales pequeños y los grandes.*

*El H. Arsène sigue encargándose de la oración: es un santo. El H. Dacien fabrica un reloj admirable con una veintena de cuadrantes para indicar los años, los meses, los días, las horas, etc… las fases de la luna, número de días del año solar y lunar, las estaciones, salida y puesta del sol, etc. etc…; da las horas, los cuartos, hace sonar carillones, desfilar una procesión, soldados, etc…* (11).

*Sigue con nosotros el Padre Matricon como primer capellán; el Padre de La Lande le secunda y preside casi todas las ceremonias y todo el trabajo de la casa. Los dos son muy abnegados con los Hermanos y rezan mucho por ellos; y se les aprecia mucho. El Padre Matricon* (12) *sigue casi siempre con su mismo estado de salud. El Padre de La Lande* (13), *sigue alimentándose de legumbres y haciendo una sola comida al día, canta de maravilla y trabaja como cuatro; reza cada día el via crucis, vela gran parte de la noche y no quiere fuego en su habitación. ¡Qué hermosos ejemplos de mortificación, pobreza y humildad nos da!...* (El H. François habla luego de los Hermanos regresados de Oceanía… del Padre Rozet…) *Nos hemos visto honrados con la visita de Mons. Bataillon a l’Hermitage. Iba acompañado de 3 jóvenes nativos que han cantado en su lengua: “Unidos a las coros de los ángeles”; toda la comunidad cantaba el estribillo en francés. Era interesante verlos rodeados de los Hermanos en los recreos; pero no perdían su compostura. Uno de ellos ha servido el desayuno y lo ha hecho muy bien. He entrado en todos estos detalles, Mi Querido Hermano, porque sé que cuanto atañe a nuestra Sociedad le interesa mucho y deseo resarcirle un poco por el aparente aislamiento que usted sufre con respecto a nosotros.*

(Habla luego de la unión que debe reinar entre los que trabajan lejos y los que se han quedado en Francia).

*El buen Padre Champagnat nos decía que la Providencia, al confiar a la Sociedad la misión de Oceanía, nos encargó, al mismo tiempo, procurar la salvación de todos esos pobres salvajes sentados en las tinieblas y en las sombras de la muerte. No crea,* añade*, que esta labor compete sólo a los que tienen la dicha de ser elegidos para llevar la fe a lejanas tierras; es obra y tarea para todos los miembros del Instituto y todos debemos contribuir a ella con nuestras oraciones, buenos ejemplos y con toda clase de virtudes…*

*Trabajemos, pues, unidos en la obra de Dios, bajo la poderosa protección de la Augusta María, nuestra Buena Madre, uniendo nuestras oraciones, trabajos y deseos sobre la tierra, con la dulce esperanza de vernos reunidos un día en nuestra patria común...” Frère François.*

¿De verdad iban a ser olvidados estos Hermanos, los más generosos, como, a veces, se olvida a los muertos?Nuestro H. Françisco, siempre tan atento a la plegaria por los difuntos, no quería, de ninguna manera, olvidarse de los vivos más lejanos; esta carta es un ejemplo conmovedor. Un testigo nos recuerda que, con mucha frecuencia, recordaba los nombres de nuestros Hermanos enviados a Oceanía: “Seguía con gran interés los trabajos apostólicos de las misiones de Oceanía. Durante su generalato envió allí, en dos veces, a 19 Hermanos entre los cuales los dos hermanos Euloge y Hyacinthe alcanzaron la gloria del martirio”. Al H. Marie-Nizié escribió:*”Ha trabajado y sufrido bien y ha sido testigo de muchos acontecimientos. ¡Oh! ¡Qué felices nos sentimos al saber que la isla de Futuna, regada con la sangre del primer mártir de la Sociedad de María es ahora fecunda en frutos de gracia y santidad”.* (14).

Vuelto de Roma, El H. François se sentirá feliz al decir a sus queridos misioneros: *“He explicado mi viaje a los Hermanos de Francia, pero es para mí una dicha repetirlo… Durante las diferentes estaciones y peregrinaciones realizadas a las basílicas y otros templos célebres, tenía en mi espíritu a todos los Hermanos con sus numerosas familias de niños y los ofrecía y encomendaba a Nuestro Señor, a la Sma. Virgen y a los Santos”* (15).

Así que dejó el generalato, Oceanía (Australia, Nueva Zelanda y Nueva Caledonia) van a conocer, a partir de 1872, el apostolado por la escuela: no ayudando ya a los Padres en las parroquias, sino fundando escuelas. El reclutamiento local resulta más fácil y habrá muy pronto un asistente de habla inglesa: el H. John. Un buen día viene a visitar l’Hermitage. El anciano H. François le pregunta si los nuevos candidatos se levantan a la hora y son fieles al silencio, La primera respuesta es afirmativa; la segunda no demasiado. Y el H. François recuerda entonces la importancia de la Regla sobre este punto para que su convicción llegue más allá del Pacífico.

CAPÍTULO 38

1 – *Anales del Instituto,* 1874, p. 615, nº 25: *Vie du F. Marie-Nizier*.

2 –Mons. Pompallier no llegó a ser Padre Marista, pues fue consagrado obispo antes del reconocimiento pontificio de la congregación, o sea, antes de la emisión de los primeros votos, en 1836

3 – AFM, “48 Lettres” p. 155.

4 – Carta del H. Claude-Marie (6 de enero de 1846).

5 – Jean-Claude Bertrand, de Saint-Sauveur-en-Rue, *Biographie*, en Circ. Vol. 8 p. 118.

6 – En “48 Lettres” p. 155.

7 – Id.

8 –El singular es normal, pues los Hermanos viven, en la mayoría de los casos, separados unos de otros.

9 – Jean-Claude Bonnet, nacido en Saint-Sauveur-en-Rue, en 1807, llegó a ser alumno de Benoît Arnaud. Cristiano serio, abre más adelante una escuela en Riotord. Entretanto, los Hermanos se han establecido en Saint-Sauveur. Los admira e ingresa en el Instituto el 2 de septiembre de 1826, justo antes de la salida de Jean-Marie Granjon de quien hereda el nombre. Apreciado muy pronto, en las elecciones de 1839 obtiene el mayor número de votos tras los 3 elegidos. En la fusión con Saint-Paul-Trois-Châteaux, es nombrado director Provincial de esta casa. Diez años más tarde abre la escuela de Gonfaron (Var). Al morir, el 23 de noviembre de 1886, todos hablan del santo. Durante 2 días, se produce un desfile incesante delante de su cuerpo. La iglesia es adornada como en las grandes fiestas. Tocan en su cuerpo objetos de piedad, anillos, pendientes. Le presentan niños, enfermos. Los Hermanos tienen que cortar su abrigo en trocitos para dar a los que piden un recuerdo y, en el momento del entierro, tienen que proteger su sotana para no ser despedazada, pues la muchedumbre quiere conservar un recuerdo de él. Los hombres se disputan el honor de llevar su ataúd, aunque sólo sea un momento.

10 –Otro Hermano de quien se dirá el día de su muerte, entre los Hermanos y el público: “El santo ha muerto”. Maestro de novicios durante 46 años.

11 –Por desgracia, fue destruido por los soldados de guarnición en Saint-Genis, en 1870.

12 –Originario de Marlhes, estudia latín en La Valla con Marcellin Champagnat como profesor. Estando de vicario en Marlhes, sale indemne de un atentado pero queda traumatizado. Pide ir a l’Hermitage. Y allí se le inscribe como postulante para Padre Marista, el 15 de octubre de 1836. Ya Padre Marista, permanecerá como capellán durante 40 años. Muere en 1882. Pero sus escrúpulos le obligan a cesar en sus funciones sacerdotales, pues no puede pronunciar las palabras de la consagración ni dar la absolución. Soporta con mansedumbre la humillación que esto le supone.

13 –Su vida es la de un verdadero santo. Austeridad y caridad increíbles. Hace una comida al día. No quiere calefacción en su cuarto, salvo los 3 últimos años. Fue primero capellán de l’Hermitage (de 1857 a 1862), luego en Saint-Genis, excelente para el canto, las conferencias y, sobre todo, para el cuidado de los enfermos. Parece ser que un problema de salud le impidió entrar en la Compañía de Jesús. Ratisbonne, el de la Medalla milagrosa, le sugirió entonces el ingreso en la Sociedad de María.

Esto le facilitó su colocación con los Hermanos donde permaneció 40 años. Falleció, ya muy anciano, (88 años) en 1899. La mayoría de los Hermanos de esa época murieron en sus brazos, pues se entregaba a cuidar a todos sin pensar en su propio descanso. Su nombre es Louis Émile Aubry de La Lande. Su biografía se encuentra en el volumen 2 de *Biographies de quelques Frères.*

14 –12 p. 1006.

15 –16 p. 1039.

CAPÍTULO 39

Publicaciones del *post* Capítulo

El H. François, liberado de la responsabilidad directa de la Provincia del Nord, que recae en el H. Pascal, ¿se va a consagrar a escribir una circular sobre la Inmaculada Concepción, en este año de 1854, proclamación del dogma? Ha insistido mucho y en multitud de circunstancias, sobre el privilegio de María… Pero es realista: el H. Louis-Marie es mucho más capaz que él para hacerlo. Que redacte, pues, él tan bello documento. Como es el H. François quien debe firmarlo, añadirá alguna nota. Por ejemplo, al recordar la invocación: “Oh María sin pecado concebida, rogad por nosotros que acudimos a Vos”, podrá recordar también esta otra invocación: “Bendita sea por siempre la muy santa e Inmaculada Concepción de la Gloriosa Virgen María, Madre de Dios” que había visto escrita en las paredes de La Valla al menos 10 años (1) antes de la aparición de la Rue du Bac.

Suyas pueden ser también las exclamaciones equivalentes a las que aparecen en su circular de 1844: *¡“Feliz el Hermanito de María que instruye bien a sus alumnos sobre las grandezas y bondades de tan tierna Madre; sus enseñanzas serán para ellos fuente de virtudes y santidad… el amor hacia María que sepa inspirarles les apartará del vicio y les hará entrar con seguridad en el camino de la salvación y les hará rectificar, pronto o tarde, si la debilidad o la ignorancia les desvía de él!”.*

Debió oír con tal frecuencia esta clase de convicciones expresadas por el Padre Champagnat que las hizo suyas. Desde luego, no es un Maximiliano Kolbe, el teólogo de la Inmaculada antes de morir mártir (2). Claro que no; en uno de sus cuadernos expresa ideas sencillas, ingenuas si se quiere, pero repletas de fe práctica, como en este ejemplo del Hermano que se quedó sin voz antes de las fiestas de la proclamación del dogma en la diócesis de Lyon.

*“Desde hacía dos meses*, explica, *un Hermano, tenía tal ronquera y extinción de voz que, a veces, forzando demasiado, no podía hacerse oír a tres pasos de distancia… Ya había probado varios remedios, tomado baños de pies y vejigatorios cuyos parches le hacían perder el conocimiento a causa del dolor. El médico quería que los siguiera usando, pero el Hermano se cansó. Esta situación duró hasta el día de la fiesta de proclamación de la bula dogmática sobre la Inmaculada Concepción en la diócesis de Lyon, es decir, el 25 de febrero de 1855. Este buen Hermano pidió a la Virgen Inmaculada le devolviera la voz para cantar y hacer cantar a los niños cánticos en su honor. Por la noche se preparó una sencilla iluminación con la estatua de la Sma. Virgen en el patio de la escuela. El Hermano se prestó de mil amores a cuanto hizo falta en preparativos y ornamentación, pero al mismo tiempo oraba y suplicaba gracia y socorro lo mejor que podía. Se encontró mejor para hablar, pero no podía cantar. Finalmente, cuando todo estuvo a punto, dirige con una confianza filial estas palabras a María: ¡Madre mía, devuélveme la voz, te quiero cantar! Y al instante comienza a cantar con su voz natural y sin fatiga, lo que ha seguido haciendo desde entonces”* (3).

Al H. François le gusta hacer notar las coincidencias de fiestas marianas con sucesos significativos. “El 8 de septiembre de 1854, el estandarte entregado por Napoléon III al ejército de Oriente fue bendecido ante Sebastopol; el 8 de septiembre de 1855, fue tomada la ciudad. Ese mismo 8 de septiembre de 1855, el acta de donación de la casa de noviciado de Beaucamps fue aprobada por decreto imperial” (4).

Este mismo año de 1855, el H. François puede redactar una circular muy concreta donde presenta la primera colección de oraciones uniformando las fórmulas (5) que recitan los Hermanos. También aquí, une esta realización con el Padre Champagnat aportando recuerdos de los que es uno de los pocos testigos.

*“En los primeros tiempos de La Valla, el Padre Champagnat había preparado una pequeña habitación para instalar el oratorio. Reunía en él a los pies de María a los primeros Hermanos, para orar con ellos y formarlos en las prácticas de la vida religiosa. Y un día les dijo: “¡Cuando tendremos la dicha de poseer a Jesús Cristo entre nosotros, de llevar un hábito religioso y tener una capilla!... ¡Animo!... no está lejano el día en que tendremos hábito religioso, una capilla, un noviciado y Reglas para dirigir nuestra conducta con todo detalle”* (6).

Y presenta la colección que completa la uniformidad ya creada por las Reglas Comunes, la Guía del Maestro, las Constituciones y las Reglas de Gobierno. El botánico introduce la comparación que le parece adecuada: *“Todo árbol frutal necesita ser podado, pero el religioso acepta una poda rigurosa, como la de los árboles en espaldera. Acepta ser formado y trabajado hasta que el espíritu de su Instituto se vea personificado en él”* (7).

Retomando luego una instrucción del Padre Champagnat, quien encontraba la Iglesia de su tiempo perfectamente idéntica a la de San Pedro, hace la misma aplicación al Instituto: *“Parece que podemos aplicar al estado actual de nuestra congregación lo que nuestro piadoso Fundador decía de la Iglesia: “Si San Pedro y San Pablo volvieran a la tierra, con referencia a la doctrina no tendrían que reformar ni una coma… Estos santos apóstoles, no temo afirmarlo, estarían contentos y satisfechos; exclamarían: “Es la Iglesia que establecimos; es la esposa de Cristo, siempre sin mancha y sin arrugas”.*

Y añade: *“Hoy día, el Instituto está como el buen Padre lo fundó y lo dejó al morir… Estas Reglas y este Gobierno se han perfeccionado, generalizado; pero los desarrollos que les han afectado, por la naturaleza misma de las cosas, habían sido previstos y preparados por nuestro venerado Padre; y los principios que los constituyen y el espíritu que los anima siguen siendo sus principios y su espíritu”* (8).

El mundo religioso actual admira menos esta uniformidad, pues se ha ridiculizado mucho todo lo que suponía molde y moldeado, pero lo que se pretendía era, sencillamente, lograr una realización comunitaria de la voluntad de Dios que facilite a los individuos esta misma realización en su vida personal.

El año 1857 ve la publicación de la Vida de Marcellin Champagnat por el H. Jean-Baptiste. El autor le había consagrado 15 años. Es una biografía muy notable, comparable a otras de la misma época. Es hasta exageradamente audaz con respecto a ciertos personajes. A Mons. Pompallier (9) no se le escatiman críticas y su responsabilidad en las intrigas de los años 1833-35 es expuesta a la luz (10). La dependencia del alcohol del Sr. Rebod se expone sin ambages y, por lo que hace a la mala conducta del Sr. Courveille, también se expone. Ahora bien, si el Sr. Rebod había muerto hacìa 30 años, también era cierto que el Sr. Courveille, tras 10 años de vagabundeo por varias diócesis, era, desde hacía 20 años, un santo monje del monasterio de Solesmes donde aún le quedaban 10 años de vida. Los Padres Maristas, retomado el contacto con él, iban a reaccionar al instante y pedir la modificación de las páginas que le atañían y que podían, incluso, caer en sus manos.

¿Conocían los Hermanos esta operación? ¿Cuántos volúmenes habían sido ya distribuidos? Dicha destrucción y la reedición fueron rápidamente ejecutadas (11) y la biografía fue muy bien acogida, a salvo, sin embargo, de que el Padre Beduin, párroco de La Valla, le dedicó una severa crítica, no para rebajar la santidad del Padre Champagnat, sino para contradecir al autor. Sobre ciertos puntos, pensaba que no se decía toda la verdad y que, además, no era bueno decirla toda. El Padre Bedoin había estado en el seminario de Verrières en una época en que el joven Champagnat no era, precisamente, un dechado de virtudes, y esto no era lo bastante conocido por el biógrafo. Pese a estos remolinos, la obra estrenaba el año 1857 y, con ocasión de la Epifanía, el H. François la presentaba a los Hermanos: *“Ahora ya podemos decir que el Padre Champagnat revive entre nosotros, que lo vemos actuar, que le oímos hablar al leer su vida”.* Recordaba una frase muy repetida por el Padre Champagnat: *“Jesús empezó por actuar antes de enseñar”* Y encadenaba: *“¿Qué hizo Champagnat a su vez? Se levantó cada día a las 4 de la mañana, hizo un catecismo sencillo y familiar y nos formó a hacerlo así; amo la Eucaristía; supo trazar nuevas vías permaneciendo muy abierto a sus Superiores; conoció la adversidad; practicó la penitencia a un alto nivel, etc…* (12).

Sí, esta presentación de un libro es el género de circular que conviene al H. François: evocar la vida de un santo y de un santo que conoció muy bien.

En el mes de junio de 1857, el H. François preparará otra circular bastante breve sobre la confianza en Dios y la aceptación de la cruz. Está muy convencido de que, sin la cruz, nada grande se puede lograr. Este tema aparece en varias cartas: *“El religioso debe entrar en un gran y largo combate contra sí mismo hasta aprender a vencerse por completo y poner sólo a Dios en todos sus afectos. Preparaos a ser probados, a sufrir y llevar la cruz más que a ser consolados y recibir gozos; si Dios os ama os tratará así de vez en cuando”* (13). O también: *“Mi querido Hermano, hay que llevar la cruz, está entre las manos de cirujanos molestos (en sentido figurado), se lo confieso, y no saben lo que hacen, pero la mano hábil y experimentada que se sirve de ellos, como de un instrumento, sin que ellos lo piensen ni se den cuenta, le procura estos males por el bien de su alma”* (14). Esta cruz, tan eficaz, para el apostolado, no hay que separarla del amor a María. Por entonces ya se había descubierto a Grignon de Monfort, y, en este santo, la cruz y María son inseparables. Ésta es, en cualquier caso, la conclusión de la circular: *“Acudamos a esta tierna Madre en nuestras penas y dificultades; confiémosle nuestras esperanzas y consuelos; ella animará nuestro valor y bendecirá nuestros trabajos”* (15).

CAPÍTULO 39

1 –En las paredes de la habitación ocupada por el Padre Champagnat en La Valla, hay unas sentencias, destinadas, sin duda, a facilitar la práctica de la presencia de Dios. Una de ellas es la que indica el texto de este capítulo. Dichas sentencias debieron ser escritas por los años 1820.

2 –Doctrina desarrollada por el Padre Manteau-Bonamy. *La doctrina mariana del Padre Kolbe,* Lethielleux, 1975. El Padre Kolbe destacó que María, en Lourdes, no dijo: Tuve una concepción inmaculada, sino: “Yo soy”, es decir: Soy la concepción inmaculada que Dios se hacía eternamente de la humanidad y que sólo se realizó en María.

3 – 310 p.152.

4 – 310 p.168.

5 –Dicho manual lleva por título: *Manual de piedad para uso de los Hermanitos de María* y contiene los principios de la perfección cristiana y religiosa y las plegarias ordinarias del Instituto. (Périsse. Lyon 1855, p. 293). Precedió en unos 20 años al *Directorio de la Sólida piedad*.

6 – Circ. 2, 2.

7 – Id. p. 229.

8 – Id. p. 232.

9 – El azar quiso que Mons. Pompallier estuviera de paso en Saint-Genis, el 23 de julio de 1860 (310 p. 393), es decir, poco después de la publicación de la biografía de Marcellin Champagnat. Pudo, pues, ver que el H. Jean-Baptiste hablaba de él como el máximo responsable de la proyectada unión, en 1833, con los Clérigos de Saint-Viateur, ya que, si su nombre no figura, la inicial P. no podía engañar a nadie. El H. Jean-Baptiste no podía conocer el documento secreto al que se hace referencia en la nota 2 del capítulo 9, dado que sólo recientemente el Padre Coste ha dado a conocer este documento; pero el H. Jean-Baptiste podía tener otras fuentes.

10 – *Vida*, Ed. 1989, p. 192 y ss.

11– Han subsistido un pequeño número de ejemplares de la edición de 1856. El texto de las páginas a eliminar puede verse en *Vida* de F. Jean-Baptiste, Ed. del Bicentenario, 1989, p. 149 y ss.

12 – Circ. 2, p. 263 y ss.

13 – 11 p. 127.

14 – 11 p. 502.

15 – Circ. 2, p. 299.

CAPÍTULO 40

Algunos sucesos de los años 1855-57

En el año 1855, el acontecimiento más importante para el mundo marista fue la substitución del Padre Colin por el Padre Favre a la cabeza de la Sociedad de María. El Padre Colin se retiró a La Neylière. Al comprar esta propiedad, cerca de Saint-Symphorien (Rhône), deseaba establecer una rama contemplativa marista, para los Padres que desearan terminar sus días en una vida de intensa piedad, o para otros que, entre dos misiones, quisieran consagrar un tiempo mayor a la vida de oración. El Padre Colin no tuvo seguidores en ese camino, pero es muy probable que tal decisión diera ideas al H. François. ¿No había ocurrido lo mismo con el santo párroco de Ars quien, en tres momentos diferentes, trató de huir de su parroquia para refugiarse en algún monasterio, sin poder conseguirlo por la diligente vigilancia de sus parroquianos? (1)

Desde luego, el crecimiento numérico de la congregación era signo evidente de que el Señor bendecía a los Hermanitos de María. En 1855, 227 postulantes tomaron el hábito. En 1857, una nueva estadística señala 312 escuelas, de ellas 1 en Bélgica, 1 en Inglaterra, 4 comunidades en Oceanía, 1106 Hermanos, 430 novicios y postulantes. Pero este crecimiento tiene dos aspectos negativos. Además del costo económico que representan los postulantes, la perseverancia deja que desear. Entre los Hermanos se cuentan 40 salidas por año (2). No supone una porosidad extraordinaria, sobre todo al tratarse de votos anuales. Pero es algo que produce pesar, más aún en quien tiene gran sentido de la fidelidad a los compromisos.

En realidad, este mismo año, el testamento espiritual de Mons. Devie, prelado muy amigo de los Hermanos, podía tranquilizarle: “Lo que parecía contrariarme y me apenaba más, era justamente lo que me resultaba más útil y ventajoso”, había escrito el difunto (3).

Llegaron soluciones, al menos para la crisis financiera. El H. Emmanuel (4) pone a punto un remedio, el *arquebuse*, con gran éxito de venta. Se utiliza tanto para las personas como para los animales. El beneficio generado se empleará para financiar a los postulantes y Hermanos estudiantes con pocos recursos, y para las misiones (5).

Los salarios de los Hermanos, cada vez más numerosos, aportan también recursos, pero la necesidad de llegar a fin de mes sigue limitando el tiempo de formación, casi idéntico al de la época del Fundador.

Pero se sigue haciendo el bien, en lucha diaria. Ante la fundación de tantas escuelas, ciertos inspectores se vuelven suspicaces. Los de Saint-Étienne y Valence envían cuestionarios inquisitoriales sobre los noviciados: dichas casas ¿son escuelas normales? *“No*, responde el H. François, *no presentamos nunca los novicios al examen para el diploma… Toda nuestra atención se refiere a formarlos en la virtud y en las prácticas de la vida religiosa, y a asegurarnos de su vocación. Además de la formación religiosa, en el noviciado sólo hay lecciones de lectura, escritura, ortografía y aritmética”* (6).

Y explica que la preparación del diploma es objeto de otro tiempo de estudio donde se mezclan jóvenes y menos jóvenes. Con toda sencillez, aprovecha su respuesta para decir a los inspectores que *“la tolerancia de tan sólo 4 faltas* (7) *para la prueba de ortografía es algo exagerada para los Hermanos de cierta edad quienes, por otra parte, son los más seguros para la dirección de una escuela y la educación de los niños”.*

El H. François no carece de audacia. Pues, ¿no escribe al prefecto, el 4 de diciembre de 1856, para solicitar su intervención ante la Compañía de Ferrocarriles, con vistas a obtener una estación en Izieux, ciudad en expansión y a mitad de camino entre l’Hermitage y Saint-Chamond? La fecha induce a reflexión: ¿piensa conservar cierta importancia en l‘Hermitage que se va a vaciar muy pronto?

Escribe también al Director general de Correos, el 8 de diciembre de 1857 para obtener la franquicia postal en la relaciones con los prefectos, rectores e inspectores de academia. Y acaba por conseguirlo ante el ministro de Finanzas.

Frente a las construcciones ruinosas, hay que hacer todas las economías posibles, y el franqueo postal es muy caro: 50 céntimos por encima de 7 gramos y medio, cuando el precio por día de un alumno interno es de 1 franco.

Sin embargo, y cada vez más, puede compartir estas preocupaciones muy concretas con un ecónomo general competente. Lo que le permite ocuparse de los enfermos. “En 1857, relata uno de ellos, una fiebre maligna me dejó clavado en el lecho en l’Hermitage. Antes de salir para Roma, el H. François vino a verme, y pese a lo desagradable que puede resultar el contacto con un enfermo, me abrazó con tanto afecto y con tan consoladoras palabras que me quedé muy confuso y emocionado hasta las lágrimas.

Tras su partida, repasé todo el día este testimonio de afecto. No, no, el amor de mi tierna madre no me hubiera resultado tan sensible; me habría conmovido menos”.

Testimonio tanto más impresionante cuanto que el H. François, fruto de su educación familiar muy austera, apenas tocaba al que o a la que abrazaba, incluso en el interior de la familia, como señala su sobrino, el sacerdote David.

“Siempre por ese mismo tiempo, dice hablando el mismo Hermano, le oí decir: “¡Dios mío!, ¡cuánto amo a los enfermos! Cómo echo de menos no poder desempeñar el empleo de enfermero que me confió el Padre Champagnat”.

El año 1857 se termina con la circular del 8 de diciembre sobre la bondad infinita de Dios y los tesoros que tenemos en Jesús Cristo.

CAPÍTULO 40

1 –Se dice, incluso, que la tercera vez intentaba ir a La Neylière donde el Padre Colin le había preparado una habitación. El párroco de Ars apreciaba la Sociedad de María, de la que decía: “Los Maristas son una obra según el corazón de Dios, porque hay en ella humildad, sencillez y contradicciones”. (En  *Mémoires Mayet, notes personnelles*, 2ª parte p. 120-122). ”Palabras que me dice cuando yo rezaba para conocer mi vocación”. (Hacia 1855). El H. François llegó a conocer este texto.

2 –Al contrario que para el celibato sacerdotal, cuya dispensa rara vez era concedida en el s. XIX, era fácil para un Hermano no renovar los votos, siendo temporales, y la dispensa de los votos perpetuos se podía otorgar por causa grave. Varias páginas de esta biografía muestran, de todas maneras, que el H. François alerta con frecuencia al Hermano de votos perpetuos sobre la responsabilidad que contrae al pedir dicha dispensa. A los Hermanos muy jóvenes que temen comprometerse, les propone períodos muy breves: de una confesión a otra, luego, de una fiesta hasta otra; de la Inmaculada Concepción hasta Navidad y así sucesivamente. 11 p. 510.

3 –304 p. 1001.

4 –El H. Emmanuel, originario de Saint-Marcel-lès-Annonay, parece haber sido reclutado por el Sr. Auguste de Mongolfier, quien paga su pensión. Ingresa en el noviciado a los 17 años, sin muchos estudios. No es orientado hacia la enseñanza, sino al empleo de enfermero. Se pone a leer libros de medicina y botánica y se apasiona en la búsqueda de remedios a base de plantas. Con la ayuda de un erudito, el H. Euthyme, llega a preparar un licor medical que logrará un éxito excepcional: el arquebuse. Utilizado para curar a los heridos en la guerra de Argelia, obtiene muy pronto la garantía del Estado, con la firma del H. Chrysogone, ecónomo general. El H. Avit nos refiere que en los bares de Oullins, los obreros pedían: “un chrysogone o nada”.

Tras la persecución de 1903, el arquebuse pasa a Grugliasco (región de Turin, Italia) donde toma el nombre de alpestre. Con este nombre prosigue hoy su ruta, tras siglo y medio.

5 –A causa de esta finalidad, Leon XIII, 30 años más tarde, tranquiliza a los fabricantes de arquebuse: “Es signo de bendición de Dios sobre vuestro Instituto. Continuad su promoción y el buen uso de los recursos que os proporciona para vuestras obras misioneras”.

6 –Avit *Anales* 1865, nº 61-63, p. 546.

7.–Incluso añade, en una carta, que se trata de 4 faltas, comprendidas “la acentuación y la puntuación” lo que parece indicar que la puntuación no es dictada y que el olvido de un punto puede contar como falta o media falta (¿?), lo que supondría mayor severidad que en la primera mitad del s. XX, donde se toleran 5 faltas y no se habla para nada de la puntuación.

CAPÍTULO 41

Hacia la Ciudad Eterna

Y llegamos a 1858. El H. François redacta una pequeña circular, muy sencilla, fechada el 2 de febrero, día de la Candelaria, que, por entonces, es una fiesta tanto de la Sma. Virgen como de Cristo. Insiste en que la congregación lo debe todo a María y aprovecha para volver sobre la biografía del Padre Champagnat y mostrar *“ésta es sólo el relato detallado de las bondades y beneficios de María, sobre él y sobre su obra”.*

Recuerda que el piadoso Fundadorla llamaba siempre RECURSO ORDINARIO, palabras que escribe con mayúsculas, como en la Regla de 1852, y que repite dos veces seguidas, y otra más poco después. Casi se adormece al repetir esté término otras tres o cuatro veces. Llega, incluso, a “marianizar” un relato en el que H. Jean-Baptiste se limitaba a hacer intervenir a la Sma. Virgen. Se trata de la circunstancia en que l’Hermitage no tiene harina. Llega una señora que ha recibido, de María, precisa Jean-Baptiste, la inspiración de entregar el precio de 50 sacos. Solo le faltó decir que había sido testigo directo del hecho (1).

Esta circular es del género que mejor le va. Frases cortas, ejemplos cortos. Pero, nos preguntamos, ¿a dónde quiere llegar? *“María, continúa, lo ha hecho todo entre nosotros. Pensemos en hacerle novenas, en hacer bien el mes de María, en celebrar bien sus fiestas”.* Pero, una vez más, ¿a dónde quiere llegar? Esperamos la conclusión… *“Esto, dice, es lo que nos permite, pese a nuestra debilidad, comprenderlo todo y crearlo todo por el bien de la Sociedad”.*

Seguimos sin enterarnos. Todavía un poco de paciencia; el suspense se termina: *“Y ahora vamos*, concluye, *después de tantos favores recibidos, a pedirle uno más: la aprobación pontificia del Instituto”.* Pues sí, el H. François y el H. Louis-Marie van a salir para Roma. Ahora, más que nunca, habrá que pedir a María para que consigan el objetivo de su viaje.

La decisión fue tomada tras cierto número de gestiones ante el cardenal, pues el H. François, siempre infinitamente respetuoso con la autoridad, deja, sin embargo, entrever en sus notas personales, un atisbo de impaciencia: *“El Sr. Cardenal de Bonald, arzobispo de Lyon, consiente, por fin, y aprueba el viaje y concede una carta de recomendación”* (2).

¿Por qué las reticencias del cardenal? Se lo dirá brevemente a los dos Hermanos, el domingo 7 de febrero, cuando vayan a hacerle firmar el memorándum que llevan: “Hay ahora en Roma una corriente de ideas y tendencias que les podrían crear problemas”. Sólo al final de su estancia en Roma verá con claridad el H. François la realidad al constatar el número de nuevas congregaciones francesas que asedian el mundo del vaticano. Pero, curiosamente, los Maristas, Padres y Hermanos, reciben más bien acogida favorable.

Este reconocimiento no tiene el mismo carácter de urgencia que el del gobierno francés que liberaba de los apremios del servicio militar y permitía fundaciones en todos los departamentos. Pero el H. François, necesita sentirse Iglesia y recordar las palabras del Padre Champagnat: “Todas las diócesis del mundo entran en nuestras miras”.

Llevará un diario de los 7 meses que pasará más allá de los Alpes (3).

Salida el 6 de febrero.

El 7, los viajeros van a saludar al cardenal.

A las 21 horas, salida para Marseille.

El 8, peregrinación a Notre-Dame de la Garde.

22 horas, embarque para Civitavecchia. Llegada a las 10. Desde allí coche hasta Roma. Llegada a las 2 de la madrugada del día 11.

Se alojan con los Padres Maristas en el Palazzo Valentini. Tras un corto sueño, se dirigen al Vaticano y tienen el honor de recibir, en la Plaza de San Pedro, la bendición de Pío IX que pasa en coche, para dirigirse a una estación de las Cuarenta Horas (4).

Aunque no se indica para ese día, nos podemos imaginar al H. François, verdadero hijo de la Iglesia, venerando la célebre estatua de San Pedro de la que dice: *“Todos los católicos se acercan con respeto a venerar la estatua en bronce de San Pedro, sentado sobre un pedestal, en el último pilar de la nave mayor de la basílica y aplican sus labios sobre el pie derecho avanzado. Es señal de amor y sumisión a la que el cardenal Baronio no faltó nunca durante 30 años. Al hacerlo decía: Paz y obediencia. Creo en la Iglesia una, santa, apostólica y romana”.*

A partir de ahora, nuestros dos peregrinos ¿van a tener meses de vacaciones romanas? Para empezar, podrían responder como Mons. Gaume en su libro *Les Trois Rome*: *“Dicen que se va a Roma, en las grandes ceremonias, no para rezar sino para mirar; como si para el buen cristiano o el ferviente religioso mirar no fuera rezar; porque todo cuanto ve le lleva a Dios, anima su fe y su piedad”* (5).

El H. François extiende a toda la Ciudad Eterna esta consideración. Ha calificado cuanto le va a atraer en la capital de la cristiandad: *“La multitud de iglesias es como un evangelio, de las Actas de los Apóstoles y de los mártires, de las vidas de santos, una historia de la Iglesia que se recorre en las visitas. Así, se encuentra el Belén, la Mesa de la Eucaristía, la Escala Santa, la columna de la flagelación, la santa Cruz, las espinas de la corona, la esponja, los clavos, la lanza, la tierra del Calvario, etc… Numerosas iglesias recuerdan los misterios y milagros de la Sma. Virgen, la devoción a San José y a los Santos Ángeles. Otras iglesias consagran la memoria de las acciones y del martirio de los apóstoles San Pedro, San Pablo y de gran número de santos y santas que vivieron en Roma o que sufrieron el martirio”.* (6).

Para mejor descubrir toda la verdad, hay que consultar no sólo la agenda de las visitas del H. François sino también sus cuadernos de retiro que evocan otra parte de sus ocupaciones. Las alrededor de 2000 páginas de estos cuadernos indican las fechas donde tomó sus notas, desde el noviciado hasta su muerte. En general, se encuentran frases de los predicadores o sacadas de algún libro espiritual: la *Imitación de Cristo*, los *Sufrimientos de J.C.* por el Padre Thomas, etc… Cada retiro ocupa varias decenas de páginas, por ejemplo, en 1857, 24 páginas, en 1859, 8 páginas. Pero en 1858 ya es otra cosa: 318 páginas. Esto quiere decir que los 7 meses de permanencia en Roma fueron para el H. François un largo retiro, pues, fuera de las gestiones que debía hacer, no podía ejercer su actividad habitual.

Se tiene la impresión de que, en 1858, comienza su retiro con el *Manual del cristiano,* donde encuentra el Nuevo Testamento, la Imitación y los Salmos, libros todos ellos ya leídos y anotados desde su juventud. Pero, tal vez a instancias del Padre Nicolet, aborda ahora la Biblia y vemos que copia largos párrafos del Libro de la Sabiduría y los Profetas, en la traducción del Padre de Carrières. Como la Biblia es considerada entonces poco menos que en el Índice de libros prohibidos, a causa del erotismo de ciertos pasajes del Cantar de los Cantares o del cinismo de algunos libros históricos, fue necesario que un confesor tranquilizara al muy delicado H. François.

¿Por qué copia todos estos textos? Tal vez porque ya no dispondrá de la Biblia que le han podido prestar. Y, sin embargo, allí encuentra materia para largas oraciones y referencias preciosas para posibles conferencias. Desde luego que la liturgia ya le había permitido conocer algunos de esos textos, pero ¡qué maravilla poderlos encontrar en su propio contexto!

Numerosos de esos textos confirman convicciones ya expresadas por él y de las que advierte su sabiduría milenaria.

*- Quien odia la reprensión es un insensato (Pr 12).*

*- El que gusta de no hacer nada es un insensato (Pr 12).*

*- El vino es fuente de lujuria (Pr 20).*

*- Quien da al pobre no necesitará nada, pero quien lo desprecia cuando aquél le pide caerá en la pobreza (Pr 28).*

*- Hay que adorar a Dios al despuntar el día (Sb 16).*

*- No miréis a todas partes en las calles de la ciudad (Si 9).*

*- Dios ha dado a conocer a los hombres las virtudes de las plantas… Se sirve de ellas para apaciguar el dolor y curar (Si 38).*

El traductor ha hecho un trabajo exacto, pero en la misma frase, añade, en cursiva, su comentario. Como tiene siempre delante el texto de la Vulgata, el H. François sabe el latín suficiente para distinguir texto del comentario, pero copia el conjunto. Un solo ejemplo bastará para ver cómo el Padre de Carrières edifica a su lector. “Preparad vuestra alma antes de la oración y no seáis como el hombre que tienta a Dios”, dice el texto. Y el comentario añade: “al pretender estar recogido después de haberos entregado voluntariamente a la disipación” (Si 18). El H. François debe estar encantado de ver todo esto tan cercano a la Regla del Padre Champagnat sobre la preparación para el ejercicio de piedad (7).

Se ha de tener presente al espíritu este trabajo espiritual cotidiano para poder juzgar correctamente la ocupación del H. François que es triple:

- realizar todas las gestiones necesarias para obtener el reconocimiento pontificio de la congregación;

- utilizar cada día largos espacios de tiempo para la oración y el estudio;

- tomar algún tiempo de descanso para visitar.

Las visitas son para él de naturaleza esencialmente religiosa. Son rarísimas las referencias puramente culturales. Por otra parte, una frase clásica como “Del Capitolio a la Roca Tarpeya no hay más que un paso”, toma para él coloración cristiana y recuerda el *“sic transit gloria mundi”*.

Conociendo bien la vida de San Benoît Labre (8), lo va a imitar, no pidiendo limosna, sino visitando con asiduidad las iglesias de Roma.

Por otra parte, la vida romana es relativamente tranquila. El H. François puede, incluso, recitar el oficio yendo de San Juan de Letrán a Santa María Mayor. Entre el Quirinal y el Viminal, el valle ofrece un camino solitario con huertos y prados. Además de las liturgias ordinarias, hay con frecuencia en tal o cual iglesia o capilla, las Cuarenta Horas, una procesión (de las Cuatro Témporas, de San Marcos o del Carmelo), una Bendición del Smo. Sacramento o un rosario. Por otra parte, el Padre Nicolet es hombre que conoce bien la ciudad y puede recomendar visitas a realizar y ceremonias previstas. En lugar de pasear por los huertos de l’Hermitage, los dos Hermanos pueden visitar tantos lugares históricos muy cercanos al palacio Valentini, en pleno centro, y el H. Louis-Marie puede, tal vez, explicar los detalles que recuerda de sus tiempos de estudios clásicos.

Y henos ya preparados para consultar la agenda del H. François.

CAPÍTULO 41

1 – Circ. 2 p. 315-116.

2 – 305 p. 1.

3 – El cuaderno 305 está dedicado por completo a la estancia del H. François en Roma.

4 – Algunas horas más tarde, María se aparecía a Bernadette, en Lourdes.

5 – 305 p. 176.

6 – 305 p. 177.

7 – La Regla Marista de 1837 decía, a propósito de la oración (cap. 2 art. 2): “El tema será previsto desde la víspera, para pensarlo en los intervalos del sueño y prepararlo bien para no tentar al Señor”.

8 – Nacido en Amettes, (Nord) el 26 de marzo de 1748, este curioso santo entendió poco a poco que el Señor le llamaba a ser el modelo, desconocido en Occidente, del mendigo que vive la santidad cristiana en el total desprendimiento y la oración continua. Tras diversas tentativas en congregaciones ya existentes, partió solo hacia el sur, pasó por Dardilly, en la familia del futuro santo Párroco de Ars, en La Louvesc, en la tumba de Saint-François-Régis, ¿se sabrá alguna vez si pasó por Marlhes? Y luego a Italia. En Roma, de 1777 a 1783, es a la vez vagabundo del coliseo y peregrino de las iglesias, devorado por los piojos y otros parásitos, pero apareciendo como un santo, incluso para los niños que gritaban en su muerte: “Ha muerto el santo”. Será beatificado en 1860, y estaba a punto de serlo en 1858. Su canonización tuvo lugar en 1881 (N.T.).

CAPÍTULO 42

Contactos con el Vaticano

El 13 de febrero, tiene lugar el primer contacto con uno de los personajes a visitar: el cardenal Barnabó, prefecto de la Propaganda Fide, es decir, de las Misiones. El H. Francisco debía estar preocupado por la situación de los Hermanos en Oceanía. Si se conseguía la aprobación por intermedio de la “Propaganda”, ¿no sería un buen medio para poner de relieve la tercera finalidad del Instituto: ayudar a los Padres Maristas en sus misiones? ¿No serviría para reunir estas ramas que la Santa Sede ha querido separar? Con el gobierno francés no se había evocado el pequeño grupo de Hermanos de Oceanía, al ocuparse éstos mucho más de empleos manuales que de educación y constituir un grupo muy reducido respecto al conjunto. Pero, ¿cómo saber lo que el Señor quiere y qué signos debemos discernir? En realidad, la pista no dará resultado, pero, por algo se debía comenzar y la lentitud romana era ya proverbial. Por otra parte, el Padre Nicolet, buen conocedor del ambiente, cree que esa pista puede ser positiva. En carta escrita al Padre Favre, el 1 de marzo, dice: “Es probable que el asunto de los Hermanos sea examinado por la Propaganda. Les he puesto en contacto con Su Eminencia el cardenal Barnabó quien no tendrá inconveniente en ocuparse del tema.”.

El martes lardero, 16 de febrero, debió convencer a los dos Hermanos para dar con él una vuelta por el Corso donde tiene lugar el juego de los *mocoletti*, pequeñas velas que lleva cada uno en la mano, mientras trata de apagar la de los demás. “Pero, al último disparo del cañón, se acaba todo y cada uno se va por su lado”, anota el H. François que debe admirar bastante la disciplina de una ciudad cuyo soberano es el Papa. Probablemente, Berlioz, de La Côte-Saint-André, ciudad bien conocida de los Maristas, debió encontrar otras fuentes de inspiración para su “Carnaval Romano”.

El 22, no hay en perspectiva ninguna audiencia con el Papa, El cardenal Barnabó aconseja pedir una por medio del embajador, Sr. duque de Gramont. La solicitud es presentada el 24 y entregada el mismo día al cardenal Pacca. La respuesta llega el 28 y la audiencia tiene lugar el 1 de marzo.

El H. François describe todos los detalles que debieron producirle fuerte impresión: *“Gran escalera real; primer patio; escalera de mármol blanco; gran sala de guardias suizos; antecámara donde están los camareros de capa y espada y criados vestidos de damasco rojo. Sala del trono, donde el Sumo Pontífice recibe a los príncipes y embajadores. El despacho del Santo Padre sólo está separado por una primera sala de espera ante cuya puerta hay un guardia noble en traje de gala… Al sonido de una campanita, el mayordomo o maestro de cámara con sotana violeta, como los demás prelados domésticos, y revestido de sobrepelliz, abre la puerta y comienzan las tres sucesivas genuflexiones, avanzando hacia el Papa, sentado en un sencillo sillón, ante una mesita sobre la cual hay un recado de escribir y algunas plumas de oca. De rodillas, a sus pies, beso del anillo que nos presenta y del pie; una vez levantados y, a una señal suya, digo:*

*Santísimo Padre, nos consideramos muy felices de poder ofrecer a vuestra Santidad nuestro profundo homenaje de respeto, amor y veneración en nombre de todos los Hermanos Maristas. Suplicamos muy humildemente a Vuestra Santidad se sirva tomar conocimiento de la petición que los Hermanitos de María se atreven a dirigirle. Santísimo Padre, este pequeño escrito dará a Vuestra Santidad una ligera idea de nuestra Sociedad, y le hará conocer a los Venerables prelados que han tenido la bondad de recomendarnos a Ella.*

*Si Vuestra Santidad deseara más prolijos detalles sobre nuestro Instituto, los podrá encontrar en el memorándum que hemos dirigido a Nuestros Señores Obispos de las diócesis donde laboran nuestros Hermanos.*

*Santísimo Padre, las tres diócesis donde nuestros Hermanos son más numerosos son las de Lyon, Viviers y Grenoble. Mons. Guibert, actual arzobispo de Tours, nos ha conocido bien durante los 15 años de su episcopado en Viviers. Esperamos la carta de Monseñor el obispo de Moulins que ha tenido la bondad de anunciarnos por el Superior de los Padres Maristas de su diócesis. Santísimo Padre, nuestra obra, al ser una filial de la rama de los Padres Maristas, si pluguiera a Vuestra Santidad enviar nuestra petición a la Sagrada Congregación de la Propaganda, donde los Hermanos Maristas son más especialmente conocidos, le quedaríamos muy reconocidos, pero nos remitimos absolutamente a la bondad de Vuestra Santidad”.*

Pide entonces la bendición del Papa: “Sí, os bendigo a todos, responde el Soberano Pontífice. ¡Que el Señor os llene de su Espíritu, para que hagáis mucho bien! En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Amén”.

Tras haber besado de nuevo el anillo y el pie, se retiran con el rostro siempre vuelto hacia el Santo Padre: *“¡Oh, qué bien representa Su Santidad a Nuestro Señor!”.*

Y he aquí la descripción que nos deja del Pontífice: *“Pío IX tiene hermosa talla, recta y fuerte, frente despejada, voz amplia y musical, noble figura con expresión de dulzura, de benignidad, de paciencia, ojos negros y finos, carácter de paternal majestad con sonrisa inefable que luce de forma habitual sobre la serenidad de su rostro; sus rasgos son eminentemente simpáticos y cierta viveza de porte va unida a un aire de bondad y dignidad naturales. Es la dulzura y la majestad de un ángel sobre la tierra”* (1).

¿Qué piensa el Padre Nicolet de este primer paso? Si el tema puede ser tratado por la congregación de la “Propaganda”, puede llevar unos tres meses. Si hay que pasar por los “Obispos y Regulares” (2), tardará por lo menos un año. El cardenal Barnabó ha recibido del Santo Padre la orden de prepararle un informe. ¡Esperemos!

El 3 de marzo, el H. François anota que ha comprado una postal de Roma *DONDE SE VE LA CULUMNA DE LA INMACULADA CONCEPCION, ERIGIDA POR PÍO IX EN 1856.* Toda esta línea va escritaen gruesos caracteres como por un reflejo de alegría ante este privilegio de María. El 9, piensa en su madre con ocasión de la fiesta de Santa Francisca, viuda romana, cuya casa puede visitar. El 10, al pasar por el Gesù, recuerda la novena a San Francisco Javier (del 3 al 12 de marzo) llamada novena de la gracia (3).

También ha encontrado a los “*sacconi*”, cardenales o príncipes que, los viernes, vestidos de saco, ceñidos con una cuerda, un velo sobre la cara como los penitentes y un zurrón sobre el pecho, marchan pies desnudos a pedir para los pobres. Se los encontrará varias veces, muy sorprendido y conmovido ante esta forma poco común de caridad.

Poco a poco, va ensanchando la zona de sus peregrinaciones, hacia la catacumba de Santa Inés y la de San Sebastián. Para los lugares más alejados, parece aprovechar los jueves, domingos y fiestas. Por San José, primer día festivo del año, nos lo encontramos en Tre Fontane.

Nada nuevo de parte del Vaticano, y el 27 de marzo el Padre Nicolet escribe al Padre Favre: “Los Hermanos no saben todavía se seguirán en la Propaganda o deberán ir a Obispos y Regulares. Les ha salido caro haber hablado demasiado del objeto de su viaje. Un Monseñor francés a quien habían entregado su memorándum lo ha comunicado todo al corresponsal de “L’Univers” que ha escrito el necio artículo que habrá podido leer en este periódico (4). En cuanto los Hermanos han sabido de dicho escrito, han enviado una carta a “L’univers”, pero ya era demasiado tarde. Entonces han advertido a quien corresponda para que dicha publicación no perjudique sus intereses. Todo esto les ha vuelto más circunspectos; ya no comunicarán con tanta facilidad sus proyectos. Estos buenos Hermanos creían deber actuar como en Paris, ver a mucha gente. Les he persuadido, pero no del todo; ha hecho falta este suceso para que dieran más fe a mis consejos y a los de otras personas más influyentes. Ahora, comprenden muy bien que en la capital de la cristiandad los asuntos no funcionan como en las demás ciudades”.

Es difícil saber si esta crítica es merecida. De todos modos, ocho días antes de esta carta, si el H. François contacta con el vicario apostólico de Glasgow, no es para asegurarse protectores, sino con un objetivo concreto: una fundación marista en Escocia; los Hermanos están ya en Inglaterra desde 1852. De igual forma, su visita a Mons. Alberti, delegado apostólico de Grecia, es un primer contacto con ese país, que no dará fruto hasta 50 años después.

Y llega el tiempo de Pasión. Ese año, la Anunciación, 25 de marzo, es la víspera del viernes de Pasión, 26, en que se celebra la Compasión de María. El día 25, participa en las ceremonias marianas en Santa María de Minerva, en una consagración a María en San Luis de los Franceses. El 26, sube de rodillas la Scala Santa, va a recitar el rosario de los siete dolores a Santa Magdalena del Quirinal y termina en otro santuario mariano: Santa María in Domenica. Entre estas iglesias, se detiene también para rezar, al menos, en otras dos.

El domingo de Ramos, decide seguir las ceremonias del Vaticano que describe brevemente: son para él un acto de piedad y no de curiosidad.

Durante la Semana Santa, aprovecha las liturgias que encuentra, sin descuidar los contactos útiles para su causa, por ejemplo, con Mons. Talboth que ha hablado al Papa de la petición de los Hermanos Maristas. El martes santo está en el Coliseo para el *Via Crucis*. El jueves santo, en el Vaticano para la misa, y luego visita “monumentos” o los lugares relativos a la institución de la Eucaristía, como San Juan de Letrán que conserva la mesa de la última Cena.

El viernes santo es otro día bien aprovechado: visita los “sepulcros” (5):

*En Santa María de Loreto, Jesús llevado ante los tribunales.*

*En San Marcos, Jesús ante Anás y Caifás. San Pedro: contrición, lágrimas.*

*En San Andrés del Valle, Jesús reo de muerte.*

*En Santa María de Minerva, Jesús ante Pilatos y Herodes.*

*En los Santos Apóstoles, Jesús flagelado, coronado de espinas y condenado a muerte.*

*En el Gesù, Jesús camino del calvario.*

*En la Scala Santa, 28 escalones, (que sube, desde luego, de rodillas).*

*En el Sancta Sanctorum, via crucis.*

*Subida al Capitolio de donde Jesús ha expulsado (por la cruz) a los falsos dioses.*

*Vuelta al Gesù: Agonía predicada, Lamentaciones cantadas. Sepulcro.*

*”He ahí a tu Madre. He ahí a tu hijo”.*

Incluso si estas breves notas no son lo bastante claras, nos dejan ver que el H. François trata de convertir un día como este en una jornada completamente dedicada a la meditación de la Pasión, como aprendió a hacer desde sus primeras experiencias bajo la dirección de Marcellin Champagnat.

Para el sábado santo anota también todo el detalle de las ceremonias, algo que podrá servir un día para estimular a los Hermanos responsables de la liturgia en l’Hermitage. Hará lo mismo el 4 de abril, día de Pascua.

Todos estos días son consagrados, sin duda alguna, al arrepentimiento, a la intercesión y a la alabanza al Señor, pero el H. François sabe también admirar las proezas humanas en honor del mismo Señor. *En San Pedro, la cúpula está iluminada de forma espectacular, primero de forma oculta por 4500 lámparas, luego de forma aparente por otras 791 que se encienden de forma instantánea y, finalmente, por 5911 que se iluminan al cabo de un minuto: “la iluminación más hermosa del mundo”*, según el Padre Nicolet.

El 15 de abril, los dos Hermanos participan en una audiencia privada del Soberano Pontífice quien les ha dicho, el 9, no poder todavía precisar qué dicasterio será el encargado de tratar su caso. El H. François, paciente y respetuoso, escribe dicho día: *“Sumisión absoluta, sea cual fuere la congregación que plegue a Su Santidad encargarse de examinar la aprobación definitiva del Instituto”.*

Pide de nuevo la bendición del Papa para todos los Hermanos actuales y los que la Providencia llamará. El Papa responde: “Sí, que Dios os bendiga a todos y os llene más y más de su Espíritu, para que se edifiquen unos a otros, que se santifiquen y que hagan mucho bien entre los niños que les son confiados”.

El Papa se despide del H. Louis-Marie, con palabras de esperanza. Ese mismo día, en efecto, el cardenal Barnabó hace saber que el Papa está muy interesado por los Hermanos Maristas. A un cierto cardenal Patrizzi que parece pensar para qué ese empleo repetido con los Hermanos de las Escuelas Cristianas, *el papa ha respondido: estos Hermanos están para llenar los vacíos que dejan los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Y ningún Instituto, hasta ahora, me ha sido presentado con las recomendaciones de tan gran número de obispos*. (6)

CAPÍTULO 42

1 –305 p. 187.

2 –En el Vaticano, la palabra congregación o dicasterio tiene el sentido de la palabra ministerio en la vida política de los demás estados.

3 –El “Manual de piedad” al que se alude en el capítulo 39, nota 4, no contiene la novena de la gracia que será introducida en otra edición llamada: “Directorio de la sólida piedad” (Vitte, Lyon 1875. 698 páginas). La visita al Gesù ¿pudo contribuir a su introducción?

4 –Este artículo (L’Univers, edición diaria, 15 de marzo, de 1858), relata la historia de los Hermanitos de María y los compara con los Hermanos Menores; para explicar la palabra Pequeño, cita las palabras de San Francisco a propósito de la “pequeñez”. Explica luego su finalidad, los lazos que les unen con los otros Maristas (Padres), los hace complementarios con los Hermanos de las Escuelas Cristianas, el decreto que les asegura el reconocimiento legal del emperador y, finalmente, aborda la razón de su permanencia en Roma:

“Ahora, se trata de obtener la aprobación definitiva de la santa Sede, para dar a la Sociedad la gran fuerza proveniente de la unidad, de imprimirle el sello de la duración y de la santidad que Dios ha puesto entra las manos del papado.

El H. François, Superior general, ha llegado, pues, a Roma acompañado de uno de sus Asistentes y apoyado por las recomendaciones de gran número de obispos, patrocinado, sobre todo, por Su Eminencia el Señor cardenal de Bonald.

Puede contar, esperamos, con una acogida favorable a su demanda. Pío IX se ha dignado recibirle con la mayor bondad. Quienes repiten que la Santa Sede muestra extrema severidad y un retraso demasiado prolongado en las aprobaciones solicitadas a su suprema autoridad, con frecuencia no se preocupan de los peligros o de la inutilidad de propuestas cuyo único objetivo parece ser el bien, y no reflexionan sobre el hecho de que, sólo por deseo expreso de su Providencia, nuestro Señor Jesús Cristo ha transmitido al obispo de Roma el poder soberano. El genio romano se ha alejado siempre de las teorías para centrarse en la práctica de las cosas; sus costumbres de espíritu son más robustas y más sólidas que finas, y su misión de conservar y conquistar el mundo para la fe no le permite perderse en las abstracciones de la imaginación. La santa Sede posee circunspección, prudencia; examina con lenta sabiduría las condiciones de una obra, y cuando reconoce que una obra, como la de los Hermanitos de María, es realmente buena, útil según Dios, y que contribuye a la gloria de la Iglesia, la aprueba con términos precisos y la colma de favores y bendiciones”.

5 –Lugar donde se retira el Smo. Cuerpo de Cristo después de la misa del Jueves Santo. Evocan la sepultura y toda la pasión, como muestran los detalles que añade.

6 –Según el Padre Nicolet, parece ser que en ese momento, y sin que se conozca el motivo, el Santo Padre no estaba muy satisfecho de los Hermanos de las Escuelas Cristianas.

CAPÍTULO 43

Solo y a la espera

Sobre el artículo de “L’Univers”, que más bien había perjudicado a la causa de los Hermanos, el H. François afirma que en nada había intervenido. Pero, ¡ay!, desde el momento que la prensa había anunciado la presencia de los Hermanos Maristas en Roma para obtener la aprobación de su Instituto, la solicitud tomaba un carácter demasiado oficial y la esperanza de arreglarlo todo por medio de la Propaganda se desvanecía. La vía normal sería, pues, la congregación llamada de “Obispos y Regulares”.

Habrá que armarse de paciencia, y continuar ocupando el tiempo lo mejor posible. El H. François sigue esperando y tomando nota de cuanto le podrá ser útil después. Apunta detalles de disciplina estudiantil que le servirán de ejemplo: *“los Padres Jesuitas, los Hermanos de las Escuelas Cristianas y los Seminaristas van por las calles juntos o de dos en dos, con sombrero y abrigo, para las salidas y paseos, y vuelven antes de la noche”.* Se entera de que los Benedictinos tienen como señal comunitaria para levantarse: *Laudetur Iesus Christus*. Observa el trabajo de los artistas que copian en mosaico pinturas de Rafael con precisión increíble.

El estudio del dossier no avanza. El H. François hace encuadernar en un solo volumen las Constituciones, las reglas y la Guía del Maestro con el escudo de Su santidad como más conveniente para obsequiar. En visita al convento de los Pasionistas, indica que ha hablado en latín con uno de los Padres. Se debe tratar únicamente de frases breves, pues, fuera de los dos años que pudo recibir lecciones del Padre Champagnat, no se ve que haya tenido ocasiones de formarse más en esa lengua, a menos que, de forma metódica, haya consagrado algo de tiempo cada día.

El mismo día, 21 de abril, en San Pantaleone visita la tumba de San José de Calasanz, precursor no solo de Marcellin Champagnat, sino del mismo San J.B. de la Salle y de Démia, pues, ya en el siglo XVI este santo educador funda las “Escuelas Pías”. El H. François anotará esta vez, y aún en otra ocasión, que la sacristía de esta iglesia sirve de aula de clase para una veintena de niños.

El 23 de abril, sin duda por el recuerdo de que fue ante el exvoto de su madre donde dio, a sus 10 años, el primer paso en la vocación, pide al superior general de los Dominicos la autorización para erigir la cofradía del Rosario en los noviciados maristas.

El 24, irá al Colegio Romano para visitar la habitación de San Louis de Gonzague. Este joven santo, modelo de pureza y de caridad, entra de lleno en la animación espiritual de la época y sería imperdonable dejar pasar esta ocasión. Es uno de los lugares adonde volverá, anotando que *“San Louis de Gonzague padecía habituales dolores de cabeza y estaba contento”.*

El 28, lo tenemos conversando en italiano con un Hermano cocinero jesuita que había participado como soldado en el Saqueo de Roma, en 1848. Es decir, que se había preocupado de aprender una poco la lengua. De todos modos, en las frases que escribe en italiano, de vez en cuando, comete pocas faltas.

Llegamos al mes de mayo. Durante dicho mes, su iglesia preferida será la del Santo Nombre de María, sitio de Roma (1) origen de la devoción del Mes de Mayo. Al acabar el mes, recuerda que ha habido sermón en esta iglesia todos los días. El programa del día de clausura parece que fue solemne (2) especialmente con el *Te Deum*, del que dice, citando a ”L’Univers”: *“No hay romano alguno, aún los iletrados, que no sepa de memoria el Te Deum. ¡Feliz pueblo!”.*

Contempla también con satisfacción a los niños pequeños que se pasean con una silla, una estatua de la Virgen y un pequeño tiesto de flores, pidiendo para adornar su estatua.

El 17 de mayo, El H. François hace la segunda visita a la tumba de San Benoît Labre y escribe: *penitencia, agradecimiento.* ¿A qué gracia obedece esta gratitud? Difícil saberlo. Sabe que dicho santo mendicante era uno de los recursos del Fundador quien, en especial, le había confiado el reconocimiento legal de la congregación por el gobierno francés, con ocasión de una peregrinación a Amettes (3).

Pasa Pentecostés. La Trinidad la pasa, en parte, en la Trinità dei Monti, iglesia muy francesa donde tienen lugar una bendición solemne e iluminaciones. El 1 de junio, en el Gesù, asiste a tres misas, luego visita, con tranquilidad, los muchos recuerdos que guarda la casa sobre San Ignacio de Loyola, San Francisco Javier, el Padre Crispinelli y la Venerable Juliani. Un jesuita, el Padre de Villefort, se compadece de este compatriota tan lleno de devoción y le ofrece *“una tacita de chocolate y una pequeña rebanada de pan”. “¡Qué bondad, serenidad y afabilidad!”*, anota, como para corregir los términos algo reductores que acaba de emplear.

Todo el mes de junio transcurre sin noticias. El 5 de julio, el H. François hace preguntar de nuevo al Papa cómo está el asunto de los Hermanos Maristas y éste le da a entender que ha hablado con Mons. Bizzarri, secretario de la congregación de “Obispos y Regulares”. De hecho se espera la respuesta del nuncio de Paris, encargado de sondear a algunos obispos sobre el tema. La respuesta habría llegado, favorable por cierto, como anuncia Mons. de Guidi, encargado del asunto. Pero debe ser estudiada.

El 14 de julio parece un día de esperanza. El papa ha convocado al cardenal Barnabó para el 16. Pero el 16 la respuesta será menos positiva de lo esperado.

¿Qué ha ocurrido, exactamente? No está muy claro. Una carta del Padre Nicolet al Padre Favre, del 15 de julio, nos informa de que la congregación de los Obispos y Regulares prepara nuevas disposiciones algo extrañas para las congregaciones de votos simples, tanto para los Padres Maristas como para los Hermanos. Estos Institutos ya no tendrán el derecho de hacer nuevas fundaciones sin autorización de Roma. ¡Otra vez el problema de las nuevas congregaciones francesas “que dan más trabajo y molestias que los religiosos de todos los demás países!”

Habrá que pensar que el H. François no ha oído rumores de estas amenazas, tal vez poco fundadas, pues, para una congregación que, en solo uno de los años precedentes, había fundado más de 30 nuevas comunidades, hubiera podido dar bastantes inquietudes. ¡Menos mal que la Sociedad de María gozaba de la mejor de las consideraciones posibles y que Mons. Bizzarri iba a serle muy favorable!

Y coincidió que, por estas fechas, éste iba a entrar en escena. El 16 de julio, el H. François acompaña al cardenal Barnabó a la audiencia con el papa que sigue tan favorable: “Este asunto debe seguir su curso. No podemos dejar estancada una obra apoyada por tantas recomendaciones”, repite. Pero entonces, responde el cardenal, hay dos medios de hacerla progresar: o por la Propaganda, lo que sólo se puede hacer por una orden de Su Santidad, o por los Obispos y Regulares, lo que resulta más de acuerdo con los usos y costumbres y las constituciones.

“Hay que seguir, dice Pío IX, la marcha ordinaria y entregar inmediatamente el dossier a la congragación de Obispos y Regulares”.

El cardenal tiene aún la esperanza, a menos que lo diga por amabilidad, de que el estudio se pueda hacer sin dilación: “Mañana mismo, dice al H. François, entregaré vuestro dossier a la congregación. Puede usted ir a ver al cardenal prefecto y a su secretario Mons. Bizzarri, el martes próximo. Ellos os dirán si el trabajo se puede terminar pronto o si puede durar mucho. En el primer caso, se queda usted en Roma; en el segundo se vuelve a Francia y el padre Nicolet se encargará de su seguimiento”.

El 17, el H. François va a ver a Mons. Bizzarri para saber si la espera será larga. El Prelado responde que, tal vez se podría dar una aprobación al Instituto y a los artículos fundamentales de las Constituciones y el resto dejarlo para más adelante.

El 21, el H. François vuelve con el Padre Nicolet, pero resulta evidente que habrá que partir de cero. Mons. Bizzarri opina que el momento no es favorable; sólo hay dos reuniones plenarias antes de las vacaciones y el orden del día está ya muy cargado. “Pero, dice el Padre Niocolet, el H. François lleva 5 meses esperando”. “Pero, ¿cómo se explica, aduce el Prelado, que no haya venido antes?” ¿Fingía ignorancia y había dejado hacer gestiones que sabía inútiles y que, tarde o temprano, tendrían que dirigirse a él? El Padre Nicolet zanja el asunto diciendo que el papa ha decidido que todo el dossier pase de la Propaganda a Obispos y Regulares. “En cualquier caso, responde Mons.Bizzarri, yo no he recibido nada”.

Sin embargo, el cardenal Barnabó había prometido, no sólo transmitir el dossier, sino adjuntar una carta justificando el tiempo perdido. Por desgracia, se va a confirmar que el dossier no había sido transmitido inmediatamente, que el cardenal estaba ahora ausente y su despacho cerrado con llave. Hasta el 31 de julio, el dossier no llegará a su nuevo destino.

En ningún momento la agenda del H. François trasluce el mínimo gesto de mal humor. (4). El 31, al ir a buscar el dossier al despacho del cardenal Barnabó, pasa por delante de Sant’Andrea delle Fratre, iglesia de la Medalla Milagrosa, donde Rastisbona halló su conversión. Anota: *“mirada y suspiro hacia la Sma. Virgen”* (5).

Y vuelve a pasar al salir de la entrevista: *“Se decía una misa en la capilla del Smo. Sacramento y de la Virgen Milagrosa. Allí he acabado de rezar el rosario y he encomendado a María el paquete que llevaba” (el dossier de la petición).*

Llega al despacho de Mons. Bizzarri*:*

*-Hará falta tiempo para analizar este tema, dice el prelado.*

*-Antes de salir para Francia, me gustaría conocer las principales objeciones que se pueden aducir y las modificaciones que nos pedirán. Entiendo que no es posible solucionar el asunto antes de las vacaciones; pero, si pudiera nombrar el Consultor, nos podría decir qué piensa de todo esto.*

*-De ordinario no se da a conocer el nombre del Consultor para evitar se le moleste con visitas, pero puede usted tener aquí alguien de confianza, por ejemplo, un Padre Marista, que pueda seguir el tema… Supondría mucho trabajo si hubiera que revisar ahora todas sus Constituciones con vistas a la aprobación. La costumbre es dar primero una carta laudatoria, o aprobar sencillamente al Instituto, reservando para más adelante la aprobación de las Constituciones. Es lo que han hecho los Padres Maristas cuyas Constituciones aún no están aprobadas.*

*-Es también lo que deseamos nosotros: que se limiten ahora a la aprobación del Instituto, así como los artículos más importantes de la Regla, si les parece bien.*

El H. François sigue siendo modelo de respeto y paciencia: *“Contrariamente a lo que se me había anunciado, y probablemente porque el Papa le había hablado de nosotros, Mons. Bizzarri me trató siempre con bondad y afabilidad encantadoras. Habla un poco de francés, con mezcla de italiano. Nos comprendemos bien. Yo trataba de articular bien mi francés y él su italiano”* (6).

A la espera, continúa anotando sucesos, descripciones de lugares o ceremonias. En varios momentos se le adivina impresionado por la amabilidad de los pequeños romanos. Riñó severamente a algunos que jugaban con estrépito a la puerta de una iglesia. Pero ellos se mostraron dóciles a la reprimenda. Lo más probable es que les debió impresionar su mansedumbre y gravedad. En varias ocasiones pidieron poder besar su crucifijo.

En otra circunstancia, se emocionó al ver a una familia: *“la mamá que sujeta a su pequeño con una faja para que no se caiga al andar, los hermanos y hermanas mayores que llevan de la mano o en brazos a sus hermanitos. Bondad de María o de los santos hacia nosotros”* (7). Con toda naturalidad, su pensamiento pasa de la realidad terrestre a su paralelo divino. El celo, por ejemplo, que pone en su preparación de la audiencia papal le lleva a decirse que hay que hacer, por lo menos, otro tanto para presentarse ante Dios en la oración.

CAPÍTULO 43

1 –305 p. 57. Esta devoción se remonta, en Roma, al primer tercio del s. XVIII. Sacerdotes franceses, exiliados durante la Revolución, trasladarán a Francia esta devoción de la que el seminario de Lyon pareció haberse beneficiado. Marcellin Champagnat será su celoso heredero y el primero en introducir esta santa práctica en una parroquia, en 1817.

2 –305 p. 80.

3 –En su circular del 15 de diciembre de 1862, cuando el proceso de reconocimiento pontificio está a punto de concluir, el H. Louis-Marie recordará: “Fuimos a invocar de modo especial al Beato Labre (beatificado en 1860) a ejemplo de nuestro propio Fundador. Así se desprende de una carta del Reverendo Padre Champagnat hallada en la capilla levantada en honor del Beato en Amettes, diócesis de Arras, su lugar de nacimiento, a quien el Buen Padre fue a rogar y a quien, sin duda, encomendó el gran y difícil asunto del reconocimiento legal del Instituto que entonces perseguía… Nos decidimos a mirarlo como a nuestro patrón especial y extraordinario todo este año…” La carta aludida no ha sido encontrada.

El culto a San Benoît-Joseph Labre se extendió muy pronto tras su muerte en 1783, pero es muy posible que esto sea especialmente cierto entre la familia Champagnat; Marcellin se llamaba también Joséph-Benoît y su hermano más pequeño, que no sobrevivió, recibió también los nombres de Benoît-Joseph. Amettes está bastante cerca de Saint-Paul-sur-Ternoise donde Marcellin abrió una escuela en 1838.

4 –El H. Gébuin pudo decir: “Resulta difícil sobrepasar la veneración del H. François hacia la Iglesia y su unión con la jerarquía”. (P.S.V. p. 130).

5 –305 p. 129.

6 –305 p. 130-131.

7 –305 p. 136.

CAPÍTULO 44

Última audiencia y partida

Y llega, por fin, la audiencia del 9 de agosto que será la última. El H. François ha comprado 2000 medallas que quiere hacer bendecir, y cierto número de rosarios. El “*bussolante*” (portador de silla) tiene sus ideas sobre cómo presentar dichos objetos, lo que los lleva a ponerse de acuerdo y a simpatizar. François comprende y se hace comprender, algo que parece alegrarle sobre sus progresos en italiano. Llega el momento de entrar. Como para anteriores audiencias, describe el ceremonial de recepción.

Ya lo tenemos en conversación con el Papa.

*“Al verme, me dice: Ecco il superiore dei Fratelli di Maria”. Me postro a sus pies. Me da a besar el anillo y me indica me coloque ante él: sólo nos separaba la mesa.*

*- Se ha debido encontrar bien en Roma, pues este año los calores no han sido muy fuertes.*

*- Sí, Santísimo Padre, la estancia en Roma me resulta agradable: ¡se ven en ella tantas cosas bellas! Pero los retiros de los Hermanos van a empezar. Me considero muy feliz, antes de dejar la Ciudad Eterna, al poder obtener, una vez más, la bendición apostólica de Vuestra Santidad para mí y para todos los Hermanitos de María.*

*- Sí, los bendigo muy gustoso, y ruego a Dios los llene de su Espíritu, para que hagan mucho bien entre los niños que les son confiados. Mire, no se puede trabajar mucho durante el verano, hace demasiado calor. Pero después de las vacaciones, cuando tengamos la tramontana, ¡oh!, entonces iremos más deprisa… Así pues, buen viaje, ya que se marcha. Permanezca siempre muy unido al Centro”.*

Y con toda ingenuidad, el F. François responde: *“Santísimo Padre, me vuelvo lleno de confianza y penetrado de profundo respeto, reconocimiento y afecto renovado hacia la Santa Sede y me esforzaré en inspirar más y más estos sentimientos a mis Hermanos para que los trasmitan a los numerosos niños que tienen a su cargo”.* (1).

Nada que ver con el sentido de la eficacia que hubiera producido más de una crítica e irritación. El H. François es un campesino del s. XIX. Sabe que hay estaciones muertas. Es también el imitador de Champagnat y, si alguien tan tenaz como Champagnat pudo tener paciencia durante meses en Paris sin conseguir nada, puede decirse a sí mismo que el Señor tiene también sus tiempos y sus plazos.

Por otra parte, es hombre de principios. Un día podrá decir: *“Voy poco a poco y me encuentro bien; el tiempo es buen consejero”.* Lo aprendió de San François de Sales cuando censura a quienes quieren hacer varias cosas a la vez: *“Lo llamaba: querer enhebrar varias agujas a la vez. Cuando hacía algo… ponía sus cinco sentidos como si no tuviera otra cosa que hacer”* (2). También San Vincent de Paul pensaba lo mismo: *“una sabia lentitud, siempre activa, pero bajo la mano de Dios: tal es el verdadero carácter del celo fecundo en grandes obras”* (3). Y Pío IX dice de sí mismo: *“Voy a paso de tortuga, pero siempre hacia adelante. Soy tortuga, pero no cangrejo”* (4).

El H. François se limita a ser todo ojos y todo oídos ante este Papa que ve por última vez: *“La fisionomía del Santo Padre me parecía radiante de suavidad, de gracia y majestad. Hablaba con amable y afectuosa sonrisa y me sentía a gusto junto a él. La impresión que sentía en aquel momento jamás se borrará de mi memoria, y mi estancia en Roma será una de las mejores épocas de mi vida”* (5).

Más tarde anotará: *“En el ejercicio de la dirección, representarme a Nuestro Santo Padre el Papa Pío IX. ¡Que noble afabilidad!”.*

El 11 de agosto, se dirige con el Padre Nicolet a ver a Mons. Bizzarri para comunicarle su partida y decirle que el Padre Nicolet se encargará de seguir la evolución del asunto. Se extraña al seguir siendo bien recibido por el irascible Bizzarri y atribuye a la protección de la Sma. Virgen estas buenas relaciones. Pero sería justo atribuirlas también a su propia amabilidad.

*“Ahora que el asunto está encarrilado y en marcha,* le dice al cardenal Barnabó, a quien saluda por última vez, *ya no me inquieta el tiempo; por el contrario vería complacido que se tome todo el tiempo necesario para seguir y examinar nuestras Reglas y Constituciones (pues sabemos que irá en nuestro propio bien, ya que sólo nos preocupa el bien del Instituto y afianzarlo con solidez). - Nunca hay que precipitarse, responde el prelado, y sobre todo en tema tan importante como la aprobación de un Instituto religioso”* (6).

Antes de la separación definitiva, el Padre Nicolet tiene varias conversaciones con el H. François. Le deja esperar un buen final para sus gestiones, aun contando con la lentitud romana: *“Se espera mucho de las dos Sociedades de Padres y Hermanos. Por eso no se os ha despedido como a otras varias que se han presentado este año y a las que no se han admitido sus demandas, porque en Roma están cansados de tantas nuevas congregaciones como se fundan en Francia”* (7). El obispo de Toulouse ya se lo había dicho a Su Eminencia el cardenal de Bonald al regresar de Roma en 1847.

Sin duda también, cuando la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854, el mismo cardenal había podido saber que tal seguía siendo el sentimiento romano respecto a las nuevas congregaciones francesas que habían tenido la torpeza de “hacer muchas tonterías” como decía el Padre Nicolet en carta al Padre Favre, pero que, además, provocaban también “celos en muchos prelados italianos”. La Santa Sede estaba algo asustada por el hecho de la disminución de las congregaciones en Italia, a excepción de los Redentoristas”.

El H. François necesitará todavía una paciencia angelical con el cardenal della Genga, prefecto de la congregación de Obispos y Regulares, con el que pudo tener audiencia el 16 de agosto. Tras seis meses de gestiones y de haber tejido verdadera amistad con el cardenal Barnabó, con Mons. Bizzarri y otros varios, tuvo que oír, en la primera salutación de este personaje, la cantinela tantas veces machacada: *“¡Otro nuevo Instituto! Pero ya hay demasiados con el mismo fin; pronto va a ser un verdadero lío”.*

Por otra parte, el Padre Nicolet, en su carta al Padre Favre, que confía al H. François*,* habla de nuevas disposiciones con respecto a los Institutos de laicosque “Roma se niega a dejarlos andar solos”. En la línea de lo que se había dicho años antes al Padre Colin “Roma desea que una persona eclesiástica tenga sobre él (el Instituto) cierta inspección y hasta cierta dirección. Por ejemplo, no se les dejará tener su Capítulo general, ya sea para la elección de Superior general o para otras circunstancias, sin que un delegado del Obispo o del Superior de los Padres Maristas esté presente. Es el derecho” (8).

El H. François ignora el contenido de esta carta, pero es de suponer que no le disgustaría, ya que tanto deseaba tener lazos más estrechos con los Padres (9).

El sábado 21, última travesía de Roma en coche con el Padre Galabert, asuncionista, rezando el rosario “a propuesta del Padre”.

Salen de Roma a las 18 horas, están en Civitavecchia al día siguiente a las 7 de la mañana. A las 10, embarque, mareo desde mediodía hasta medianoche. Llegada a Marseille el 23 a las 18 horas. El Padre Alzon está allí. A las 21 horas, el H. François pierde el tren para Lyon, a donde llega el 24 a las 9’30 horas. Desde allí toma el ómnibus para Saint-Genis-Laval.

El 25, después de la misa, se puede dirigir a los Hermanos para explicarles lo realizado durante estos largos meses de ausencia.

Pero tiene muchas visitas que hacer: a Notre-Dame de Fourvière para empezar, y al cardenal o a su vicario general, Mons. Pagnon, el 26 de agosto, y por fin el 27 al Padre Favre. Toma luego el tren para Paris, va a ver a los Padres Maristas, a los Hermanos de las Escuelas Cristianas, a los Hermanos Maristas de Plaisance. El 29 sale para Lille y Beaucamps. El 30 dirige una alocución a los Hermanos reunidos para el retiro y va a saludar a la condesa de La Grandville.

El 5 de septiembre, sale de Beaucamps para Paris, el 6 para Lyon y, el 8, podrá asistir a la bendición de la capilla provisional de Saint-Genis-Laval.

El 27 de septiembre nos lo encontramos al final del retiro en Saint-Paul-Trois-Châteaux, luchando, con su fe habitual, no contra el agua como en l’Hermitage, sino contra el fuego. Escuchemos el testimonio del H. Ubald (11).

“Se había preparado a la Virgen un magnífico trono, con una representación de la Medalla Milagrosa. Era muy hermoso. Durante el canto del *Te Deum* el cabo de un cirio encendido cayó desde uno de los rayos y prendió el espléndido trofeo de la coronación. Invadió todo el altar, pese a la rapidez y a la generosa intervención de varios Hermanos. Atacó la madera del monumento. Las llamas se elevaron y alcanzaron el techo del coro de la antigua y venerada capilla de Notre-Dame de Pitié, que representaba un cielo con hermoso trabajo de madera.

Ante el gran peligro que amenaza todo el viejo convento, el H. François, al fondo del santuario, se pone de rodillas y, lleno de fe, hace una ardiente plegaria por el cese del amenazador incendio. Cosa extraña, el techo, de madera seca y carcomida, antigua de varios siglos, no se prende y el fuego, que amenazaba con abrasarlo todo, no se propaga. ¡Todos lo tomaron por un milagro!” (12).

El daño fue importante, pero cubierto por la compañía aseguradora. Al día siguiente, en la primera reunión, el venerado y digno Superior dirige a los Hermanos, todavía emocionados, una patética instrucción. Para levantarles los ánimos, cita el texto encantador del ángel proponiendo a Gedeón ofrecer un sacrificio, encendiendo el fuego y despareciendo detrás de la llama que ha hecho salir de la roca. *“La Buena Madre*, concluye sonriente, *ha querido también, en su alegría, rodearse de llamas”.*

Pero todo este trajín de idas y venidas no hace sino relegar provisionalmente la idea que vuelve muy fuerte cuando la vida recobra su ritmo ordinario: tengo que presentar la dimisión.

CAPÍTULO 44

1 – 305 p. 142 y ss.

2 – 303 p. 55.

3 – 303 p. 57.

4 – 301 p. 152.

5 – 305 p. 149.

6 – 395 p. 153.

7 – 305 p. 159.

8 – En efecto, el Capítulo de 1863 será presidido por el Padre Favre.

9 –A estas tensas relaciones entre la Santa Sede y ciertos medios eclesiásticos franceses, habría que añadir las causadas por el galicanismo terminal de ciertos obispos franceses, que quieren regentar solos dichas congregaciones de mujeres y aceptan a regañadientes su reconocimiento pontificio y su dimensión misionera.

10 – Fundador de los Asuncionistas.

11 –El H. Ubald (Joseph-Eugène Jarin), nacido el 1837 en Saint-Christophe (Drôme). P.S.V. p.135. El H. Fiacre (id. p. 502) habla también del hecho, pero sobre todo para destacar la confianza del H. François en la conclusión festiva del episodio de Gedeón.

12 –El H. François hace una breve alusión a este episodio, de forma algo misteriosa, pero añadiendo la fecha y el lugar: 27 de septiembre de 1858, en Saint-Paul-Trois-Châteaux. 310 p. 429.

CAPÍTULO 45

Dieciocho meses en Saint-Genis-Laval

Al volver de Roma el H. François, Saint-Genis-Laval se ha convertido en una colmena rebosante de actividad. La mayor parte de los Hermanos de l’Hermitage han llegado a Montet el 6 de agosto de 1858, mientras el Superior General se disponía a abandonar la Ciudad Eterna. Cuando vuelve de Lille hacia Lyon, los novicios, por su parte, se están instalando en la nueva Casa Madre.

¿Y qué era de l’Hermitage? Permanecían allí una docena de Hermanos para cuidar esta casa vacía y ocuparse de la huerta. Los vecinos andaban desconcertados y algunos refunfuñaban, éste porque ya no oía el armonio que había regalado a la casa y aquélla al no ver la casulla blanca ofrecida a la capilla. Y es que los objetos, tras las personas, habían tomado la dirección de Saint-Genis-Laval.

L’Hermitage se convertía en un desierto, mientras que la pobre casita de La Valla recobraba nueva juventud. El famoso H. Vincent, que se sacaba sus dineritos como sacamuelas en Saint-Chamond, los jueves y días de asueto, podía iniciar un pequeño internado que iba a adquirir grandes proporciones.

¿Se iba a abandonar la casa del Padre Champagnat? El H. François había aceptado la decisión de Saint-Genis, pero tal vez no había calibrado hasta qué punto la casa iba a quedar vacía. Si en algún momento se había pensado en hacer de ella un lugar de retiro, esta era la ocasión. Pues, bueno, si hacía falta un ermitaño, ¿no sería su vocación? *“Para ser superior he tenido 20 años de preparación y 20 años para serlo. ¿Tendré otros 20 como reparación?”* (1). ¿Cuál sería el momento elegido por el Señor?

El trabajo inmediato era visitar a todos los Hermanos para explicarles sus gestiones romanas. El 26 de diciembre había una salida de misioneros. Aprovecharía para enviar noticias a todos los Hermanos de Oceanía. Esto le parecía tanto más importantecuanto, al menos en apariencia, la actitud de Roma era menos opuesta a la unión de los Padres y los Hermanos. Con el cardenal Barnabó, se había hablado siempre de un contexto misionero donde las dos ramas iban juntas. Cierto que la autorización pontificia no vendría por medio de la Propaganda, pero, al menos, el H. François se ponía a soñar y podía escribir: *“Actualmente, se puede afirmar que nuestra causa se identifica en Roma, de alguna manera, con la de los Padres”.* Para los Hermanos misioneros, inquietos por el giro de los acontecimientos, no dejaba de seralgo tranquilizador.

El año 1859, está marcado por una hermosa circular sobre la piedad. Pese a su longitud, y parecida en esto a las del H. Louis-Marie, nada nos impide verla completa viniendo del H. François. En primer lugar, tuvo tiempo de pensarla durante sus “vacaciones romanas” y, luego, es el tema que mejor le va, pues, de forma innegable, tiene profunda experiencia de la vida de unión con Dios. Y, además, sólo expresa cosas sencillas con muchas citas, lo que se compadece con su costumbre de transmitir sus ideas a través de las ideas de autores espirituales. Cita mucho al Padre Champagnat, nuestros libros y a los grandes autores ascéticos. Y en ella hay actitudes donde se retrata muy bien. Por ejemplo, en la ternura respecto a María: *“La piedad nos procura un afecto sin fisura hacia la reina de los santos, la augusta María, obra maestra del poder, de la sabiduría y de la bondad de Dios, la más perfecta imagen de la Trinidad* *y el objeto especial de su eterno amor”* (2).

Otro ejemplo, su amor por la Iglesia: *“La piedad nos llena de ternura hacia la santa Iglesia romana, hacia el Soberano Pontífice, Vicario de Jesús Cristo en la tierra, hacia los obispos, los sacerdotes y todas las personas consagradas a Dios”* (3).

Y para terminar, ese “franciscanismo” del protector de los pájaros: *“Estos sentimientos*, dice, *se extienden también, en su justa proporción, a las criaturas insensibles en el sentido de que son de Dios y vienen de Él. El gran San Francesco de Assisi, tan admirable en su piedad, las llamaba sus hermanos, sus hermanas: los hermanos pájaros, la hermana oveja, el hermano fuego… ¡Oh!, ved cómo la piedad, con sentimientos tan puros y suaves, da vida a todo, cómo aumenta, eleva y santifica todo cuanto nos rodea”* (4).

Y añade: *“¿Quién nos podrá librar de esa tan funesta dureza de corazón? ¿Quién nos dará el corazón tierno y dilatado que hace atractiva la ley de Dios, que la hace abrazar con valor y perseverancia? La piedad. Nuestro corazón, naturalmente duro e indócil, ingrato y rebelde, inclinado al placer de los sentidos y opuesto a la ley del Espíritu, se ablanda por la oración y la plegaria”* (5).

Las comparaciones son también del enfermero y del que cuida enfermos. Habiendo mencionado el pensamiento del Padre Champagnat, “La negligencia en la oración ha preparado siempre vuestras duras caídas”, comenta: *“Las fuerzas de nuestra alma se agotan… Si la piedad no acude a repararlas y renovarlas, ya no conectan ni con los deberes que cumplir, ni con las tentaciones que vencer, ni con las virtudes que practicar; nos hallamos inermes ante las pruebas de la humildad, de la obediencia y demás virtudes, inermes ante los consejos evangélicos, nuestra vocación, nuestros votos y ante los mandamientos de Dios”* (6).

*“Lo mismo que en la economía de la salud corporal, es muy importante disponer de alimentación bien preparada, tomada de forma adecuada y regularmente; de idéntica forma, para la salud espiritual de nuestras almas es primordial que los ejercicios de piedad se preparen con cuidado, se hagan con atención y siempre en el tiempo indicado”* (7). Al terminar, hace una breve alusión a la esperanza que le embarga de final feliz “en nuestro asunto de Roma” (8).

¿Era ya su canto de cisne? La circular del 31 de diciembre que se inicia con fuerte llamada a encontrar dinero para construir “una verdadera capilla”, se parece más al estilo del H. Louis-Marie. El tema: “Somos templo del Espíritu Santo” se desarrolla con lenguaje mucho más teológico, para volver al final sobre el templo material a edificar, y pedir ayuda a los Hermanos, familias y bienhechores. Se prevé gratificar a los donantes con un retrato del Padre Champagnat que se piensa imprimir. Se piensa también en la venta de un mapa de Jerusalén junto con un volumen explicativo en beneficio de la capilla.

Incluso si se alude al Padre Champagnat con la frase: pese a su amor a la pobreza “quería que para la capilla y cuanto sirve al culto divino no se escatimara y que los ornamentos y vasos sagrados fueran no sólo decentes sino ricos”, es evidente que la idea corresponde sobre todo a una fuerte preocupación del H. Louis-Marie que se prolongará varios años.

En cualquier caso, parece claro que el H. François había hecho discernimiento sobre su propia situación. Por un lado, y a su regreso, se ha vuelto a topar con los mismos problemas: vocaciones inestables, comunidades sin el fervor suficiente y numerosas peticiones de escuelas que impiden dar a los Hermanos la formación necesaria. ¿Cómo resistir? Los 26 obispos, firmantes de las cartas de recomendación, en extremo elogiosas, que el H. François pudo presentar al Papa, esperan algo a cambio. Los párrocos que dirigen vocaciones hacia l’Hermitage se permiten también insistir en favor de una escuela a fundar o a ampliar.

Además, están las divergencias entre el H. Jean-Baptiste y su idea de que los internados son verdaderos “revienta-Hermanos” y el H. Louis-Marie que quiere esos mismos internados para lograr con más rapidez el dinero con que liquidar las deudas.

Pero, para disminuir estas deudas, ¿no se podrían haber evitado gastos suntuosos en la construcción de Saint-Genis: ventanas cimbreadas en la planta baja o pilares del claustro de piedra tallada? El Padre Champagnat construía mucho, pero siempre con sencillez. Cierto que el H. Louis-Marie había podido responder a tal objeción, diciendo que el cardenal había visto los planos y no había encontrado nado contrario a la sencillez.

Después de todo, las divergencias de puntos de vista entre responsables son propias de todas las administraciones; lo que no impide seguir adelante. No, el único verdadero obstáculo que el H. François podrá aducir es el de la salud. *“¿Qué podré hacer, si reconozco no tener ya la fortaleza del cuerpo ni de la salud?”* Esta pregunta del primer día volvía con fuerza lancinante al cabo de veinte años. El alivio experimentado, de vez en cuando, suponía más un retraso que una curación.

Ahora bien, al cabo de los años, desde 1852, la responsabilidad había aumentado, tras la decisión del Padre Colin de cederle todo el poder. Desde luego, había logrado adaptarse y hacerse justa idea del papel de Superior, sabiendo delegar en vez de pretender hacerlo todo: “*El verdadero Superior sólo debe realizar lo que ninguno más puede llevar a cabo”* (9).

Pero llegó el momento en que el enfermo se pudo decir: he aguantado lo necesario para poder franquear ciertas etapas esenciales: obtener el reconocimiento legal del gobierno francés; dirigir el Capítulo General y solicitar la autorización pontificia. El intermedio de Roma, al centrarme sobre un solo problema, me ha liberado de otras preocupaciones, pero de forma temporal. Y esos problemas invaden ahora mi espíritu que los dolores de cabeza hacen cada vez más inepto para la reflexión tranquila. Por otra parte, estos siete meses de ausencia muestran bien a las claras que mi papel personal en la dirección de la congregación no es indispensable y que otro puede ejercer la autoridad suprema mejor que yo.

Sí, estaba claro. Las Reglas de Gobierno, redactadas en el Capítulo de 1854, exigían para el Superior General disponer de buena salud. Se apoyaría en este artículo para renunciar a la tarea que ya no consideraba ser la voluntad de Dios sobre él.

CAPÍTULO 45

1 – 301 p. 99.

2 –Circ. 2 p. 337. El 7 de diciembre de 1859, Pío IX presentó a la Sagrada congregación de Obispos y Regulares un elogio de los Hermanitos de María.

3 – Circ. 2 p. 357.

4 – Id. 358.

5 – Id. 359.

6 – Id. 362.

7 – Id. 362.

8 – Id. p. 364.

9 – 304 p. 799-801.

CAPÍTULO 46

El Capítulo de 1860

La sesión de 1854 había permitido prever un Capítulo extraordinario, si se debía estudiar un asunto considerado muy importante. Los Hermanos estables son, pues, convocados para el 16 de julio de 1860. No hacía falta elegir capitulares. El mínimo requerido era de 33; había 36 Estables vivos, pero por razones diversas, hubo 3 renuncias (1).

El 17 de julio, a las 8 de la mañana, los Capitulares y la comunidad se dirigen a la capilla, situada en el ala norte de la casa de Saint-Genis. La ceremonia de apertura está presidida por la Padre Vachon. Tras el *Veni Creator* y la misa del Espíritu Santo, la comunidad se dirige al primer piso, cantando las letanías de la Sma. Virgen y el *Inviolata.* Se llega a la sala capitular, en el primer piso del pabellón sudeste. Allí se ha preparado un estrado cubierto con una estera de Oceanía; hay un sillón y la mesa del presidente. A ambos lados del estrado, 3 sillas para los Hermanos Asistentes. En el centro de la sala, a la derecha del presidente (lado oeste), la mesa de los secretarios; a la izquierda (este), la mesa de los escrutadores sobre la que reposa la urna para los votos, Finalmente y en semicírculo, frente al Consejo, las sillas de los Capitulares. La sala está adornada con algunos cuadros religiosos; detrás del presidente y por encima, el retrato del Fundador recuerda su presencia. El Padre Vachon canta una oración a la Sma. Virgen y se retira. Los Capitulares se sientan y el 3er Capítulo General es declarado regularmente abierto. Se inicia con una alocución del H. François: … *“Este Capítulo se reúne sobre todo, como dije en la circular de convocatoria, para proporcionar ayudas y colaboradores al Consejo. Veis y sentís la necesidad y la urgencia de esta medida, dado nuestro* (2) *estado de salud y la tarea cada vez más pesada que debemos realizar, a medida que la Sociedad se propaga y se multiplica”* (3).

El Hermano hace luego alusión *“a la necesidad que tenemos del Espíritu de Dios para las elecciones a realizar y propone dirigirse especialmente a María, a ejemplo del piadoso Fundador y según la práctica constante del Instituto”.*

En la segunda parte evoca el buen espíritu general de los Hermanos y el desarrollo del Instituto: *“Si el buen Padre Champagnat apareciera hoy entre nosotros, se vería muy contento y feliz al ver aquí a los representantes de la Sociedad numerosa que tanto amó… La Sociedad se extiende, no solo por toda Francia, sino por Bélgica, Inglaterra y muy pronto no habrá sólo una misión de los Padres Maristas en Oceanía donde el Instituto también tendrá la suya* (4).

Pero, ¡ay! He aquí el reverso de la medalla: “*Es cierto que en medio de todos estos motivos de alegría y consuelo no nos faltan pruebas y penas, pues podemos decir, con el Apóstol, que la solicitud por todas las escuelas atrae sobre nosotros cantidad de preocupaciones que nos asedian a diario:… molestias y persecuciones; temores y recelos ante la conducta con frecuencia poco regular y nada edificante de algunos Hermanos…”* (5).

Y, naturalmente, la cuestión financiera causa, también, de muchas preocupaciones.

A las 10’45 se levanta la sesión para permitir la reflexión sobre los nuevos estatutos capitulares.

Esta jornada del 17 no descubre con claridad el objetivo del mini Capítulo. Todo se va a decidir el día 18. El H. François aborda tranquilamente la cuestión como algo *“largamente debatido en consejo y maduramente examinado, siempre con vistas al bien general del Instituto. La decisión a tomar versará sobre dos puntos: dimisión del Superior y elección de un Vicario”.*

El H. François explica que ha hablado con el Padre Favre, Superior general de los Padres y que éste, en Roma, ha consultado con Mons. Bizzarri. Dicho prelado ha dado la respuesta más clásica posible: “Conviene no hacer cambios, pero si el Superior general no puede cumplir sus funciones, debe ser substituido por el primer asistente”. No se aprecia bien el carácter profético de esta respuesta, pero así aparece para el Consejo, que la recibe como expresión de la voluntad de Dios. “Sólo el amenazado por la carga se quedó espantado”, dice un comentador, o sea, traducido: el H. Louis-Marie.

El H. François continúa: *“Por eso les propongo revestir al Cmo. H. Louis-Marie de la plena y total autoridad y de los poderes necesarios para la administración y gobierno general del Instituto como Vicario General. Y lo hago con tanta mayor confianza cuanto me parece, por las palabras que el Padre Champagnat nos dirigió a los dos días antes de morir, que el buen Padre ya preveía lo que ocurre hoy. Saben ustedes bien que, desde mi primer nombramiento, hemos permanecido siempre juntos para tratar los asuntos de la Congregación, sea en Notre-Dame de l’Hermitage, en Paris o en Roma, de donde nos viene la indicación de tomar esta medida en las circunstancias en que nos encontramos”* (6).

La asamblea tiene, tal vez, un momento de incertidumbre, pero entonces, el H. Jean-Baptiste interviene para apoyar la petición del H. François, pues ya, evidentemente, ha asistido a los consejos precedentes a este Capítulo y es el más indicado para decir que esta vez, hay que aceptar.

El Capítulo va, pues, por unanimidad, dar al H. Louis-Marie “todos los poderes del Superior con toda la responsabilidad para ejercerlos según las Reglas y Constituciones, hasta la muerte del Reverendo H. Superior o hasta que nuevo Capítulo general ordene otra cosa”.

El H. Louis-Marie llora a lágrima viva y trata de defenderse, pero los principios son los principios: el elegido debe aceptar. Tras la ceremonia del abrazo fraterno, los Capitulares proceden a la elección de tres nuevos asistentes: los Hermanos Théophane, Philogone y Chrysogone.

El H. Louis-Marie retoma la palabra para expresar su sumisión al Capítulo. Declara, con gran edificación general, que desea permanecer sumiso al H. François para su conducta personal, y se compromete a hacer con él su capítulo de culpas y pedirle todos los permisos personales.

Con las más vivas instancias, suplica al H. Jean-Baptiste le sirva de monitor para el aviso fraterno. Hace luego el panegírico de sus dos antiguos compañeros y después el de los tres nuevos asistentes para terminar arrojándose a los pies del H. François y suplicarle le bendiga así como a todos los Capitulares. Se recita un Padrenuestro y un Avemaría y el H. François pronuncia las palabras de la bendición. Rezo del *Angelus,* nuevo abrazo fraterno, se queman las papeletas y se levanta la sesión. Son las 13 horas.

Al día siguiente, 19, el H. Jean-Baptiste hace votar, por unanimidad, las nuevas apelaciones que quedarán fijas: Reverendo Hermano General, para el H. François, y Reverendo Hermano Superior, para el Hermano Louis-Marie.

Ya no hay ninguna duda. Pese a las propuestas iniciales, ya no se trata de un Vicario general, bajo las órdenes de un Superior. Jurídicamente, el H. François sigue a la cabeza de la congregación. En la práctica ha dimitido. Ya no intervendrá en el gobierno.

Queda un día de trabajo, el 20 de julio. El H. François lo aprovechó para suprimir cualquier equívoco sobre su nuevo estatuto. Con palabras muy sentidas anunció que su autoridad sobre el Instituto había cesado. Pese a cualquier título que se le pudiera dar, desde entonces debía ser considerado, sencillamente, como el abuelo. A las 16 horas terminaba el Capítulo y los Capitulares se despedían para volver a sus puestos. Habían votado, entre otras mociones, la de hacer realizar el retrato del H. François en el plazo de seis meses.

El H. François iba a tomarse la molestia de escribir una hermosa circular para dejar claro que había tenido que cesar por problemas de salud, pero que de ninguna manera se iba a desinteresar de sus Hermanos. *“Al descargar sobre otro penosas e importantes funciones que ya no podía cumplir, siento que mi afecto, mi cercanía para con vosotros y mi solicitud por cuanto atañe al Instituto no disminuirán un ápice; por el contrario, sólo podrán aumentar mientras Dios me conserve sobre la tierra. En efecto, cuando se ha permanecido durante 20 años a la cabeza de una Institución tan querida e interesante como la Sociedad de los Hermanitos de María, cuando se han tenido contactos tan frecuentes, tan íntimos y tan agradables con los miembros que la componen, ¿se los podrá olvidar? Y estos dulces sentimientos, estos preciosos recuerdos ¿no quedan grabados en el espíritu y el corazón con caracteres indelebles? ¿No constituyen un bálsamo precioso para todos los instantes de la vida?*

*¡Oh sí!, mis muy queridos Hermanos, os he amado siempre con ternura y siempre os amaré de la misma manera. Sí, vuestro recuerdo será grato a mi memoria, y nunca cesaré de preocuparme por vosotros para procuraros todos los bienes espirituales y corporales que podáis necesitar”* (7).

El 26 de agosto se iniciaba el primer retiro anual de Saint-Genis-Laval. El H. Louis-Marie lo dirigía con la competencia que iba a mostrar durante casi 20 años. El H. François, por su parte, había llegado a l’Hermitage la víspera, el sábado 25 de agosto, y escribía en su diario: *“vida oculta en Dios con Jesús, María, José en Nazaret, Moisés sobre la montaña y Jean-Baptiste en el desierto. Silencio respetuoso en el gran relicario del Padre Champagnat”* (8).

Y en su cuaderno de resoluciones del retiro (1860), leemos el programa espiritual que se ha trazado: *“Reparar el pasado, emplear el presente, preparar el porvenir eterno. Representarme a Jesús, María, José y los Santos en la soledad. ¡Oh, Dios mío y mi todo! Haz que sea siempre todo tuyo”* (9).

Se adivina que ingresa en una vida contemplativa habitada, parece ser, por el profundo sentimiento de unidad y unión, no sólo con sus Hermanos, sino con el conjunto de los religiosos: *“Haced, Señor, que todos los religiosos de las congregaciones establecidas en la Iglesia lo hagan mejor que nosotros; y que hagamos todos los esfuerzos para hacerlo como ellos, para vuestra mayor gloria y la salvación de las almas que todos deseamos en todo y para siempre”.* Este pensamiento conecta con la nota escrita nueve años antes, adaptada de San François de Sales: *“Los Hermanitos de María hablarán siempre con mucha humildad de su pequeña congregación y preferirán a las demás en cuanto a la estima y el honor. Pero la preferirán también a todas las demás en cuanto al afecto, el apego y el amor; darán voluntario testimonio, en cualquier ocasión, de lo contentos que están en esta vocación y de lo agradable que les resulta vivir en ella”* (10).

Es una característica del H. François saber admirar a quienes, por una apreciación menos humilde, podrían aparecer como contrincantes. “Le gustaba apoyarse en los ejemplos de San Jean-Baptiste de la Salle y del Muy Honorable H. Philippe, sobre todo para la enseñanza del catecismo y la preparación a la Primera Comunión” (11).

Durante algunos meses, debió pensar en una vida puramente contemplativa en la línea del Padre Colin en la Neylière. Escribía a este respecto: *“Me veo como una vieja vasija desportillada, rajada, que ya sólo sirve en el hogar para los usos más bajos”* (12).Pero, el 19 de octubre, el H. Louis-Marie le nombre director de l’Hermitage: “Le hago lo mismo que usted me hizo, le escribe. Le doy todo poder y responsabilidad para esta casa, como usted me lo dio para todo el Instituto” (13).

Era, tal vez, una forma de decirle: Se inquieta usted, y con razón, por el porvenir de l’Hermitage. Vea de qué manera se le puede dar nueva vida. El H. François empezaría por preocuparse de la casa, por muy pobre y reducida que fuera. Además de la dirección de una docena de personas, asegurará un trabajo de jardinería, construirá, restaurará muros con piedras sin argamasa para sostener los diferentes niveles de los terrenos. En pocas palabras, se preocupará del mantenimiento de la finca.

Se preparará un pequeño huerto, más arriba de la casa, transportando piedras y tierra y haciendo muretes, para disponer, en l’Hermitage, de un lugar donde cultivar plantas medicinales.

Consagrará tiempo para leer, pluma en mano, para recoger por escrito recuerdos referentes a la casa con el estado de los lugares en diferentes épocas. Rezará, servirá de edificación. A cada día su afán. Poco a poco podrá discernir lo que el Señor quiere de él. El H. François está totalmente disponible. El 4 de noviembre de 1860, escribe: *“Me he entregado por completo a la casa de Notre-Dame de l’Hermitage para representar en ella lo mejor posible al Padre Champagnat”* (14). Su ideal de siempre.

No le correspondía redactar circulares, de otra manera hubiera podido contar muertes edificantes, anotadas en sus cuadernos, ocurridas en Saint-Genis, días antes de presentar la dimisión. Se trata de un Hermano y un novicio, 18 y 15 años respectivamente. Felizmente, los cuadernos del H. François han conservado su recuerdo, de un espíritu de fe asombroso.

El doctor les ha dicho que pidan los últimos sacramentos. *“Esta noticia sólo les produjo una sensación de felicidad. Poco después, el mayor dijo al más joven: Hermano mío, vamos a marchar juntos. -¡En buena hora! Pero, dice éste al enfermero: (el H. Autal tiene piernas muy largas) no podré seguirle (como si se tratara de un paseo). Horas después fui a verlos, me pidieron poder hacer los votos antes de morir (11 de junio de 1860). Y, en efecto, los emitieron juntos antes de ser administrados (18 de junio). El H. François d’Assise hizo el voto de obediencia y el H. Autal, que ya lo tenía, los otros dos. ¡Qué alegría mostraban! El 21 de junio, día de San Louis de Gonzague, el H. François d’Assise me dijo: Me gustaría, morir hoy; tomé el hábito el año pasado tal día como hoy. – Y usted querría que San Louis de Gonzague, que le dio el hábito de Ia Sociedad de María, le diera también el hábito de la gloria del cielo. – ¡Oh!, ¡cuánto me alegraría! – Pero, añadí, ¿y si San Louis le dijera que tenía que pasar tres días en el purgatorio y que quiere que los pase en su cama? – La respuesta saldría rápida, dijo al instante.*

*Al día siguiente, vino su padre a verle y el Hermano se puso a reír y le dijo: ¿Por qué se apena, padre? ¿Qué saca con eso?” Este virtuoso padre, al marchar, le dijo al Hermano Enfermero: “He dicho adiós a mi hijo, pero lo veo tan tranquilo y feliz que no puedo llorar, ni afligirme por su muerte”.*

*Al día siguiente, sábado, fui a verle a las 6 y media de la mañana y le dije: “Y bien, hijo mío, la Sma. Virgen ha querido que pueda ver aún este día que le está consagrado. Tal vea lo ha escogido para llevarle con ella. –Tal vez, dijo. Le di algunos encargos del Instituto para el cielo y los aceptó gustoso. A las 8 y media entraba en la casa de su eternidad… El H. Autal que tan bien le había imitado durante su enfermedad, le siguió 5 días después”* (15).

¡Qué diferencia en las motivaciones y perspectivas con los suicidiosque afligen a nuestra época! En cualquier caso, estas *fioretti* podían entusiasmar a quien iba a convertirse, al menos en parte, en enfermero y cuidador de enfermos.

CAPÍTULO 46

1 – El 2 de septiembre de 1855, 42 Hermanos habían emitido el voto de estabilidad, pero en 1860, sólo 36 seguían con vida.

2 – No es, sin duda, un plural mayestático, empleado para designarse a sí mismo, sino que sus tres colaboradores tuvieron, también ellos, una salud bastante deficiente.

3 – AFM 31.03.001 y Avit, *Anales* 1860, p. 473, nº 25 y ss.

4 – Id.

5 – Id.

6 – Los detalles de este Capítulo se encuentran en AFM 31.03.001. El H, François subraya algo más ampliamente la misma idea en la circular del 21 de julio.

7 – Circ. 2 p. 406-407.

8 – 301 p. 55.

9 – 304 p. 1495.

10–Indica como referencia: Esprit de Saint-François de Sales III, PCV. Citado en P.S.V.: testimonio de H. Marie-Dominique Couchet.

11–El que habla es el H. Archipe (Bonnet) y que añade: “A su regreso de Paris, no cesaba en sus elogios de cuanto había visto y oído entre los Hermanos de las Escuelas Cristianas (P.S.I. p. 186).

12 – 301 p. 99.

13 – 301 p. 95.

14 – 301 p. 96.

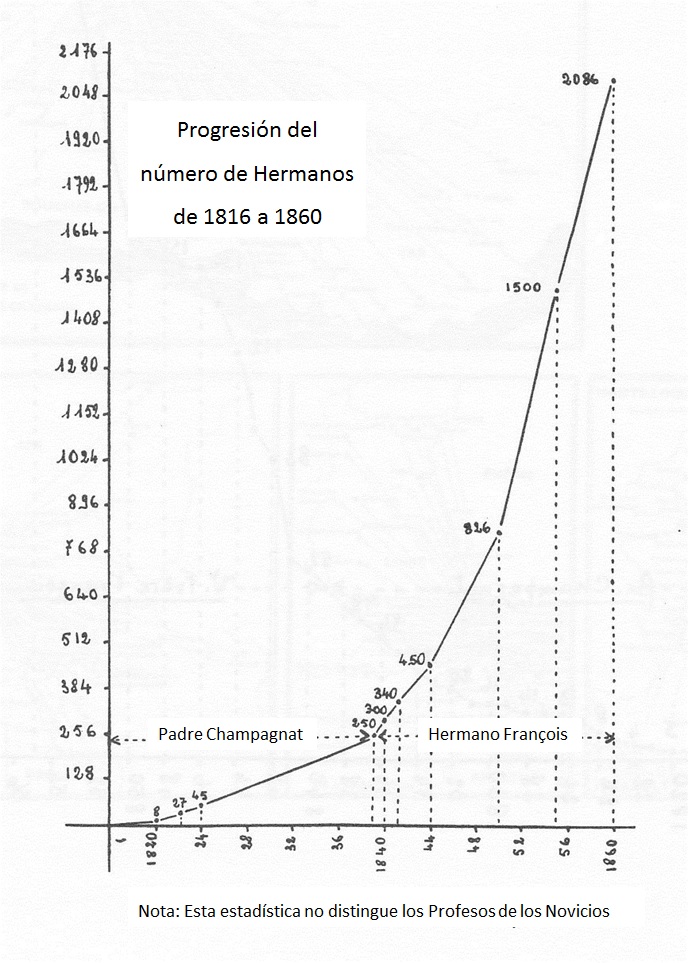
15 – 310 p. 390-391.

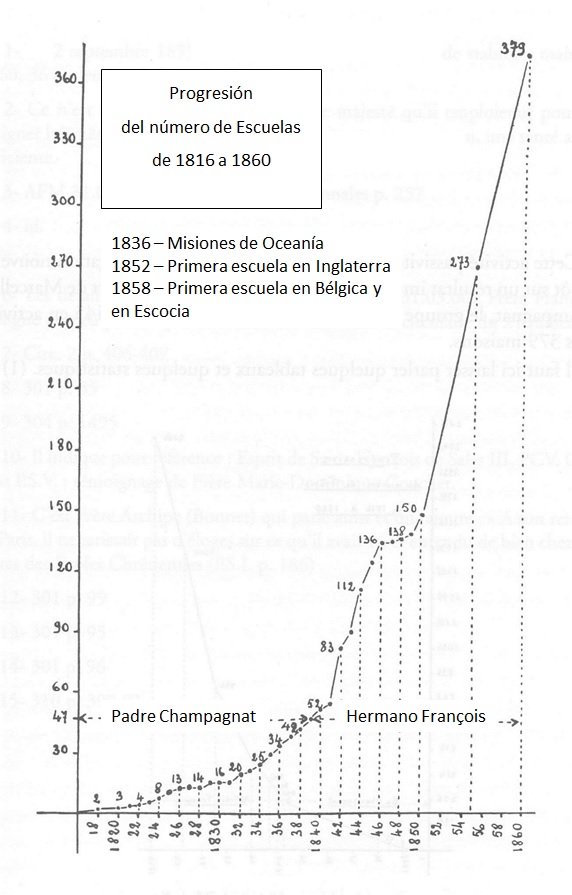
CAPÍTULO 47

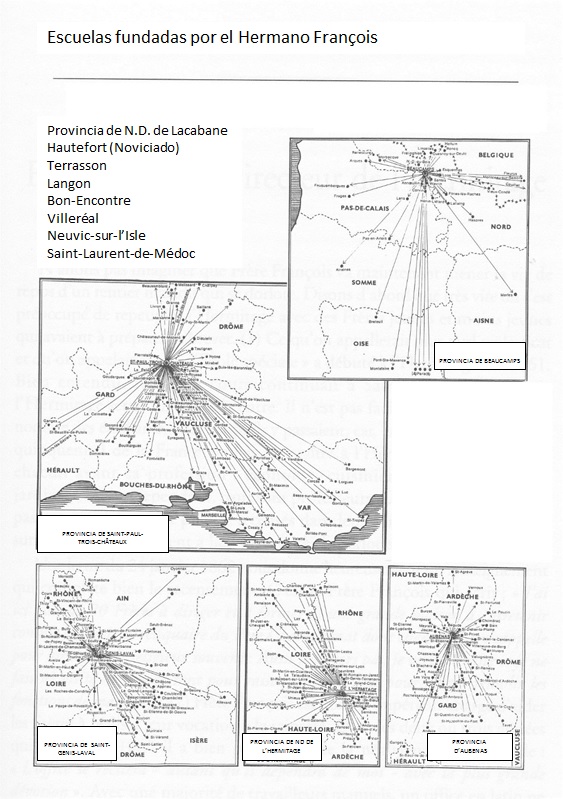
Resultado del Sacrificio

Esta actividad-pasividad del enfermo dirigente de una congregación nueva se cierra con un resultado impresionante. De 280 Hermanos a la muerte de Marcellin Champagnat, el grupo pasó a 2086 en 1860; de ellos 1445 en actividad en 379 casas.

Vamos a dejar hablar a algunos cuadros y estadísticas (1).







de 1840 a 1860 (2)

CAPÍTULO 47

1 – Bulletin de l’Institut nº 179. Julio 0 p. 286-7 (P. Zind).

2 – Voyages et Missions nº 109 p. 23 (P. Zind).

CAPÍTULO 48

El santo Director de l’Hermitage

No nos imaginemos al H. François llevando en l’Hermitage la reposada vida del rentista enfermizo y mimado. En primer lugar se empezó muy pronto a repoblar la casa con Hermanos jóvenes y menos jóvenes que preparaban el examen del diploma (1). Lo que más adelante se conocerá como el Escolasticado y, entonces, como la Escuela Especial, se inició en l’Hermitage en 1861. Desde luego, el mismo curso continuaba en Saint-Genis-Laval, pero l’Hermitage sería un segundo centro. No resulta fácil conocer el número de estudiantes y cuánto duraba el curso, pues, el censo quinquenal de Francia de 1866 no señala en l’Hermitage más que 14 Hermanos y cada uno figura con su profesión: ecónomo, cocinero, sacristán, sastre, hortelano, etc… Pero hay tres profesores. Sus alumnos no son mencionados, tal vez porque estaban censados en su comunidad habitual, sobre todo si el censo tiene lugar después del período de exámenes.

Por ventura, una carta del 24 de enero de 1862 nos ofrece la información que completa el censo. La escribe el H. François: *“Tengo aquí más de 80 Hermanos que dirigir y formar y una gran casa que cuidar, como el precioso relicario del Padre Champagnat, donde cada una de sus piedras nos ofrece su religioso recuerdo. Así pues, no salgo, vivo como ermitaño y no hago ni viajes ni visitas, por razones de salud y para cumplir mejor las funciones de mi cargo.* (2). El H. François es, pues, el Superior encargado de ayudar a los Hermanos en su vocación a la santidad. En los dos o tres años anteriores a 1860, pudo haber alguna negligencia, porque decide: *“El oficio se recitará, en cuanto de mí dependa, con la mayor devoción”.* Con una mayoría de trabajadores manuales, el oficio en latín no debía ser algo fácil de practicar. Por otra parte, los estudiantes reencontraban una mentalidad de colegiales y, tal vez, no demasiado fervor cotidiano. En las escuelas donde han hecho la cocina, la vigilancia o la clase, no siempre han podido observar con rigor la Regla, sobre todo la del silencio. Y aquí están ahora obligados a cierta disciplina que el H. François va a exigir con severidad. Parece ser que, al principio, algunas reacciones no fueron correctas y no hubo demasiado respeto hacia su antiguo Superior general. Sin embargo, éste siente hacia ellos la responsabilidad del formador. Es también su profesor de religión. Con paciencia y amabilidad pero con constancia y firmeza, consigue imponer una línea intransigente que hará de l’Hermitage un asilo de regularidad.

Los domingos por la tarde, les hace a ellos y al resto de la comunidad, una plática en la que, con frecuencia, insiste en las virtudes religiosas, la piedad, el espíritu de penitencia, etc… Acabará por comunicarles su convicción: hemos abrazado la vida religiosa para glorificar a Dios en nosotros con una vida santa, y hacerlo glorificar por nuestros alumnos.

Pero mucho más que instructor es modelo. Modelo, en especial, por un extraordinario dominio de sí mismo. Hay alguna de sus resoluciones de apariencia banal en sí misma: *”Durante las comidas mantendré la misma compostura que si fuera Jesús Cristo quien sirviera la mesa”.* Pero, cuando un testigo del proceso de beatificación revela hasta qué punto llevó esa modestia, todo cambia. “El H. François, dice, ocupaba siempre en la mesa el mismo sitio y permanecía tan inmóvil que la suela de sus zapatos llegó a dibujarse sobre el suelo del refectorio” (3).

Lleva la pobreza hasta el extremo en su vida personal, pero intenta también convencer a los Hermanos de los que se encarga: *“Las órdenes que no han guardado la pobreza* (e insiste en la palabra), *esta santa pobreza de la que eran hijos, no han dado imagen de religión en cuanto ya no se parecieron a su madre”.* Como su patrono San Francesco d’Assisi, proclama la bienaventuranza de la pobreza: *“¡Qué felicidad no poseer nada que nos retenga y poseerlo todo contentándose sólo con Dios”.* ¿No se trata también de una exigencia lógica?: *“Hacemos profesión de ser pobres y los pobres se acomodan a lo que hay de menos bueno, sabiendo que lo precioso no está hecho para ellos”* (4).

Desde luego, algunos pensaban que exageraba. Por ejemplo, nunca quiso cambiar su viejo abrigo so pretexto de haber realizado con él su viaje a Roma. Su biblioteca contenía sólo algunos libros. Cierto que la lectura le resultaba con frecuencia penosa y que le iba mejor el trabajo manual, pero cree también en la palabra de San Bernard: *“Quien se pone a leer no busque aprender cosas sobre Dios, sino saborearlas”.*

Su “gran tesoro” es la imagen de su primera comunión, en sencillo marco negro. Nunca tuvo lámpara. Al acostarse se limitaba a añadir al fuego algunas cáscaras de nuez y a la luz de sus reflejos en la pared se orientaba. Su reloj sólo tiene una aguja. Sabe también prescindir de la calefacción. Que le ofrecen una bolsa de agua caliente: *“No, poned sencillamente la capa sobre los pies: si siento frío y no puedo dormir, rezo por los pobres y los viajeros”* (5).

Así, si se le puede achacar exceso de exigencia, justo es reconocer que se la aplica mayor a sí mismo. Cita a San Juan Clímaco: *“Día pasado sin mortificación, es día perdido”.* Sentimiento parecido encuentra en San François Régis: *“La vida me resultaría insoportable sin tener algo que sufrir por el nombre de Jesús Cristo”* (6).

La pobreza no se aplica a la capilla pero se impone en la casa. El H. Barlaam está muy contento porque ha recibido una serie de muebles de lujo de algún bienhechor que ha cambiado de casa o ha fallecido. Hasta hay un magnífico armario con espejo. *“Devuélvalos inmediatamente. ¿Cómo ha llegado a pensar que íbamos a utilizar estos muebles en una casa que sólo debe reflejar la pobreza de Nazaret?”*

Esta intransigencia, unida a cierta viveza en su forma de reaccionar, provocó la causticidad del abogado del diablo quien no se privó de subrayar las críticas de algunos testigos: “Parecía violento por naturaleza; sobre todo al reprender”. “Su temperamento nervioso le llevaba a agitarse, a reprender con viveza”; “era impulsivo”; “sobre las reprimendas recuerdo que eran muy secas”; “respecto al silencio era intratable”. Con estos datos, el abogado del diablo concluye: “Este autoritarismo se podría aceptar en un militar; pero no es de recibo en un Superior religioso” (7).

¿Cómo conseguir una justa apreciación de esta forma de actuar? Los cuadernos de retiro del H. François pueden ayudarnos aunque hallemos más citas que opiniones personales.

Muchas veces, por ejemplo, anota la conducta o la enseñanza de un santo. San Bernard, severo en sus inicios, llega a decir: *“Para gobernar bien, hay que hacerlo rogando con amabilidad más que exigiendo”* (8). San Antonio, padre de los eremitas, habla de tener: *“celo tierno e ilustrado”* (9).

El H. François conocía también el pensamiento de San Vincent de Paul: *“Nunca me ha dado resultado el discurso que denote rudeza y he observado siempre que, para manejar el espíritu no hay que agriar el corazón”.* O el de San François de Sales, al que cita muchas veces, y de quien se dice: *“Era muy amable y caía bien a todos. La alegría, la serenidad, la bondad y la modestia se trasparentaban todas en su rostro. Jamás se oyó decir que nadie había salido de su presencia descontento. Era siempre amable y bueno, compasivo y bienhechor”* (10).

Naturalmente, el abogado del diablo se cuida mucho de citar los atenuantes que aporta el testigo: “Cuando el H. François había impuesto una penitencia, la ablandaba luego con palabras amables o actitudes apropiadas para hacerla olvidar”.

En efecto, para él, se trata de unir severidad y dulzura: *“Empezad por la severidad de la reprensión y terminad por la afabilidad de la benevolencia”* (11). *“Actuar suave pero firmemente”.* San Alphonse-Marie de Liguorie, por su parte, en lugar de consejos, ofrece su experiencia de Superior: *“Bendigo a quien me desprecia, pero no soportaría que se menosprecien mis mandatos”* (12). En efecto, un Superior está al cargo de hombres que han hecho voto de obediencia y que deben ser lógicos consigo mismos: *“Si no querías tirar del carro, no haberte hecho asno, decía tontamente un campesino a su burro que se resistía”* (13). Esta comparación burlesca no molesta al H. François: ayuda a hacer pasar la lección por el humor.

Veámosle ahora parafraseando con mucha calma el salmo 73,22: *“David decía a Dios: “Estoy ante ti como bestia de carga. La bestia de carga no hace ninguna elección, ninguna distinción en lo referente al servicio de su amo, ni por el tiempo ni por el lugar, ni por la persona ni por la carga. Te servirá en la ciudad, en el campo, en la montaña y en el valle. Puedes llevarla hacia la derecha o hacia la izquierda. Irá donde tú quieras. Mañana, tarde, día y noche, disponible en todo momento. Se dejará conducir por un niño o por un hombre… Le dará lo mismo transportar estiércol que oro. Es ejemplo … de la entera disponibilidad que debemos tener siempre ante nuestros ojos, diciendo a Dios con el salmista: Estoy ante ti como bestia de carga que ni escoge, ni excluye, no distingue nada; estoy ante ti como camello que dobla la rodilla para recibir la carga, o mejor aún, como Isaac que, con obediencia y piedad heroicas, inclina la cabeza bajo el cuchillo de su padre Abraham, en el monte Moria, figura de la perfección, y donde Nuestro Señor murió “para cumplir la voluntad de su Padre”.*

El H. François podía añadir: *“Esta comparación no es mía; la podéis encontrar en Saint-Jure, Connaissance de Jésus Christ*, tomo 2, página 832*”* (14).

Si se quiere, es la tradición jesuita, pero la tradición monástica no es menos rigurosa. Anotó también cierta visita de Henri IV a la Grande Chartreuse donde el rey se extrañó de la pronta obediencia de los religiosos. Dom Bruno d’Affingues le respondió sin rodeos: *“Jamás perdono una desobediencia. La suavidad del Superior en esta materia sería perjudicial para los religiosos. Para librar a uno se dañaría a varios. El ejemplo infecta o cura según sea malo o bueno”* (15).

Las notas de retiro del H. François muestran de forma suficiente la justa actitud que trata de adoptar: si hay que llegar a la suavidad, no debe ser nunca en detrimento de la Regla, pues es esta la que conduce a la santidad.

Hay un caso en el que, parece ser, no debería reprochársele su energía. Pero también ahí la crítica ha sido exacerbada. Se trata de su manera de luchar contra el demonio. Los testigos señalaron con sencillez el hecho, pero el abogado del diablo se lanzó a fondo.

Tenemos un preludio de esta lucha en su retiro de 1860 donde escribe: *“En las tentaciones, exclamemos de pronto: Apartaos de mí, malditos demonios, idos al fuego eterno; luego, digamos con amor y confianza: Ven, Señor Jesús, que eres el paraíso de mi alma, las delicias de mi corazón, el centro de mi felicidad”* (16). En el retiro de 1861, es aún más violento: *“Espíritu de soberbia, maldito condenado, infame seductor. Jamás verás el rostro de Dios. Espíritu inmundo, sucio, infecto, vete al infierno”* (17).

Esto es, más o menos, lo que se le oirá decir al creerse solo en su huertecillo, bien situado, por otra parte, para alejar a los indiscretos, o en su habitación, cuyas paredes, a veces, pueden tener oídos.

Y ya tenemos al abogado del diablo citando a los testigos del proceso de beatificación: “Un día, rezaba el rosario y, de pronto, arrojó el sombrero al suelo y luego lo recogió. Se atribuye este gesto a un altercado con el demonio”. Otro testigo confirma: “He oído decir que el siervo de Dios veía al demonio y que le arrojaba piedras diciendo: *“Atrás, maldito, atrás, Satán, vete al infierno”.* “Lejos de mí, añade el abogado del diablo, la idea de aducir que otros hombres de Dios no tuvieron que librar rudos combates contra el espíritu inmundo… pero lo que parece poco sensato y hasta pueril es su forma de combatirlo. ¿Tienen los demonios cuerpo para poderlos alejar a pedradas? … El H. François hubiera sido más sensato… al seguir los consejos del Apóstol: “Revestíos de la armadura divina…”

Quienes decidieron proclamar la heroicidad de las virtudes del H. François no se dejaron impresionar por tales argumentos, pero nos podemos detener unos instantes para comentarlos. En primer lugar digamos que ciertos cristianos pueden pensar en una lamentable concesión a leyendas. Sin embargo, cuando un santo o santa crean en su derredor una atmósfera de santidad, la rabia de Satanás es muy diferente de la mostrada respecto a quienes no dañan mucho su reinado. Observemos, pues, al H. François en su huertecillo. En ese lugar aislado se siente más libre. Si la tentación ocurriera en la capilla, no haría más movimientos de los habituales, pero allá arriba, en su pequeño desierto, puede desfogarse contra el enemigo, al verse asediado. Ya tenga una aparición diabólica o se trate, por ejemplo, de imaginaciones obscenas, siente la presencia de Satanás. Sabe, además, sin ninguna duda, que santos como San Alphonse de Liguorie conocieron tentaciones terribles hasta en su lecho de muerte. Dejémosle, pues, libertad en su manera de reaccionar.

Se puede proponer una explicación complementaria. En 1861, el abate Monin publicaba una *Vida del Párroco de Ars*, y todos han oído decir que si algo caracterizaba a Jean-Marie Vianney era su lucha contra el *“grappin”* (gancho que controla. N.T.) y su increíble caridad con los pobres. Digamos que el H. François lo imitó en los dos sentidos. Son frecuentes las notas en la que se refiere a Jean-Marie Vianney. Los testigos han insistido, pues, unos en su resistencia al demonio, y otros en su amor por los pobres.

Sobre este último punto, sus notas subrayan mucho la importancia de la limosna, y los testigos citan también los actos de caridad para con los desgraciados. Cada día, dice una religiosa que trabajaba en Notre-Dame de l’Hermitage, la comunidad alimentaba a algunos mendigos. Y las obreras de Balas (hoy día Moulin-Combat) veían estos desfiles de pobres y vagabundos que venían a alimentarse con pan y sopa. Marguerite Cognet dijo en su testimonio: Un mendigo al que llamaban el Gran Pobre me decía con frecuencia: “¡Oh!, ¡qué sopa más buena dan los Hermanos!” Por otra parte, en este punto se limitaba a imitar al Padre Champagnat en su insistencia en la limosna bien realizada. Imitaba, también, a sus propios padres, en la acogida a los pobres en Maisonnettes.

Por lo que se refiere a su lucha contra Satán, tiene, tal vez, aspectos de su viveza de carácter, reprochada por algunos. Pero en lo referente a las demás criaturas, la viveza iba unida a la ternura. Y ésta, que encontramos en muchas de sus cartas a los Hermanos, se manifiesta también hacia todos los seres indefensos, como sus amigos los pájaros.

Cada primavera, extraña un poco ver los jilgueros, pinzones y paros hacer sus nidos en los arbustos del huerto y en los huecos de los muros al alcance de los posibles predadores, pero protegidos de éstos por la vigilancia del H. François. La amistad por los animales no le impide ver sus defectos y saber que hay pájaros crueles, pero se fija más en sus cualidades. Parecen ofrecidas al hombre para su instrucción. *“Las palomas*,dice, *son pájaros solitarios y sociables. Solitarios porque apenas tienen contacto con los demás pájaros, pero sociables porque les gusta permanecer juntos en un mismo lugar. Los religiosos deben tener las mismas cualidades”* (19).

Está claro que siente debilidad por los pájaros. Ejemplo: *El cerdo come gruñendo, sin levantar los ojos; sólo ve la tierra y la materia. El pájaro, al beber, levanta la cabeza y los ojos hacia el cielo a cada aspiración”* (20).

Ecologista prematuro, el H. François respeta la naturaleza vegetal y animal. Hace el mejor uso posible de las plantas para curar a los enfermos. Por este conjunto de pequeñas atenciones hacia toda la creación que le está confiada, se manifiesta como modelo de santidad en los pequeños detalles de la vida diaria. *“Sed mis imitadores como yo lo soy de Cristo”*, puede decir como San Pablo. Si hubo momentos de viveza en su vida, el martirio de sus continuos dolores de cabeza puede excusarle. Además, la santidad se construye con el tiempo. Como dice a propósito de los 40 días de Moisés en la montaña: *“Dios podía muy bien hacer en un instante lo que hizo en 40 días, pero quería enseñarnos que quienes desean entrar en su familiaridad deben tratar mucho tiempo con él”* (21).

Uno de sus medios de actuación es la conferencia de los domingos que ha sido, si creemos a los testigos, muy apreciada: “No era elocuente, pero sí persuasivo”. ¿Realizó el programa que atribuye a San Bernard: *“El Superior debe ser cristianamente sabio, santamente elocuente y piadosamente divertido?* (22).

De todos modos, el tiempo le permitió realizar este otro ideal: *“Hacerse amar por una abnegación sin límites, es el arte del que gobierna”* (23).

CAPÍTULO 48

1 – Hasta 1940, el bachillerato no daba derecho a enseñar en la primaria. El diploma y el diploma superior eran los títulos del maestro. El diploma fue instituido en 1816

2 – 12 p. 885.

3 – P.S.V. p. 185 (testimonio del H. Maurin).

4 – 308 p. 628, 630.

5 –Testimonio del H. Pothin (Claude Courbon, de Sorbiers). Este testimonio no aparece entre los de la beatificación, pues el Hermano falleció en 1881. Pero, antes de morir, había escrito una nota sobre su antiguo Superior general.

6 – 308 p. 564

7 –Entre los testigos del proceso de beatificación, no es imposible pensar que algunos, todo y siendo Hermanos, no fueron modelos y pudieron merecer más de una vez severas reprimendas. Teniendo que decir, bajo juramento, lo que conocían del candidato a venerable, no sintieron remordimiento al recordar cosas desagradables, por ejemplo, que, en su opinión, era severo en exceso.

8 – 303 p. 814.

9 – 303 p. 705

10 – 303 p. 1108.

11 – 303 p. 726.

12 – 304 p. 928.

13 – 310 p. 112.

14 – 311 p. 603-604.

15 – 311 p. 596.

16 – 304 p. 1525.

17 – 304 p. 1532.

18 – P.S.V. p. 313.

19 – 304 p. 1580.

20 – 310 p. 52.

21 – 304 p. 836-837.

22 – 303 p. 397

23 – 304 p. 1490.

CAPÍTULO 49

Guardián de la Regla

Tres capítulos nos van a permitir dejar un poco de lado la rutina de la serie cronológica para poner de relieve tres aspectos muy importantes de la santidad del H. François: guardián de la Regla, santo enfermero y hombre de oración.

El H. François tiene la profunda convicción de que la Regla perfectamente observada es el gran medio de vivir el Evangelio, o sea, de ser santo. Para él, el silencio es punto esencial de la Regla, lo que equivale al dominio de sí mismo: acompañar una puerta, no hablar o por lo menos bajar la voz cuando hay que hacerlo, manifestar prudencia y discreción.

No dispensa a nadie de esta ley. *“Los Superiores,* dice*, están muy expuestos a contraer la costumbre de faltar a ella”.* Ahora bien, para él, el Superior debe ser *“sal espiritual en sus ejemplos y luz en sus instrucciones”* (1). No se cansa de anotar pensamientos y reflexiones relativos al silencio, buscando, a veces, algo lejos las justificaciones. El salmo 64, traducción de la Vulgata, dice en su inicio: “*La alabanza se debe a Dios”.* Pero prefiere la traducción del texto hebreo: *“Para ti, el silencio es alabanza”.*

Imponer el silencio es duro combate, pues hay que vencer la propia timidez, el deseo natural de no desagradar a los demás. Pero desde siempre ha constatado y decidido: *“Existe la timidez natural proveniente de un fondo de pereza y orgullo. Hay que superarla”* (2).

Con los estudiantes poco fervorosos, no trata de ser el Superior bonachón que busca popularidad al dejar hacer. Ésta es la última de sus preocupaciones.

Tampoco se oculta. Y lo cuenta con mucho convencimiento: *“Cuando era Director de la casa,* escribe al final de sus días, *observaba cuanto ocurría en la propiedad. Me daba cuenta si todos estaban ocupados y si el silencio era respetado. Hasta podía oír si se hablaba en las habitaciones, sobre todo si las ventanas estaban abiertas. Y, cuando oía faltar al silencio, me acercaba al lugar para llamar al orden a quienes lo incumplían”* (3).

El silencio impuesto en l’Hermitage no era tan absoluto como el de la Trapa, pero el prescrito en la Regla marista era estrictamente observado. Fuera de los cortos tiempos de recreo: mediodía, cuatro de la tarde y tras la cena, el silencio es completo y, si el trabajo obliga a hablar, debe hacerse si levantar la voz. “El silencio de la casa de l’Hermitage, dice un testigo, era algo proverbial en toda la congregación”.

Desde muy joven Hermano, adquirió la convicción de que el silencio era el punto fuerte de la Regla: *“¿Queréis llegar a ser santos? Levantaos al primer toque de campana y guardad silencio. Es todo lo que os pido, dice un sabio Director a sus seminaristas”* (4). Atribuye estas palabras al Padre Bourdin, uno de los primeros capellanes de l’Hermitage, es decir uno de los primeros predicadores de retiros a los Hermanos. El H. François tenía unos veinte años. Su convicción sobre este punto no se debilitó.

En estos primeros años de vida religiosa, lleva tan lejos el culto al silencio, que preveía dejar sin terminar una frase al sonar el fin del recreo (5). Todos los monjes conocen bien el axioma de la epístola de Santiago (3,2): *“El que no peca con la lengua es hombre perfecto”.* El H. François lo escribe en latín, para mejor convencerse: *“Si quis non offendet in verbo, hic perfectus est vir”.*

Muchas veces impuso a los charlatanes besar el suelo, penitencia muy común entonces en los noviciados o casas de estudios. Siendo Superior General había escrito en una circular, el 1 de enero de 1853: “Si queremos hablar tomemos el capítulo del silencio”. Frase irónica para remitir a la Regla, puesta a punto al año anterior y que era, para él, un ideal a realizar. Convencido como estaba de que: “la casa donde se guardaba el silencio era casa que iba bien”.

Pero el silencio no era para él algo abstracto, sino más bien reflejo de su vida interior. Sin conocer a San Sérafin de Sarov, su contemporáneo, tendía hacia la oración incesante en la que, por otra parte, el Padre Champagnat había guiado a sus primeros Hermanos.

Aún Superior General, un buen día, había sabido reprender con discreción a sus dos Asistentes que podían dar mal ejemplo hablando en el corredor: *“No tienen miedo de pillar un resfriado? Creo que, para hablar, estarían mejor en la habitación”.* Su intención está clara: al crear un ambiente de silencio, se facilita para todos la vida en la presencia de Dios.

Otro punto del que exige observancia estricta es la prohibición de tomar nada entre comidas. Hermanos de la comunidad de Chazelles están de paso en l’Hermitage. Está muy de acuerdo en que se les invite a comer, pero, si se dan una vuelta por la propiedad, que no sea para permitirse comer fruta. Cada vez que la tentación asalta, se dan cuenta de que el H. François les puede ver y sermonearles con que la Regla vale también para los Hermanos de Chazelles. Ahora bien, si los más ligeros pueden pensar que “esta severidad ya no es de este tiempo”, como ellos dicen, reconocen la santidad del defensor de la Regla y, por sentimiento de respeto, se someten. El temor del H. François puede serles camino de sabiduría y amor de Dios. Son frecuentes sus referencias sobre las consecuencias del dejar hacer. Una de ellas la toma de Eucher, santo obispo de Lyon, que tras haber estado casado, y luego monje en Lerins, siglo V, escribía: *“La estancia en un lugar de retiro es fuente de gran perfección o de gran condenación”* (6).

Cita también a San Philippe Béniti: *“La comunidad religiosa donde la disciplina regular no es observada, es menos un puerto de refugio que un lugar lleno de escollos. Se necesitaría una santidad más que ordinaria para resistir el torrente del mal ejemplo… No se puede estar seguro de poder evitar los groseros vicios del mundo. El religioso perderá su alma si carece del espíritu de su estado y descuida sus deberes”* (7).

San Alphonse de Liguori piensa lo mismo: *“Es más fácil salvarse en el mundo que en una orden religiosa donde no se observa con exactitud la Regla”* (8).

Y el imitador del Padre Champagnat no se va a reprochar demasiado su propia severidad que sabe unir a la bondad, como hacía el Fundador. Lo mismo que otros Hermanos, no ha olvidado que si Champagnat tenía fuerza para “remover cielo y tierra” la tenía, también, para conducir a los hombres: *“Era firme, desde luego, hubiéramos temblado ante el sonido de su voz o ante una de sus miradas, pero, sobre todo, era bueno; era compasivo, un padre”* (9). Después de todo, Jesús, manso y humilde de corazón, había empuñado el látigo para expulsar del Templo a los mercaderes y sus animales, para decir a los fariseos que su padre era el diablo, y para decir a Pedro, al que acaba de felicitar, que también él es Satán si rechaza la cruz redentora.

Para terminar, hemos de pensar en los artículos de Regla que permitían distender las situaciones conflictivas, fruto de la severidad: la entrevista semanal con cada Hermano ofrecía la ocasión de aclarar una dificultad entre superior e inferior. El capítulo de culpas y el aviso fraterno situaban a todos en un contexto donde la reprensión no extrañaba demasiado. Al atardecer de cada domingo, la instrucción del Superior permitía aclarar algún suceso que requería explicación o excusa. Y cada cual podía recordar la frase del Fundador: “que había entrado en religión para hacerse santo”.

Por otra parte, el H. François puede citar, de vez en cuando, el caso de un Hermano infiel quien, lejos de guardarle rencor por sus antiguas exigencias, le comunica con gran sencillez su triste situación: “Estaba hecho para la vida religiosa y no para el mundo que aborrezco cordialmente… ¡Ah!, ¡malditos sean aquellos Directores que favorecían mi relajación…! Pero usted sigue siendo mi padre en Jesús Cristo, el único que no me abandonaba, usted a quien, sin embargo, cobardemente abandoné… ¡Rece por este miembro extraviado, separado de vuestro cuerpo. ¡Oh!, qué gran consuelo me aporta su carta!” (10).

Otro fue seducido por la carrera militar: “¡Cuántos cambios se han producido en mí desde que tuve la desgracia de abandonar el bello hábito de la Sma. Virgen para abrazar las libreas del mundo que no conocía, pero que, para mí desgracia, he llegado a conocer a mi costa. ¡Oh!, ¡qué feliz sería si pudiera desengancharme del mundo y volver al Instituto de los Hermanitos de María, que siempre amé y sigo amando, aunque lo abandoné por haber hecho caso de perniciosos consejos en lugar de seguir los suyos que me conducían al buen camino. ¡Oh!, si pudiera dejar el estado militar! Con qué dicha retomaría el santo hábito que contemplo, que venero y amo mil veces más que el uniforme de los húsares, aunque digan que es el más bello de todos los regimientos. ¡Oh!, ¡cómo compadezco a los Hermanos jóvenes que se dejan guiar por las ilusiones del mundo y las sugestiones del demonio y desconocen lo agradable que es servir a Dios y estar siempre bajo el manto de María. Así pues, mi querido Hermano, le ruego diga a cuantos Hermanos que, como yo, quieran abandonar su vocación, que nunca serán felices si abandonan el servicio de Dios para comprometerse en el servicio del mundo…” Y el ex Hermano completa su carta diciendo que hace todo lo posible para vivir como buen cristiano (11).

Estos testimonios muestran que el H. François había sabido inspirar confianza y quienes lo habían conocido podían dirigirse a él, una vez asumida su infidelidad. Incluso si sus retiros de Hermano joven le habían inculcado principios rigoristas: *“No conozco mayores santos que quienes se santificaron en los monasterios, ni mayores pecadores que los que allí se pervirtieron”* (12),sabía matizarlos con el Evangelio que da siempre esperanzas a los Hijos Pródigos.

CAPÍTULO 49

1 – 304 p. 1563.

2 – 303 p. 481.

3 –Testimonio parecido en el H. Angélicus (Claude-Henri Berne, nacido en Chazeles-sur-Lyon en 1859) ( P.S.I. p. 204).

4 – 302 p.178.

5 – 302 p.182

6 – 302 p.203

7 – 303 p.268-269

8 – 304 p.1041

9 – 308 p.997

10 – 310 p.344

11 – 310 p.413

12 – 302 p.225.

CAPÍTULO 50

El santo enfermero

El H. François se hizo acompañante de los enfermos, incluso, en un momento dado, pidió acompañar a los Hermanos en la agonía, y este ministerio lo practicó durante muy largo tiempo, desde 1826 hasta su muerte, con las pausas impuestas por sus otras funciones.

“El Padre Champagnat le había hecho seguir un pequeño curso de medicina y le había nombrado enfermero de los Hermanos. Hacía las curas con gran habilidad; los enfermos lo preferían a cualquier otro.” (1).

Tal fue el caso, sobre todo, desde 1826 a 1839, cuando es, al mismo tiempo, enfermero, profesor, un poco maestro de novicios y, a partir de 1831, Director de la comunidad y secretario del Fundador. Durante el generalato, tiene menos tiempo para ejercer de enfermero, pero alguna que otra vez los Hermanos acuden a él en caso de urgencia. Por otra parte, conservó la dirección de la farmacia. Y cuando vuelve en 1860, ya no es enfermero titular, pero su papel de Director de l’Hermitage le permite consagrar mucho tiempo a visitar a los enfermos, y los enfermeros se ven muy contentos de contar con su presencia y sus opiniones.

“En cuanto alguien se sentía indispuesto, se acudía a tan tierno médico, quien, además de saludables consejos, tenía siempre en su habitación una pequeña provisión de remedios para males especiales” (2).

Toma entonces la resolución siguiente: *“Considerando a Jesús Cristo en la persona de los enfermos, los visitaré y aliviaré todo lo que pueda”.* Había encontrado un buen modelo en San Ignacio de Loyola quien, *“atacado por varias y graves enfermedades, se descargó de casi todo el peso del generalato en el Padre Natale, reservándose el cuidado de los enfermos”* (3).

“En sus visitas a los enfermos, dice uno de ellos, el H. François les preguntaba cómo se encontraban, la naturaleza de su enfermedad; luego se informaba de si necesitaban algo, si tenían sed, si tenían calor y si les apetecía alguna cosa. Y añadía: *“¿Le han dado agua bendita?* Si la respuesta era negativa, se la daba diciendo: *“¡Esto hace mucho bien!”* (4).

*“¡Venga!*, le decía, *tiene que ser usted un santo enfermo; ofrezca sus sufrimientos a Dios en unión a los de Nuestro Señor por la conversión de los pobres pecadores, por las almas del purgatorio y las necesidades de la santa Iglesia. Al retirarse, solía decir: ¡Venga! ¡Ánimo!; haremos todo lo posible para tratar de aliviarle”* (5).

Para los enfermos, era verdadera satisfacción verlo junto a su lecho. Les hablaba del santo del día, de sus sufrimientos, de su muerte, sobre todo si se trataba de un mártir. Otras veces comenzaba con ellos una novena al venerado Padre Champagnat. Si al final de la novena el enfermo no iba mejor: *“Ánimo, decía, Dios tiene sus designios y sólo quiere nuestro bien. Vamos a empezar otra novena para pedir el cumplimiento de su santa voluntad”* (6).

Tiene siempre presente en su espíritu la enfermedad-prueba. Repite gustoso lo que le ha dicho el párroco de Tarentaise, Préher, sobre la enfermedad como una bendición para las casas (7). Ignoramos si tuvo ocasión de leer en los opúsculos de Pascal (8), la admirable y larga oración del joven convertido para “pedir a Dios el buen uso de las enfermedades”, pero sus convicciones son muy semejantes.

*“Acuérdese de lo que se decía en el retiro: el mal estado de la salud corporal es un augurio del acierto en las obras espirituales”* (9). *“Pero no hay que olvidar emplear los medios y remedios necesarios para restablecer y fortalecer la salud”* (10).

*“Nuestro Señor le hace partícipe de su cáliz y le entrega un trocito de su cruz: sumisión perfecta, resignación completa, incluso agradecimiento, mezclado con la dulce confianza en la bondad misericordiosa de nuestro Dios que nos aflige en esta vida para darnos corona más brillante y mayor recompensa en la eternidad. Le dejo al pie de la cruz con nuestra tierna Madre”* (11).

Estos austeros consejos se acompañan de una gran atención por la salud de los enfermos. Así se puede entender la exclamación de uno de ellos que lo ha visto actuar: “¡Oh!, cómo me gustaría, en la hora de mi muerte, tener la dicha de ser atendido por tan buen Hermano”.

En la vida del Padre Champagnat, el caso de muerte más edificante es el del H. Justin (12) quien, poco antes de morir, sonríe varias veces y explica: “Me río porque veo a la Sma. Virgen; está ahí, y viene a buscarme”. Ahora bien, el que vela al H. Justin es el H. François. Un testigo de categoría, el H. Paulin, Asistente general, lo ha recordado: “En 1864, dice, fui recibido, con un grupo de Hermanos jóvenes, en l’Hermitage por el H. François. Nos dio detalles de la muerte del H. Justin y nos enseñó el lugar donde había exhalado el último suspiro. Le había proporcionado los últimos auxilios, formado por el Padre Champagnat”.

*“Quien visita a los enfermos,* escribe, *debe tener el corazón de una madre y la sangre fría del médico”* (13). Era, además, muy competente, de forma empírica, desde luego, pero puesta al día (14).

En algunos casos, es, sobre todo, el enfermero competente quien actúa. El H. Alderic, en Belmont (Loire), hace la clase de los pequeños con 130 alumnos, pues se espera un tercer Hermano para dividirla. El local es angosto, el suelo de tierra batida y sólo tiene dos ventanas pequeñas que, además dan al norte “Agotado muy pronto, dice el Hermano, empiezo a escupir sangre. Llegan las vacaciones. Al final del retiro me envían a descansar a l’Hermitage. El H. François me prodiga los cuidados más paternales y, un mes después, puedo seguir el curso de estudios que se impartía”.

El H. Carloman tiene un fuerte absceso en una mejilla. Las cataplasmas no le hacen nada ni tampoco otros remedios. El H. François viene a verlo y, tras observar su mejilla: *“Permanezca en cama 3 o 4 días, y procure tener esta mejilla apoyada sobre la almohada para que se mantenga bien caliente; ya verá cómo el absceso va desapareciendo”.* El remedio, de lo más sencillo, fue muy eficaz. *“Al cabo de 5 días. Estaba curado”* (15).

Durante la guerra de 1870, hubo entre los Hermanos 45 casos de viruela; se curaron todos menos uno. En 1854, había habido también epidemia de cólera. Se dudaba sobre la decisión a adoptar a propósito del retiro anual que iba a reunir gran número de Hermanos y, por consiguiente, multiplicar los riesgos de contagio. Como el Padre Champagnat, resolviendo el mismo problema en parecida circunstancia, el H. François decide que el retiro tendrá lugar al ser muy importante para la vida espiritual. De hecho, hubo muy pocos enfermos.

En 1829, el Padre Champagnat había impuesto las medias de tela que, 30 o 40 años después no se aceptaban de forma unánime. Era evidente que para quienes sudaban mucho de los pies eran especialmente desagradables. El H. François trata, pues, de seguir fiel al Fundador pero aliviando a los que sufrían. Uno de éstos nos dice que se curó de su fuerte transpiración con un remedio de lo más sencillo: tres baños de pies. ¿Había el H. François añadido al agua algún medicamento vegetal? El enfermo tan solo constató que se había curado (16).

El H. Augustalis (asistente más tarde) cuenta lo que le sucedió siendo postulante en enero de 1871. Tenía 15 años. “Sin padecer graves enfermedades, dice, me iba debilitando. Hasta el punto de no poder asistir al paseo, que la marcha normal me cansaba mucho y que no podía subir la gran escalera de l’Hermitage sin detenerme un instante en cada descansillo. El H. François ya se había dado cuenta. Desde el inicio de mi indisposición, me hizo llamar. Fui a verlo lleno de confianza, es cierto, pero no sin cierta aprensión sobre lo que me iba a decir o decidir sobre mí.

Tras dos o tres preguntas, me dijo: *“Mi querido hijo, no te asustes, será por poco tiempo. Hasta nueva orden, no seguirás las clases, sino que irás a trabajar a la cocina o al huerto. Y cada mañana, después de la misa, irás, de mi parte, a pedir al buen Hermano enfermero que te dé un terrón de azúcar”.* Esta fue toda la medicina que tomé cada mañana: algunas gotas de jarabe de digital embebidas en un terrón de azúcar. Y, con esto, el aire libre y el trabajo manual hicieron desaparecer, en uno o dos meses, las palpitaciones del corazón que habían amenazado cortar desde su inicio mi vida religiosa y que ya nunca más he vuelto a sentir. El H. François fue el único médico al que acudí. Puedo, pues, decir que él me curó. No pretendo suponer ningún milagro, sólo mostrar la solícita atención, la perspicaz vigilancia y la paternal bondad del Reverendo H. François hacia sus hijos”.

El H. Adalbaud fue presa de una súbita sordera que le impedirá hacer la clase. Expone su caso al H. François que le escucha pacientemente. “Y entonces, se levanta con gracia, se pone a friccionarme detrás de las orejas durante varios minutos, y me dice: *¿Y ahora?* –Oigo perfectamente Reverendo Hermano. Creo que me friccionó por segunda vez y añadió: *Hay que frotarlas de vez en cuando por las mañanas; esto las cura.* Creo que era en 1865. He podido luego hacer la clase (testimonia el 8 de abril de 1910). Sólo después de su muerte reconocí con claridad mi maravillosa curación”. ¿Habrá que buscar en este caso otra causa no médica? Es lo que afirman varios tras dar su testimonio.

El H. Pamphilien llega convaleciente a l’Hermitage, tras la extracción de una uña del pie incrustada en la carne. El H. François toca la herida y le dice al enfermo: *“No es nada, puede volver al colegio para hacer su clase.* –Pero el cirujano me ha condenado a 15 días de cama. *–No, puede marchar; está curado”.* El Hermano trata de andar y, con gran sorpresa, ya no siente dolor.

El H. Vérissime (17), religioso perfecto, llega para el retiro deseoso de hacerlo lo mejor posible, pero tiene, en la rodilla, un pequeño tumor que le hace sufrir. Cree que debería ver al doctor. *“Haga el retiro,* le dice el H. François; *luego veremos al doctor”.* Desde la primera oración, el Hermano se pone de rodillas, sin ninguna molestia, y así todos los días. Al final del retiro ni se acordó de ir a ver al doctor.

Hay algunos casos en que parece imponerse la tentación de suponer una curación milagrosa. Escuchemos al H. Barlaam: “Con ocasión de la fiesta del 15 de agosto, preparé un altar elevado para la procesión en honor de la Sma. Virgen. Perdí el equilibrio y caí desde una altura de 3 metros. Recuerdo bien que, al caer, pedí al Padre Champagnat que me salvara la vida, pero estaba tan roto que no podía hacer el menor movimiento. El H. Delphinus me llevó a la cama. Se llamó a un *rhabilleur* (reparador, N.T.) que me recolocó 3 costillas hundidas, pero a causa de falsos movimientos todo se descompuso y sufría horriblemente. El H. François me trajo el sillón del Padre Champagnat y me invitó a sentarme. Me apetecía mucho hacerlo, pero fue inútil, era incapaz de moverme. Entonces, el H. François me toma en sus brazos con tanta delicadeza y soltura que me dejó estupefacto que pudiera tener tanta fuerza. Me llevaba en brazos como si fuera un bebé. Pero lo más sorprendente fue que, sin poder soportar el menor movimiento sin gritar, no sentía ningún dolor. Nunca he podido explicármelo de forma natural, dado el peso de mi cuerpo y la debilidad del que me llevaba. Para mí, hubo intervención de una fuerza superior obtenida por la oración ferviente del H. François”.

El H. Paulin habla del caso de un Hermano que sufría mucho de la médula espinal. El H. François va a verlo, le hace una señal de cruz entre los dos omoplatos y el Hermano se siente curado al instante. Manifiesta su alegría y se quiere levantar, pero el H. François lo calma y le dice: *“No haga ruido, Hermano mío, dé gracias a Dios y quédese acostado”.* Y el H. François se va.

El H. Zéphyrin, tras una torpe operación de amígdalas tiene una hemorragia considerable desde las 4 a las 8 de la tarde. El enfermero se azora y corre en busca del H. François (entonces Superior general, 1850). Éste toma un algodón empapado de ácido sulfúrico y lo aplica un momento en el exterior del cuello; la hemorragia cesa al instante.   
¿Fue la aplicación del ácido o la oración del Hermano Superior, porque seguro que rezaba al aplicarlo?, no lo sé. Y el enfermo, afectado por un síncope, se recobró al instante (18).

El H. Valérius, a consecuencia de una fiebre tifoidea, fue desahuciado por los médicos. El H. François le dijo con sencillez: *“Rece a María”.* El Hermano añade: fue sobre todo él quien rezó por mí, y me curé (19).

Para su sobrino Roussilloux, a las puertas de la muerte, su esposa llama al H. François para una especie de última preparación. El enfermo recibe los últimos sacramentos. El Hermano promete rezar por su curación. Y se curó.

Hay también el caso de una persona vecina curada por el H. François. Sólo rara vez se ocupaba de los extraños, pero, por una vez, esto iba a dar argumentos al abogado del diablo. Se trataba de la hija de la Sra. Cognet. Ésta se enteró de que el H. François iba a estar ese día en la casa paterna. Decide ir con su hija enferma a encontrarlo, pues conoce su reputación de buen enfermero. El abogado del diablo se permitió imaginar que el Hermano auscultó a la enferma, algo que es totalmente opuesto a la delicadeza extrema del H. François. Todo lo que hizo, tras hacer algunas preguntas, fue escribir una receta, que no firmó, para que la mamá pudiera pedir los remedios al farmacéutico. Éste preguntó quién había escrito la receta, pero no tuvo respuesta. De todos modos, la enferma siguió el tratamiento indicado y se curó perfectamente; ella y su mamá estaban persuadidas que influyeron mucho más las oraciones del H. François que los remedios (20).

CAPÍTULO 50

1 – P.S.I. Testimonio del H. Camille, Víctor Vialleton, nacido en Marlhes, p. 109.

2 – Testimonio del H. Pothin, (Claude Courbon, de Sorbiers).

3 – 301 p.113.

4 – Testimonio del H.Pothin.

5 – Id.

6 – Id.

7 – P.S.I. Testimonio del Abate Ponthy, p. 59 y ss.

8 –He aquí parte de esta oración: “No pido quedar exento de dolores, pues es la recompensa de los santos; pero sí pido no quedar nunca abandonado a los dolores de la naturaleza sin los consuelos de tu Espíritu… Te pido, Señor, sentir al mismo tiempo los dolores de la naturaleza por mis pecados y los consuelos del Espíritu por vuestra gracia… No os pido ni salud, ni enfermedad, ni vida, ni muerte, sino que dispongáis de mi salud y enfermedad, de mi vida y de mi muerte para vuestra gloria, por mi salvación y por la Iglesia y vuestros santos de los que espero, por vuestra gracia, ser parte” (Pascal, *Pensées et opuscules****.*** Plon 1873 vol. 2 p.107).

9 – 12 p. 724.

10 – 12 p. 725.

11 – 12 p.185.

12 – Champagnat, *Vida*, ed. 1989, pag. 346.

13 – 304 p.1638.

14 –Se nos dice que el estudio de la farmacopea le lleva a agradecer a Dios por la fuerza de las plantas. En cualquier caso, sabe utilizarlas, incluso para alivios benignos: si el agua parece demasiado insulsa para el estómago, se la puede volver más estimulante preparando, en frío, una infusión con flores de tilo, camomila, lúpulo u hojas de camedrio para llenar una jarra. (310 p. 306).

15 –Testimonio del H. François-Marie (Jean-Claude Nayme, nacido en Graix (Loire), primo de los Donnet, propìetarios de la granja del *Acordaos.*

16 –Citado en el testimonio del H, Gentianus (Philippe Cicéron, nacido en Champier (Isère). P.S.V.

17–Hay que indicar de una vez por todas, que no hay que extrañarse de los nombres de los Hermanos. Dado que al final del generalato del H. François hay 2000 Hermanos y que en cada toma de hábito hay que dar un nombre nuevo al postulante que se convierte en novicio, tienen que pasar todos los santos del martirologio, pues todos los nombres han de ser diferentes.

18 – P.S.I. p. 333, testimonio del H. Juventin.

19–Todos los casos corresponden a testimonios manuscritos o impresos en los volúmenes indicados al inicio en nuestra “Advertencia”.

20 – Testimonio de Annette Roussilloux, pariente del H. François.

CAPÍTULO 51

Hombre de oración

El H. François era hombre de oración, como atestiguan cierto número de hechos y palabras. En el retiro de 1825, escribió esta excelente comparación: cuando un reloj, grande o pequeño, está montado, marcha solo y marca las horas sin que pensemos en ello, a menos que alguien ponga un obstáculo. Del mismo modo, cuando un alma ha establecido el imperio del amor de Dios en su corazón, la intención de su voluntad es siempre hacer lo que hace por amor a Dios y para agradarle, sin necesidad de pensar de continuo en ello (1).

Es exactamente la descripción de la vida interior del H. François, y desde sus primeros años. Cuando se nos dice que, ya de niño, reza al pie de una encina, entona cánticos mientras guarda las vacas, se confía a su ángel de la guarda y se ve protegido por él, es ofrecido, y se entrega a María desde los 5 años, es evidente que todo esto supone el inicio de una ascensión sin discontinuidad. En otros santos, se pueden producir, en sus inicios, avances y retrocesos. Es, incluso, el caso de Marcellin Champagant, con un período, no de pecado sino de ligereza, que precede a la conversión radical. No es el caso de Gabriel Rivat.

Se comprende así que muchos testigos hayan podido afirmar que conservó la inocencia bautismal. Y el H. Stratonique, Superior General, en el momento de la introducción de la causa, no dudó en afirmar: “Creo que no se puede citar circunstancia alguna donde haya estado al margen de su deber de cristiano”.

ORACIÓN COMUNITARIA

Modelo del religioso apostólico viviendo en comunidad, exige de sí mismo y de los demás una oración común lo más perfecta posible.

“Pude verlo en 1871, durante unos 3 meses, acudir cada día a rezar el oficio de la Sma. Virgen con los jóvenes escolásticos de los que yo formaba parte. ¡Qué bien realizaba en su persona las tres palabras del *Aperi*, inicio del oficio: *“digne, attente ac devote”!* (2). ¡Qué dignidad en el conjunto de su persona! Porte grave, firme, enérgico, apoyado sólo en el borde de la silla, sin tocar nunca el respaldo; sin otro reclinatorio que el suelo, no levantaba los ojos del libro donde seguía cada palabra de la oración. ¡Qué atención para observar todas las rúbricas y prescripciones de nuestras santas Reglas! Signos de cruz perfectos, inclinaciones de cabeza en el *Gloria Patri*, en los nombres de Jesús y María y qué sostenida devoción durante todo el tiempo de la oración, dicha siempre con tono elevado donde se revelaba un positivo afecto. En fin, todo en él denotaba al hombre profundamente penetrado de la presencia de Dios. Aunque viviera un siglo, nunca olvidaría la suave y profunda impresión que este santo religioso me produjo en este aspecto” (3).

Las oraciones habían de hacerse con lentitud, escuchando al vecino para que el recitado sea uniforme. No se podía admitir toser o sonarse en los momentos que de por sí exigen silencio. Cuando la oración se veía perturbada por esos ruidos, a veces señalaba su reprobación diciendo: *“El diablo acaba de turbar este santo ejercicio; renovemos nuestro esfuerzo”* (4).

A este propósito, puede citar buenos modelos: *“Cassiano dice que, los domingos, los Solitarios de Oriente se aplican de manera más solemne y más tranquila a recitar salmos, oraciones y lecciones a causa del respeto por el día de comunión”* (5). Dice también: *“Guardan todos un silencio tan profundo que se podía creer que en la iglesia sólo estaba el cantor del salmo en medio de los demás y este silencio se doblaba cuando el sacerdote terminaba por la oración; pues entonces nadie se hubiera atrevido a escupir, sonarse, toser o bostezar”* (6).

Pero cuando el oficio se recita o se canta a dos coros, se precisa otra forma de atención: *“No* *dominar el coro, ni cambiar el tono del salmo de forma discordante sino imperceptible”* (7).

Por otra parte, el perfeccionismo no debe dañar a la piedad. Si se da una nota falsa, *“sobre todo en el canto, actuar de manera que los demás no se den cuenta de que ha habido una equivocación”* (8). En efecto, volver a empezar va a dañar casi siempre la concentración del grupo que reza.

“Su pronunciación grave, lenta y bien acentuada de todas la oraciones por él recitadas daba gusto escucharla y llevaba a la piedad. Fue entonces cuando he visto a una comunidad rezar con mayor devoción”.

“Referente al canto, era admirable oírle cantar a plena voz, tal era al ardor y fuerza que ponía para sostener y guiar a todos, pues quería que todos cantaran, pero bien y afinado, cada uno según sus posibilidades. Para ello nos hacía ensayar todos los cantos y, a veces, asistía a los ensayos y rectificaba lo que no le parecía perfecto. Nos hacía observar minuciosamente todas las rúbricas sin olvidar ninguna. Exigía que todas las ceremonias se hicieran con gravedad y perfección. Que se prepararan con ensayos previos para que todo resultara sin titubeos y con precisión. Yo disfrutaba y me quedaba muy edificado ante tan bellas ceremonias, sobre todo en las grandes fiestas y, en especial, en la del Corpus y Semana Santa. Después, he visto bellas ceremonias en las catedrales y otros lugares, pero no mejor ejecutadas que las presididas por nuestro H. François” (9).

LA EUCARISTÍA

El amor a Jesús en la Eucaristía alcanza en él muy alto grado. Puede decirse que tiene, con Jesús, una intimidad manifestada, por ejemplo, en la celebración del día del Corpus Christi.

Se preparaban en la propiedad tres altares hacia los cuales el celebrante, portando el Santísimo Sacramento, se acercaba revestido de capa pluvial y protegido por el palio llevado por cuatro Hermanos. Seguían otros Hermanos revestidos de dalmática y cantando los himnos propios de la fiesta. El H. François formaba parte de este grupo y era admirable tanto su visible fervor como su bella y clara voz.

El maestro de canto de la época pudo decir: “que conocía bien las reglas del canto, que tenía una voz justa, agradable, sonora y bien timbrada; de diapasón bastante elevado, melodiosa y suave que atraía. Gustaba mucho oírle entonar los oficios en las grandes solemnidades” (10).

Los ocasionales participantes en la Fiesta del Corpus preguntaban quién era ese “sacerdote” con dalmática, tras el palio, tan modesto, tan digno y que cantaba tan bien. El resto de la procesión: Hermanos, postulantes y buenos cristianos de la región avanzaban, mientras en las colinas vecinas, las señoras desgranaban el rosario y se prosternaban en el momento de la bendición. El H. François, en efecto, era muy estricto en la regla de la clausura y, ni siquiera el día del Corpus, las señoras podían entrar en el recinto de l’Hermitage (11).

Un testigo nos habla del concierto de los pájaros que, en el momento de la bendición, aprovechaban el silencio para hacerse oír y, en melodiosa armonía, casi tapaban las aclamaciones y cantos que recomenzaban (12).

Ya por la tarde, se podía ver al H. François por las veredas recorridas por la procesión. “Pero, H. Director, de ordinario no viene usted por aquí. ¿Qué pasa, ha cambiado de itinerario? *“¡Ah!, hijo mío, es que Dios ha pasado por aquí y ha expandido su perfume y sus gracias a manos plenas y noto aún su delicioso aroma”* (12).

EL LUGAR SANTO

Es este mismo sentimiento de la majestad divina entre nosotros el que le incita, a él, pobre entre los pobres, a no escatimar nada cuando se trata de honrar a Dios. La capilla de Saint-Genis llama la atención del visitante por su grandiosidad. Ahora bien, el H. François dirá: *“Si hubiéramos tenido más dinero, habríamos podido hacer algo mejor para Dios”*,evocando, tal vez, las vidrieras sin acabar. Por el contrario, algunos años antes, había insistido para suprimir un cordón de piedras talladas en el 2º piso de la casa: lujo inútil y fuera de lugar para los Hermanitos de María. Pero, cuando se trata del Señor, la reacción es muy distinta.

La capilla es también el lugar donde se ha de manifestar más respeto. No se corre en el lugar santo, y el atolondrado que se deja sorprender en falta no se librará de tener que besar el suelo en reparación por su falta de respeto. El H. François no tolerará ningún ruido, ni la más ligera perturbación. Se acepta esta exigencia para no disgustarle y porque se venera su santidad: “Cuando quería tener algo de piedad, dice un testigo, miraba al H. François y esa gracia me era concedida. Ha sido mi edificación absoluta todo el tiempo que pude vivir con él.” (14).

INTENSIDAD DE LA PIEDAD-ORACIÓN

*“Haga de sus Hermanos hombres piadosos, escribe a un Director, les hará felices y se salvarán con toda seguridad”* (15).

La piedad ayuda a encontrar la mejor manera de corregir: *“Prepare los avisos, reprensiones y penitencias en la oración, como se prepara la ensalada en aceite y vinagre”* (16). Siguiendo al Padre Champagnat, dice: *“La piedad os asegura el éxito en las relaciones humanas”* (17).

“Siempre el primero para la oración, incluso en sus últimos 5 años, está tan atento a Dios que no se le ve nunca girar la cabeza. Jamás se le advierte el menor movimiento que pueda suponer distracción o curiosidad alguna” (18).

Sí, en verdad, la oración se convirtió para él en una segunda naturaleza. Por otra parte, es lo que afirma al hablar de la meditación y la oración: los afectos son el agua que se saca del pozo o como el fuego que hay que soplar; en la oración afectiva son como el agua que corre naturalmente o como el fuego ardiente y casi continuo. La oración es como el aprendizaje de un arte. Los comienzos son difíciles, pero, con tiempo y esfuerzo se adquiere una facilidad maravillosa para tocar instrumentos de música, escribir, dibujar, etc… (19).

Sí, se puede hablar de oración continua: *“Adquiramos el hábito de la oración jaculatoria, que ocupe nuestro espíritu y corazón vueltos hacia Dios de forma continua”,* escribe en una circular (20).

*“Nos hemos de acostumbrar a saborear la oración, probarla, digerirla, por decirlo así, apropiarnos sus sentimientos, como el cuerpo digiere la comida y se la asimila. Tomados con precipitación, los alimentos pesan en vez de aliviar, fatigan en lugar de alimentar; así ocurre con la oración hecha con precipitación, de forma atropellada, sin atención”* (21).

Todos los Hermanos, y hasta los vecinos, observaron el intenso recogimiento de este hombre que, pese a su salud siempre vacilante, se mantiene de rodillas, de forma heroica, sin apoyarse en el reclinatorio. En sus últimos años, y pese a estar medio paralítico, sostiene el misal con ambas manos. Practica una estricta mortificación de la mirada, del hablar, de la compostura, del andar.

Como San Bernard, piensa que: *“los ojos inclinados hacia la tierra elevan el corazón hacia el cielo”.*

Numerosos testigos han subrayado que nunca mira al público al entrar en la capilla. En una ocasión, el H. Jean-Baptiste, por distracción, llega a la oración de la mañana con el gorro de noche. Sólo uno no rió, porque, sencillamente, no había mirado. Uno de los monaguillos, en un movimiento atolondrado, dejó caer al suelo las canicas de su repleto bolsillo. Todos rieron, menos el sacerdote, a quien no hizo ninguna gracia, y el H. François, que oyó el ruido, pero no trató de ver qué había ocurrido.

Una vecina describe su entrada en la capilla: “Entraba con seriedad, andaba lentamente y hacía la genuflexión. ¡Cómo se le notaba penetrado de la presencia de Dios! Era el modelo de todos los demás. Por desgracia, no se le veía bien a través de los barrotes, menos de lo que me hubiera gustado” (23).

Se podrían citar decenas de testigos que hablan de su actitud al volver de la comunión, era el único en comulgar todos los días. “Nos gustaba observar al H. François cuando volvía de comulgar con la sonrisa en los labios. Al ver su cara iluminada, se le hubiera tomado por un serafín. Llegado a su puesto, parecía un ángel prostrado en oración ante la divina majestad y abrasado por los impulsos enviados hacia su bien amado Jesús, al que había tenido la dicha inmensa de recibir”. “Tan recogido, añade otro, que resultaba extraño verle encontrar su reclinatorio” (24). Algunos pronuncian la palabra éxtasis. Uno de ellos llega a subrayar haberlo visto REÍR durante la acción de gracias. “Repito, dice, reír como un bienaventurado; se le habría creído en éxtasis, es algo que no se olvida” (25).

Se puede afirmar que esta clase de concentración es la que él mismo sugiere en la comparación que le impresionó en sus primeros años de vida religiosa: *“es como el hombre que lleva un vaso totalmente lleno de un líquido precioso del que no quiere perder una sola gota”.* Y añade también la comparación de la persona que debe atravesar un arroyo sobre piedras mal sujetas. En los dos casos, el espíritu se vacía de cualquier otro pensamiento. Y concluye: *“Así debemos recogernos sobre nosotros mismos, durante la oración, con toda la atención ocupada sólo en Dios”* (26).

Y explica algo debido, sin duda, a su experiencia: *“Gustad y ved cuán dulce y bueno es el Señor. El Espíritu Santo nos revela su acción misteriosa, pero real, en las almas… Después de haberles otorgado el don de la fe, una segunda visión, pero visión sobrenatural, “videte” les hace don de la piedad, que es un segundo sentido del gusto, pero gusto sobrenatural, “gustate”.*

Es evidente que se trata de la oración, que describeasí*: la oración por excelencia en la que Dios habla al corazón sin la mediación de fórmulas y por la sola atracción del alma que se eleva por sí misma hacia el manantial de todo bien. “Es ahí, sobre todo, donde se debe amasar esta provisión de recogimiento, este tesoro de espíritu interior que debe animar y santificar nuestras acciones y sin el cual estas mismas acciones carecerían de toda virtud”* (27).

De ahí el deber de sumergirse en la oración: *“No basta con rezar a veces y ni siquiera con frecuencia, durante el día; la oración debe ser nuestra substancia, la que se incorpora a nosotros, que se ancla en nosotros y se mezcla, por decirlo así, a nuestra carne y sangre y se estremece de amor al pensar en el Dios vivo”*  (28).

ORACIÓN Y PENITENCIA

Pero no hay oración muy profunda si no conduce al espíritu de penitencia. Su gran devoción es la Pasión de Cristo. Reza cada día el *Via Crucis* a media mañana, de rodillas, hasta 1876, y de pie los últimos cinco años de su vida, porque, al estar de rodillas, ya no puede levantarse sin ayuda. El pensamiento del crucificado alimenta su piedad, y cree que la mejor manera de seguir la misa, comulgar y orar ante el Smo. Sacramento es meditar la Pasión de Jesús para sentir en nosotros mismos lo que él sintió. Esta meditación incita a aceptar las penas de la vida, o procurarse otras con instrumentos de penitencia cuya práctica conoce personalmente.

Con un organismo asaltado regularmente por problemas de salud, puede atreverse a decir en una carta lo que piensa del sufrimiento: *“Dios conoce lo útiles que son para nosotros los sufrimientos, las penas y las contradicciones. Llevemos, pues, con sumisión y respeto los golpes de la Divina Providencia”* (29). Y continúa durante cuatro páginas en el mismo tono, pues, nos dice el Hermano que cita esta carta, “es un tema que llenaba su alma, como prueba en numerosas cartas”. *“La caridad es siempre dudosa hasta que no va marcada por el sello de la paciencia, como la vasija de arcilla se puede diluir en el barro hasta no haber pasado por el fuego”* (30).

En las vidas de los santos coetáneos, las palabras rigorismo y miedo aparecen con frecuencia. Son, tal vez, las primeras luces en sus caminos, pero la santidad les va llevando poco a poco hacia el amor: *“Nuestra mayor felicidad, ya en esta vida, debe consistir en devolver amor por amor a Quien nos ama con amor eterno”.*

Para este hombre unido de esta manera a Dios, verlo ofendido es algo intolerable, pero también estimulante. Un Hermano parece haber quedado traumatizado por los excesos de odio y las blasfemias durante el episodio de la *Comuna.* El H. François le escribe: *“Si ve u oye algo que ofende a Dios, haga enseguida un acto de contrición por quienes cometen el pecado y diga a Dios, infinitamente santo, infinitamente adorable, que quiere amarlo de todo corazón y servirle con más fidelidad para reparar la injuria cometida. Rece luego por esos desdichados y diga con Nuestro Señor en la cruz: “Padre Nuestro, perdónales, porque no saben lo que hacen”* (31).

Si hay temor, se trata de temor filial, que provoca *“un efecto inexplicable ante la menor ofensa a Dios, aversión extrema y odio mortal a todo pecado”.*

*“El creyente acepta de la mano paternal de Dios cuanto le ocurre, persuadido de que, viniendo de un Padre tan bueno, nada le puede ocurrir que no redunde en su mayor bien. Sin este don precioso, se está junto a Dios casi como un extraño…, pero el espíritu filial reemplaza pronto al de servidumbre”.*

El H. François puede tomar con serenidad una resolución que refleja la ufanía de San Pablo: *“Vivir de modo que se pueda decir: “El H. François sólo teme al pecado. Y está dispuesto a todo”* (32).

CAPÍTULO 51

1 – 304 p.1571.

2 – Digna, atenta y devotamente: esta oración, al principio del oficio, era conocida por todos.

3 – Testimonio del H. François-Marie.

4 – Testimonio del H. Éduin (Jean-Germain Vaure, nacido en Peaugres en 1844). (P.S.I. p. 124).

5 – La palabra comunión debe tener el sentido de comunidad, puesto que los solitarios no vivían habitualmente juntos.

6 – 301 p. 119

7 – 301 p. 126. De forma extraña, copió estas páginas (126-133) con escritura cifrada. ¿Cuál pudo ser la razón?

8 – 301 p. 134

9 – Testimonio del H. Chrysole (Antoine-Auguste Moiroud, nacido en 1831 en Bévenet (Isère).

10 – Testimonio del H. François-Marie.

11 – Id. No se trata de misoginia, sino de obediencia a las leyes eclesiásticas de la época. Si es más estrictamente fiel que otros, se debe al sentimiento más acusado de responsabilidad. “Era barrera infranqueable para la entrada de mujeres en el convento”, dice una religiosa de la Sagrada familia que trabajaba en la casa.

12 –Testimonio del H. Amphien (fallecido en el momento de la introducción de la causa) transmitido por el H. François-Marie.

13 – Testimonio del H. Sabinien (Julien Morel, nacido en 1860, P.S.I. p. 140).

14 –Testimonio del H. Auzonius (Jean-Claude Cancette, nacido en Beauzac (Haute-Loire) en 1858).

15 – 12 p. 565.

16 –Testimonio del H. Augustalis (Jean-Antoine Corrompt, nacido en Chavanay, 1857. Asistente general, citando al H. François, p. 7 del cuaderno que redactó sobre el difunto).

17 – Circ. 2 p. 352.

18 – Testimonio del H. Lévi (Pierre Sibillon, nacido en Bessenay (Rhône) en 1840.

19 – 302 p. 244.

20 – Circ. 2 p. 363.

21 – En Circ. 2 p. 345-365, se encontrará amplia meditación sobre la oración. Lo mismo, en la instrucción 308 p. 826-860.

22 – Testimonio del H. Augustalis (P.S.V. p. 406) que precisa la fecha: enero 1871.

23 – Entre los Hermanos y los fieles había una verja bastante ornamental y alta.

24 –Numerosos testigos hablan en este sentido, entre otros los HH. Agrétius, Auzonius, Baudelin, Armand, Élie-Joseph, Gatien y Marie-Dominique.

25 – Testimonio del H. Benoît Bouchu, nacido en Champetières (Puy-de-Dôme) en 1847.

26 – Ya había anotado esta comparación en el retiro de 1824. La retoma en esta instrucción.

27 – 308 p. 1089-1090.

28 – Id.

29 – 12 p. 902-903.

30 – Lo dice de forma casi idéntica para la oración que no lleva hacia la mortificación (303 p. 103).

31 – 12 p. 604.

32 – 301 p. 152.

CAPÍTULO 52

El Hermano François, María y los Santos

MARÍA MODELO DE ORACIÓN

Uno de los aspectos de la piedad del H. François es su faceta mariana ya observada a lo largo de esta biografía. Y, ante todo, María es modelo. Escuchémosle evocando la Anunciación. *“La soledad preservaba su alma del hálito emponzoñado del mundo, pero la oración la elevaba muchos grados a la altura de la perfección conveniente a la madre de Dios. Para ser en plenitud y de forma eminente su madre, según el bello pensamiento de un Padre de la Iglesia, María debía concebirlo espiritualmente en su corazón antes de darle nacimiento corporal”* (1).

El pensamiento de San Agustín sobre esa concepción de María en su espíritu se ofrece, *mutatis mutandis* a toda alma interior. Sigamos el razonamiento*:*

*“Mucho antes de que el ángel le anunciara su glorioso destino, Jesús se formaba y crecía a diario en esta bienaventurada Virgen por sus puros afectos, amorosas comunicaciones y unión cada vez más estrecha con el esposo divino que había aceptado. Y al llegar el momento del gran misterio, el Verbo divino que llegaba hasta ella encontró expeditas todas las vías y sólo tuvo que revestirse de la carne pasible y mortal en el seno virginal donde ya habitaba por el espíritu”* (23). Y añade la referencia: *Ef 3.*

De la oración de María, pasa a la nuestra: *“La oración es, pues, preparación indispensable para las gracias que el Señor nos tiene destinadas y para las santas funciones que deberemos cumplir. Por esto, nuestras casas deben ser casas de oración (Mt 21) y, a ejemplo de los apóstoles, debemos pedir con frecuencia al Señor que nos enseñe a orar. (Lc 11). El religioso ha de ser esencialmente hombre de oración. Necesita que la oración, por uso frecuente, se convierta en ocupación familiar, que sea como su respiración, su propio elemento, su alimento, su vida. Tiene prescrita la oración para el inicio y final de todos sus ejercicios; preside tanto las comidas como los estudios, se despierta en él y se sienta, por decirlo así, cerca de su cama, le sigue en sus desplazamientos y, en fin, se mezcla cual bálsamo divino en cada empleo que la Regla le asigna en cada momento”* (2).

MODELO DE VIDA

María no es tan solo modelo de oración. Lo es también de cuantas acciones realiza una vida animada por la oración. El religioso necesita con frecuencia discernir. María es modelo de discernimiento: *“En el misterio de la Encarnación, al escuchar las palabras del ángel, evita la pronta y temeraria credulidad de Eva que se deja engañar por el demonio y la súbita y seca incredulidad de Zacarías que no quiso creer en las palabras del ángel. Reflexiona, examina, pide aclaraciones y se somete al reconocer que cuanto se le dice viene de Dios y conduce a Dios, sin ninguna infracción de la ley y de su voto. Modelo admirable de prudencia y discernimiento”.*

Y cita a San Ambrogio: *“Tengamos siempre ante nuestros ojos la vida de la Sma. Virgen; considerémosla como la Regla de nuestra conducta”.* Aplicando el consejo a un Hermano joven, añade: *“No reconocería como hijo suyo a quien no amara las bajas ocupaciones en una escuela pobre y difícil”.* (3).

El verdadero amor a María no se contenta, pues con palabras o favores obtenidos. Exige imitación de la que el H. François subraya los aspectos principales: *trabajar para formar a Jesús en nosotros y en nuestros alumnos; tener para con nuestros Hermanos y alumnos el mismo afecto de María para con Jesús; escuchar y conservar en nuestro corazón la palabra de Dios como María y llevar, como ella una vida oculta.* (4).

A IMITACIÓN DE MARCELLIN CHAMPAGNAT

Hay, sin duda, en todo esto una convicción lograda progresivamente a lo largo de toda una vida de fidelidad. Pero hay también otra convicción adquirida al contacto con el Padre Champagnat: no separar a María de Jesús.

Recordaremos que, desde 1822, pertenece a una cofradía instaurada o restaurada por Champagnat en La Valla, dedicada a los Sagrados Corazones de Jesús y de María. En el retiro de 1849 encontramos estos dos corazones unidos en la misma oración: *“Convertidnos, Corazón de Jesús, Amable Corazón de María, apagad la cólera de nuestro Juez. Corazón de Jesús, escuchad mi oración y que mis gritos lleguen hasta vos por el Corazón de María”* (5).

Como Marcellin Champagnat, exhorta gustoso a las visitas al *“Smo. Sacramento y la Sma. Virgen”.*

Se siente feliz al encontrar, en la vida de Santa Gertrude, una encantadora paráfrasis de las palabras de la *Salve Regina*: *illos tuos misericordes oculos ad nos converte. “La Sma.*Virgen, escribe, *se aparece a la santa y mostrándole los ojitos del Niño Jesús que tiene en sus brazos: aquí tienes los ojos muy misericordiosos que puedo hacerse volver, según mis deseos, hacia quienes me invocan”* (6).

Un precioso texto del Sr. Olier confirma también su convicción sobre la unión entre Jesús y María: *“Jesús estaba en el seno de María como en un templo, el más santo, el más augusto que haya habido y pueda haber en este mundo. Jesús sólo utilizaba las criaturas, por decirlo así, referidas a María y el mundo se encontraba en María para Jesús. María era el mundo de Jesús; era todas las cosas para él”* (7).

Esta doctrina del Sr. Olier aparece asimilada por el H. François. En una carta al H. Jacques Peloux, aviva el celo de este misionero de Oceanía con estas palabras: *“Pidamos este precioso favor a Jesús y María, ardientes de amor y penetrados de este fuego que les hace ser una misma cosa, un solo ser, según expresión del Salvador, que desea lo mismo para nosotros. María, revestida del sol que es Jesús, de forma que ya no parece ella misma, y se ve transformada en él. Seamos fieles para unirnos y perdernos así en Jesús en este mundo, para seguir unidos a él y participar de su gloria en la eternidad”* (8).

Se siente inclinado a contemplar cuanto une a Jesús con María: *“Del corazón de María brota la sangre que vivifica el corazón de Jesús y del corazón de Jesús parte la gracia que santifica el de María”* (9).

Como para el Padre Champagnat, María es para él Madre, Recurso Ordinario y Primera Superiora. Este último título lo propone, sobre todo, a los Superiores y Directores: *“La Sma. Virgen sabrá compensaros por las pequeñas privaciones que debéis soportar. Que esta buena Madre presida siempre vuestra escuela, regule y dirija todas vuestras gestiones”* (10). *“Actuad como representantes de María”* (11). *“Consideraos como el representante de la Sma. Virgen que os confía una pequeña parte de su herencia”* (12). *“Entronizadla como superiora de vuestra casa y decidle que deseáis que todo se haga según sus órdenes y deseos”* (13).

Ya hemos visto varias veces bajo su pluma la expresión preferida del Padre Champagnat: María, Recurso Ordinario: *“En cualquier ocasión*,recuerda, *se oía al Señor. Champagnat repetir a sus Hermanos, después de haberles insistido en pedir las virtudes o las cosas corporales necesarias: sabéis a quién nos tenemos que dirigir para obtener sus favores, a nuestro Recurso Ordinario”* (14).

Tiene también su propia expresión: *María divina pastora,* que usa con frecuenciapara evocar su labor de guía para las comunidades.

MARIA CONSUELO

Luego, cada uno tiene sus momentos difíciles en la vida: los indecisos a quienes hay que sacudir, y los afligidos a quienes hay que consolar.

*“Que María se halle entre nosotros como modelo en todas las situaciones de la vida; como confidente en nuestras penas y alegrías, que nuestra vida, con sus luchas y sinsabores, le sea consagrada y transcurra bajo su maternal protección”* (15).

*“Pensad con frecuencia en Jesús, también en María, madre de Jesús y nuestra madre; estaba al pie de la cruz, sufría con Jesús y allí nacimos como hijos suyos, cuando Jesús nos la dio por madre. Nuestra buena y tierna madre, Nuestra Señora de los Dolores, Nuestra Señora de la Piedad, Nuestra Señora de la Compasión. Somos hijos de su dolor, miembros dolientes de Jesús, su Divino Hijo, que sufre en nosotros y da valor a nuestros sufrimientos. Somos, pues, en esta situación, muy queridos para el corazón maternal de María. Nos ama, nos asiste, como madre plena de ternura y, si no nos libera antes de nuestras penas, es porque conoce cuán ventajosos pueden ser los sufrimientos”* (16).

Los hay también que tienen miedo de no ser lo bastante buenos: *“Dirigíos a la Sma. Virgen, como un hijito a su buena madre. Decidle con total confianza filial todo cuanto os apena, todos vuestros temores, lo que deseáis, lo que queréis para vosotros, para vuestros niños. Y si uno de vuestros niños no va bien, confiádselo a la Virgen; ella sabrá enderezarlo y corregirlo”* (17).

APROVECHAR LAS OCASIONES DE ANUNCIAR A MARÍA

El H. François va a tener a lo largo de su vida muchas ocasiones de contagiar a otros su amor a María, y muchos Hermanos hablarán con emoción de sus enseñanzas, sobre todo en las instrucciones del domingo por la tarde. Su tono de voz algo alto y su lenta pronunciación parecen haber sido, en general, bien apreciados. Uno de los oyentes llega a decir que era “voluptuoso” (*sic*) escucharle.

Otro oyente (18) se hace la siguiente reflexión: “Un poco más de impulso, y nuestro Superior se lanzaba hasta el cielo”. Y no hay nada de ironía, pues el mismo testigo añade: “Al hablar de la Virgen nos llegaba hasta el fondo del alma; sabía convencernos de su poder ante Dios”.

“Un día de fiesta, añade un tercero (creo se trataba de la Asunción), en algunos momentos hablaba con tal convicción que se podía asegurar que veía a la Sma. Virgen, que hablaba con ella y la constreñía a atender nuestras peticiones”.

Tuvo tiempo de leer, reflexionar y, sobre todo, meditar con motivo de los innumerables catecismos e instrucciones dados sobre María. La literatura mariana no era, tal vez, muy sustancial, pero María podía revelarse en profundidad a las numerosas almas conocedoras de que ella es el camino. El Padre Champagnat decía de San Juan, al pie de la Cruz, que era el primer marista. Era, pues, una invitación a contemplar la escena del “he ahí a tu hijo, he ahí a tu madre”. *“Todo va a quedar consumado*, comenta el H. François, *y es en ese momento supremo y solemne cuando Jesús nos da a María, su madre, como madre nuestra y nos confía a ella como otros ´si mismo’. Es en ese momento cuando María nos alumbra con los dolores del Calvario, nos recibe como hijos y se encarga de nosotros como madre. Es en ese momento cuando se pude decir que ‘todo está consumado’ para María, que las figuras dan paso a la realidad y las profecías se cumplen por completo”* (19).

Como al Padre Champagnat, le embarga el intenso deseo de ver proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción: *“Es la devoción de todo el episcopado, de todo el clero, de toda la Iglesia. ¿Y nosotros, hijos privilegiados de María, nos quedaríamos atrás?”* (20). El H. Damien, asistente general, cita una carta del H. François sobre este tema: *“Ese mismo día de la Inmaculada Concepción decía yo a la comunidad reunida que se podía obtener todo por la invocación a María concebida sin pecado. ¿Con qué renovada confianza no la invocaremos bajo ese hermoso título, ahora que Dios se complace en hacerlo aún más glorioso?”.* “Este tema, añade el H. Damien, vuelve con mucha frecuencia bajo su pluma porque responde a una necesidad de su corazón (21) y le recuerda una promesa heroica: *“El día de la Inmaculada Concepción, he resuelto vivir de forma perfecta cada una de mis acciones sin hacer demasiado caso de las imperfecciones compatibles con esta intención y cuya preocupación podría dañar mi aplicación a los deberes de mi vocación”* (22).

Preside más de una toma de hábito en Saint-Paul-Trois-Châteaux, que tiene lugar el 8 de diciembre: *“Nos dirigimos sin cesar a la Sma. Virgen por las necesidades de la Sociedad. La fiesta de la Inmaculada Concepción es muy bella ocasión para obtener cuanto pedimos a esta buena Madre”* (23).

SUS PRÁCTICAS MARIANAS

No tiene reparo en apoyar su piedad mariana en múltiples prácticas. Enumera quince que deben ser tan solo parte de su propio catálogo.

1- Pronunciar con frecuencia su nombre, con los de Jesús y José.

2- Pedir su bendición al levantarse y acostarse, al salir, al volver, al empezar los ejercicios de piedad, los actos principales, etc…

3- Saludar con afecto sus estatuas. María es educada: devuelve el saludo del cielo. ¡Qué dicha para nosotros!

4- Llevar la medalla, el rosario, el escapulario.

5- Trabajar ante su imagen o su estatua que deben estar en las principales estancias de la casa.

6- Ofrecerle cuanto recibamos, antes de guardarlo, de llevarlo.

7- Meditar sus gozos, sus dolores, sus glorias, sus beneficios.

8- Celebrar sus fiestas con gran devoción y renovar la consagración a esta divina Madre.

9- Ayunar el sábado o realizar alguna obra de caridad en su honor.

10- Hablar con frecuencia de ella a las personas que frecuentamos: Hermanos, alumnos.

11- Rogarle hable por nosotros, para cumplir nuestros deberes con Jesús Cristo.

12- Confiarle nuestras penas y alegrías, proyectos y temores.

13- Recitar con devoción su oficio, el rosario, la Salve, el Acordaos, el *Magnificat*, el *Ave Maris Stella*, etc…

14- Hacer novenas en su honor o para preparar sus fiestas, encomendarle ciertos asuntos.

15- Visitar sus estatuas, capillas e iglesias que le están dedicadas.

CON ESPÍRITU DE NIÑOS

Consciente de la invitación de Jesús a volvernos como niños, se alegra con sencillez ante coincidencias que a otros parecerían puro azar, como el elevado número de circunstancias de su vida ocurridas en sábado o en fiestas de María. Desde su ataque de 1876, observa que en cada fiesta de la Virgen su salud mejora un poco, que puede hacer la señal de la cruz con su mano derecha paralizada, ayudándose de la mano izquierda válida. Esto le recuerda la “novena milagrosa” hecha en su favor en los inicios de su generalato. En sus notas se encuentra una cita ingenua de San Nicéforo, uno de los anti iconoclastas del s. IX: *“Se piden muchas cosas a Dios sin obtenerlas; se piden por María y se obtienen. No es que María sea más poderosa que Dios, sino que el Señor ha decidido honrar así a su madre”.*

Ante la monotonía del rosario, ofrece comparaciones muy infantiles también, más dignas de San Francesco d’Assisi: *“¿Por qué temer las repeticiones? Los pájaros con sus gorjeos repetidos nos enseñan a repetir nuestras aspiraciones y a decirlas piadosamente”.*

Había encontrado este hermoso testimonio en las revelaciones de Santa Brigitte: *“Un ángel le había dicho que las personas más inclinadas al pecado se veían apartadas de la tentación mientras estaban en presencia de María”* (24).

En todo caso, el resultado es palpable. Nos cuenta un Hermano cómo fue acogido por el H. François al llegar al noviciado: “Me habló tan bien de la Sma. Virgen y de la gracia que me otorgaba al llamarme a su familia que nunca olvidaré sus palabras”. Otro testigo pudo decir: “Jamás he visto a un cristiano, religioso o sacerdote llevar a tan alto grado este abandono, esta confianza, este amor filial hacia la Buena Madre, su expresión habitual” (25).

SAN JOSÉ Y LOS SANTOS ÁNGELES

Su pensamiento se vuelve también con mucha frecuencia hacia San José y los ángeles. San José es contemplado en el misterio de la autoridad y obediencia en Nazaret:  *¿Quién puede comprender la perfección de María y José al mandar a Jesús?”* En sus notas de retiro encontramos varias oraciones a San José. Durante su enfermedad de 1844, escribe: *“San José, nuestro querido patrono y poderoso protector, me ha socorrido de forma maravillosa* (26). Cita a la Madre Rivière, fundadora de las Hermanas de Boug-Saint-Andéol, quien proponía a San José como modelo para sus comunidades: *“Portaos con vuestros alumnos como San José con el Niño Jesús”.*

*“Poneos,* sigue diciendo el Hermano, *bajo la protección del glorioso San José. Este gran santo, testigo y guardián de la virginidad de María, y que practicó esta santa virtud en grado heroico, protege de forma admirable a cuantos acuden a él para protegerse de la muerte del alma y no manchar el santo lirio de la inocencia”* (27).

Lo propone como modelo: modelo para la vida de oración y recogimiento y patrón de las almas de vida interior. Modelo también, como la Sagrada Familia, de trabajo manual, tan importante en la vida del H. François. *“Para honrar la vida obscura y laboriosa de la Sagrada Familia, los Hermanos y novicios se emplean en la cocina, el huerto y otros trabajos manuales para la limpieza de la casa y servicio de la comunidad. Deben considerarse felices al parecerse más a Jesús, María y José”* (28).

Puede citar a Teresa de Ávila para aquellos Hermanos que se sienten abandonados espiritualmente: *“Quien se vea falto de un director que le guíe por las vías de la oración, tome a San José por guía; muy pronto conocerá el verdadero y seguro medio de llegar al fin que pretende”* (29).

Durante su estancia en Roma, se siente dichoso al participar en la novena a San José, “la gran devoción de Pío IX”: *“Es hermoso oír proclamar, cantando sus letanías, las glorias y la belleza del glorioso esposo de María, patrón de los pobres y trabajadores, protector de los enfermos y moribundos”* (30). Coloca entre las fechas importantes de su vida la fiesta del Patrocinio de San José, fijada por Pío IX, en 1847, para el domingo 3º después de Pascua. Un 17 de abril, fiesta de dicho patrocinio, al recordar diversos favores, lo llama *“Ecónomo de la Sociedad, Médico de las enfermedades espirituales y corporales, Patrono y Modelo del gobierno del Instituto”.*

Su fórmula de despedida es, con mucha frecuencia: *“le dejo* *junto al divino Jesús,* *a la sombra de nuestra amable madre y bajo la protección de San José: se está tan bien…”.*

Invoca también muchas veces a los santos ángeles e invita a rogar al ángel de la guarda y al del niño o persona a quien se va a hablar. Nada tiene esto de extraño, pero es un testimonio de familiaridad con el cielo.

Habría que añadir el pensamiento de las almas del purgatorio y la frecuente oración por ellas, manifestada en las visitas al cementerio. Éstas “eran para él verdaderas peregrinaciones: siempre recogido, las manos en las mangas de la sotana, se habría dicho que hablaba con seres invisibles” (31). No hay dificultad para imaginarse al H. François lego de un monasterio, encargado de despertar a viajeros a diversas horas de la noche: *“No tengo despertador. Pero rezo un De profundis por las almas del purgatorio y me despierto siempre a tiempo”* (32).

CAPÍTULO 52

1 – 308 p. 1088-1089.

2 – Id. p. 335-336.

3 – Circ. 1, 129,124.

4 – En carta a un Director (10 de junio de 1854) donde relata el fin de la 3ª sesión del Capítulo, hace las mismas consideraciones, como también en muchas otras cartas (12 p. 109 y ss.).

5 – 303 p. 758.

6 – 308 p. 594.

7 – 304 p. 1522.

8 – 12 p. 1067.

9 – 304 p. 1509.

10 – 11 p.227.

11 – 11 p. 137.

12 – 11 p. 510.

13 – 12 p. 835.

14 – 308 p. 681. Podemos añadir también el testimonio del H. Archippe citando al H. François: “Dirigíos al Padre Champagnat, decía con frecuencia, veréis que lo solucionará todo con su Recurso Ordinario”. (PVI p. 78).

15 – 11 p. 101.

16 – 12 p. 847.

17 – 12 p. 529 (17 nov. 1852).

18 – El autor de este testimonio se llama Étienne, Conde des Bodets. Es Hermano Marista (H. Symmaque, pero se declara antiguo maestro, secularizado, habitante de Chaufailles. Conoció bien al H. François, primero durante dos años (sin duda postulantado y noviciado) y en los años siguientes. P.S.V. p. 125-126).

19 – 304 p. 1007.

20 – Circ. 1, p. 76.

21 – El H. Damien, asistente general, no conoció al H. François, pero transmite el testimonio de varios Hermanos que no podían personarse (por ejemplo, Hermanos en el extranjero).

22 – 303 p. 674.

23 – 11 p. 232.

24 – 307 p. 334.

25 – Testimonio del H. Gracilien, Joseph Moiroud, nacido en Bévenay (Isère) 1834, en P.S.V., p. 26 de las páginas del inicio.

26 – 301 p. 51.

27 – 12 p. 914.

28 – 308 p. 767.

29 – 12 p. 786.

30 – 304 p. 1493.

31 – Testimonio del H. Gémelin (Jean-Pierre Duchamp, nacido en Ardoix) (Ardèche) P.S.V. p. 534.

32 – 310 p. 119.

CAPÍTULO 53

El Capítulo de 1863

La Santa Sede, interesada en los Hermanos Maristas, les pide ahora revisar las constituciones y reemplazar las elecciones provisionales de 1860 por otras más definitivas. Así pues, el Capítulo General fue convocado de nuevo y se reunió en Saint-Genis-Laval bajo la presidencia del Padre Favre, designado de forma excepcional por el Soberano Pontífice para supervisar los trabajos.

La primera sesión tuvo lugar el 1 de mayo de 1862; naturalmente, el H. François fue convocado al ostentar todavía el título de Superior General. La congregación de Obispos y Regulares quedó tan satisfecha de las decisiones adoptadas por los capitulares que el 9 de enero siguiente (1863) un decreto de Pío IX “aprueba y confirma la congregación de los Hermanos Maristas de las Escuelas”. Este era, en efecto, el nombre dado por la Santa Sede a esta congregación que el gobierno francés llama Hermanitos de María, congregación de enseñanza, de los Hermanos coadjutores de los Padres Maristas.

He aquí el texto:

“Nuestro Santísimo Señor el papa Pío IX, en audiencia concedida al Señor Secretario, abajo designado, de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, el 9 de enero de 1863, ha aprobado y confirmado, a tenor del presente decreto, como congregación de votos simples, bajo el gobierno de un Superior General, y salvo la jurisdicción de los ordinarios, según las prescripciones de los sagrados cánones y de las Constituciones apostólicas, el susodicho Instituto de los Hermanos Maristas de las Escuelas (*Fratres Maristae a scholis*) cuya casa madre se encuentra en la diócesis de Lyon.

Otrosí, ha confirmado, a modo de ensayo y por cinco años, las Constituciones abajo escritas, tal y como se contiene en este ejemplar; sin que conste nada en contrario.

Dado en Roma, en la Secretaría de la misma Sagrada Congregación, en el día y año arriba indicados.

N. Cardenal Paracciani Clarelli, prefecto

A. Arzobispo de Philippes, secretario”.

El H. François veía así coronados los esfuerzos realizados cinco años antes.

Una segunda sesión reunía a los capitulares en Saint-Genis-Laval en julio de 1863. El H. Louis-Marie era elegido por 37 votos sobre 40 y tomaba el nombre de Reverendo Hermano Superior General. El H. François pasaba a las filas del pueblo llano y no deseaba otro nombre que el de Hermanito de María o el de abuelo. En su diario escribía: *“El 22 de julio de 1863, deposición del título de general a manos del Capítulo, a los pies del Reverendo Hermano Superior General elegido; y resolución de consagrar al bien del Instituto, en la condición ordinaria de los Hermanos, todo el tiempo que me resta de vida. Santa María Magdalena en el desierto”* (1).

Al ser la fiesta de Santa María Magdalena, evoca la tradición sobre Magdalena y el santo Bálsamo, pero piensa asimismo en la Magdalena del Evangelio, y más adelante, en una instrucción, cita a este propósito a San François de Sales: *“A los pies del Salvador el alma se abrasa en el fuego de la caridad… Tal fue el santo reposo, la suave quietud* *de Magdalena, al permanecer a los pies de Jesús y escuchar su palabra. Se halla en profunda tranquilidad: no dice una palabra, no llora, no suspira, no se mueve. ¿Qué hace pues? No hace nada: escucha, recibe la palabra de su Bien Amado, y la conserva en su corazón”. (Tratado del Amor de Dios L. 6* (2).

Anota también ese 22 de julio: *“San Juan de la Cruz pedía habitualmente tres cosas a Dios: la primera no pasar ningún día sin sufrir; la segunda no morir siendo superior; la tercera acabar sus días en la humillación”* (3).

Al día siguiente, 23 de julio de 1863, bendecía al Rvdo. Hermano Louis-Marie con esta bella fórmula que ya hemos visto en sus notas de retiro: *“Que el Señor os conceda la autoridad de un padre, la ternura de una madre y os conceda poder conducirnos a todos al cielo”* (4).

De regreso a l’Hermitage, entraba de nuevo en la vida contemplativa, (algo hortelano, algo enfermero y, sobre todo, gran orante)*,* tras la que tanto había suspirado y que ya practicaba desde hacía 5 años. No rehuía el trabajo y aceptaba seguir siendo superior de la casa y de los estudiantes, se imponía presidir todos los actos comunitarios, lo mismo oraciones que comidas, y seguía dando los cursos de religión.

Novicios y postulantes estaban en Saint-Genis, pero, en 1868, al sobrar sitio en l’Hermitage, se decidió crear un juniorado. Con escuelas cada vez más numerosas, había niños de 11 o 12 años, terminados sus estudios primarios, capaces de cursar estudios primarios superiores antes de ingresar en el postulantado. El abuelo tendría así nietos a los que podría dar cursos. Esto le supuso algunas pruebas, pues el H. Callinique, responsable del grupo, quería dirigirlo todo y no tenía demasiada consideración hacia el antiguo Superior general.

En 1869, llega el H. Apollinaire (5). Personaje de grandes cualidades, algo vanidoso, tal vez demasiado seguro de sí mismo, pero trabajador y eficaz. Ayuda preciosa para el H. François que no necesita señalarle el trabajo. Se entrega a fondo y nada se le resiste. Un día se pone a crear un camino hasta debajo del cementerio. Otro decide preparar un pasaje para comunicar el paseo de los Plátanos con los prados del norte. Esto hará más accesible el huerto del H. François. Todavía hoy, en la geografía marista local se habla del “paso Apollinaire”.

En 1870, el H. Callinique es reemplazado en la dirección del juniorado por el H. Azarias. El H. François le cede complacido todo el cuidado del grupo. Continuará dando algunas clases de religión, pero debe bregar con una memoria que le traiciona de vez en cuando.

Al final de este mismo año, la guerra franco-prusiana provocará una verdadera tormenta en l’Hermitage.

CAPÍTULO 53

1 – 301 p. 97.

2 – 8.772. Cita en el mismo texto las palabras del campesino de Ars a quien el santo párroco había preguntado: “¿Qué le dices a Dios en las largas visitas que le haces cada día y varias veces al día? – No le digo nada; él me mira y yo le miro”. 310 p. 540.

3 – 301 p. 97.

4 – AFM 31.04.025.

5 –François Genet, nacido en La Frette (Seine et Loire). El H. Avit dice de él que su bagaje científico era muy ligero, pero que disponía de una gran mano izquierda, tono cortante y facundia abundante… Para dirigir y actuar en un incendio, para organizar y conducir una procesión o una larga excursión, único… Cosa llamativa, la gente del mundo le creía muy capaz aunque cometiera graves faltas al hablar… El santo día de Pascua de 1848, jinete en brioso corcel, condujo a los electores de Vauban al colegio electoral de la Clayette... Poco después, ya en carruaje, tuvo un grave accidente: piernas y varias costillas rotas. Se recuperó, pero quedó cojo y giboso. Al final de su vida, retirado en l’Hermitage, prestó muchos servicios hasta su muerte en 1880.

CAPÍTULO 54

L’Hermitage revive

El 19 de julio de 1870 Francia había entrado en guerra de forma estúpida, y el desastre fue inmediato. El H. Louis-Marie se dirige a Tours para parlamentar con el gobierno provisional sobre la dispensa posible para los funcionarios de la enseñanza pública, era el caso de numerosos Hermanos, respecto a la movilización de guardias nacionales. Los movilizados estaban organizados por legiones y, a primeros de octubre, quedó claro que la casa de Saint-Genis-Laval sería requisada. En un primer momento debía albergar a 2000 hombres de la 1ª legión del Rhône. Ésta no causó desperfectos, pero, poco a poco, hubo que ir cediendo aposentos. El H. Louis-Marie pasó el invierno en l’Hermitage.

Luego fue el turno de los movilizados de la Gironde a los que sucedieron los de Alsace, luego la 3ª legión del Rhone y, finalmente, los marselleses. En total la casa estuvo ocupada durante cuatro meses desde mitad de octubre de 1870 y, en conjunto, bastante maltratada.

Ya el 10 de septiembre de 1870, los Superiores se enteran que habría que dejar la casa. Los días 10, 11 y 12 de octubre se lleva a efecto. Trabajan en ello día y noche. Los mayores de entre los Hermanos jóvenes son enviados a las escuelas; algunos a sus familias de forma provisional, y los 52 novicios deben partir hacia Notre-Dame de l’Hermitage.

Tras una noche muy corta, el 13 de octubre tienen que hacer a pie el trayecto de Saint-Genis a Rive-de-Gier, pues los trenes estaban reservados para el ejército. Desde Rive-de-Gier a Saint-Chamond en tren, tras larga espera; una vez en la estación de Saint-Chamond, nueva prueba de cuatro kilómetros a pie para gente ya cansada. Llegan a l’Hermitage a las 11’30 de la noche sin que nadie hubiera avisado de su llegada. Menos mal que el portero es el H. Apollinaire, hombre de recursos, que consigue alimentar a toda esta pequeña tropa casi en ayunas desde la mañana. La algarabía es inevitable. Dejemos la palabra al H. Augustalis, futuro asistente general, que forma parte del grupo: “Ya en el comedor desde hacía breves instantes, comentando las impresionantes emociones de la jornada, vemos aparecer de pronto, a un Hermano de edad, alto, de rostro severo, con signos de descontento que no trata de disimular. Era el Reverendo H. François. A esas horas de la noche, había oído un ruido insólito en la casa y venía a hacer respetar el silencio, el gran silencio.

Se adelanta hacia el H. Apollinaire y los de más edad del grupo a los que cree responsables. *“¿Qué es esto?,* dice con severidad. *Estamos en tiempo de gran silencio. ¿Por qué escandalizáis a estos jóvenes?”*

Tras este recordatorio de la Regla, se vuelve hacia nosotros con semblante sonriente y nos dice: *“Habéis tenido que abandonar la casa paterna de Saint-Genis-Laval, pero tranquilizaos, mis queridos hijos, seréis bien acogidos en la casa del abuelito. Pero como estamos en momento de gran silencio en toda la casa, he querido recordaros a todos esta obligación de guardarlo. Sin embargo, y como se trata de algo excepcional, seguid hablando unos instantes más, pero hacedlo bajito para no molestar a nadie”.*

Y nos dejó bajo la impresión de algo inolvidable, de haber viso a un religioso, fiel observante del reglamento, pero también a un padre, a un abuelo, como se llamaba a sí mismo, lleno de bondad y paternal solicitud hacia sus nietos.

Terminada la modesta colación, se nos procuró un lecho. Para 52 personas, llegadas de improvisto, no resultó nada fácil, ni siquiera posible. Primero se llenaron las camas vacías de los dormitorios; se añadieron algunos jergones y, a doce jóvenes, entre los que yo me encontraba, se nos condujo… a la granja donde encontramos ¡un cómodo lecho de heno! No recuerdo haber dormido mejor en mi vida que en esta primera noche en l’Hermitage. Al día siguiente, gran excepción: se nos despertó a las siete de la mañana, en lugar de a las cuatro y media (1).

Una vez la casa de Saint-Genis libre de soldados y puesta a punto, los novicios volvieron, pero fueron reemplazados por postulantes y se decidirá que los Hermanos que gravitan entorno a los lugares de origen sean repartidos entre dos Provincias: l’Hermitage y Saint-Genis. El H. François escribió que el noviciado quedó establecido de forma definitiva en l’Hermitage en septiembre de 1871.

Tras la victoria definitiva de Prusia, el 18 de enero de 1871, hay que hacer frente a nueva revolución: la Comuna de Paris. En la primavera de 1871, hubo ecos de la misma en provincias. Lo mismo que en 1830 y 1848, un atardecer llega a l’Hermitage la noticia de que un grupo de amotinados se dirige hacia la casa. El prefecto de la Loire acaba de ser asesinado. La amenaza parece inminente. Se advierte al H. François que la casa será invadida durante la noche. Éste previene a los Hermanos jóvenes de la posibilidad de ser despertados para huir a los bosques. Se le ve tranquilo: *“Nuestra confianza*, lesdice, *está en Dios y en la protección de la Sma. Virgen. Si vienen, trataremos de acogerlos de manera que no asusten a nuestros más jóvenes postulantes”.* Parece ser que el grupo fue detenido en Izieux por los gendarmes prevenidos a tiempo (2).

El H. François nada dice de los juniores enviados a sus familias desde el inicio de la guerra. Volverán poco después. En 1876, Saint-Genis tendrá también su propio juniorado. L’Hermitage es desde entonces una casa de formación con su aspirantado completo. La Provincia de l’Hermitage tiene un territorio bastante exiguo (Loire, Haute Loire, norte de la Ardèche) pero fértil en vocaciones. La provincia de Saint-Genis-Laval podrá, pues, conseguir algunos postulantes originarios de Haute-Loire y Ardèche. Terminada la guerra, las vocaciones siguen afluyendo. Tras un tiempo de sequía y otro de fluctuaciones debido a la guerra, la casa del Padre Champagnat recobró una plenitud estable, llegando a tener unos 80 postulantes y 20 novicios en 1871-72.

En este momento, el H. François está a la cabeza de su Hermitage de siempre y mantiene esta colmena estudiosa y orante como la quiso el Fundador. Frente al todavía incierto horizonte político, supone un continuo incienso de oración que sube hacia el cielo: plegarias comunitarias y personales con novenas al Espíritu Santo, a Nª-Sª del Rosario, a los santos ángeles. Le ayuda un buen subdirector, el H. Romain.

En definitiva, el H. François es el abuelito, tan humilde como exigente. “Durante una comida, cuenta un Hermano, hay medallones de chocolate muy duro que hay que partir a punta de cuchillo. Lo cual hace mucho ruido que dificulta escuchar la lectura. El H. François interviene: *“Hay mucho ruido. Debe haber modo de hacerlo con más suavidad”.* Y se siente obligado a mostrar cómo hacerlo. Por desgracia, el cuchillo resbala y el plato cae y se rompe. Todos ríen y él también. Pero recoge los pedazos y besa el suelo como cualquier novicio que rompe algo.

Un postulante ha causado un gran estropicio: encargado de cuidar las vacas, tiene que perseguir una que, en lugar de seguir el buen camino, se ha desviado y se rompe las costillas contra las rocas de la colina. ¿Cómo calcular la pérdida? ¿Qué me van a decir? ¿Me van a despedir? Acude a confesar su culpa al H. François: *“Ha hecho menos mal que si hubiera cometido el menor pecado venial”.*

Y sin embargo no se nada en la abundancia. Pero como antes el Padre Champagnat, el H. François cree que María es el Recurso ordinario, de forma milagrosa o a través de generosos bienhechores. Un buen día tiene que saldar una deuda de 2000 francos que vence al día siguiente. *“Vaya usted*, le dice al H. Barlaan, *a exponer nuestro problema al Barón Charles de Rochetaillée y a rogarle que nos preste esta cantidad”.* “Obedezco, cuenta el Hermano, no sin cierta aprehensión. El Sr. Barón, había debido tener aquel día ciertos problemas y me respondió malhumorado que no podía satisfacer mi petición. El tono empleado no dejaba lugar a dudas. Inicié mi retirada no sin antes agradecer al Sr. Barón por su bondad habitual para con nosotros. Ya iba a salir, cuando me vino la idea de añadir: “¡Qué va a decir el buen H. François cuando sepa que el Sr. Barón no ha podido sacarle de este apuro! ¡Qué triste se va a poner, él que tiene tanta confianza en usted y que tanto quiere a su familia!” Al oír estas palabras, el Sr. Charles se vuelve y, gimoteando, me toma del brazo diciendo: “Venga conmigo, Hermano. Que no se diga que he apenado a este santo Hermano…” Un instante después, este generoso bienhechor me entregaba la suma indicada diciendo: “Tenga, para complacer al buen Hermano François y sacarle de este apuro… Dígale que no sólo le presto el dinero sino que se lo doy. Sólo le pido que rece y haga rezar por mí y por mi familia”. (3).

El Barón debía conocer en qué pobreza vivía el H. François. Sus hábitos, siempre limpios, le duraban un tiempo increíble. Su biblioteca, ya lo hemos visto, sólo disponía de algunos libros espirituales y ascéticos.

Esta pobreza no afectaba a su caridad. Se desvivía siempre con los enfermos. Uno de ellos nos dice que le visitaba tres o cuatro veces al día. Era, sobre todo, médico de las almas; la práctica para dirigirlas y la confianza que su caridad inspiraba le abría los corazones y dirigía hacia él, casi a diario, tanto Hermanos de las escuelas como los de la casa. Todos hallaban en él alivio y dirección segura. Solían decir: “Hemos hablado con el Reverendo. Estamos contentos” (4).

El 5 de febrero de 1872, muere en Saint-Genis-Laval el H. Jean-Baptiste Furet. Miembro del grupo de la Haute-Loire llegado a La Valla en 1822, o sea, contemporáneo del H. François, había sido su asistente durante 20 años. Dinámico y trabajador infatigable, pese a los 30 años de mala salud, había publicado una decena de libros consagrados a la espiritualidad. El H. Louis-Marie lo evocará muy prolijamente en una circular que no abarca toda su vida, pero que es presentado como modelo de espíritu serio, a partir de sus textos, de algunas anécdotas y pequeños relatos de su vida.

Es el hombre piadoso que emplea media hora larga para rezar el rosario, cuando lo hace en particular; el hombre austero que nunca se dejó retratar: “Niños, grandes niños, ¿con qué os divertís?”; hombre de fe que no comprende que se le proponga leer el Télémaque: “No me habléis de fábulas cuando tengo el Evangelio y los Padres”; el trabajador que corrige las pruebas de sus *Meditaciones sobre la Encarnación* el día mismo de su muerte; el sabio que quiere Superiores razonables; el enfermo, desolado porque su salud le obliga a régimen alimentario especial, pues se niega a dar ejemplo de infracción a la vida común. Pero, ante todo, el cristiano lleno de confianza en Dios y que expresa con frases lapidarias: “La tierra y los hombres ya no me pueden bastar: necesito a Dios… ¿Puede un padre maltratar a sus hijos cuando hacen lo posible por servirle?... ¡Vamos, vamos!, será sobre todo a la hora de la muerte cuando comprobaremos la verdad de las palabras de San Agustín: Nadie es tan padre como Dios”.

El H. François debió leer con emoción las 65 páginas enviadas a todos los Hermanos, dos meses después de su muerte. Pero primero asistió a su entierro, donde, además de un centenar de Hermanos, concelebraron 26 sacerdotes.

Un mes después, el 6 de mayo de 1872, se produce nuevo desbordamiento del Gier. Seguiremos *grosso modo* el relato del H. François completándolo aquí y allá (5). Después de la misa, la comunidad vio el río ya muy crecido y aumentando su caudal de forma alarmante a causa de la fuerte lluvia con apariencias de seguir cayendo por mucho tiempo. El cielo oscurecido con negros nubarrones; las aguas llegaban de todas partes, el río cubriendo gran parte del prado; ya casi a nivel del huerto. El lavadero inundado por las aguas que daban vueltas, y entrando por las grietas del asfalto en el refectorio donde las mesas navegaban como barcos, hasta el techo, añade otro testigo. Faltó poco para que la corriente destruyera el puentecito. El muro a lo largo de la casa junto al río comenzaba a resquebrajarse. El peligro se hacía inminente, pese a los esfuerzos por conjurarlo. “Presa del pánico, cuenta el H. Barlaam, corro hacia la habitación del Reverendo, quien me dice para calmarme: *“Confiemos, Hermano mío, en la Sma. Virgen… no tenga miedo”.* Dichas estas palabras, se desabrocha el cuello de la sotana, saca el escapulario, se dirige hacia la ventana con fervorosas invocaciones y lo cuelga en la persiana. El H. François precisa en su relato *que había colgado dos escapularios (el del Carmen y el de la Inmaculada Concepción) uno en la ventana del sur y el otro en la del oeste y que había pensado: el escapulario pudo en otro tiempo detener un incendio; bien podrá detener una inundación* (6). *En efecto, la lluvia cesa, el río baja, el cielo se aclara y se disipa cualquier serio temor.* Otro testigo añade: la crecida cesó, pese a la continuación de la tormenta que cesó poco después. El H. Avit añade que el muro del noviciado frente a la capilla se derrumbó en 10 metros de su recorrido (7). No debía ser tan alto como ahora. Pero estaba entonces el célebre H. Delphinus, hercúleo y gran constructor, que se iba a encargar de su reconstrucción.

Siempre ese mismo año, el mes de julio, la comunidad recibe la visita de Mons. Bataillon, ardiente misionero de Oceanía. El H. François y el Padre Capellán van a buscarlo a la estación, y el Sr. Balas, muy amigo de los Maristas, Padres y Hermanos, presta su carruaje para llevar al Obispo a l’Hermitage. También en esto, el H. François imita al Padre Champagnat recibiendo a Mons. de Pins, y la ceremonia de la acogida será muy parecida. Suena la campana. Los Hermanos están todos en dos filas. Monseñor se adelanta hacia el patio interior donde se ha preparado un pabellón con guirnaldas sobre cuatro columnas. Palabras de acogida por el H. François. Respuesta de Mons. Bataillon. Oración en la capilla. Al día siguiente, misa y confirmación de cierto número de Hermanos o novicios. Se invita a algunos sacerdotes vecinos a la comida de mediodía. Luego se acompaña a Monseñor hasta la estación. En 1873, se recibe a Mons. Vitte, vicario apostólico de Nouvelle-Calédonie. En 1874, será Mons. Redwood, marista inglés, antiguo alumno del colegio de Saint-Chamond. El H. François lleva el registro de todos estos acontecimientos. Es parte de su tarea.

En 1874, l’Hermitage adquiere un órgano de ocasión, de 6 juegos, al parecer poco apreciado por el H. Louis-Marie que considera poco normal que l’Hermitage se adelante a la casa madre. Mas, para adquisiciones en favor de la capilla, l’Hermitage cuenta con el H. Barlaam, notable sucesor del H. Stanislas y que, como éste, sabe obtener de los bienhechores cuanto redunde en honor del Señor. Este mismo año, algunos Hermanos mayores obtienen el favor de una peregrinación a la tumba del Fundador. Hacía mucho tiempo que no la visitaban. Entonces se viaja poco, y cuando las diversas reagrupaciones de las Provincias han desplazado a algún Hermano al Centro o al Norte, pueden pasar años sin retornar a su región de origen. El H. François recibe de forma muy fraterna a sus huéspedes de un día y, tras la comida algunos Hermanos les hacen visitar la casa… Redescubren lugares no vistos durante 30 años. Se sorprenden por las novedades. Se inquietan por lo que ha desaparecido. “¿Dónde está la encina en cuyas ramas colgaba la campana de la primera capilla?” – “Ya no existe. En su lugar se ha construido la cabaña del hortelano, dominada por una estatuita de la Sma. Virgen”.

Y ahí los tenemos entonando la *Salve Regina* que otrora ascendía desde el valle en tiempos de la construcción. El H. François, en su habitación aguza el oído. Comunicará a sus visitantes la dulce emoción sentida.

Cada vez más, el H. François deja en manos del H. Azarias los aspectos prácticos de la dirección de la casa. Éste posee la actividad y sentido práctico necesarios. En especial, organizará de forma excelente la enfermería. De familia bastante rica, su patrimonio permitirá toda una serie de construcciones y arreglos en los años siguientes.

Un testigo explicó uno de los momentos fuertes en la vida del H. François donde el H. Azarias juega un papel de revelador. Fue en 1874: el H. François es víctima de un primer ataque, y se llega a temer un fatal desenlace. El H. Azarias se permite hacer al enfermo una serie de preguntas y entre ellas la siguiente: “Denos su apreciación sobre el sentido religioso de la comunidad, de su manera de cumplir la Regla y de si realizamos bien la voluntad del Fundador”. El H. François responde, dice el testigo, de la manera más positiva. Y añade: “Quedé tan impresionado que no lo olvidaré jamás” (8).

El H. François consideraba, pues, realizado la especie de sueño vivido al leer la vida de San Francesco d’Assisi, del P. Chalippe: *“En varios aspectos,* anotaba entonces*, se podría aplicar a la casa de l’Hermitage lo que San Francesco d’Assisi dice de Santa María de los Ángeles o de la Porciúncula: “Quiero que este lugar se mantenga puro y santo y que no se deje entrar a ningún extraño, para que cuantos vivan en él se conserven mejor en la pureza y santidad. Mi intención es que, si los Hermanos se apartan de la perfección, este lugar siga siempre bendito y subsista como el espejo y modelo de toda la Orden, como un candelabro ante el trono de Dios y ante el altar de la bienaventurada Virgen María. Hijos míos, guardaos mucho de abandonar nunca este lugar, y si se os expulsa por un lado, entrad por el otro, pues es lugar santo; la morada de Jesús Cristo y de la Santísima Virgen María, su madre. Aquí es donde el Señor nos ha multiplicado, cuando éramos muy poquitos; por eso, tened gran veneración por este santo lugar. Aquí, quien rece con devoción obtendrá lo que pida; y el que peque será castigado con más rigor, pues este lugar es de verdad la morada de Dios y especialmente querido por Jesús Cristo y su santa Madre. Empleaos en él con alegría y de todo corazón en alabar y bendecir a Dios Padre, y a su hijo N.S.J.C. en la unidad del Espíritu Santo. Que así sea”* (9).

Sí, es un poco lo que el H. François había hecho de la casa de l’Hermitage. Este testimonio, en un momento importante de su vida, recuerda el del Padre Pousset (10) al venir a l’Hermitage para visitar a sus Hermanas de la Sagrada Familia y decir luego a las de Lyon: “Vengo de l’Hermitage. ¡Ah!, Hermanas mías. Allí se respira la santidad a pleno pulmón”.

CAPÍTULO 54

1 –Varios testigos han referido este suceso, en especial el H. Augustalis, p. 18 de su cuaderno.

2 –El H. Avit, por su parte, habla de la tropa llegada de Lyon “que dispersó a los revoltosos”. (*Anales*, 1872, pag. 603, nº 29,.

3 –Testimonio del H. Barlaam (Archivos del Postulador), Michel Testor, nacido en Clermont, 1831.

4 –Testimonio de Benoît Bouchu (P.S.V. p. 57, páginas del inicio).

5 – El texto del H. François se encuentra en 310, p. 569-570.

6 –Alusión a cierto hecho consignado en otro lugar: el incendio del colegio de Billom (15-16 de agosto de 1827. Dicho incendio amenazó toda la ciudad. El Padre Barelle, S.J., sube al tejado de una casa ya en llamas y arroja su escapulario diciendo: No temáis, el incendio no irá más lejos. El incendio se detuvo. La multitud gritó de alegría (310 p. 531).

7 –Parece, pues, que el agua llegaba no sólo al sur, por el mismo Gier, sino también por el norte por el pequeño arroyo, su afluente, que pasa, por el norte, bajo el patio del noviciado.

8 –El H. Azarias, fallecido en 1896, no pudo dar su testimonio sobre el H. François. Fue el H. Concessus, misionero en Païta (Nouvelle Calédonie) quien recuerda el hecho.

9 –301 p. 590. Hoy día no se admite con facilidad que la perfección cristiana sólo se pueda alcanzar en los conventos. La santidad seglar no faltaba ni el s. XIII ni en el XIX, pero la idea de que la vida religiosa fuera el lugar ideal para alcanzar sus cimas no se discutía.

10 –El Padre Pousset era uno de los que habían dado su nombre para formar parte de la Sociedad de María. Pero como ésta no adquiere desarrollo hasta 1836, y él tiene responsabilidad parroquial, se decide a fundar una congregación de Hermanas de la Sagrada Familia. Una de sus comunidades se encuentra en l’Hermitage, al menos a partir de 1841, como demuestra el censo de dicho año.

CAPÍTULO 55

Enfermedad y muerte

La casa, vacía 20 años antes, se encuentra ahora demasiado llena. La capilla resultademasiado pequeña. Por otra parte, su solidez es dudosa. La techumbre, sobre todo, inquieta bastante. De un año a otro se ve más claro que no se puede arreglar con parches: se impone una restauración en toda regla. Tomada la decisión, se agradece a la Virgen el no haber sufrido ningún percance, pues, al observarla con minuciosidad, se constata la inminencia de un derrumbe. La demolición se impone.

En 1875 se realiza con presteza, de manera que, en 1876, se puede iniciar la reconstrucción. Un Hermano nos dice que vio llorar al H. François ante los primeros golpes de pico a la capilla del Padre Champagnat, Pero, sin embargo, se presta gozoso, el 27 de mayo de 1876, a la bendición de la primera piedra del nuevo edificio. Lo hace *en el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo, de María, de San José, de San Joaquín, de Santa Ana y del Padre Champagnat.*

No bastaba con reconstruir, pues, al tener que ampliar, había que eliminar la enorme roca que ocupaba el fondo de la capilla actual. El H. François ya no era el Champagnat vigoroso de los años 1824 o 1836. No podía ayudar a los Hermanos en esta clase de trabajo, pero no faltaban Hermanos robustos y animosos.

¿Había sentido fuerte emoción al poner la primera piedra? El hecho es que, al día siguiente, 24 de mayo, cuando el H. Carloman llamó a su puerta con el *Laudetur Jesus Christus* no oyó ninguna respuesta. El H. François había sufrido un ataque y yacía en el suelo, en apariencia sin conocimiento.

El doctor Fredet, advertido de urgencia, diagnosticó apoplejía fulminante con parálisis de los miembros de la parte derecha. Su estado es grave, casi desesperado. Un telegrama avisa en el acto a los dos Asistentes presentes en Saint-Genis y a su sobrino el Padre David.

Pero se advierte una ligera mejoría, y toda la casa se vuelca en plegarias ininterrumpidas y los grupos se relevan cada hora ante el Santísimo Sacramento.

Es la situación que se encuentra al H. Louis-Maríe, llegado el 30 de mayo desde París, donde se hallaba de gira. Su verbo convincente exhorta a la Comunidad a hacer violencia al cielo para obtener una curación milagrosa. Y, desde luego, si la curación no fue ni repentina ni completa, fue sin embargo sólida. *“No es de extrañar que siga vivo*, decía el enfermo; *han rezado tanto por mí que no podía morir”.*

Ya no podía ofrecer un trabajo importante y regular, pero sí ser, durante 5 años, modelo de paciencia en los sufrimientos. Se aplicaba a sí mismo esta idea del Padre Chanel: *“Si no he hecho lo suficiente por la salvación y perfección de mis Hermanos siendo su Superior, trataré de remediarlo ahora con mis oraciones y sufrimientos”* (1). Practicará, pues, la dulzura, la regularidad en todos los actos comunitarios, la oración por los pecadores y los difuntos. En resumen, habrá sido, a lo largo de su vida, modelo en todas las fases de la vida marista. La enfermedad aflojó poco a poco su abrazo y pudo ir y venir y hasta comenzar a escribir. En la capilla, necesita la ayuda del H. Amphien para arrodillarse. En sus paseos, si le ocurre caer, no puede levantarse solo, pero espera con paciencia la ayuda. No se basta para actos como el aseo, levantarse y acostarse. En el mes de agosto de 1876, tiene lugar nueva sesión del Capítulo General en Saint-Genis, pero no puede participar. Al final de la misma, se decide su reemplazo. El H. Amphien (2) será el nuevo superior de l’Hermitage.

El 15 de agosto de 1877, ya terminada la capilla, se procede a su solemne bendición al terminar un retiro donde 38 postulantes toman el hábito de los Hermanitos de María.

De la capilla de 1836, queda sólo el altar y el tabernáculo, pero serán suficientes para recordar al H. François el fervor eucarístico del Padre Champagnat del que él mismo era un extraordinario eco para muchos Hermanos y seglares.

Otro consuelo: la nueva estatua de Notre-Dame des Victoires es erigida en el patio exterior de Santa María. La primitiva estatua de yeso no había resistido el desgaste del tiempo. Por otra parte, como desde 1873, la estatua había sido coronada, la nueva, de hierro fundido, lleva la corona y, el 8 de septiembre de 1876, fue bendecida y solemnemente colocada en su pedestal desde donde acoge a cuantos visitan l’Hermitage.

La capilla, por su parte, va siendo amueblada poco a poco con estatuas, vidrieras y pinturas ofrecidas por diversos bienhechores. En noviembre de 1877, se bendice el *Via Crucis*, ceremonia muy importante para quien hacía de él una de sus devociones diarias.

Pero los viejos robles del árbol marista siguen cayendo en torno al H. François. Tras el H. Stanislas, el H. Louis, el H, Laurent y el H. Jean-Baptiste, llega el turno de los HH. Hilarion y Barthélemy en ese mismo año de 1877. El H. Barthélemy había sido el cuarto Hermano y el H. François el sexto. Originario de La Valla como él, tras haber fundado varias escuelas en el Midi, se había retirado a l’Hermitage y fabricaba los cordones para los Hermanos en la caseta del hortelano. Religioso sencillo, había hecho la clase durante más de medio siglo. El año anterior había fallecido el anciano H. Adélard que se santificó en el trabajo manual, la piedad y la humildad. Tenía ya 30 años cuando ingresó y apenas sabía leer, no buscó ser maestro. Se había encargado de la granja. La tradición nos dice que a su muerte, las vacas, el perro y las gallinas dejaron de comer y beber durante tres días, tales eran sus mutuos lazos de unión y afecto. El H. François debía reconocerse bien en estas historias franciscanas. Liberado de toda responsabilidad bendecía con sencillez al Señor por cuanto presenciaba. La pequeña Provincia de l’Hermitage tenía, en 1876, 412 Hermanos o novicios, 86 se empleaban en las escuelas. En l’Hermitage había 47. Ese mismo año, 37 postulantes tomaban el hábito.

En 1879, el H. François escribe en su diario una última nota: *“Jubileo universal. Semana Santa. Ayuno riguroso”.* Es, sencillamente, un eco de la ascesis familiar. Al igual que los Padres del desierto, cuya lectura le era familiar, deberá también luchar contra Satán hasta el final y, como ya hemos visto, levantar la voz contra este enemigo del género humano.

El 17 de agosto de 1879, participa en la ceremonia de erección del *Via Crucis* en la colina oeste (bosque Patouillard). El camino que asciende en zigzag hasta el Calvario es también obra del H. Apollinaire. Podemos imaginar la procesión por esa colina, al final de un retiro: 250 Hermanos, más los novicios y postulantes, descendidos de La Valla a donde habían sido enviados de vacaciones para dejar la casa libre a los ejercitantes.

El cementerio es con frecuencia uno de los destinos del paseo del abuelito. Un Hermano nos cuenta que, durante las vacaciones de 1879, estaba con otro cavando una fosa. Llega el H. François. “Guardábamos silencio. Nos felicita y añade: *Ofreced vuestro trabajo a Dios; que cada paletada y cada golpe de pico sean un acto de amor”.* De verdad, la oración continua del peregrino ruso (3) no habría sorprendido al H. Françisco. Estaban en la misma sintonía.

Pero he aquí que el año se va a terminar con nuevo suceso de dolor: la rápida muerte del H. Louis-Marie, Superior General. ¿Cómo anunciar esa triste nueva al H. François? Ante el confuso lenguaje de quienes vienen a decírselo, lo comprende y exclama: *“Mis tres Asistentes están ya en el paraíso. Sólo me resta unirme a ellos”.* Cae de rodillas y se abandona con calma a la voluntad de Dios.

Poco después conocerá los detalles de la muerte. Todo el día 8 de diciembre, el Superior aparecía en plena forma; habló de la Sma. Virgen con su brío habitual y participó en todas las ceremonias. A las 18’15, charlaba alegremente con los Asistentes que volvían de Fourvière y les invitaba a ver el hermoso efecto de la casa madre iluminada (4).

A las 18’45, el H. Tite, su secretario, observa el andar titubeante del Superior: “Reverendo, ¿se encuentra mal?” “Sí, responde con un hilo de voz, y se desploma en un sillón que el Hermano le consigue acercar. Apoplejía. Se llama al doctor y al Padre de La Lande. Aún puede comunicarse con este santo sacerdote que ya no se moverá de su lado, salvo para decir la misa. Había hablado con frecuencia de la dicha de tener a su lado un sacerdote en el momento de morir. El Padre le administra la unción de los enfermos y le sugiere los pensamientos e invocaciones más consoladores. Entrega su alma el día 9, a las 13’30 horas. Pudo recibir a tiempo la bendición papal remitida por Mons. Howard, protector de los Hermanos Maristas.

El día 11 fue el entierro. Hacía tanto frío que el H. François no pudo asistir, pues nadie quiso correr el riesgo de llevar a Saint-Genis a un anciano enfermo.

Por el contrario, irá a Saint-Genis poco después con ocasión del capítulo de 1880 que debía elegir al nuevo Superior General, Hermano Nestor, el 10 de marzo.

El primer acto del recién electo es ir a postrarse a los pies del H. François, pidiendo su bendición. El H. François le respondió, muy emocionado: *“Que Jesús, María y José os concedan conservar y desarrollar, con dulce firmeza, la piedad y la regularidad en nuestra Sociedad de la que os convertís en jefe”.*

El 12 de marzo, el H. Nestor aprovechó con destreza una ocasión para hacer el panegírico de nuestros primeros Superiores. “El Reverendo H. François, dijo, merece el título de fundador: 1º por haber desarrollado considerablemente la Sociedad, 2º por haber añadido dos magníficas Provincias: la de Saint-Paul-Trois-Châteaux y la de Aubenas y haber fundado la del Nord; y 3º por haberle dado la vida civil al obtener la autorización legal del Instituto por el gobierno” (5).

Al día siguiente, el H. Nestor pedía también al H. François una bendición para el Capítulo: *“Que Jesús, María y José os bendigan a todos y conserven entre nosotros el primitivo espíritu, el espíritu de humildad, sencillez y modestia y nos hagan crecer en la piedad, la regularidad y todas las virtudes de nuestro santo estado”.*

Pero el día del Señor iba a llegar. En situación parecida a la del H. Louis-Marie, meses antes, el H. François, el sábado 22 de enero de 1881, se encuentra en plena forma. Hacia las 11 horas, está muy alegre tras recibir dos cartas: una muy afectuosa del H. Nestor y otra, larga y muy interesante, del H. Ludovic, maestro de novicios en Sydney, Australia. Ha manifestado su alegría al H. Amphien, Director provincial. Ahora bien, poco después, está ausente en la visita al Smo. Sacramento, de las 11’30. Ha debido acompañar al doctor venido para visitar a otro Hermano. Sube a su habitación y allí, al oír tocar el *Angelus*, se arrodilla, último esfuerzo que provoca la apoplejía. Minutos después lo encuentran en esa posición. Es la interpretación que dará el H. Nestor de esta muerte de rodillas.

Parece estar sin conocimiento. Su respiración es fuerte. Se llama a dos doctores que lo conocen bien. Uno de los capellanes le administra la unción de los enfermos, le aplica la indulgencia *in articulo mortis* y permanecerá junto a él hasta su último suspiro. La comunidad se pondrá en oración, como en 1876, pero, esta vez, la curación no tendrá lugar. A las 6 de la tarde, tres lentos suspiros serán sus últimas señales de vida. El toque de difuntos comunicará a los Hermanos y al vecindario la muerte del santo de l’Hermitage.

De toda evidencia, esta muerte, aunque rápida, nada tiene de la muerte repentina de la que las letanías de los santos nos piden ser preservados. En su etapa romana, el H. François había anotado la convicción del autor de la “Sabiduría”: “Aunque el justo muera prematuramente, halla el descanso” (Sb 4, 7) (6).

Como de un santo se hablará de él en Saint-Chamond. En la fábrica Balas, la Sra. Sauzon, contramaestre, podrá decir que nadie ha hablado mal del difunto, sino, al contrario, muy bien.

Para satisfacer la piedad de los amigos, se expone el cuerpo en una de las salas del recibidor. Revestido con el hábito religioso, tiene en sus manos juntas la cruz de profesión y el rosario, cuyas negras cuentas son ya casi blancas por el uso incesante que de él ha hecho. Reposa sobre un lecho cuya blancura recuerda la inocencia bautismal que, según varios testimonios, supo conservar. La muerte ha perdido su horror. Ni siquiera la gente joven experimenta ninguna aprehensión. Hay rosas rodeando su cuerpo. Ofrecidas, tal vez, por alguna bienhechora, pues, rosas en febrero, sólo se ven en Lourdes, y este difunto, tan pobre toda su vida, nunca hubiera consentido semejante dispendio.

El reflejo de la gloria del cielo era tan aparente en él, que todos deseaban tocarle con objetos piadosos. Todo el domingo el local estuvo a rebosar. El Padre Rabier, en la misa mayor, había sugerido rezar por el difunto, pero, sobre todo, encomendarse a la oración “de una alma tan santa”.

El día del funeral hacía mucho frío y había 20 centímetros de nieve (7). El H. Stratonique, futuro Superior general, y entonces profesor en Valbenoîte, estaba sin embargo allí con algunos otros Hermanos “contentos y reconfortados con el pensamiento de que íbamos a asistir a los funerales de un santo”. También estaban presentes los señores de la burguesía de Izieux, Saint-Chamond, Sain-Julien-en-Jarret, La Valla y Saint-Martín-en-Coailleux. Y, naturalmente, mucha gente de La Valla o amigos de los Hermanos (8).

La misa de *requiem*, con diácono y subdiácono, fue celebrada por el clero de La Valla y cantada por toda la comunidad. El H. Nestor, rodeado de sus Asistentes y seguido de un numeroso grupo de Hermanos de las escuelas vecinas, conducía el duelo llorando y rezando.

En el cementerio, el discípulo debe reposar junto a su maestro y muy cerca del H. Louis. El H. Azarias mandó preparar un sencillo panteón donde se depositó el féretro. Al año siguiente se colocó una modesta lápida donde se grabaron dos sentencias de los libros sapienciales: “Fue amado por Dios y por los hombres; su memoria es bendición” y “Su sabiduría será alabada por muchos; su nombre nunca caerá en el olvido”.

Por aquel entonces, no era costumbre la homilía en los entierros, y la oración fúnebre se reservaba para los grandes de este mundo o las celebridades eclesiásticas. Tampoco se llevaban los discursos en el cementerio y, además, hacía mucho frío. Fue con una circular como el H. Nestor comunicó el fallecimiento, en términos elocuentes expresó los sentimientos que le inspiraba esta muerte. Tras breve alusión a las consecuencias más bien tristes de un fallecimiento en ciertas familias donde empiezan las discusiones sobre la herencia, añade: “En una comunidad, cuando el padre, un padre muy amado viene a morir, tras acompañarlo piadosamente a su lugar de reposo, sus hijos deben repartirse ávidamente la herencia que les deja. Hemos tenido el dolor de perder a un verdadero padre. No vengáis a reclamar vuestra parte de bienes temporales: no tenía. El voto de pobreza le había liberado de ese incómodo peso. Pero, al contrario, reclamad vuestra parte de una herencia mucho más preciosa, la herencia de sus virtudes. Disputaos, os lo autorizo, la herencia paternal que tiene, sobre los bienes terrestres, la ventaja de poder pertenecer por completo a cada uno de nosotros”. Y subraya, en particular, su obediencia heroica: “Antes de marchar a l’Hermitage, tras el Capítulo de 1880, tuvo mucho cuidado en hacer renovar los permisos de Regla y otros: permiso para las comuniones (en su caso el de la comunión diaria), para comer en la enfermería, conservar algunos pequeños objetos de uso personal y el del empleo del tiempo según el reglamento que se había señalado” (9).

Hasta el final, la santidad del H. François habrá sido la del Hermanito de María que desea vivir “oculto e ignorado”. Obligado por deseo de su Superior y luego por elección a verse en lo más alto de su familia religiosa, en cuanto pudo, volvió al olvido, sin poderlo conseguir.

Hay ahí un signo tan evidente de espíritu de humildad y de infancia evangélica, que cuantos le rodean ven posible su canonización. El proceso se abre, pues, en 1910, treinta años después de su muerte, algo no muy alejado de su vida para poder recoger muchos testimonios directos y relatos orales, aportados por quienes habían conocido a testigos importantes fallecidos en ese intervalo de tiempo.

El estudio se realizó a nivel diocesano (proceso ordinario) y llevado luego a Roma (proceso apostólico) en 1912. Los escritos se estudian a partir de 1929. En términos oficiales, 1934 es retenido como fecha de la introducción de su causa. En 1968, la Santa Sede reconoce que Gabriel Rivat practicó de forma heroica las virtudes teologales y cardinales. Puede, pues, ser llamado venerable. Estamos a la espera de que los milagros permitan declararlo Beato. ¡Que los fieles pidan la curación de enfermedades incurables de parientes o amigos para que esa oración hecha con fe permita al Venerable H. François mostrar que los amigos de Dios continúan en el cielo ejerciendo su acción caritativa.

CAPÍTULO 55

1 – 304 p. 1626.

2 –Antoine Buisson, de Saint-Étienne. Ingresado en 1837, a los 21 años. Fallecido en 1910. Se conserva su tumba.

3 –Ha habido Numerosas ediciones en estos últimos años, p. e. *“Le pèlerin russe”*, Olivier Clément. Bellefontaine 1976.

4 –Desde 1852, los cristianos de la diócesis de Lyon tienen la piadosa costumbre de iluminar sus ventanas con lamparitas. Es lo que hicieron los Hermanos de Saint-Genis-Laval.

5 – Capítulo de 1880. Archivos AMG de los Hermanos Maristas.

6 – 304 p. 1229.

7 – Élisabeth Exbrayat habla de 90 centímetros. Sin duda en remolinos.

8 –La Sra.Neyrand dice que no hubiera consentido que su familia no estuviera representada en la ceremonia. Se designó a André. Dará su testimonio en 1910, pero son más bien los recuerdos de su madre, pues él no tuvo ocasión de conocer al H. François en vida. Había nacido en 1842.

9 – L. Ponty, p. 257.

ANEXO 1

Edificios construidos por el Padre Champagnat

(ref. 313 p. 275…)

*“Los edificios construidos por el Padre Champagnat están formados por la fachada suroeste de la casa en una longitud de 24 metros, desde el Gier hasta la escalera. A esta construcción se añadieron las dos alas actuales: una a lo largo del Gier, también de 24 metros, y la otra paralela a ésta y adosada a la roca que hubo que cortar. En la planta baja de este ala nordeste, se instalaron las bodegas y, encima, en el primer piso, se instaló la segunda capilla provisional: 6 metros de largo por 5 de ancho, iluminada en un solo lado por las tres ventanas que dan al patio interior y que sólo duró 4 meses”.*

*“Luego, una estancia, separada de la capilla por un tabique de planchas e iluminada por una ventana, servía de habitación para el buen Padre. En la capilla había bancos para Hermanos y novicios y un pequeño órgano portátil, aportado por el Padre Courveille, y que servía para los oficios”.*

El H. François conoció bien esta capilla y, en 1824, apenas si pudo ver la utilización de la 3ª, pues debió reintegrarse a su destino. Le resultó muy agradable verla al año siguiente, ya terminada, tal como la describió: *“La tercera capilla, la primera estable, construida ad hoc por el Padre Champagnat, dominaba la casa en el ángulo nordeste. Tenía 20 metros de largo, incluida la tribuna para el público, y 7 metros de ancho. La tribuna tenía unos 4 metros de elevación por encima de la nave. Construida toda ella sobre la roca, tenía una superficie de 3 a 4 metros por 7 y una barandilla a la altura del apoyo del lado de la nave. Se iluminaba por una imposta por encima de la puerta de entrada y por una apertura abovedada en el muro sudeste.*

*La roca de la tribuna quedaba oculta por un tabique en cuyo centro había una puerta para poder subir por una escalera practicada a la izquierda sobre la roca, a lo largo del muro. Junto a la puerta, al pie de la escalera, quedaba un pequeño espacio, provisto de una abertura en el tabique, de 1’50 m, para dar la comunión a los fieles. La puerta de la tribuna de los fieles daba sobre la roca en suave pendiente a lo largo de la casa para poder subir y bajar.*

*La nave quedaba iluminada por cuatro grandes ventanas, dos a derecha y dos a izquierda, cuya parte superior cimbrada tenía vidrios de colores. En medio de la nave había una pequeña lámpara, reemplazada, más adelante, por otra mayor y más hermosa comprada por el Padre Champagnat en Paris durante su viaje en 1836. La lámpara pequeña se colocó cerca de la otra.*

*Como la nave era mucho mayor que el presbiterio, una bóveda muy elevada sobresalía en la capilla y sostenía el muro transversal de elevación sobre el que estaba el campanario. El presbiterio estaba elevado de un peldaño por encima del nivel de la nave. Sobre este nivel estaba colocado el comulgatorio que parecía muy antiguo. Era de madera y tenía gruesos pilares torneados y dos puertas en el centro. El altar parecía también muy antiguo. Se cree que el tabernáculo procedía de la catedral de Vienne en el Daufiné el cual, llevado a la plaza pública para ser quemado durante la Revolución, fue comprado por una persona que lo conservó.*

*El presbiterio tenía una superficie de 4 a 5 metros por 7. Estaba iluminado por dos ventanas parecidas a las de la nave, una a cada lodo. Toda la nave se asentaba sobre la roca en su parte inferior a la tribuna, pero quedaba bajo el tejado de la casa de la que tenía las dos primeras ventanas del 3er piso tapiadas con ladrillos. Un tabique, en medio del cual se encontraba la puerta de acceso para la comunidad, lo separaba de la sacristía, a derecha, y de la escalera, a izquierda, al entrar. Sobre la puerta había una estatua de la Sma. Virgen colocada en un nicho visible desde toda la capilla. Tras este nicho había un pequeño reducto donde estaba el órgano utilizado en los oficios los domingos y fiestas.*

*El presbiterio estaba cubierto por una cúpula de ladrillos con molduras y una lámpara en el centro. En cada lado, a lo largo del muro, las sillas de coro para los Padres y los cantores, y un banco pequeño para los oficiantes y los Hermanos jóvenes. Más tarde, el Padre Champagnat colocó más bancos en cada lado de la nave que se convirtió así en el coro. Los Hermanos se situaban al fondo, es decir, cerca del tabique de la tribuna de los seglares”.*

ANEXO 2

La capilla de 1836

(ref. 313 p. 280-281)

*“Está situada al noroeste de la casa y cierra el patio interior por ese lado. El Padre Champagnat la construyó en 1836. Es mucho más amplia que la precedente, ya demasiado pequeña a causa del número de Hermanos considerablemente mayor. Tiene unos 20 metros de largo, 10 de ancho y 11 de alto.*

*El Sr. Ravéry, pintor de Saint-Chamond y amigo de la casa, realizó las pinturas que la adornan. Doce columnas corintias, pintadas al fresco y con una cornisa saliente por encima, embellecen el presbiterio. Entre las columnas, pintados al fresco, hay medallones con invocaciones de las letanías de la Virgen representados por símbolos. Del lado del evangelio, 1º Foederis arca, el arca de la alianza; 2º Rosa mystica, una bella rosa; 3º Regina martyrum, una corona real entre dos palmas enlazadas en una corona de rosas; 4º Turris davídica, una torre: 5º Auxilium christianorum, una cruz y una espada enlazadas.*

*Del lado de la epístola: 1º Janua coeli, una puerta abierta; 2º Stella matutina, una estrella; 3º Regina virginum, dos lirios enlazados en una corona de rosas y una corona superpuesta; 4º Sedes sapientiae, un bello sitial con paloma superpuesta; 5º Consolatrix afflictorum, una viña cargada de frutos ascendiendo sobre una cruz.*

*En medio del presbiterio, detrás del altar, hay un gran cuadro representando la Asunción de la Sma. Virgen, pintado sobre tela por el Sr. Ravéry. Por encima del cuadro hay un crucifijo al fresco con dos ángeles en adoración. Al mismo nivel, se encuentra la estatua de la Sma. Virgen, la misma de la antigua capilla y, del lado del evangelio, la de San José de madera dorada, adquirida por el Padre Champagnat. En la parte baja de cada lado del cuadro, están también, del lado de la epístola, la estatua de San Louis de Gonzague y, del lado del evangelio, la de San Francisco Javier.*

*La parte que forma la nave y la destinada a los seglares están decoradas con 5 columnas jónicas, por encima de las cuales domina una cornisa del mismo estilo. Entre cada columna hay un cuadro del Via Crucis. Por cada lado y al fondo de la capilla, por encima de la cornisa, hay una guirnalda de rosas, cimbrada y pintada al fresco. La nave está iluminada en cada lado por dos ventanas abovedadas y el presbiterio por una sola, en un lado; en el otro, hay pintada una ventana.*

*El techo de la capilla es de yeso y en forma de bóveda sostenida por grandes semicírculos de madera. Por encima del altar, el Espíritu Santo está pintado al fresco en forma de paloma, sobre fondo azul, rodeado de un gran círculo de gloria. Muy cerca, en medio del presbiterio, están pintados dos rosetones, uno a derecha y otro a izquierda. En medio de la nave de los Hermanos y de la destinada a los seglares, hay también pintado otro gran rosetón, en el techo.*

*Tres lámparas, dispuestas en triángulo, adornan el presbiterio: la del centro, encendida día y noche; las otras dos sólo se encienden en las grandes solemnidades. En el centro de la nave se halla la gran lámpara de la antigua capilla. La pequeña, situada en el centro de la parte de los seglares, está ahora en la capilla de la casa madre de Saint-Genis-Laval.*

*El altar de la actual capilla fue al principio el mismo de la antigua; pero en 1837, el Padre Champagnat hizo construir otro a un carpintero de Saint-Chamond que, lo mismo que el antiguo tabernáculo, también conservado, se acomoda mucho mejor a la antigua gradilla. Ésta tiene tres escalones, el 1º de más de 4 m de largo por 20 cm de ancho; el 2º algo menor, y el 3º, de acceso al altar, tiene 3 m de largo por 1’15 m de ancho”.*

Hasta aquí, se trata de un conjunto ya desaparecido. El siguiente perdura con algunas modificaciones: *“La mesa del altar tiene unos 2’78 m de largo por 50 cm de ancho. Su altura no supera 1 metro. Cada ángulo delantero, va armado con dos columnitas acabadas en cornisa; luego hay dos paneles en forma de trapecio con molduras doradas, como las de las columnitas, entre las cuales hay un escudo, también con molduras doradas y en forma de corazón con dos ramas de olivo y el monograma de María en el centro. Encima del monograma hay una corona real y en su cúspide un pequeño globo acabado en una cruz. Un zócalo de 12 cm rodea la mesa en su parte inferior; en la parte superior hay un entablamento con molduras de 20 cm.*

*La parte posterior que sostiene la gradilla forma un ángulo recto de 49 cm de penetración a ambos lados del altar y va adornada con dos columnitas semejantes a las ya señaladas. La gradilla tiene unos 3 m de largo por 46 cm de ancho; hay que señalar que la parte central que sostiene el tabernáculo avanza un decímetro sobre la mesa del altar, siendo su longitud de 88 cm. Esta parte, como las de ambos lados, a lo largo de la gradilla, van adornadas de viñetas doradas teniendo en el centro un rosetón o una corona.*

*El tabernáculo, de forma semicircular, se puede dividir en tres partes: El tabernáculo propiamente dicho, la parte mediana y la cúpula. La puerta es dorada. En la parte inferior figura una mesa donde reposa un Agnus Dei adornado de gloria y recostado sobre el Libro de los siete sellos que lleva una nube. En el centro de la parte superior hay un triángulo, símbolo de la Trinidad, con rayos de gloria. Por encima de la puerta hay dos ángeles señalando con una mano a lo alto, hacia el centro de un círculo, por el que pasa el cordón de una guirnalda que cae por cada lado de la puerta, y teniendo en la otra un frasco. Vienen luego, a derecha e izquierda, dos columnas acanaladas en lo alto y, por abajo, tallos de viña en relieve. Luego de las columnas, sobre las dos caras laterales del tabernáculo, hay representadas dos ramas de olivo atadas con una cinta y, por la parte de atrás, hay en cada lado otras dos columnas parecidas a las anteriores y en su centro una guirnalda. El zócalo del tabernáculo va adornado con viñetas y el de las columnas con figuras de ángeles. En lo alto del tabernáculo y de las columnas hay una cornisa corintia.*

*La parte mediana que está por encima del tabernáculo, propiamente dicho, va adornada con 4 columnitas, entre las cuales, en la cara delantera, se representa un cesto con racimos mezclados con hojas de viña y, en los laterales, un cordero con una cruz entre las patas delanteras.*

*La cúpula o parte superior está adornada con hojas por delante y por los lados, limitadas por nervios. En la cúspide, hay una plancha cuadrada con molduras sobre la que va colocada la cruz del altar. Para la exposición del Smo. Sacramento, se reemplaza por un nicho”.*

Cuanto sigue ahora, ha desaparecido casi completamente. *“El lugar reservado para los seglares está separado del de los Hermanos por una balaustrada de madera de 2’60 m de alto y compuesto de paneles completos hasta la altura de apoyo y guarnecido de barrotes a escuadra en rombos y terminados en punta, cuyo conjunto termina en cornisa cimbrada. Seis de esos paneles, tres por lado, están llenos hasta la cornisa. Las barreras se abren por dos paneles en el centro.*

*En la zona de los seglares, lado de la epístola y adosado a los paneles, se encuentra un altar sobre el cual está la estatua de Santa Filomena de madera dorada, teniendo en una mano la palma y en la otra una flecha; del lado del evangelio, está la urna del mártir San Prisciliano.*

*En ese misma zona hay dos confesionarios: el de la antigua capilla, cerca de la puerta de entrada y, en frente, al otro lado, el que el Padre Champagnat hizo construir para la nueva capilla; éste es más bello y más grande. Su delantera está adornada con pilastras acabadas en cornisa y está cubierto por una cúpula rematada por un globo acabado en cruz.*

*La puerta de entrada va provista de un cancel para proteger del frío.*

*Se accede por una pequeña escalera de piedra colocada al exterior y provista de una barandilla de hierro”.*

El H. François ¿preveía que algún día esta capilla sería rehecha por completo? De todos modos, parece que no quiso olvidar ningún detalle. Es posible que redactara estas notas cuando, en 1875, se tomó la decisión de demoler y reconstruir.

Recuerda también que poco después de 1836, el Sr. Gourdiat, párroco de Saint-Policarpe en Lyon, tras haber ofrecido a la capilla hermosos cuadros del *Via Crucis*, y a petición del Padre Champagnat, vino para erigirlo y, durante la ceremonia, dirigió una emocionante exhortación a los Hermanos.

El redactor describe también, con todo lujo de detalles, la sacristía que también corría el riesgo de verse afectada, pues quedaría completamente separada de la capilla tras la restauración de 1875-77.

*“Tiene 7’40 m de largo, 5’90 de ancho, y 4’40 de alto. Está separada del presbiterio de la capilla por un tabique donde, en uno de sus extremos, está la puerta de entrada y salida para los oficiantes y la comunidad. Dicho tabique la separa del pequeño corredor conducente a la puerta de la capilla. Tiene, detrás de la credencia, dos pequeñas cabinas que sirven para las confesiones, una a cada lado de la credencia. La primera tiene 2’80 m de largo y la segunda 2’13; su anchura respectiva es de 1’90 m y la altura 2’57. La credencia está sobre un escalón de 15 cm. Está compuesta de anaqueles de plancha que se sacan para tomar los ornamentos y que se cierran con dos puertas. A derecha e izquierda hay una especie de aparador para guardar los diversos objetos de culto. Su longitud total es de 3 m, su anchura o profundidad de 1’20 m y su altura de 1’07. Encima o sobre la mesa de la credencia en su parte posterior, hay una fila de 6 cajones para diversos objetos de culto, y encima un armario con tres cuerpos. El del medio, con doble puerta, tiene 1’45 m de alto y 1’60 de ancho. Los otros dos tienen la misma altura; pero su anchura es de sólo 33 cm. La profundidad de todos ellos es de 53 cm. Los tres están rematados por un friso adornado de viñetas.*

*Las cuatro puertas van soportadas por cuatro pilastras que adornan la fachada hasta el frontón. Este frontón, coronado por una cornisa corintia de 18 cm de ancha, tiene 1’30 m de base por 0’65 cm de anaquel. En medio de la base se encuentra el monograma de María. La fachada está adornada con molduras. Frente a la credencia, del lado de la capilla, hay tres armarios, el central tiene 2’90 m de alto, 85 cm de profundo y 2’86 m de ancho. Las dos puertas que lo cierran son de paneles cuadrados; adornados con molduras en su parte baja. A cada lado hay dos pilastras, una adornada con molduras acabadas en cornisa corintia y, la otra llana hasta la cornisa del entablamento, a la altura del techo.*

*Los otros dos armarios, a derecha e izquierda, de la misma profundidad que el del centro, difieren también en la altura: 2’75 m de alto y por su anchura que es de 1’70 m para el que está cerca del tabique del pasillo y de 1’80 para el del otro lado. Las dos puertas de cada uno son de paneles cuadrados y tienen en la parte superior una cornisa sencilla. Los tres armarios tienen un zócalo común de 2 cm.*

*Las dos ventanas de la sacristía dan al lado del río y a 2’40 m por encima del piso. En esta pared hay otros dos armarios parecidos, con dos puertas cada uno para colocar las sobrepellices, albas, etc. Los dos tienen las mismas dimensiones: 1’70 m de ancho, 1’11 de alto y 0’50 de profundo.*

*Por encima del entablamento y de la credencia, en los dos extremos de la cornisa, se ve la figura del Ecce Homo, a un lado, y una Mater Dolorosa, al otro. Colgado del muro, se ve también un cuadro de San Pablo con la espada en su mano derecha y un libro en la izquierda.*

*En frente, colgado del tabique, el de San Augustín, copiado de las tapicerías de los Gobelinos. El santo está en actitud de meditación profunda y a su lado una biblioteca”.*

ANEXO 3

Traslado de las reliquias de San Prisciliano

(ref. 313 p. 254 bis y ter)

Extraídas del cementerio de San Ciriaco, en la vía Tiburtina, el 26 de marzo de 1836, por el Cardenal Patrizi, las reliquias de San Prisciliano, *son entregadas al Muy Ilustre Señor, François Bouisse, francés de nacionalidad, con la facultad de poder conservarlas en su casa, donarlas, transportarlas fuera de la ciudad, exponerlas a la veneración de los fieles en cualquier iglesia, oratorio o capilla…”* En el panteón donde se hallaban sus restos, había también un vaso pequeño teñido de sangre y la inscripción: *locus Prisciliani*: lugar donde reposa Prisciliano.

Como ya se dijo, Mons. Épalle había obtenido en Roma, 1844, varios cuerpos de santos mártires. Su Excelencia había decidido reservar el cuerpo del mártir San Prisciliano para nuestra casa de l’Hermitage.

*“Para honrar al nuevo santo protector que el cielo nos concedía y hacer el traslado de las reliquias con toda la solemnidad permitida por nuestros reducidos medios, hemos hecho preparar un relicario cuyos montantes son de madera dorada, la pared delantera y los dos laterales acristalados y la parte de detrás guarnecida por una plancha dorada adornada por dos palmeras en medio de las cuales figura el anagrama de Cristo. Un cuerpo de cera con los huesos del santo está acostado en el relicario revestido con una túnica tejida de oro y plata. La cabeza reposa sobre dos cojines de terciopelo carmesí con galones. La cintura es también de terciopelo carmesí y bordada. En el brazo derecho hay una pequeña abertura que permite ver el hueso; el brazo izquierdo tiene una palma dorada en la mano. En el cuello se puede ver la señal de que al mártir le habían cortado la cabeza. Sus pies están calzados con sandalias atadas con galones alrededor de las piernas. Al lado hay un vaso con pie de madera dorada en el que se ve un frasquito con sangre del mártir. La parte superior del relicario está pintada en su interior de azul cielo con estrellas y ángeles dorados en cada ángulo. En el exterior, en los dos ángulos de delante figuran dos ángeles dorados. La cúpula termina con una cruz radiada y dorada. Encima de la cornisa corre una balaustrada en semicírculo trilobulado. En medio del travesaño, abajo, por delante, están escritas sobre escudete, encima del cual figura el anagrama de Cristo, estas palabras: Cuerpo de San Prisciliano mártir****.*** *Las reliquias han sido depositadas en la urna-relicario en presencia de los dignatarios del arzobispado que la han sellado con el sello de su Eminencia en los extremos de los 4 cordones de seda roja, situados en la parte de atrás y el centro donde se cruzan, lo que suman 9 sellos.*

*La urna tiene 1,70 m de longitud por 0,62 m de ancho en la base y 1,95 m por 0,75 en la parte superior, la altura media es de un metro.*

*El H. Jerôme, cochero de la casa, había ido a Lyon para buscar la urna y la trajo acompañado del que la había fabricado. Fue depositada, el 16 de junio, en una habitación del pequeño internado de la Grange-Payre.*

*El día de la traslación, 17 de junio de 1845, la urna fue puesta sobre unas angarillas adornadas y colocada en el centro del patio exterior, bajo una cúpula sostenida por cuatro columnas. Fue el buen H. Stanislas, sacristán, quien realizó la mayor parte de los preparativos para la fiesta.*

*El Sr. Beaujolin, vicario general, quiso hacernos el honor de venir a presidir la ceremonia en nombre de su Eminencia el cardenal arzobispo de Lyon y llegó la víspera a l’Hermitage; al día siguiente celebró la santa misa, en la que toda la comunidad recibió la comunión, y presidió la toma de hábito de 18 postulantes. Se dirigió luego a la Grange-Payre para comer con los Padres capellanes: Matricon, Chauvinaud y el P. Séon, predicador. Estaban también los Sres. Besson, párroco de Saint-Pierre de Saint-Chamond, Garelle, párroco de Izieux y su vicario; Bedoin, párroco de Lavalla, Préher, párroco de Tarentaise, Durbise, párroco de Saint-Martin-en-Coaillieux, Janvier, párroco de Saint-Julien-en-Jarret, Michel, alcalde d’Izieux y varios notables de Saint-Chamond, amigos y bienhechores de la Sociedad y el H. François, superior de los Hermanos, que los había invitado.*

*Los Hermanos y novicios de l’Hermitage se dirigieron a La Grange-Payre después de la comida. Los niños de la Casa de Caridad de Saint-Chamond, conducidos por los Hermanos Benoît y Mélite, también acudieron. Una veintena de internos de Valbenoîte se dirigieron por la mañana a La Grange-Payre y comieron con los internos de la casa y los Hermanos que los habían acompañado.*

*Cuando todo estuvo a punto, la procesión se puso en marcha en el siguiente orden:*

*1 - la cruz llevada por un Hermano entre dos acólitos;*

*2 - los niños de la Caridad;*

*3 - los internos de Valbenoîte con traje y esclavina azul, llevando estandartes;*

*4 - los internos de la Grange-Payre y gran número de seglares;*

*5 - los novicios y Hermanos de la casa y de las comunidades vecinas, precedidos de una bandera;*

*6 - el 2º coro de cantores compuesto por los Hermanos: Marcellin, Bonaventure, Honoré, Alexis, Gérasime, Marcel, Fortunat, Aidant, Azarie, Célestin, Optatien, Gilbert y Pétrone;*

*7 - los Hermanos con sobrepelliz precedidos de una bandera;*

*8 - la banda instrumental de Saint-Chamond cuyas melodías alternaban con los coros de los cantores;*

*9 - un pelotón de la Guardia Nacional d’Izieux;*

*10 - el clero precedido de la cruz y los monaguillos;*

*11 - la urna llevada por 8 Hermanos revestidos de alba. Los Hermanos portadores eran 24 que se reemplazaban por turnos;*

*12 - los notables invitados seguían a los portadores, luego el Consejo general del Instituto: Cmo.H. François, Superior general, H. Louis-Marie y H. Jean-Baptiste, Asistentes, con el primer coro de cantores compuesto por los Hermanos: Raphaël, Marie-Jubin, Antoine-Régis, Jean-Claude, Ruffin, Aquilas, Damase, Malachi, Auguste, Dacien, Borromée e Isidore. Un número considerable de personas seguían la procesión o permanecían a lo largo del camino en actitud respetuosa.*

*El H. Apollinaire, encargado del orden y dirección de la procesión cumplió con exactitud su cometido. El pelotón de la Guardia Nacional se colocó a ambos lados de la urna como guardia de honor.*

(Cita, luego, los cantos escogidos y preparados para ser interpretados durante la procesión).

*Por expreso deseo del señor párroco d’Izieux, al llegar cerca de la iglesia parroquial, la procesión se detuvo, los Hermanos en hábito de coro, los portadores y el clero entraron en ella con la urna que depositaron en el centro de la iglesia, adornada con mucho gusto. Numerosa y recogida multitud se apiñaba dentro y se interpretó un canto. Durante la entrada y salida de la iglesia la banda ejecutó bellas melodías delante de la Iglesia.*

*La procesión siguió su marcha y se dirigió hacia la carretera de Saint-Chamond a La Valla, pasando bajo la bóveda del ferrocarril hasta el camino que conduce a la casa por el que se bajó. Llegada al patio exterior* (hoy patio de Santa María) *la procesión se detuvo. Se habían colocado sillas para el clero y bancos para los Hermanos. La urna se colocó en medio del patio. Gran multitud de espectadores llenaba las colinas de los alrededores. Entonces, el P. Séon subió a la terraza que domina el patio y, con voz potente y sonora que resonaba de lejos, pronunció un magnífico discurso de circunstancias escuchado con enorme atención y recogimiento.*

*Luego se entró en la capilla donde la ceremonia terminó con el canto del Te Deum y la bendición solemne con el Smo. Sacramento. La urna quedó expuesta durante varios días en medio de la capilla, bajo la hermosa cúpula sostenida por 4 columnas, y se rezaron plegarias en honor del santo. Luego, quedó depositada en un pequeño altar del lado del evangelio. Gran número de fieles piadosos de la ciudad y alrededores llegaron para venerar las reliquias del santo mártir; los numerosos exvotos colocados cerca de la urna, atestiguan los múltiples favores obtenidos por su intercesión.*

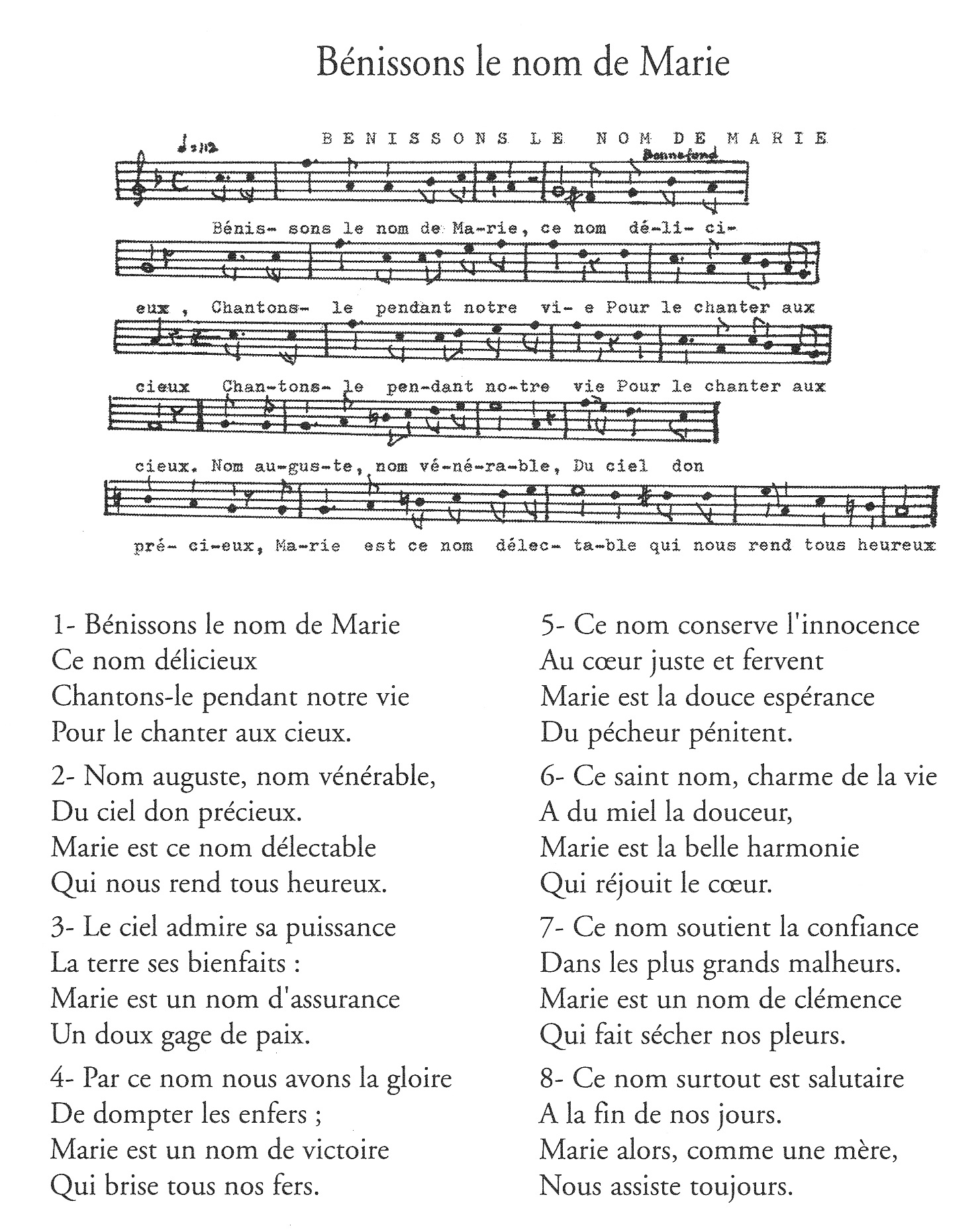
*Cada año, durante el mes de junio, la comunidad hace la novena en honor de San Prisciliano, junto con la que ya se hacía, desde mucho tiempo atrás, en honor de San Louis de Gonzague y San François Régis.*

Durante todos estos años, la capilla de l’Herrmitage no albergaba las reliquias del Padre Champagnat; ahora bien, como un santo romano venía a acabar su presencia terrestre en la capilla de los Hermanos, convenía sentirlo como protector y rezarle e invitar a los fieles a hacerlo también, lo que algunos no han cesado de hacer, a veces, con un fin interesado: obtener acierto en los exámenes. Pero, ¿por qué no podría ser el inicio de un acto religioso?

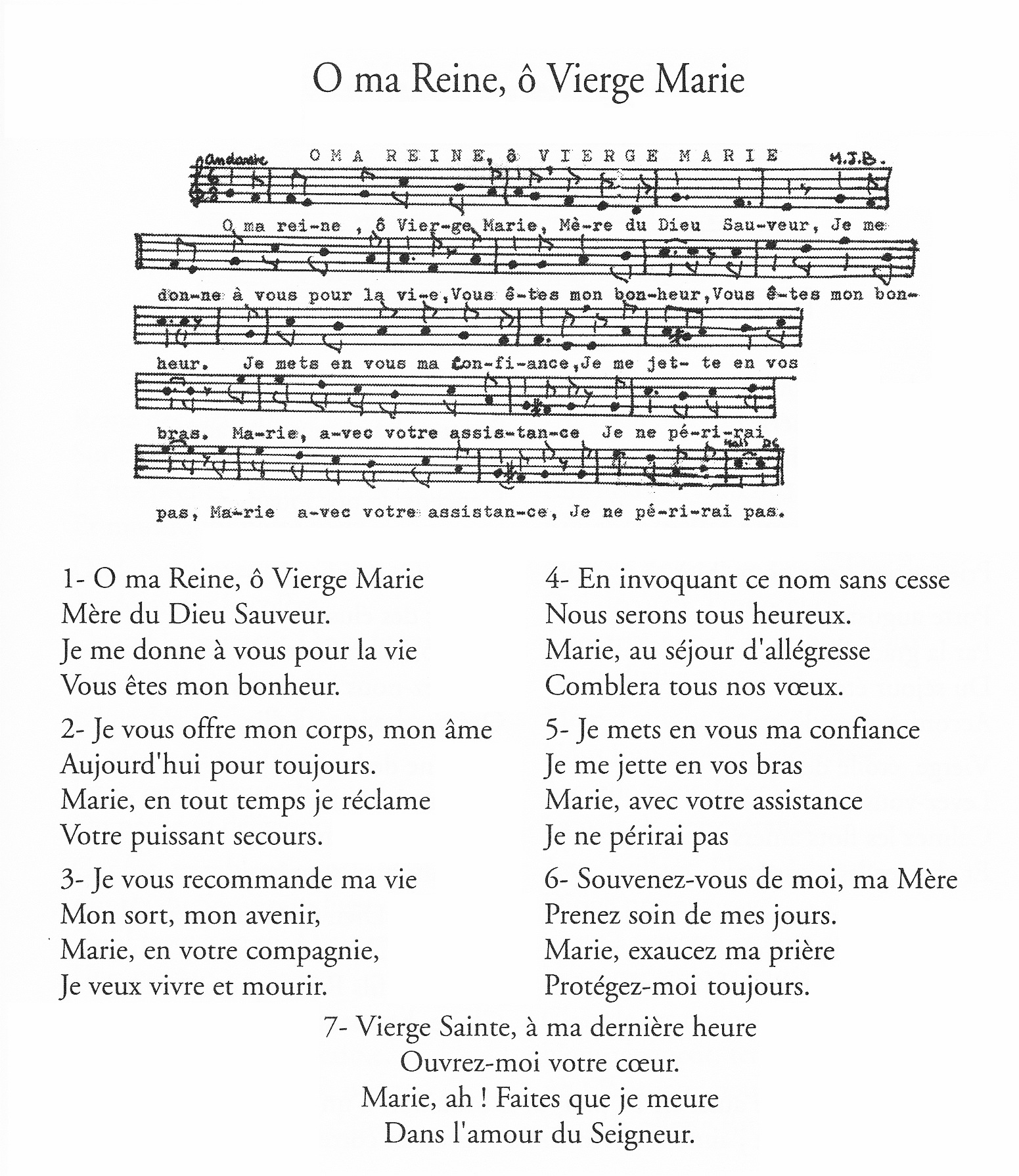
ANEXO 4

CÁNTICOS DEL H. FRANÇOIS

BENDIGAMOS EL NOMBRE DE MARÍA



¡OH! MI REINA, ¡OH! VIRGEN MARÍA



MADRE DEL REDENTOR



N.B. Se encuentra también en 11 p. 452, el borrador de otro cántico:

Cuánto amo a este divino Niño (con las correcciones)

REINA DE LOS CIELOS, VUELVE TUS OJOS



ANEXO 5

**CARTA DEL SR. BARON DE CROUSEILHES**

Paris, 6 de julio de 1852

Muy apreciado y venerable Hermano,

Me siento feliz y agradecido con vuestro recuerdo. Conocía todo el bien que han realizado y el que podíamos esperar en favor de nuestro pobre país, de vuestra abnegación tan ilustrada y piadosa. Bendigo al cielo que, durante este corto intervalo de gestiones, me ha permitido participar en vuestra consolidación definitiva.

En el transcurso de luenga y laboriosa carrera, sólo ambicionaré la recompensa de vuestra estima y el afecto de unos hombres cuya intercesión es muy valiosa. Os agradezco, una vez más, muy dilecto Hermano, cuanto vuestra carta tiene de benevolente y afable. Me hace feliz al hacerme partícipe de sus plegarias. Las preces procedentes de almas rectas y puras son siempre escuchadas. Tan solo aspiro a culminar, de forma digna y no demasiado inútil para mi país, una carrera ya avanzada.

Le ruego acepte, mi muy apreciado Hermano, los sentimientos de mi consideración más distinguida y afectuosa.

Barón de Crouseilhes

Ministro de Instrucción Pública y de Cultos.

(Circ. 2 p. 471).

**ÍNDICE**

Capítulo Página

1. Pueblo y familia 4
2. La infancia de Gabriel 9
3. La llamada del Señor 15
4. El postulante y el Hermano jovencito 19
5. Primeras armas 23
6. Hacia el compromiso definitivo 27
7. Tiempo de formación 31
8. Cuando la santidad resulta contagiosa 35
9. Brazo derecho del Fundador 39
10. Elección: primeras impresiones 44
11. Junto al Fundador que se apaga 48
12. Y ahora solo 51
13. En la fe y la caridad 54
14. Y en la humildad 59
15. Hacia el reconocimiento legal (inicios) 63
16. Historia de la congregaciónn del Sr. Mazelier 67
17. Otra fusión: los Hermanos de Viviers 71
18. Los Hermanos y la Sociedad de María 75
19. Trabajar con mala salud 78
20. Administración o animación 82
21. Un monasterio y escuelas en la lucha diaria 87
22. El H. François y el H. Avit 91
23. Naturaleza y sociedad en revolución 95
24. Tres años de fluctuación para las escuelas maristas 99
25. Sabiduría y moderación 103
26. Hacia el reconocimiento legal (continuación y final) 108
27. Circulares y noticias 113
28. Una cruz: el Capítulo General 117
29. El título de Superior General 121
30. El reino de los cielos sufre violencia 124
31. Final del año 1852 129
32. Un jefe que sabe lo que quiere 132
33. La sesión de 1853 136
34. Con quienes caminan hacia la santidad 141
35. Los santos y las clases medias de la santidad 145
36. La sesión de 1854 150
37. Desplazamientos 154
38. Y Oceanía 157
39. Publicaciones *post* Capítulo 162
40. Algunos sucesos de los años 1855-57 166
41. Hacia la Ciudad Eterna 169
42. Contactos con el Vaticano 173
43. Solo y a la espera 178
44. Última audiencia y partida 181
45. Dieciocho meses en Saint-Genis-Laval 187
46. El Capítulo de 1860 191
47. Resultado del sacrificio 196
48. El santo director de l’Hermitage 200
49. Guardián de la Regla 205
50. El santo enfermero 209
51. Hombre de oración 214
52. El H. François, María y los santos 220
53. El Capítulo de 1863 227
54. L’Hermitage revive 230
55. Enfermedad y muerte 236

Anexo 1 Edificios construidos por el Padre Champagnat 242

Anexo 2 La capilla de 1836 244

Anexo 3 Traslado de las reliquias de San Prisciliano 247

Anexo 4 Cánticos del H. François 250

Anexo 5 Carta del Sr. Barón de Crouseilhes 254